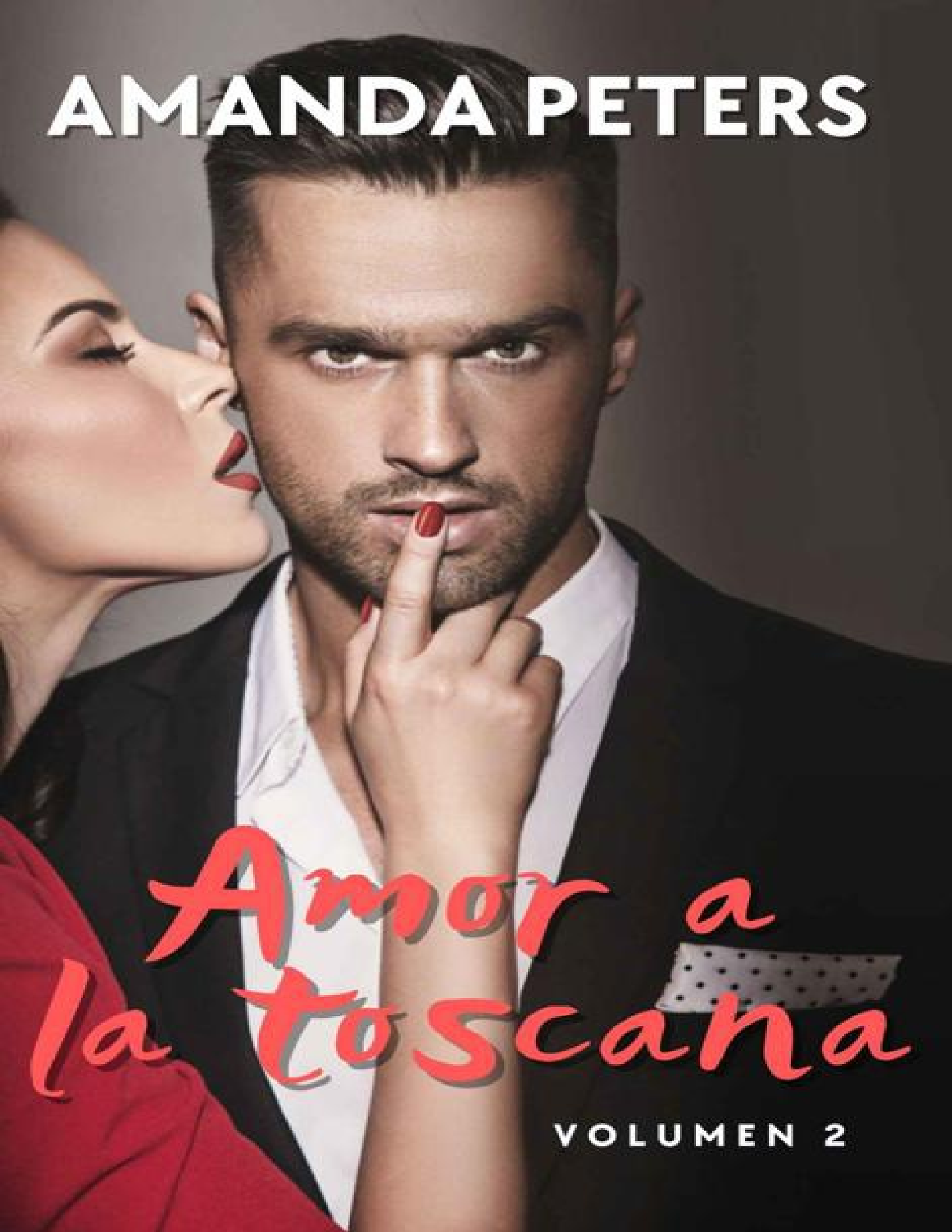

AMANDA PETERS
Amor a la toscana
VOLUMEN 2

Table of Contents

AMOR A LA TOSCANA (Volumen 2)
Amor a la toscana (Volumen 2)
AMANDA PETERS
- Capítulo 1
  - Una resaca para olvidar
- Capítulo 2
  - Empezar de cero
- Capítulo 3
  - Los lunes no son un día cualquiera
- Capítulo 4
  - Puesta en marcha
- Capítulo 5
  - Esperando el momento
- Capítulo 6
  - Aventuras nocturnas por la ciudad
- Capítulo 7
  - Un show para mayores de 18
- Capítulo 8
  - Fin de fiesta inesperado
- Capítulo 9
  - Una mañana sonriente
- Capítulo 10
  - De paseo por Barcelona
- Capítulo 11
  - El viaje al olvido
- Avance
  - Amor a la toscana (Volumen 3)
  - ¡¡Ya a la venta!!

AMOR A LA TOSCANA (Volumen 2)

Después del incidente en la despedida de soltera de Patricia, Eva se siente profundamente decepcionada y enojada con Enrico. El italiano ha traicionado su confianza en más de una ocasión, dejándola confundida y sin saber cómo proceder. A pesar de querer mantener la armonía en su hogar compartido, Eva sabe que no puede ignorar la situación y se enfrentará a Enrico directamente. La confrontación parece inevitable y las tensiones se encuentran en su punto más alto.

A pesar de las dificultades con Enrico, Eva se enfrentará a un futuro lleno de nuevos desafíos. Su jefa en la revista le presenta una emocionante oportunidad: dirigir su primer gran reportaje sobre la escena nocturna más vibrante y transgresora de Barcelona. Con determinación y pasión por su trabajo, Eva se sumerge en la tarea, lista para explorar un mundo desconocido y descubrir historias fascinantes en las calles de la ciudad.

Antes de embarcarse en su ambicioso proyecto, la joven toledana se encuentra navegando en un mar de dudas. Sin embargo, lo que aún no sabe es que encontrará un aliado inesperado en su camino: Enrico, el seductor italiano con quien comparte algo más que un techo. Aunque sus motivaciones pueden no ser completamente desinteresadas, Enrico se ofrece para ayudar a Eva a infiltrarse en los rincones más ocultos de la ciudad mientras el resto del mundo duerme. Con su conocimiento experto de la vida nocturna, Enrico se convierte en el guía perfecto para desentrañar los secretos de Barcelona.

Eva y Enrico se embarcan en una emocionante odisea mientras investigan temas para el reportaje. Juntos exploran lugares oscuros y prohibidos, se encuentran en medio de persecuciones policiales y desafían a las peligrosas mafias que controlan la ciudad. Además, se sumergen en espectáculos para los que nunca estuvieron preparados. A medida que enfrentan estos desafíos juntos, su relación se fortalece cada vez más, tejiendo un lazo inseparable entre ellos.

Segundo volumen de la cautivadora saga «Amor a la toscana»: una novela más ambiciosa que nunca, llena de intriga, romance, misterio y, por supuesto, ese toque de erotismo que fluye en cada página de las aventuras de Enrico y Eva. Sumérgete en sus secretos más profundos y déjate seducir por esta apasionante historia de nuestros tiempos.

Amor a la toscana (Volumen 2)

AMANDA PETERS

AMOR A LA TOSCANA (Volumen 2)
© Amanda Peters, 2024

Publicado anteriormente como LOS PECADOS DE EVA - Volumen 2

Reservados todos los derechos de la obra, debidamente registrada. Su plagio, total o parcial, sin citar a su autor constituye un delito. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Capítulo 1

Una resaca para olvidar

Llegué casi a las seis de la mañana a casa, y me metí en la cama como pude, trastabillando por todo el pasillo y tropezándome con los muebles del salón. En el taxi me dio el bajón, y casi vomito en la tapicería de cuero del vehículo. Tuve que abrir la ventana y dejar que el aire de la madrugada me diera en la cara, temerosa de terminar la noche aún peor. No quería poner perdido el coche y pasar más vergüenza de la que ya había tenido que soportar aquella noche.

Afortunadamente, pude llegar sana y salva a mi nuevo barrio, un barrio en el que no sabía si seguiría viviendo después de lo ocurrido. El alcohol me nublaba el cerebro, y después del subidón tras salir al escenario con el *stripper*, la borrachera se apoderó de nuevo de mis actos. Me encontraba muy torpe y lo noté nada más poner un pie en el suelo tras bajar del taxi, un vehículo negro como mi futuro en aquella ciudad.

Tuve que agarrarme a un árbol tras percibir como mis tacones bailaban a su antojo, ajenos a las inútiles órdenes que mi mente intentaba enviar a las extremidades inferiores. Mi reblandecido cerebro seguía encharcado de mojitos, y sólo la mala leche que me venía por oleadas lograba que pudiera discernir algo en una de las madrugadas más terribles que pudiera recordar. Si es que alguna vez había sufrido mayor humillación en alguna otra noche de mi vida, detalle que no podía evocar con demasiada nitidez, pero en ese momento hubiera jurado que mi portentosa actuación en el *Boys to men* se llevaba la palma con creces.

Entré en el portal a duras penas, accediendo a trompicones al desvencijado ascensor. Su ruido infernal seguramente estaría despertando a medio vecindario, pero me daba igual. Sólo quería meterme en la cama y dormir una semana entera. Esconder la cabeza bajo la almohada y olvidarme de aquella maldita noche. Y por supuesto, del desgraciado de Enrico, el causante de todos mis males.

Busqué las llaves en mi bolso, pero mis dedos temblorosos no me facilitaban la tarea. Mis reflejos se habían esfumado y tuve que agacharme a recoger del suelo el llavero que se me había caído con estrépito. Yo sola me chistaba para no hacer ruido, como una idiota, igual que todas las patéticas imágenes de personas ebrias que pudiera recordar del cine o la televisión. Me faltaba añadir el típico: “Si yo controlo, estoy bien”, para ganar el premio especial de la noche.

Tras mi estruendosa entrada en el ático, llegué por fin a mi dormitorio. Al adentrarme en el pasillo, escuché algún sonido que provenía del cuarto de Noemí; igual la había despertado con mis torpes movimientos. Recé para que no fuera así y me dejé caer sobre la cama. Los pies me estaban matando, llevar taconazos durante toda la noche no era lo mejor en esos casos. Pero lo que de verdad me dolía era la autoestima.

Y es que ésa había quedado pisoteada por Enrico en el garito del Puerto Olímpico. Primero con su actuación, y después, para rematarlo, con lo que pude ver al marcharme. Me estaba bien empleado, por idiota. Los flashes se sucedían sin cesar en mi mente, a toda velocidad, mientras la cabeza me daba vueltas. Sabía que estaba tumbada sobre la cama, pero la habitación se movía a mi alrededor en un tiovivo enloquecedor.

Estuve tentada de ir al baño a provocarme el vómito. El malestar general, con mi estómago totalmente revuelto debido al exceso de alcohol y al mal rato que había pasado, no me iba a

permitir dormir. Pero finalmente desistí. Me quité la ropa como pude y me quedé en ropa interior. Finalmente conseguí meterme debajo de las sábanas, sabiendo que ni siquiera me había desmaquillado. Pero en ese momento era el menor de mis problemas.

La música estridente seguía siendo la dueña de mi cabeza, y el rugido de los altavoces del garito reverberaba en mi cerebro para martirizarme aún más. Las náuseas iban y venían, y tenía que aguantarme las arcadas, en ocasiones incluso poniéndome la mano en la boca. No quería manchar el colchón ni el suelo de mi habitación, pero tampoco deseaba levantarme. Más que nada, porque me iba a ser imposible llegar hasta el baño.

Me quedé muy quieta, en posición fetal, intentando relajarme. El cansancio se apoderó de mis párpados, que cayeron con fuerza inusitada. Mi mente seguía desvariando, con imágenes de la noche superpuestas insertándose aleatoriamente en mi visor particular, recreándose en la suerte. Quería arrancarme de la cabeza esas penosas instantáneas, pero era algo superior a mí.

Debí quedarme dormida al rato, aunque no guardo ningún recuerdo de ese preciso instante. Sé que fue una madrugada movida, con sueños intranquilos que no conseguí evocar. Desde luego no pude descansar en plenitud, y para cuando abrí un ojo, la claridad llevaba rato filtrándose por las rendijas de mi persiana.

Conseguí entonces estirar el brazo y mirar el reloj de pulsera que estaba sobre la mesilla. No recordaba habérmelo quitado antes de tirarme sobre el colchón, tal vez lo hice por inercia antes o después de desvestirme como una autómata. Me costaba horrores abrir bien los párpados y enfocar la vista, y sentía como si millones de diminutos cristales se clavaran en mis cuencas oculares. Cuando conseguí mantener los ojos abiertos tardé todavía unos segundos en asimilar la figura que formaban las manecillas en esa posición: la una y cuarto del mediodía de un sábado para olvidar.

La resaca era terrible y no me podía ni mover. Unos pinchazos inhumanos se turnaban para freírme el cerebro en ambas sienes, sin distinción, mientras mi yo más racional intentaba regresar a mi lado. Desde luego no pensaba volver a beber en una buena temporada, menuda trompa me había pillado en aquel garito de infausto recuerdo.

Minutos después, y con mucho esfuerzo, conseguí incorporarme. Me llevé un susto de muerte cuando me miré en el espejo. El maquillaje de la noche anterior se me había corrido por completo y tenía la cara como la de un oso panda. No pude ni siquiera sonreír ante lo estúpido de la situación. Me encontraba fatal, física y anímicamente, y mi cuerpo todavía no había empezado a reaccionar, funcionando a un escaso treinta por ciento de su capacidad.

Busqué unas toallitas desmaquillantes y me limpié la cara. Cuando conseguí moverme un poco, busqué algo para ponerme encima de la ropa interior. Abrí ligeramente la persiana, pero la intensidad de la luz solar me castigó las pupilas, por lo que tuve que desistir en ese instante. Sólo permitiría que se filtraran los rayos a través de pequeñas rendijas hasta que mis ojos se acostumbraran a la potencia del sol mediterráneo de buena mañana.

Diez minutos después pude salir al pasillo, arrastrando los pies hasta llegar al baño. Sabía que debía darme una buena ducha para despejarme del todo, pero en ese momento no tenía ninguna gana. Además, el rugido que entonces escuché en mi estómago me vino de perlas para posponer un rato el trance para el que todavía no estaba preparada. Así que oriné, me lavé la cara lo mejor que pude, peiné un poco mi pelo y salí de nuevo al mundo exterior con miedo de encontrarme con alguien.

Entonces dudé. ¿Regresaba a mi habitación o me dirigía a la cocina? Ya era casi hora de comer, pero me había saltado también el desayuno y mi cuerpo demandaba calorías después de

las gastadas en una noche loca. Así que encaminé mis pasos hacia la cocina, temerosa de toparme con cualquiera de mis compañeros. Y es que en ese momento no tenía ninguna gana de ver a Enrico, no estaba en condiciones de enfrentarme a él ni de decirle todo lo que me pasaba por la mente. Pero tampoco me apetecía demasiado hablar con Noemí, no por lo menos hasta que mi mente estuviera algo más despejada.

No había llegado siquiera a la cocina cuando escuché una voz que me saludaba desde allí, en un tono demasiado estridente para lo que mis castigados tímpanos estaban dispuestos a tolerar esa mañana:

—Buenos días, bella durmiente. Parece que la fiesta de anoche fue apoteósica, ¿verdad? —afirmó Noemí con una sonrisa en el rostro.

—Por favor, Noemí, baja un poco el tono —pedí con voz cavernosa—. Tengo una reseca de tres pares de narices y me va a estallar la cabeza.

—Ya veo, ya; parece que la pandilla de *Women Style* se lo pasó en grande. Aunque los excesos son malos, por mucho que todavía no tengas mi edad.

—No me hables, tanto mojito me sentó al final como una patada en el estómago. Las migrañas me estás matando, no sé si tendrás por ahí algún analgésico.

—Sí, tranquila, ahora te lo traigo. Anda, tómate un café y mete algo sólido al estómago, la ingesta abusiva de alcohol todavía no ha sido incluida como uno de los ingredientes fundamentales de nuestra afamada dieta mediterránea.

—Te lo agradezco, Noemí. Creo que desayunaré algo y me meteré otra vez en la cama. Ni siquiera soporto la luz de aquí y eso que no he salido al sol de la terraza.

—Anda, exagerada, no será para tanto. Además, no te escaquees, me tienes que contar con pelos y señales lo que pasó anoche. Ahora vuelvo…

—No, si tampoco hay mucho que contar —dije mientras Noemí se dirigía hacia su cuarto.

Tenía que poner buena cara y no contarle nada comprometedor a Noemí. Aunque claro, ignoraba si el idiota de Enrico se lo contaría más tarde. Quizás el italiano se encontraba también en su habitación, aunque mi instinto me decía que el *stripper* no había aparecido todavía por casa.

—Venga, come algo y después te tomas una cápsula de éstas —me dijo mi amiga tras entregarme una caja de analgésicos—. Son mano de santo. Te quitará los dolores de cabeza, y tampoco va mal para la resaca. Eso sí, nada de meterte otra vez en la cama.

—Buff, de verdad es que no puedo con mi vida, Noemí…

—Esta juventud de hoy en día no vale para nada, como diría mi abuela. Bueno, te dejo un rato tranquila, voy a recoger mi habitación. Pero en cuanto te despejes un poco me cuentas lo de ayer. Seguro que alguna de la oficina tuvo una noche memorable, que me conozco yo esos garitos. ¿O no habrás sido tú, verdad?

—Te aseguro que no, Noemí. ¿Me ves mucha cara de felicidad ahora mismo?

—Pues no, la verdad es que no. Así que imagino que no le diste un alegrón al cuerpo, aparte de bailar y beber como una cosaca. Venga, hablamos en un rato. Oye, ¿te gusta la comida china?

—Sí, ¿por qué lo dices?

—No, por nada. Porque podríamos encargar comida china para llevar a un restaurante que conozco en el barrio. Te lo traen todo en menos de 30 minutos, la comida está riquísima y encima muy barata. Además, su arroz cinco delicias puede que te siente bien al estómago.

—No puedo pensar ahora mismo en comer, bastante tengo con tragar el café —dije mientras engullía un bizcocho antes de meterme el analgésico en la boca—. Primero quiero

volver a ser persona. Me daré ahora una ducha y después hablamos. Por cierto, ¿tendremos hoy compañía?

Noemí se marchaba de la cocina y en mi lamentable estado ni me había percatado todavía de preguntar algo importante para mí. No quería salir de la ducha y encontrarme de frente con la sonrisa hipócrita de Enrico. Ni que le contara a Noemí lo que, de momento, prefería acallar. No, tenía que verle yo primero, fuera como fuera.

—Estamos solitas, ya sabes. Creo que nuestro amigo florentino también ha pasado una noche toledana, y no va con segundas —contestó Noemí.

—Seguro que está en la cama de alguna… —murmuré más alto de lo que pretendía en primera instancia.

—No te extrañe, Eva. Enrico es un calavera, y le da lo mismo poner una pica aquí o en Flandes. Si anoche triunfó puede que todavía esté en casa de la afortunada. No sería la primera vez que desaparece todo un fin de semana en un maratón sexual con alguna de sus incontables amigas.

—Ya me lo imaginaba. Bueno, pues comeremos solas si consigo retener la comida en mi estómago, que me está empezando a hacer unos ruidos extraños. Voy al baño, después seguimos hablando.

—Ok, espero que se te pase. Hace tiempo de mi última cogorza, ahora que lo pienso. Y parece que la tuya ha sido de campeonato.

—Mejor ni te lo cuento: cerveza, sangría, vino, mojitos y alguna que otra cosa. Así tengo la cabeza y el estómago, parece que sigo subida en una montaña rusa.

—No se debe mezclar, ya lo sabes. Venga, te dejo, parezco tu madre…

Noemí se marchó a su habitación y yo me dirigí al baño, sujetándome la barriga con las manos. No es que tuviera ganas de vomitar, pero no me sentía nada bien. Y no sólo físicamente.

El maldito italiano no había dado señales de vida ni durante la noche ni en lo que llevábamos de mañana. Quizás estuviera retozando con Marta en su casa, o con cualquier otra chica de la fiesta. No es que me importara demasiado, aunque… Sí, claro que me importaba. Y más si se había acostado con la estirada de mi jefa. No sabía si denominar celos a lo que estaba sintiendo en esos momentos, pero se le acercaba bastante.

No podía perdonarle lo que me había hecho, riéndose de mí al sacarme al escenario de ese modo. Él partía con ventaja porque me había visto en la sala, y yo ignoraba quién era el misterioso bailarín que alteró de aquella forma las hormonas de todas las presentes a última hora de la noche. Eso había estado mal, y para colmo de males yo le había palpado a conciencia su increíble culo. ¡Madre mía, qué vergüenza!

Lo peor era lo otro. Encontrarme de frente con sus ojos, con esa mirada lasciva que me decía: “Ven, lo pasarás bien” mientras Marta le chupaba la… No, eso fue demasiado. Recordar aquella visión me provocó otro retortijón, menos mal que ya estaba en el cuarto de baño.

Al final no pude reprimir las arcadas y vomité en la taza del váter. Pero sólo era la bilis y algo de líquido, mi aparato digestivo había desintegrado todo lo demás. Me sentí incluso peor después de forzar la garganta, con sudores fríos que no presagiaban nada bueno.

Me senté en el inodoro e intenté sosegarme. Comencé a respirar acompasadamente, buscando la cadencia correcta para regresar a la normalidad. Me levanté con algo de esfuerzo y me lavé de nuevo la cara, mojándome las muñecas y la nuca para calmarme. Me volví a sentar en la taza y me apliqué una toalla húmeda en frente y cuello. No sabía si la mezcla de alcohol era la causante de aquel malestar, o si algún ingrediente de la comida me había sentado mal. Desde

luego estaba sufriendo un día de perros.

Minutos después, más calmada, me levanté de nuevo. Creía que podría atreverme a meterme en la ducha, esperaba que no me diera un mareo o algo peor. Miré entonces hacia la puerta, quizás debiera avisar a Noemí por si acaso. Y entonces la escuché decir:

—¿Te encuentras bien, Eva? Llevas un buen rato ahí dentro y no oigo nada, no quiero asustarme.

—Tranquila, estoy medianamente bien. He tenido un mal momento, pero creo que se me ha pasado. Me voy a meter en la ducha, pero si ves que no salgo, llama a los bomberos para que me saquen de ahí.

—De acuerdo, Eva. Pero en tu estado creo que deberías olvidarte de bomberos y mangueras, je, je…

—No iba con segundas, Noemí, te lo aseguro —dije a través de la puerta—. Hasta ahora.

Me desnudé y me metí en la ducha, dejando preparada mi toalla para cuando saliera. No creía que volviera a encontrarme con Enrico en el baño cuando terminara, pero más valía prevenir que curar; comprobé entonces el pestillo y vi que estaba bien echado. Una vez puede ser casualidad, dos ya sería demasiado cachondeo. Y por mucho que me sintiera casi morir, si esa situación se repetía aquella mañana, podría perder los papeles con suma facilidad. Le arrancaría los ojos con las uñas, o algo peor. Que se vaya preparando el spaghetti ése…

El puñetero Enrico seguía ocupando mi pensamiento, quisiera yo o no. Y eso que mi cerebro seguía bastante embotado tras beber mucho y dormir poco. Así que intenté poner mi mente en blanco, algo no demasiado difícil viendo mi penosa situación en esos precisos momentos, y abrí el grifo del agua caliente.

Diez minutos después corrí la mampara, salí de la ducha, y comencé a secarme con la toalla. El agua me había hecho mucho bien y me sentía algo mejor. Por fin comenzaba a recuperarme, y aunque mi rostro denotaba los excesos de la noche anterior, ya no tenía esa pinta de cadáver que me había asustado nada más levantarme.

Me vestí en mi habitación y regresé a la cocina para beber agua. Tenía la garganta seca, la sed me estaba devorando. Definitivamente, tenía que dejar el alcohol por una buena temporada. Miré en el salón y no divisé a Noemí, por lo que pensé que estaría tomando el sol en la terraza. Me dio miedo salir al exterior en mi estado, aunque el aire fresco quizás me sentara bien. Eso sí, primero iría a mi cuarto para recoger las gafas de sol; no quería deslumbrarme de nuevo y sospechaba que mis pupilas todavía no estaban preparadas para soportar los rayos solares del mediodía.

Segundos después me asomé a la terraza con algo de miedo. Notaba el pelo todavía húmedo, ya que sólo me lo había secado un poco con la toalla, buscando ese frescor que me permitiera sobrellevar las jaquecas. Enseguida vislumbré a Noemí, tumbada en una hamaca mientras leía una revista.

—Vaya, veo que has conseguido llegar hasta aquí sana y salva. ¿Te encuentras mejor? —preguntó Noemí solícita.

—Sí, gracias, mucho mejor. Ahora ya comienzo a sentirme persona. Veo que el estrés te está matando ahí tumbada, como un lagarto al sol —quise bromear.

—Claro, Eva, aquí se está de fábula. Ya te dije que esto te encantaría. Anda, coge otra tumbona y ponte aquí a mi lado.

—Ok, Noemí. Menos mal que me he traído las gafas, menudo solazo.

—Es lo bueno de esta terraza, da el sol durante todo el año. En invierno se está de lujo si no

llueve o hace demasiado viento, y ahora también. En algunos momentos del verano hace un calor abrasador, pero con la brisa que suele soplar no se está mal del todo.

—Sí, ya lo veo. En mi tierra no puedes ponerte tan tranquilamente al sol en pleno verano. Más de 40 grados en plena meseta no son moco de pavo, te lo aseguro.

—Ya imagino. Perdona, no te he ofrecido. ¿Quieres una? —dijo Noemí mientras me señalaba la cerveza que tenía descansando en una mesita baja—. He pedido comida china como te comenté, en un rato nos la traen. Verás como te sienta bien.

—Eso espero, Noemí. De la cerveza de momento paso, ya bebí bastante anoche. Seguiré con el agua, que dicen que es buena para la resaca…

—Bueno, ¿y qué tal la despedida? Tienes que contarme, me han dicho que el *Boys to men* tiene unos chicos de impresión.

—Sí, la verdad es que había tíos muy macizos —contesté sin demasiado entusiasmo—. Lo pasamos bien, la verdad, aunque ahora sólo me acuerde de los dichosos mojitos. Palabrita que no vuelvo a probar el ron en una temporada muy larga…

—Ya será menos, Eva. Venga, cuéntame algo jugoso mientras llega la comida. ¿Se desmelenó alguna chica de la oficina?

—Poca cosa, la verdad. Bueno, menos la prima de la novia, que se lo pasó muy bien con un mulato. La tal Charo era un auténtico terremoto.

—Cuenta, cuenta…

Noemí me miraba con gesto extrañado. Por mucho que me sintiera mal tras la borrachera, no era creíble que le contara mi gran noche de una forma tan desapasionada. Así que hice de tripas corazón y comenté con ella la jugada antes de que sospechara más de la cuenta. Lo veía en sus ojos, ella sabía que yo estaba ocultando algo.

Por supuesto no mencioné a Enrico, pero no podía callarme lo de Marta, por lo menos su presencia en la despedida. Mi compañera de piso podría enterarse en la oficina, y si yo no se lo mencionaba antes se daría cuenta de que no estaba siendo lo suficientemente sincera.

—Bueno, entre Charo y su compañera de fatigas, no veas el repaso que le dieron a más de un maromo. Alguien que no te puedes imaginar…

—¿Una de las chicas de administración? —preguntó Noemí con curiosidad.

—No, nada de eso. Más arriba…

—No te entiendo, Eva. ¿La novia quizás?

—Frío, frío. Me refiero a más arriba en el escalafón de nuestra empresa.

—No me digas que la jefa de personal se lió la manta a la cabeza y se lo montó allí mismo con un *stripper*. ¡Yo alucino!

—No llegó a tanto, por lo menos mientras yo permanecí allí. Pero Charo y su amiga formaron un dúo colosal, eran las más marchosas del grupo. Y aunque se trata de una jefa de departamento, no es el de personal —dije con una sonrisa.

—Pues chica, ni idea. La verdad es que no sé quién iba a ir a la fiesta, me pillas totalmente fuera de juego.

—Venga, te lo digo porque no lo vas a adivinar. Pero que esto quede entre nosotras. Por lo menos hasta que alguna de las participantes de la fiesta lo mencione en la oficina. De mi boca no ha salido nada, prométemelo.

—Claro, tonta, no te preocupes. ¿Por qué tanto secreto? Venga, dime de quién se trata de una vez.

—De Marta, mi jefa. Apareció por sorpresa después de cenar y se lo pasó de vicio durante

toda la noche —afirmé algo cabreada tras recordar la última escena en que la vi la noche anterior.

—¡Venga ya! No me lo puedo creer —contestó Noemí sorprendida—. ¿La estirada se pegó un homenaje con los *strippers*? Eso me hubiera gustado verlo a mí, ja, ja.

Al rato llegó el pedido del restaurante chino y proseguimos charlando mientras comíamos. Intenté bromear para que no se notara mi verdadero estado de ánimo, mientras le contaba algunas batallitas a Noemí: los diferentes números de los bailarines, las afortunadas novias que recibieron pases privados, los momentos más *hot* de la noche obviando la escena del baño y finalmente, tuve que confesar mi subida al escenario. Noemí se iba a enterar de todas formas, así que preferí contárselo yo a mi aire.

—Joder, ¡haber empezado por ahí, Eva! ¿Un tío macizo te levantó en volandas y te llevó con silla y todo al escenario?

—Así fue, Noemí. No veas que mareo, estaba ya medio borracha. Y qué vergüenza, claro, con aquel cachas contoneándose encima de mí.

—Venga, venga, quiero los detalles morbosos. No te vas a librar tan fácilmente. Al final tenía que haberme auto invitado, como tu jefa. Veo que lo pasasteis genial, aunque tú sigues sin tener muy buena cara.

—Ya sabes, el alcohol mata las neuronas y yo estoy todavía intentando encontrar algunas que se me han perdido esta noche por ahí.

—Sí, sí, pero no te escapes. Ahora quiero saberlo todo. ¿Qué te hizo el muchachote? Sabes que acabaré enterándome…

—Vale, yo te lo cuento —contesté algo abochornada.

Rememorar la escenita con Enrico en el escenario disparó de nuevo todo tipo de sensaciones en mí. Primero, acaloramiento debido al íntimo contacto con aquel cuerpo diez. Y después, cabreo por la forma en que el toscano me había utilizado. Evidentemente omití la frase que me dedicó al oído, y mis sospechas sobre la identidad del *stripper*, confirmadas minutos después en el tocador de señoras.

—Bueno, creo que después de todo ha merecido la pena la resaca. Te lo pasaste genial, dices que te reíste un montón con las compis, y encima te llevaste un alegrón para el cuerpo. ¿Qué más quieres, niña? Tú te fuiste al rato, pero quizás alguna de aquellas locas intentó algo más íntimo y personal con los bailarines. Ya sabes lo que se dice.

—Yo no vi nada extraño, desde luego. Aparte de los magreos cada vez que un chico se acercaba a las mesas, pero poco más.

—Bueno, quizás esperaron a que te fueras. Yo no lo he hecho, pero sí tengo amigas que se han liado con *strippers*, algunas incluso comprometidas o casadas. Ojos que no ven, corazón que no siente…

—No, si viendo el éxtasis general en el que se desarrollan ese tipo de fiestas, y la revolución dominante de hormonas alteradas, lo raro es que eso que cuentas no sea lo normal en estos locales. Los chicos deberían cobrar un plus de peligrosidad en sus actuaciones, la verdad es que desfasamos bastante.

—De eso viven estos garitos, no te preocupes. No hacen nada que no quieran, a los pobrecitos nadie les obliga a nada.

—No, si ya…

De nuevo la imagen de Marta disfrutando de su… No, debía alejar esa imagen de mi mente y cambiar de tema cuanto antes. Creía que ya le había dado suficiente munición a Noemí y

esperaba poder hablar de otra cosa. A mi modo de ver había llevado bien la conversación, alejando las posibles sospechas que pudiera tener mi compañera. No podía estar segura, claro, pero lo había hecho lo mejor que pude, dadas las circunstancias. Sólo esperaba que el idiota de Enrico no me estropeara la representación.

—Bueno, ¿y tú qué? —contraataqué a mi vez—. ¿Tienes planes para esta noche? Hoy es el primer sábado del verano, aunque en mi caso lo pasaré tumbada en el sofá.

—Pues no te creas, me das hasta envidia. Dentro de un rato me marcharé en coche, tengo un cumpleaños familiar en casa de unos primos que viven en Tarragona. Pasaré allí la noche y regresaré mañana por la tarde. No es que me apetezca mucho, pero bueno, es lo que hay. ¿Te puedo dejar sola, verdad?

—Sí, tranquila, estoy bien. Casi mejor, así descanso. Si Enrico no aparece tendré el piso para mi solita.

—No me vayas a organizar un fiestón en la terraza, que te veo venir… —dijo entre risas Noemí.

—Otro día será, hoy no estoy para muchos trotes. Venga, vamos a recoger esto, no quiero tampoco entretenerte si tienes que conducir un buen trecho.

—Sí, será mejor que me vaya preparando.

Llevamos las cosas a la cocina y lo recogimos todo entre las dos en un momento. Al rato, Noemí se despidió de mí, recordándome que si necesitaba algo urgente podía llamarla al móvil.

—Anda, si vas a estar en otra provincia. No pienso molestarte, faltaría más. Creo que ahora mismo me voy a meter en la cama para echarme una siesta. Conociéndome, y viendo el estado lamentable en el que todavía me encuentro, tal vez llegues mañana a casa y me encuentres ahí durmiendo.

—¡Hala, exagerada! Venga, descansa. Ya verás cómo se te pasa pronto la resaca y mañana será otro día. Pórtate bien y nada de orgías esta noche en casa, ¿vale?

—No te prometo nada, guapa. Una también tiene sus necesidades —respondí con una sonrisa fingida.

Noemí pareció darse cuenta de mi gesto hastiado, pero no añadió nada más. Me dio dos besos, cogió una mochila para el viaje y me dejó allí sola. Podía convertirse en mi primera noche sola en aquel fantástico ático, un piso que no deseaba abandonar, aunque todavía tendría que enfrentarme a Enrico.

Nada más irse mi amiga me enclaustré en mi cuarto, cerrando de nuevo la persiana del todo. Me metí en la cama y comencé a darle vueltas a la cabeza, pero de ese modo no iba a conseguir nada. Así que intenté relajarme, poner la mente en blanco y descansar un poco más, mi cuerpo lo necesitaba. Minutos después me quedé totalmente dormida.

Cuando me quise dar cuenta ya se había pasado media tarde. Me desperté algo sobresaltada, sin saber muy bien dónde me encontraba. Recordaba haber soñado algo referente a mis padres, pero no podía concretar demasiado. No quería volver a su casa ni en pintura, así que algo tendría que hacer para reconducir mi situación.

Encendí la luz de la mesilla, tapándome de nuevo los ojos al temer el fogonazo. Miré de nuevo el reloj y comprobé que eran casi las ocho de la tarde. ¡Madre mía, qué desperdicio de sábado! Llevaba casi todo el día metida en la cama y no había hecho nada de provecho. La resaca me había dejado para el arrastre, y encima no podría guardar un buen recuerdo de aquella noche de juerga.

De todos modos tenía que ser consecuente conmigo misma. Hasta que descubrí que el

stripper era Enrico, lo había pasado de miedo. Sí, me sentí algo mareada y confusa cuando me sacaron al escenario, pero nadie me obligó después a restregarme contra aquel espectacular bailarín que se contoneaba a mi alrededor. Y durante toda la noche me reí un montón con las chicas de la oficina. El problema real fue el fin de fiesta, con aquella imagen grotesca que no podría apartar de mi cabeza. Marta y su glotonería me perseguirían hasta el fin de los días…

Agobiada por las circunstancias, decidí salir de mi cuarto. Quizás me iría a dar una vuelta por el barrio para despejarme un poco, aunque la verdad era que el analgésico había hecho su efecto. Tenía todavía mucha sed, debido al exceso de alcohol de la noche anterior, así que me dirigí en primer lugar a la cocina para beber algo fresquito, y a ser posible sin un gramo de etanol entre sus componentes.

Todavía no había anochecido, aunque el crepúsculo se adivinaba por las sombras que comenzaban a cubrir toda la casa. Encendí la luz de la cocina al llegar allí y abrí la nevera. Encontré un frasco de zumo de frutas, tal vez me vendría bien. Vitaminas reconstituyentes para saciar mi sed y olvidarme poco a poco de la jaqueca. De pronto escuché un leve sonido a mi espalda y me sobresalté. Estaba sola en la casa, y no precisamente en mis mejores condiciones, por lo que sólo me quedaba rezar si algún intruso se había colado en el inmueble mientras dormía. Muy lentamente me giré, instantes antes de escuchar una voz grave que llevaba marcada a fuego en mi mente:

—Buenas tardes, Eva. ¿Qué tal te encuentras? —preguntó Enrico en tono mesurado.

—¡Maldito cabrón! —exclamé con todas mis fuerzas.

El grito me salió de dentro, casi ni lo pensé. Fue verle ahí sentado en el sofá con esa indolencia, mirándome con ese gesto chulesco suyo tan característico, y enervarme en un santiamén. En la encimera, a mi lado, encontré un frutero con algunas piezas sueltas y elegí una. Me asomé al hueco existente entre la cocina y el salón y lancé una manzana con todas mis fuerzas en dirección a Enrico. Quería darle, hacerle daño, y con toda mi mala intención apunté a su bonito rostro. Pero fallé…

—Gracias por la manzana, Eva —replicó Enrico mientras capturaba la fruta con un raudo movimiento de su mano—. La verdad es que tenía algo de hambre.

Y entonces miró la fruta, la frotó contra su camiseta y le pegó un buen bocado, haciendo crujir la manzana ante su potente mordisco. Me siguió observando con aire calmado, pero atento a mis movimientos. Me estaba sacando de quicio. Así que salí de la cocina, dirigiéndome a él entre gritos e imprecaciones.

—¿Cómo te atreves? Maldita sea, eres un auténtico gilipollas y yo…

—Cálmate, Eva, por favor —respondió Enrico mientras se levantaba del sofá con esa gracilidad pasmosa que ya había contemplado en sus movimientos—. Te puedo explicar lo que sucedió; si me dejas hablar, yo…

—¿Qué demonios vas a explicarme, capullo? Tú te aprovechaste de la situación, riéndote de mí.

—Siento discrepar, querida, yo no me aproveché de nada —contestó con gesto serio, pero con un tono cínico en su mirada, evaluando a su adversaria según me iba acercando a su posición.

—No mientas, por favor. Me escuchaste hablar con Noemí, sabías que iba a ir a ese garito. Y el italiano misterioso, el trabajador de la noche, casualmente actuaba en el *Boys to men* durante nuestra despedida de soltera. ¡Qué oportuno! —grité como una histérica, golpeando con mis puños contra su rocoso pecho en cuanto le tuve a tiro.

—Cálmate, por favor, déjame explicarte —contestó mientras me sujetaba con sus fuertes brazos para que no siguiera lastimándole. Tenía ganas de sacarle los ojos, pero su imponente presencia, una vez más tan cerca de mí, me descentró por unos segundos—. No fue exactamente así.

—¿Ah, no? ¿Y qué pasó entonces según tú, Casanova de pacotilla? A la mierda tu fachada de hombre misterioso, sólo eres un vulgar *stripper*.

Enrico pareció ofenderse por mi salva de improperios, aunque quizás le dolió más el tono en el que vomité mis últimas palabras. Decidió entonces soltar mis brazos y alejarse un par de metros de mí, aunque seguía mirándome de frente, taladrándome con esos ojos negros insondables en los que quería perderme para siempre.

—Vale, lo admito. Os escuché a Noemí y a ti hablar de la despedida de soltera de vuestra compañera, pero después se me olvidó. Ayer, sobre la media noche, recibí una llamada del dueño del *Boys to men*. Tenía un hueco libre en su programa de actuaciones individuales y me ofreció participar. Pagaban bien, me cuadró y me presenté en el local. A esas horas ni recordaba que vosotras ibais a estar allí.

—Ya, claro. Y voy yo y me lo creo, menudo caradura estás hecho.

—Puedes creer lo que quieras, es la pura verdad. Yo salí a actuar y después del primer giro te vi, allí plantada junto a la barra. Seguí bailando y observé cómo te dirigías hacia tus amigas, despidiéndote de ellas. Entonces improvisé, lo siento. Me acerqué hasta vosotras y…

—Sí, gilipollas. ¡Me levantaste en vilo! Pegaste tu casa a mi…, y me dejaste en el escenario. Joder, tú te movías sobre mí como si me estuvieras follando, no creo que eso tenga ni puñetera gracia.

—Creo que no te disgustó demasiado en ese momento. Recuerdo unas manos en mi retaguardia, no sé de quién serían… —apuntó entonces Enrico con la sonrisa aflorando entre sus carnosos labios.

—Bueno, eso no viene al caso. Yo estaba muy borracha y me dejé llevar —afirmé abochornada. El rubor prendió entonces mis mejillas, pero no pensaba desistir. Aquel idiota no iba a irse de rositas tan fácilmente. No cuando yo estaba en ebullición total, a punto de estallar—. El caso es que me vacilaste, jugaste conmigo y después tuviste que dejar tu sello personal, hablándome al oído mientras pronunciabas mi nombre.

—Sí, no sé lo que me sucedió. Tienes razón, ahí no me comporté de modo profesional, lo admito. Fue superior a mí, me tenía que haber callado.

—¿Para qué? ¿Para seguir ocultando tu identidad mientras te cachondeabas de mí? Te hubiera dado igual, luego te vi la cara a plena luz, disfrutando como un enano con la boquita de piñón de mi jefa…

—¿Qué has dicho de tu jefa? —preguntó Enrico, al parecer bastante sorprendido.

—No te hagas el inocente conmigo. La clienta que te trajinaste en el baño es Marta, mi jefa, no me digas que no lo sabías. Sólo querías humillarme del todo, menuda nochecita que me diste.

—¡Alto, alto! —exclamó—. No te creas el ombligo del mundo, nena. Yo no quería humillar a nadie. Aquella loba me asaltó en el pasillo, cuando iba camino del vestuario. Yo soy un chico soltero, ella tenía ganas y no le pregunté mucho más. Se abalanzó sobre mí y nos metimos en el primer sito disponible: el baño de señoras.

—No necesito más explicaciones, por favor. Ya os vi en plena faena, parece que es mi sino. Sólo veo tu culo al aire mientras te lo montas con tías de toda clase y condición —bufé sin pararme a pensarlo un segundo. Me estaba retratando con mis frases, demostrándole a Enrico que

me importaba lo que hiciera con su cuerpo. Él pareció darse cuenta y contraatacó.

—Ya sé que no tengo que darte explicaciones, pero pareces demandarlas. No tenía ni puta idea de que aquella mujer fuera tu jefa, y aunque lo hubiera sabido con anterioridad, tampoco me hubiera negado. Tenía una boca, ummm…

—Confirmado, eres un auténtico gilipollas —repliqué fuera de mí.

—No, joder, no era eso lo que quería decir. Sé que estuvo mal lo de sacarte al escenario a traición, lo lamento. Te pido mis más sinceras disculpas, no sé qué más decirte. Lo de después fue puñetera casualidad. La tipa me atacó y yo me dejé hacer, lo confieso. Pero detrás de ti llegaron más chicas y nos cortaron el rollo, así que no pasó nada más.

—Pobrecito, qué lastimita. ¿Te quedaste con el calentón o te buscaste otra loba en celo?

—No tengo por qué contestarte, Eva. Lamento que tuvieras que verme en esa situación, pero no me avergüenzo de nada. Yo soy libre de hacer lo que quiera con mi cuerpo, sólo siento haberme exhibido de ese modo en un lugar público, además en vuestro baño. Pero por lo demás, tampoco he hecho nada malo. Ya te he pedido disculpas y no sé qué más decirte. No es la mejor manera de comenzar nuestra relación como compañeros de piso, eso es cierto, pero prometo enmendarme y compensarte.

—No, la verdad es que no hemos comenzado con buen pie. Ya hemos tenido tres encontronazos y no creo que pueda soportar más situaciones de ese estilo.

—Tienes razón, soy idiota. En mi descargo diré que la primera vez que me viste yo ignoraba que tenía espectadores. Y lo de la ducha fue sin querer, te lo juro. —Enrico me miraba con cara de perro apaleado, demandando el perdón de su amo. Parecía no haber roto un plato en su vida, y mostraba un total arrepentimiento en sus gestos, buscando mi compasión. Por un momento dudé, queriendo perdonarle. Pero no, sabía que toda esa pantomima formaba parte de su representación—. Lo único de lo que me arrepiento es de sacarte al escenario, ahí jugaba con ventaja. Del resto de situaciones te aseguro que no tengo ni una pizca de culpa.

—Esa es tu opinión, guapito de cara. Pero yo tengo una muy diferente. Muy bien, tengamos la fiesta en paz, por lo menos de momento. No tengo ganas de seguir discutiendo hoy contigo, me está volviendo el dolor de cabeza.

—No, si yo no quiero discutir, ni en este momento ni en ningún otro. Vale, me he comportado como un auténtico mamón, ya te lo he dicho. No me voy a flagelar más, te aseguro que todo ha sido un malentendido.

—Sí, lo que tú digas, chaval. Bueno, me voy a ir a dar una vuelta, a ver si me despejo. Espero no verte la jeta cuando vuelva, por lo menos hoy. Mañana será otro día.

—Por favor, Eva, tampoco ha sido para tanto. No tenía ni puñetera idea de que esa mujer era tu jefa, si es que eso es lo que más te ha molestado.

Enrico había dado en el clavo, pero nunca lo reconocería. Había visto a Marta en una posición demasiado íntima con el hombre que ocupaba mis pensamientos y sueños desde hacía dos semanas y eso no se me olvidaría tan fácilmente. Decidí obviar el tema y darle la vuelta a mi antojo.

—Bueno, da igual. Eso sí, te rogaría que no le dijeras nada a Noemí. Yo sólo le he contado que un *stripper* me sacó al escenario, pero no le he dicho que te reconocí durante el baile. Así que tu coartada ante ella sigue intacta. Tampoco le he contado lo de Marta. Ella también la conoce, claro, y no quiero promover cotilleos en la oficina. Acabo de llegar a la revista y pretendo continuar en mi puesto. Además, creo que sólo lo vi yo así que…

—Tranquila, no diré nada. A mí tampoco me interesa contarle a Noemí según qué cosas. Y

no, nadie de vuestro grupo nos vio, aparte de ti. Las chicas que llegaron después eran de otra despedida, así que por mí el asunto queda zanjado.

—Eso es lo que tú te crees. Esto no va a quedar así, yo soy muy rencorosa —murmuré mientras salía del salón, camino de mi habitación.

Creo que Enrico no me escuchó, o no quiso escucharme. Le dejé allí plantado, aparentemente algo noqueado por nuestro enfrentamiento. Me daba igual, él se lo había buscado. Aunque la que salía perdiendo realmente era yo, a él no le importaba ni le afectaba aquella situación.

Me vestí de manera informal, aunque fuera sábado por la noche, y me fui a dar una vuelta. Sólo quería despejarme, y a ser posible olvidar el mal rato pasado. Primero, durante la madrugada en la despedida de soltero, y después, en el salón de casa discutiendo con Enrico. No me había gustado nada enfrentarme a él, por mucho que el italiano intentara arreglar las cosas con excusas que no me convencían.

Caminé sin rumbo fijo, y cuando me quise dar cuenta había llegado a la Plaza de Cataluña. Me di una vuelta por los centros comerciales, ya a punto de cerrar, pero no podía concentrarme en nada. Seguía pensando en Enrico: Enrico bailando, Enrico siendo engullido por una vampiresa de pega, o Enrico aguantando mis reproches. ¡Estaba tan guapo el jodido! Tenía maña en dejar caer sus largas pestañas, ocultando sus preciosos ojos para que me creyera su arrepentimiento. Pero no le iba a ser tan fácil.

Me metí en una cafetería y me tomé un par de sándwiches con un refresco. La comida china es saludable, sienta bien y alimenta, pero al rato estás muerta de hambre. Y mi estómago rugía, aunque no debía forzarlo todavía demasiado; no se encontraba en sus mejores días y no quise arriesgarme.

Mientras masticaba un emparedado de pavo con nueces, seguía dándole vueltas a la cabeza. No podría continuar así mucho tiempo a riesgo de acabar loca o algo peor. Pensándolo bien, Enrico tenía parte de razón. La escenita de la cocina con la vikinga, o el encontrármelo con Marta en el baño fueron casualidades, y ninguno teníamos la culpa en ese sentido. Pero su actuación estelar en el escenario, poniéndome como una moto mientras jugaba conmigo ante decenas de mujeres, eso sería más difícil de olvidar.

Por el bien de todos debía reconducir el tema, y quizás pasar página. No podía estar todo el día de morros, ni quería que Noemí se percatara de nuestro enfrentamiento. Al fin y al cabo vivíamos los tres juntos y deseaba continuar del mismo modo. Total, Enrico aparecía poco por casa y no chocaríamos demasiado. Y en los pocos momentos que coincidiéramos en el ático, tampoco era plan estar a la gresca. No si lo que pretendía era llegar a algo serio con el maldito italiano que me había robado el corazón.

Sí, lo tenía claro incluso en los instantes de mayor ofuscación. Durante la tarde, pegándole con todas mis fuerzas en su pecho, sentía que en el fondo seguía loquita por sus huesos. Algo lamentable, pero era la cruda realidad. Lo deseaba con todas mis fuerzas, y además, sentía algo muy fuerte por él. Y después del subidón del escenario, tenía ganas de más. Mucho más… Aunque primero tendría que hacer desaparecer de mi mente el rostro de Marta, relamiéndose, mientras disfrutaba de lo que debía ser mío.

Podría castigar a Enrico con mi indiferencia, pero sólo me perjudicaría a mi misma. Los hombres son más simples que nosotras, y no le dan tantas vueltas a las cosas en su cabeza. Él había admitido parte de su culpa, todo un logro por mi parte, y se había disculpado varias veces de distintas maneras. De ahí no iba a sacarle y no conseguiría mucho más. Y si yo le ignoraba, le

seguía insultando, o simplemente pasaba de él, a Enrico no le importaría demasiado. Conocía a ese tipo de personas y él no se iba a rasgar las vestiduras por algo así. Seguiría con su vida y punto. Por lo tanto, podría tirar un poquito más de la cuerda, pero no tensarla demasiado por riesgo a que se rompiera del todo y me quedara con un palmo de narices.

Regresé a casa sobre las 11.30 de la noche. Me había sentado bien el paseo, despejando mi mente y aclarando mis ideas. El dolor de cabeza también había desaparecido, y la resaca brutal con la que me desperté por la mañana pronto sería sólo un mal sueño.

Entonces me di cuenta del silencio asentado en el ático. Parecía que Enrico me había hecho caso, desapareciendo esa noche de casa. No tenía derecho alguno a echarle de su hogar de ese modo, pero supe que no volvería hasta el día siguiente. Por un lado me sentí poderosa porque había logrado mi propósito y él me había obedecido sin rechistar, permitiéndome disfrutar de la noche en soledad. Pero por otro lado, pensé que era una auténtica bruja.

No sabía si el italiano trabajaba o no, o si tenía planes para esa noche de sábado. El caso era que Enrico había desaparecido como por ensalmo, y yo me sentí mal por haberme comportado de ese modo. La había tomado con él, le había gritado como una auténtica verdulera y él apechugó con su castigo. Quizás él no estaría sufriendo ni llorando por las esquinas, pero yo me había pasado de la raya. No había vuelta atrás, así que intentaría comenzar de cero al día siguiente. Era la única salida posible a la tonta crisis que habíamos creado con todo lo sucedido.

Me quedé un rato en el salón viendo la televisión, pero el zapping no era lo mío. Al no encontrar nada decente pensé en meterme en la cama, aunque hubiera pasado allí la mayor parte de un sábado que por fin estaba a punto de terminar. Podría leer un libro y hacer algo de tiempo hasta que el sueño me venciera, permitiendo que el ansiado domingo llegara antes para todos.

Un flash me vino entonces a la mente al pensar en libros. Hubiera jurado que Enrico leía un libro en el sofá, bajo la luz de la lamparita auxiliar, cuando me lo encontré por la tarde, instantes antes de estallar. Mi furia contenida se desbordó y sólo pensaba en hacerle daño y decirle a la cara todo lo que pensaba, aunque aquel detalle se quedó grabado en mi memoria. Nunca hubiera pensado que a Enrico le gustara leer, aunque ese sería uno de los muchos detalles sorprendentes que iría descubriendo sobre el toscano a lo largo del tiempo. Y es que mi querido compañero de piso era como una caja de bombones: nunca sabías lo que te ibas a encontrar tras abrir la tapa…

Me dirigí a mi habitación, y tras encender la luz, me llevé otra agradable sorpresa que no me esperaba para nada. Sobre mi almohada, con la cama todavía a medio hacer después de la siesta, me encontré con un inesperado regalo: una rosa roja de tallo largo y una nota, escrita con una fina caligrafía que decía así:

“Lamento el malentendido, Eva. Espero que puedas perdonar mi comportamiento de estos días, y deseo que empecemos de cero por el bien de todos.

Nos vemos mañana. Besos.

R.”

¡No me lo podía creer! Por favor, ¡qué mono! Enrico se disculpaba de nuevo, esta vez a lo grande. Me había regalado una rosa roja preciosa, mi flor preferida, y dejado además una nota de disculpa. Era demasiado, y yo le había echado a la calle como un perro sin que él pusiera ningún impedimento, cumpliendo mis órdenes sin reproche alguno.

¿Cómo había averiguado que me gustaban las rosas rojas? Juraría que no se lo había mencionado a nadie desde mi llegada a Barcelona, pero bueno, me daba igual. El italiano era un encanto y había sumado muchos puntos con aquella puesta en escena. Desde luego el florentino sabía camelarse a una chica. Y yo sonreía, como una tonta, porque sabía que pensaba en mí

cuando entró en mi habitación para depositar la flor sobre mi almohada. Desde luego el día terminaba mucho mejor de lo que había empezado.

Había firmado la nota sólo con *R.*, imaginé que era el famoso *Rico* con el que le solían llamar. El chiste fácil asomaba a mi mente sin poder evitarlo, pero era imposible obviarlo. Mi italiano favorito era y estaba muy rico, le mirara por dónde le mirase…

Me desvestí y me metí en la cama con la sonrisa prendada en mis labios. Guardé la nota y la rosa en un cajón libre de mi cómoda, tampoco me apetecía compartir el gesto con Noemí, por lo menos de momento. Era un comienzo esperanzador y eso era lo único importante. Desde luego el chico se estaba esforzando y yo debía darle una oportunidad de enmendarse.

Abrí un libro y comencé a leer una novela de aventuras que tenía a medias desde hacía semanas. Pero no logré concentrarme. El rostro sonriente de Enrico, con aquel hoyuelo en la barbilla que daban ganas de comerse a mordisquitos, se aparecía ante mí una y otra vez. Evocaba incluso su peculiar aroma, el mismo que me había envuelto esa tarde en una nube de la que no quería escapar. Sí, tenía un verdadero problema con aquel muchacho, que ocupaba todos mis pensamientos. Pero por lo menos me acosté feliz.

Apagué la luz y cerré los ojos, cayendo minutos después en un sopor que me transportó al país de los sueños sin apenas darme cuenta.

Capítulo 2

Empezar de cero

A la mañana siguiente me despertaron unos extraños ruidos que provenían del interior de nuestra propia casa. Medio adormilada me pareció distinguir unos sonidos metálicos, o quizás el entrechocar de platos y vasos. La cuestión era que se trataba de algo molesto, y no conocía su verdadera procedencia.

De todos modos habían dado casi las once de la mañana, ya era hora de levantarse. Me había pasado medio fin de semana durmiendo, menudo desperdicio de comienzo de verano. Abrí entonces la persiana y vi el fantástico día que se mostraba ante mí. No era demasiado tarde para desayunar algo, ponerme el bikini y bajar un rato a la playa. Tendría que ir sola ya que Noemí se encontraba fuera y no tenía intención de decirle a Enrico que me acompañara, por mucho que la noche anterior ganara algunos puntos.

Me sonrojé sólo de pensarlo. No me veía preparada para estar sólo vestida con un diminuto bikini delante de él, mientras me taladraba con esos profundos ojos negros que me alteraban de aquel modo. Vale, me había visto sólo cubierta por una toalla al salir de la ducha, e incluso era posible que me vislumbrara totalmente desnuda, pero daba igual. No era el momento, y menos después del numerito del viernes noche y la posterior discusión entre los dos.

Además, no podría competir con ese cuerpo tonificado que se gastaba el muchacho. Seguro que si íbamos a la playa sería él el que atraería la mayoría de miradas, por muy escueto bañador que yo me pusiera. Y eso no era bueno para el ego de ninguna mujer.

En ese momento, mientras me desperezaba y ponía algo de ropa más decente que la que utilizaba para dormir, distinguí mejor los sonidos extraños escuchados anteriormente. Sí, sin duda alguna se trataba de platos o utensilios de cocina, así como armarios que se abrían y cerraban. ¿Sería Enrico el que trajinaba en la cocina? Lo averiguaría en un momento, pero primero acudiría al baño para adecentarme un poco.

Con el tiempo los compañeros de piso imagino que pasan más de esas cosas, y les da igual su aspecto delante de los demás, pero en mi caso, y mucho menos después de lo sucedido, no me podía permitir ese lujo. No me iba a arreglar como si fuera a visitar a la reina de Inglaterra, pero algo habría que hacer con los pelos de loca con los que me había levantado y las profundas ojeras que afeaban mi rostro. ¡Por Dios, que sólo tengo 23 años!

Me escabullí como pude al baño, escuchando nada más salir al pasillo los inequívocos sonidos de alguien que trasteaba en la cocina. Noemí no regresaba hasta la noche, así que sólo quedaba un candidato. O Enrico andaba por allí o se nos había colado en casa un duende cocinero.

Tras arreglarme un poco me dirigí hacia la cocina con gesto sereno, intentando no reflejar demasiado mis emociones, todavía a flor de piel. Seguramente no podría engañar a alguien tan experimentado como el italiano, pero lo intentaría.

—Buenos días, Enrico. ¿Qué estás haciendo, hombre de Dios? —pregunté divertida nada más llegar allí.

Él se encontraba de espaldas cuando le hablé, y pareció sorprenderse un poco por tener compañía. Se dio la vuelta y lo encontré con unas pintas que no me esperaba para nada: un

pantalón corto, una camiseta de hombreras y un delantal que le tapaba su imponente pecho. ¡Mi italiano favorito estaba cocinando!

—Vaya, Eva, me has asustado. Estaba aquí inmerso en la cocina, y no te he oído llegar —contestó algo confuso. ¿Se estaba poniendo colorado por mi presencia, o simplemente le incomodaba que le viera en ese trance?—. Espero no haberte despertado, soy un poco desastre con la cacharrería.

—No, tranquilo, ya era hora de moverse de la cama. ¿Qué estás haciendo? La verdad es que huele muy bien.

El cumplido pareció gustarle y Enrico se hinchó como un pavo. Relajó entonces el gesto, se limpió las manos en un paño azul que se encontraba a su lado, en la encimera, y avanzó un par de pasos dirigiéndose hacia mí. Pude sentir de nuevo su presencia, ese vigor invisible con el que llenaba el espacio a su alrededor, y entonces fui yo la que comencé a ponerme nerviosa.

—Hoy es el día de Enrico. Una vez al mes cocino yo alguna especialidad italiana, y Noemí me deja montar un zafarrancho en la cocina. Reconozco que lo mío no es la organización y pongo todo hecho un desastre, pero no te preocupes. Después recogeré y la cocina quedará inmaculada. Soy un poco caos pero yo me organizo, y desde luego el resultado culinario suele ser mejor de lo que te puedes imaginar al verme de esta guisa.

—Vaya, no sabía que cocinaras. No, si me parece bien, no voy a ser yo la que rompa vuestras viejas costumbres. Pero podías haber esperado a otro día, ¿no? Lo digo porque Noemí no está y creo que no llegará hasta la noche.

Enrico me miró de nuevo muy fijamente, evaluándome. Sabía que era una buena contrincante, y que no me dejaría tampoco engañar tan fácilmente. Quizás quería congraciarse conmigo a través de la gastronomía, y la verdad es que aquello olía de rechupete. Además, estaba muy sexy con esa pinta y saber que estaba cocinando sólo para mí me hizo salivar. Y no sólo por la comida…

—Ya, es una lástima que Noemí se vaya a perder mi sinfonía de sabores. Pero bueno, se lo podrá cenar esta noche. Ha coincidido que hoy tengo tiempo, que tú eres nuestra nueva compañera, y me pareció un buen modo de irnos conociendo. Quiero olvidar el pasado, comenzar de cero y mirar hacia delante. Y se me ocurrió que comer juntos un buen menú toscano, acompañado de un Chianti que tenemos por ahí, podría ser una buena manera de zanjar nuestra disputa. Espero que te guste la comida italiana y de nuevo, por última vez para olvidar este asunto, quiero pedirte disculpas por lo sucedido. ¿Te parece bien?

Me pareció ver un gesto de rubor en su rostro, incluso Enrico llegó a bajar los ojos. O era un excelente actor o el pobre lo estaba pasando realmente mal. Yo no iba a machacarle más, podíamos hacer tabla rasa y olvidarnos de todo. Además, me picaba la curiosidad averiguar lo que estaba cocinando.

—Claro, me parece bien. Y por cierto, gracias por el detalle de anoche. La rosa es preciosa, no te tenías que haber molestado.

—No fue ninguna molestia, te lo aseguro. Es lo menos que podía hacer. Muy bien, entonces tengo que pedirte un pequeño favor.

—Vale, tú dirás… —contesté intrigada mientras me ponía un café.

—Espero que no te siente mal, es que soy un poco maniático con mis cosas. Si te parece bien, una vez que desayunes, por supuesto, preferiría quedarme solo. Me gusta cocinar a mi aire, hacer ruido, cantar o soltar tacos según se me vaya dando la tarea. Muevo los cacharros de aquí para allá, mancho todo lo habido y por haber, y ese torbellino puede resultar un poco cargante. Si

estoy solo no molesto a nadie, y puedo concentrarme mejor en la cocina. Además, igual me pongo algún Aria de Puccini para evocar mi tierra mientras le doy a los fogones.

—Esto…, no, claro si te entiendo —contesté algo anonadada—. Tenía pensado ir a la playa un rato esta mañana.

—Ah, muy bien, me parece perfecto. Con que vuelvas a casa para las dos y media o tres de la tarde ya me valdría. Espero no molestarte, pregúntale luego a Noemí y ella te dirá que estas jornadas gastronómicas italianas a veces se convierten en un auténtico desastre. Pero normalmente el resultado merece la pena, aunque eso tendrás que decidirlo tú misma cuando pruebes mis platos. Así que haz ejercicio esta mañana para que se te abra el apetito, que seguramente acabaré como siempre: preparando comida para un regimiento.

—La verdad es que me dejas intrigada. De acuerdo, te dejaré a tu aire aquí solito. Yo me voy a la playa, y después probaremos esas delicias italianas, a ver qué tal… —contesté con gesto pícaro.

—Perfecto, nos vemos luego, Eva. Si te acuerdas compra pan, que ya me he acostumbrado a acompañar la comida con pan como hacéis vosotros en España.

—Muy bien, no te preocupes. Luego nos vemos, Enrico. Espero que te sea leve en tu batalla contra las cacerolas. *Ciao*.

Le dejé algo más tranquilo y me fui a mi habitación tras desayunar. La verdad era que me había sorprendido bastante encontrarme a Enrico entre fogones, aunque ya me había dicho Noemí que, salvando su desmesurado apetito sexual, luego era el compañero perfecto de piso. Así que preparé una mochila, me puse el bañador y unos minutos después me despedí del italiano, camino de la playa.

Los domingos por la mañana, y más en una playa urbana como la de la Barceloneta, el flujo de personas era mucho mayor que en otros días. Pero bueno, yo sólo quería ir tostando mi piel ya de por sí morena, tomar el sol y disfrutar del día antes de volver el lunes al trabajo. Me di también algún que otro baño en el mar, algo encrespado en ese día, y después me distraje escuchando mi MP3 mientras me tumbaba en la toalla. Una mañana de lo más aprovechada.

De todos modos quería regresar a casa por muchos motivos: curiosidad por ver lo que había preparado Enrico para comer, viendo la cacharrería que tenía allí montada, y también un poco de ansiedad. Iba a ser nuestra primera comida los dos solos, y aunque no lo considerara una cita ya que era en nuestra propia casa, quería ver como se desenvolvía el florentino en semejante trance. Sin olvidarme de mis posibles reacciones, sabiendo el efecto devastador que causaba en mí tenerle tan cerca.

Para darle tiempo a Enrico llegué sobre las tres menos cuarto a nuestro domicilio, aunque tuve que volver sobre mis pasos al llegar al portal, ya que no había comprado el pan. Subí entonces al ático y nada más abrir la puerta me asaltó un maravilloso aroma que se colaba por todas las rendijas del inmueble.

—¡Ya estoy en casa! —grité alborozada para avisar a Enrico al no verle en la cocina— Umm, huele de maravilla, se me hace la boca agua…

—Ah, menos mal, ya estás aquí —replicó Enrico asomándose por el pasillo—. Estaba terminando de preparar la mesa en la terraza. He colocado todo debajo de la pérgola para que no nos moleste el sol, espero que tengas hambre.

—Sí, la verdad es que sí. Y aparte de hambre, tengo mucha curiosidad por saber lo que has cocinado.

—Bueno, aunque he querido ir a lo seguro, me ha costado tenerlo todo a mi gusto. Menos

mal que no me has visto, cuando algo no salía bien gritaba incluso por encima del aria que estaba escuchando. Al final la cocina no ha podido conmigo y hoy vas a tener el placer de degustar una comida auténticamente toscana. De hecho la mayoría de platos son florentinos. ¿Conoces *Firenze*?

—No, que más quisiera yo —contesté muy a mi pesar—. Tengo muchísimas ganas de ir, me han dicho que es como un museo al aire libre. Espero poder visitarla pronto, tal vez en un futuro próximo…

Lo dejé en el aire, y Enrico me miró con gesto inquisitivo. Seguíamos midiéndonos con la mirada, como dos ciervos a punto de chocar sus cornamentas, dispuestos para la batalla. Aunque por supuesto una batalla mucho más sosegada que la de la tarde anterior.

Mi mente desvarió y se imaginó a un Enrico desnudo, cubierto únicamente por aquel sencillo delantal, mientras preparaba sus platos en la cocina. Después iba al salón y colocaba un CD en el equipo de música, dejándose llevar por los acordes de una ópera inmortal con la que se acompañaría mientras se aplicaba en la tarea.

El día anterior le encontré con un libro que vi más tarde sobre una repisa, uno de Paul Auster. Hoy cocinando para mí mientras disfrutaba de la música de Puccini o cualquiera de los grandes maestros italianos. Desde luego Enrico era toda una caja de sorpresas. No había duda: se notaba su fina cuna, Noemí ya me advirtió que era un chico de buena familia. Y sin embargo, malgastaba su vida trabajando por la noche en sitios que a muchos les hubieran parecido poco apropiados para una persona tan culta como parecía ser él.

¿Qué le habría ocurrido en su tierra? Por lo poco que sabía, había salido de Florencia varios años atrás, y tampoco tenía un gran trato con su familia. Seguro que alguna desavenencia, todos las tenemos con diferentes miembros de nuestras familias a lo largo de la vida. Pero debía ser algo grave para que hubiera elegido ese tipo de vida, bastante alejada de lo que yo suponía había sido su anterior existencia en Italia.

No quise elucubrar más sobre un asunto que no me concernía, y del que no pensaba mencionar ni una palabra para no estropear la tarde. Enrico había preparado esa comida en mi honor, y yo debía comportarme en consonancia con el momento.

—Venga, acompáñame a la terraza. Llevaré también la botella de Chianti que tenía reservada, espero que te guste.

—No sé si debería probar el vino después de la borrachera del otro día. Pero imagino que si no acompaño la comida con él no será lo mismo.

—Efectivamente, Eva, has acertado. Tranquila, con una copita será suficiente. Tienes que hacer hueco para todos los platos que he preparado. Al final me ha cundido la mañana.

Salimos juntos a la terraza y la primera visión me sorprendió aún más, y eso que ya llevaba un día lleno de sorpresas. Enrico había preparado una mesa primorosa, con una vajilla y cubertería dignas de un gran banquete, servilletas de hilo fino, y unas delicadas copas de vino. Un centro de mesa floral adornaba también la composición, y varias fuentes y cacerolas ocupaban una mesa auxiliar que el italiano había preparado con mimo para no tener que ir y venir de la cocina. ¡Impresionante!

Me acomodó la silla y se dispuso a servirme, tratándome como a una invitada especial. No sabía si ésa era su habitual desenvoltura, y si se comportaba igual en sus anteriores jornadas gastronómicas italianas con Paul y Noemí, pero a mi me daba igual. Yo me sentía como una reina y me imaginé que todo aquel espectáculo lo había montado sólo por mí. Desde luego mi compañera tenía razón: Enrico sabía tratar a una mujer y yo estaba en la gloria. Y eso que

todavía no había empezado a comer.

—¡Madre mía, Enrico! —exclamé encantada—. Te felicito, menuda presentación has montado aquí fuera. Parece la comida de Navidad.

—Bueno, un día es un día, Eva —contestó disimulando—. Espero que te guste la comida, porque si no el resto no sirve para nada.

—Seguro que sí, no te preocupes. ¿Y qué tenemos hoy para comer, chef Manfredi?

—Para la señora hemos preparado hoy un menú típico toscano. De entrantes tenemos unos *crostini di fegatini*, espero que te gusten. Vosotros podríais llamarlas tostadas de higo, aunque no son sólo eso. Se prepara una salsa a base de hígado de pollo, alcaparras, anchoas, cebolla, mantequilla y un poquito de caldo, y se extiende sobre el pan caliente. Una auténtica delicia de mi tierra, y hoy creo que me han quedado geniales. Lo acompañaremos con embutidos de aquí, que hay que reconocer que tampoco son malos del todo.

—Vaya, y eso sólo para los entrantes, estoy anonadada. ¿Teníais todos los ingredientes para esta comida?

—No, y me ha costado encontrarlo todo. Evidentemente la *vitella* no es de Mugello, la carne de ternera quiero decir. Y con alguna otra cosa he tenido que improvisar. He salido esta mañana temprano y he ido a un par de tiendas, pero bueno, he podido encontrar casi todo a mi gusto.

—Ya veo, menudo despliegue —contesté cada vez más alucinada. ¿Se había molestado tanto sólo por mí?—. Bueno, y para continuar tenemos…

—Quería haberme puesto con mi famosa *ribollita* o una *minestra*, pero no está el tiempo para sopas. Además, si quería luego añadir pasta, carne y postre no me iba a dar tiempo a cocinarlo todo.

—No sé si te hubiera dado tiempo a cocinarlo todo, pero yo desde luego no puedo meter tanta comida en el cuerpo —protesté—. ¿Qué quieres, cebarme como a los pavos en Navidad?

—No era mi intención, *signorina*. Bueno, que me pierdo. Nos olvidamos de la sopa, y nos decantamos entonces por unos *pappardelle al funghi*. Quería haber preparado los típicos de la Toscana, pero necesitaba otros ingredientes más difíciles de conseguir. Por aquí no he visto liebre, jabalí ni otros acompañamientos que hubieran servido. Así que nos conformaremos con las setas.

—Claro, claro —contesté embobada. El italiano me iba mostrando las bandejas humeantes con todos aquellos platos tan sabrosos y yo babeaba literalmente, y no sólo por la comida. ¿Sería todo una vulgar manipulación? Siempre se ha dicho que a un hombre se le conquista por el estómago, pero no había oído frase similar refiriéndose a las mujeres.

—Después tenemos el bistec a la florentina, pero adaptado a los gustos españoles. Allí se suele hacer con la cocción a sangre, algo que suele impresionar a los no florentinos. Pero tranquila, no está tan crudo como parece a simple vista. Y un poco de ensalada para acompañar, que las judías típicas ya eran demasiado.

—Tranquilo, me gusta la carne poco hecha. Pero vamos, no sé yo si llegaré hasta ese plato, esto es una exageración. A la mierda mi dieta y mi línea.

—Anda, deja de decir tonterías. Todas las mujeres sois iguales, y que yo sepa tú tienes una silueta estupenda, no tienes que adelgazar. Aunque todavía queda lo mejor para rematar la faena.

—¿No pretenderás que coma también postre? —dije mientras comenzábamos con los entrantes antes de que se enfriara la comida.

—Bueno, tú te lo pierdes. No es algo típico florentino, pero mi tiramisú es digno de premios

internacionales de repostería.

—No, eso sí que no…, no podré resistirme. ¡El tiramisú me encanta!

Enrico me mostró la increíble fuente de tiramisú que había preparado y tenía razón: mostraba un aspecto espectacular. Era uno de mis postres preferidos y no podría resistirme a su llamada. De hecho, estaba tentada de pasar de la pasta, y lanzarme directamente a por el tiramisú. Total, ni los hidratos ni los postres era lo más aconsejable para mantener la línea, pero por un día no iba a suceder nada malo…

La comida fue deliciosa y la compañía mucho más. Disfruté como una enana de aquellos platos tan exquisitos y Enrico me demostró que era no sólo un perfecto anfitrión, sino también un agradable conversador. Además, consiguió que no me sintiera incómoda en ningún momento y eso ya era un logro dados los antecedentes entre los dos.

Tras hablar con él me reafirmé en mi suposición. Enrico provenía de una familia acomodada y aparte de una gran cultura, tenía una educación excelente, por mucho que lo intentara disimular con alguna salida de tono. Me contó algunos detalles interesantes sobre su familia, aunque sin ahondar demasiado, por lo que pude saber algo más de él.

Su madre había muerto cuando Enrico andaba todavía por la educación secundaria, y toda la familia sufrió terriblemente debido a la larga enfermedad que finalmente acabó con su vida. Su padre, un próspero empresario de la zona con participaciones en varios negocios, se había hecho cargo de él y de su hermana mayor, Nicoletta, pero sus obligaciones profesionales le impedían pasar demasiado tiempo con sus hijos. Eso les fue distanciando y otros temas que obvió concretar les encaminaron hacia un callejón sin salida.

Años después, Nicoletta se casó con su novio de toda la vida y se fueron a vivir a Estados Unidos. Enrico se sintió más solo que nunca, acabó los estudios secundarios y no supo qué camino emprender. Su padre quería que estudiara Arquitectura o Ingeniería, pero a él no le gustaban esas ramas ni se le daban demasiado bien el dibujo o determinadas ciencias que serían asignaturas obligatorias en la carrera universitaria. Así que las discusiones se sucedieron, pero finalmente se matriculó en una universidad privada no demasiado lejos de su casa.

—Fue un auténtico desastre, Eva, te lo aseguro. Yo había sido un buen estudiante hasta que murió mi madre, pero después me desmandé. Además, mi padre sólo quería imponerme las cosas, me coartaba mi libertad, y estábamos todo el día a la gresca.

—Sí, te entiendo. Creo que me suena de algo… —respondí embelesada mientras él iba desnudando su alma.

—Total, que al final me cogí una mochila y me puse a recorrer Europa con un amigo. Meses después acabé en Barcelona. Este chico regresó a Italia, pero yo me quedé aquí y ya han pasado siete años desde entonces…

Ignoraba si Noemí disponía de toda aquella información, pero Enrico se iba desahogando conmigo, contándome detalles de su vida que parecía no haber sacado de dentro en mucho tiempo. Viejos rencores y reproches asomaron a sus labios, pero según él, no quería amargarme la tarde.

—No te preocupes, no me has amargado nada. Si quieres te cuento yo un poco de mi aburrida vida, nada que ver con tus aventuras de mochilero.

—Claro, perdona, parece que sólo hablo yo. Es verdad, tú eres la nueva aquí y no sabemos mucho de ti, aparte de que trabajas en la misma revista que Noemí, claro.

—De acuerdo, pongámosle remedio ahora mismo —contesté con una sonrisa.

Le conté algo de mi vida, aunque yo también soy una persona reservada y no era plan

desnudarle mi alma al primer intento. Y por supuesto, tuve cuidado de no dejar traslucir demasiado mientras temía que el italiano pudiera ver en mis ojos lo que realmente sentía por él. Pero no, Enrico parecía relajado y feliz charlando conmigo, y yo no pretendía arruinarle la tarde.

Lo que si tuve que hacer fue pellizcarme en alguna ocasión, ya que a veces me quedaba embobada contemplándole mientras hablaba, dibujando en mi mente la sinuosa curva de su mentón y de sus labios carnosos, prestos a ser tomados a la fuerza. Me venían incluso poderosos flashes mentales en los que veía como yo arrastraba a Enrico hasta la hamaca situada en el rincón y le poseía con una fiereza inusitada, como una amazona lista para entrar en combate.

—Eva, ¿te ocurre algo? Veo que te estoy aburriendo con mi charla.

—No, perdona, no es eso. Me había quedado en Babia un momento, nada más. Oye, si te parece recogemos todo esto antes de que venga Noemí y seguimos charlando dentro. ¿Te apetece un café?

—Sí, por mí perfecto. Hoy no tengo que ir a ningún sitio y no me apetecía salir. Si quieres seguimos charlando en el salón, vemos una peli o lo que sea mientras llega Noemí.

—Vale, me parece buena idea.

Yo estaba en una nube, aunque ya me había dado cuenta de que Enrico me trataba como a una compañera de piso. Sí, había sido muy gentil y caballeroso conmigo, pero nada más. Había empezado a notar ese fino muro invisible que separa a los amigos de los que pueden llegar a ser algo más, aunque entendía que Enrico tomara sus precauciones. El día anterior le había montado un auténtico escándalo y él había reaccionado estupendamente, minando mis defensas con el increíble comportamiento de aquel domingo tan especial.

De todos modos, él no estaba haciendo nada malo, ni poner barreras ni nada similar. Era sólo mi cruel imaginación, que veía unicornios donde no había más que simpatía y buen humor. Enrico era un chico muy agradable, y yo entendía perfectamente lo que Noemí me había comentado sobre él. También había podido entrever un lado más misterioso en el carácter del italiano, algún cadáver en cajones ocultos que le seguían martirizando aunque hubiera transcurrido el tiempo, pero mi labor no era la de psicoanalizarle. Para mí había sido una tarde muy provechosa, y me había sentido muy a gusto en su compañía. Sólo esperaba que no se estropeara…

Noemí llegó al piso sobre las ocho de la tarde. Nos encontró riendo, sentados cómodamente en el sofá mientras veíamos, sin prestar demasiada atención, una comedia romántica que estaban reponiendo en un canal de televisión. La informática se sorprendió un poco al vernos en esa pose tan amistosa, y eso que ella no sabía nada de nuestra monumental bronca.

—Veo que lo estáis pasando genial, chicos. ¿Me he perdido algo? —preguntó nada más llegar al salón.

—Ya te digo, amiga. Las jornadas gastronómicas de la Toscana han sido sublimes. Creo que he engordado tres kilos, pero me da igual. ¡Mataría por poder comerme esa fuente de tiramisú todos los días! —afirmé entre risas.

—¡Venga ya! —exclamó—. No me puedes hacer eso, Enrico, ya te vale. Sabes que me encanta la comida de tu tierra y…

—Tranquila, Noemí, queda suficiente en la nevera. Si tienes hambre ya sabes…

—Ojalá, pero he terminado de comer con mis primos hace un rato. Esta gente alarga las sobremesas una barbaridad, casi no salgo de allí. Por curiosidad, ¿cuál ha sido el menú de hoy?

—Ya lo conoces, amiga: *crostini*, *papardelle*, bistec y tiramisú…El típico menú de la Toscana, cocinado con mucho mimo.

—Buena elección, sin duda. ¿Te ha gustado, Eva? —me preguntó Noemí con algo de chufla. Me pareció ver en ella un gesto que yo identifiqué como *"Menos mal que el italiano no se había fijado en ti, te ha preparado un menú más que especial…"*.

—Espectacular, Noemí. Si hay que votar en democracia, yo secundo la moción para que a partir de ahora todos los domingos cocine Enrico en casa. O por lo menos cada quince días…

—Buff, eso es mucho, que luego os cansáis de mí. Una vez cada mes o mes y medio, que luego os acostumbráis y me esclavizáis. Hoy me he querido esmerar porque Audrey no había probado la comida de mi tierra y yo tenía más tiempo que otras veces.

—¿Audrey? —preguntamos Noemí y yo a la vez.

—Sí, Audrey, Audrey Hepburn. Ya sabéis, la de "Vacaciones en Roma". ¡Mamma mía! No me digáis que no sabéis quién es…

—Claro que sabemos quién es Audrey Hepburn, *italianini* —contesté con algo de mala leche—. Tengamos la fiesta en paz, Enrico. ¿Por qué me has llamado Audrey? Que yo sepa no me parezco en nada a la actriz.

—Si tú lo dices… —contestó divertido Enrico mientras encajaba el puñetazo medio en broma medio en serio que le lancé contra su hombro—. Eres clavadita, la verdad.

—No, Enrico, creo que te equivocas. Juraría que Eva se parece más a la actriz española Elena Anaya. Fíjate en su pelo, los ojos, el corte de su cara…

—Me estáis cabreando, graciosillos —bufé mientras me levantaba del sofá para ir al baño —. Y menos cachondeito, que como empiece yo hoy no terminamos.

—Sí, mejor dejémoslo, Noemí. No queremos que nuestra nueva compañera se cabree con nosotros, ¿verdad? —contestó Enrico mientras me guiñaba el ojo. Lo decía por la bronca del día anterior, pero yo sabía que no diría nada más, por mucho que jugara conmigo—. Aunque puede que tengas razón, no había caído yo en Elena Anaya…

—Vale, ya, chicos, no lo voy a repetir. Me voy al baño y cuando vuelva espero que hayáis cambiado de tema.

Ambos se rieron y los dejé allí, hablando de sus cosas. Cuando regresé ya se había olvidado la broma, y un rato después cenamos todos juntos. Noemí quiso probar parte del menú toscano y Enrico y yo nos decantamos por algo más ligero después de la copiosa comida. Yo me hice una ensalada y me comí un yogurt, tendría que equilibrar un poco la dieta después de los excesos del fin de semana.

Cuando me quise dar cuenta ya era hora de acostarse. El domingo llegaba a su fin y yo debía estar preparada para una semana de trabajo que se prometía complicada. Todavía ignoraba cómo iba a reaccionar cuando tuviera de nuevo a Marta frente a mí, sabiendo lo que había visto el viernes por la noche. Sin contar con el recochineo que podría haber entre las chicas de administración, ya que me había largado del garito casi nada más terminar mi sonada presencia en el escenario junto a aquel *boy* que quitaba el hipo…

Capítulo 3

Los lunes no son un día cualquiera

He de reconocer que no las tenía todas conmigo cuando llegué el lunes a la oficina. Tendría que disimular lo mejor que pudiera delante de Marta, ella no debía saber que yo la había pillado in fraganti. Me largué rápido del baño, sin mirar atrás, pero no podía asegurar que ella no me hubiera visto a su vez. De todos modos, intentaría olvidarme del tema y centrarme en lo verdaderamente importante de esa semana: el comienzo de mi actividad periodística profesional dentro de la revista.

A primera hora no vi a mi jefa por ninguna parte, así que estuve tranquila. Incluso tuve tiempo de ir a tomar un café con Marc, que por supuesto, quiso tirarme de la lengua.

—Mala pécora, me ha dicho un pajarito que te sacaron al escenario y todo. Ya me lo estás contando con pelos y señales…

—En otro momento, Marc —contesté avergonzada—. Tengo mucho trabajo que hacer, ya sabes, el comienzo del reportaje famoso. Por cierto, ¿sabes dónde está mi jefa? Como le sueles llevar la agenda, ya sabes.

Marc me miró con gesto extraño, casi pensativo. ¿Estaba decidiendo si contarme algo? Quizás todo el mundo sabía que yo había pillado a mi jefa Marta en una posición poco honorable con el *stripper* que me había sacado al escenario e iba a hacer el idiota si disimulaba. Al final pareció pensárselo mejor y me dijo:

—La verdad es que no, hoy no sé dónde andará la buena señora. Creo que desfasó un poquito la otra noche. Igual los excesos le han pasado factura, que ya va teniendo una edad la jefa de departamento.

—Mejor no me hables, yo sí que lo he pasado mal este finde —confesé a media voz—. Me pillé una tajada importante, y me pasé el sábado completo recuperándome de la resaca. Me parece a mí que soy yo la que no está para muchos trotes. Desde luego Marta tenía una marcha impresionante con la prima de la novia, eran el alma de la fiesta.

—Ya te pillaré con más calma para que me lo cuentes. Ahora me marcho, que tengo muchas cosas que hacer. Pero no te vas a librar tan fácilmente, monina. Anda, mira, ahí viene una de las de la pandilla…

Sonia llegó hasta nuestro lado, dispuesta a tomarse un café. La organizadora de la despedida de soltera de Patricia apareció también con ojeras, aquel lunes ninguno teníamos nuestra mejor cara. Marc se despidió de ambas y yo me quedé un momento más allí, quería saber lo que aquella chica tuviera que decirme. Si es que tenía algo que comentarme después de mi espantada en la fiesta.

—Buenos días, Eva, ¿Te encuentras bien? Como el otro día te fuiste un poco apresuradamente…

—Sí, perdona, Sonia. Llevaba mucho alcohol encima, recuerda que me estaba ya despidiendo de ti. Y luego me sacó el bailarín a la pista y todo me daba vueltas. Por eso preferí irme a casa antes de liarla del todo, que me conozco. ¿Qué tal acabó la fiesta?

—Vaya, lo siento. La verdad es que no recuerdo eso que dices de que te estabas despidiendo de mí. Yo también me pillé una buena, je, je —aseguró Sonia mientras me guiñaba el ojo—. Eso

sí, menudo bailecito te marcaste con el muchacho. Anda que no estaba bueno ni nada…

—Sí, es cierto. Pero yo andaba más que desorientada, no me enteré de mucho —contesté queriendo terminar la conversación.

—Ya veo, ya. Por eso se te iban las manos, pillina.

—Sería un acto reflejo, ya sabes —quise disimular. Prefería zanjar el tema y volver a mis quehaceres, aparte de que en cualquier momento podía aparecer Marta por allí—. Y vosotras qué, ¿secuestrasteis a algún *stripper*?

—Yo no, soy una sosa, aunque ganas no me faltaron. También me fui al rato. Pero por lo visto las dos marujas se lo pasaron en grande con un par de muchachotes fornidos…

—Venga ya, no me lo creo. ¿Te refieres a…?

—Schhhh, nada de nombres, que las paredes oyen.

Me quedé momentáneamente bloqueada, no podía ser. Enrico no apareció hasta el sábado y Sonia afirmaba que mi jefa había salido del garito en buena compañía. ¿Se habían ido juntos? No, era imposible…

¡Maldita sea! Por eso se mostró tan preocupado Enrico cuando le dije lo de Marta. ¡Claro, ahora lo veía nítido y transparente! El muy capullo se lo había pasado en grande con mi jefa durante toda la noche y se sintió culpable cuando se enteró de quién era.

Pero entonces, ¡me había vuelto a engañar! El cabronazo me preparó todos aquellos exquisitos manjares para lavar su conciencia, esperando que yo nunca llegara a enterarme de la realidad. Me iba a oír el maldito italiano, ya me tenía harta.

De todos modos, estaba prejuzgando de nuevo; no podía precipitarme y sacar conclusiones apresuradas. No sería la primera vez en mi vida que metía la pata por pasarme de lista. Le daría a Enrico una última oportunidad, pero si realmente había sucedido lo que estaba pensando, acabaría de una vez por todas con el Don Juan de la Toscana. Tenía que averiguar más datos sonsacando a Sonia.

—Pero entonces, ¿las marchosas continuaron la juerga con dos maromos? —pregunté a mi vez, temiendo la respuesta.

—Sí, la prima de la novia y la que se unió la última a la fiesta, creo que la conoces bien. Hicieron muy buenas migas y dicen las malas lenguas que también las hicieron después en un cuarteto muy afinado.

—Joder, ¡qué fuerte! Mi…, bueno, ya sabes, y su amiga, disfrutando de la noche barcelonesa. Dicen que el sexo es bueno para el cutis.

—Anda, no seas mala. Una chica de otra mesa me dijo que vio saliendo a tu jefa del baño con un maromo, pero no sé si sería ése con el que luego se largó. Creo que los cuatro se metieron en un taxi y se fueron a casa de alguien. A lo mejor la maratón sexual les ha durado todo el finde y no pueden ni moverse…

—No me extrañaría, aquellos tíos tenían pinta de ser “generosos” en todas sus actuaciones —contesté con descaro, esperando que mi interrupción en el baño hubiera evitado que Marta se fuera con su primera elección.

—Bueno, seguiremos cotilleando en otro momento, que tengo mucho trabajo pendiente. Tú por lo menos no tienes por aquí a tu responsable, algo es algo. Ya nos meteremos un poquito contigo cuando estemos todo el grupito, no te creas que esto ha acabado…

—Lo que pasa en Las Vegas, se queda en Las Vegas. ¿No dicen eso los tíos en las pelis? Pues nada, aplícate el cuento.

Sonia sonrió ante mi ocurrencia y regresó a su sitio. Decidí no comerme la cabeza, bastantes

problemas tenía ya encima. Enrico no se había ido con Marta, él me aseguró que no pasó nada entre ellos y debía creerle. ¿O no?

Me fui también para mi sitio, esperando tener una mañana tranquila. Seguiría buscando información sobre la noche más transgresora de Barcelona, aunque andaba algo perdida. En aquella jornada de lunes post fiesta era cierto que prefería no tener a Marta revoleteando a mi alrededor, pero en algún momento tendría que enfrentarme a ella. Y además, ella debía guiarme un poco para empezar cuanto antes con el reportaje, se nos echaba el tiempo encima.

Al rato recibí un correo en mi bandeja de entrada. El remitente era Marta y me decía que ese día no acudiría a la oficina porque tenía otros asuntos que atender. De todas maneras, me enviaba documentación para revisar y una lista de enlaces de Internet donde hablaban de diversos temas relacionados con algunas actividades que solían desarrollarse en la noche de Barcelona, muchas veces fuera de la legalidad vigente.

Allí encontré datos sobre la prostitución de lujo con scorts; carreras ilegales en circuitos urbanos; los casinos clandestinos organizados por la mafia china; el circuito no profesional de deportes de contacto como el boxeo o las artes marciales extremas, con sus distintas ramificaciones; fiestas privadas en casa de algunos ricachones donde las drogas y el sexo duro estaban a la orden del día y otros asuntos igual de escabrosos.

He de reconocerlo: me asusté. Y mucho. Yo era periodista, sí; por lo menos había estudiado la carrera y lo tenía por mi vocación. Admiraba también algunos de los reportajes de investigación que había visto en la televisión, realizados a cargo de grandes profesionales del ramo. Incluso recordaba los graves problemas que un periodista que escribía libros con seudónimo había tenido al infiltrarse en grupos radicales de extrema derecha, o en las redes de trata de mujeres.

No era un caso tan grave, pero ninguno de los puntos allí tratados podían ser documentados como si fueras a pasear por la playa. Requerían una cuidadosa preparación, contactos, seguridad y quizás sólo con eso no sería suficiente. Tendría que acompañarme alguien, tal vez necesitáramos dinero extra para abrir o acallar algunas bocas y otros detalles que en ese momento ni siquiera llegué a plantearme.

Noemí estaba muy ocupada y no quise molestarla, ya se lo comentaría en casa. A la hora de la comida se quedó en su puesto apagando fuegos, así que me fui sola a dar una vuelta. Quizás las chicas de administración hubiesen querido almorzar conmigo, pero preferí comer algo ligero y despejarme en la calle para aclarar mis ideas. Esperaba que no me tacharan de rarita en la oficina, aunque me daba un poco igual.

Además, no tenía ganas de seguir hablando del dichoso viernes con ellas, y seguro que saldría el tema. Mejor olvidarlo durante unos días, y así quedaría cada vez más relegado en las memorias de todas las chicas asistentes a la fiesta.

Tampoco podía ser nada tan extremo, Marta no iba a obligarme a meterme en la boca del lobo. ¿O era esa su verdadera intención? Un nubarrón oscuro se cruzó ante mí y mi corazón se encogió. Yo creía en las señales, y aquello me sonaba a mal presentimiento.

Era imposible, no podía ser tan retorcida. ¿Y si Marta llegó a verme cuando yo salía del baño? Tal vez me hiciera responsable de haberle jorobado la noche, y quisiera hacérmelo pagar. O peor aún. Había averiguado la peculiar relación que me unía a aquel impresionante bailarín, y los celos habían podido con ella.

Eso era una solemne tontería, me dije. Lo primero de todo porque si Marta no me quisiera en el equipo, me despediría o me devolvería a la categoría de becaria. Y lo segundo, porque la

responsable última de los reportajes que se publicarían en la revista sería ella. Si yo no lo hacía bien, si me metía en un lío, o si llegaba el caso de que mi seguridad se viera seriamente comprometida, ella tendría que asumir las consecuencias.

Por más vueltas que le daba no encontraba otras salidas. Tal vez yo estaba exagerando, y mi responsable sólo me había enviado unos cuantos temas que podrían ser interesantes para investigar más a fondo sobre ellos. A lo mejor ella sólo me ponía a prueba, para ver hasta dónde era capaz de llegar. O simplemente eso era lo normal en una revista de las características de la nuestra, y yo veía dragones dónde sólo aparecían gaviotas.

De vuelta a la oficina se me pasó la tarde volando mientras investigaba toda la documentación que me había enviado Marta, más todo lo que pude yo averiguar brujuleando por Internet. Busqué casos similares y posibles noticias o reportajes que hubieran salido en prensa o televisión sobre todos y cada uno de los temas de la lista que obraba en mi poder. Cuando me quise dar cuenta eran más de las siete de la tarde.

Al salir coincidí con Marc, y bajamos juntos en el ascensor. Las dos chicas que iban con nosotros se quedaron en una planta intermedia y ambos llegamos solos al hall del edificio. Yo iba distraída, pensando en mis cosas, y Marc me observaba preocupado.

—¿Te sucede algo, reina mora? No tienes muy buena cara…

—No sé, Marc, estoy algo agobiada. Mi jefa me ha mandado unas cosas muy raras, y no sé dónde me estoy metiendo.

—No te preocupes, Marta siempre quiere hacer las cosas a lo grande, ella es así. Seguro que luego es menos de lo que te crees. Acabas de empezar y querrá apretarte, nada más. Por cierto, no la he visto. ¿Cuándo ha llegado?

—No, si no se ha presentado en todo el día en la oficina, ya te contaré —dije sin darme cuenta. Marc era el chismoso de la oficina y no podía decirle lo que sabía de Marta. Ni lo que había visto yo en persona ni los rumores que me comentó Sonia por la mañana—. Me ha enviado un correo con posibles temas a incluir en el reportaje y me he acongojado un poquito, por no decir otra cosa.

—Nada, mañana lo hablas con ella y todo quedará aclarado. Siento tener que irme a la carrera, pero me están esperando. Eso sí, mañana nos vamos juntos tú y yo a comer y me lo cuentas todo.

Marc me guiñó un ojo y se despidió de mí con un cariñoso beso en la mejilla. Nada más abrirse la puerta del ascensor salió disparado y casi ni me dio tiempo a replicarle. Esperaba no haber metido demasiado la pata, al maquetador de la revista no se le podían contar según qué cosas. Aunque seguramente podría enterarse de cualquier rumor en el seno de la oficina, de eso estaba más que segura.

Hacía buena tarde, así que repetí la jugada de la semana anterior. Me fui dando una vuelta hasta el centro y después me subí a un autobús que me dejaba en mi nuevo barrio. Así hacía tiempo mientras llegaba Noemí al piso, y quizás también Enrico. Pero, ¿tenía ganas de ver a Enrico o simplemente quería estrangularle?

Los celos me estaban matando, no podía negarlo siendo objetiva. No tenía ninguna prueba de que el misterioso acompañante de Marta durante su fin de semana orgiástico hubiera sido mi italiano preferido. Para el caso, ni siquiera podía asegurar que mi jefa no hubiera venido a la oficina por ese motivo. Quizás estaba enferma de verdad, o tenía cualquier otro tipo de problema, no se podía ser tan mal pensada.

Vale, me dije. Olvidemos por un momento al macizo de Enrico y centrémonos en lo

principal de aquel día: el dichoso mail de Marta. Tal vez Marc tenía razón y yo estaba exagerando, pero prefería aclarar las cosas antes de empezar. Más que nada, por no pasarme de lista o quedarme corta en mis apreciaciones a la hora de enfocar el asunto. Desde luego tendría que hablar con Marta al día siguiente, sin falta.

Tan inmersa me encontraba en mis elucubraciones que me pasé de parada en el autobús. Tuve que volver andando trescientos metros hasta la esquina de mi calle, pero no me importó demasiado. Subí a casa sin saber si estaría sola o acompañada en el piso. Algo bueno había tenido la tarde: estaba preocupada por lo del reportaje, pero no sentía nervios ante la posibilidad de toparme de frente con Enrico.

Y eso que hablar con Sonia me había sacado de mis casillas. Era imaginarme a la loba de mi jefa devorando a Enrico y me sulfuraba a más no poder. No, todo eran imaginaciones mías. Les jorobé su rollito con mi estelar aparición, y ella tuvo que elegir otro maromo para saciar su furor uterino. Ojalá fuera esa la única verdad. Por mi bien, y sobre todo por el de Enrico. Si el chef de la Toscana me había vuelto a vacilar se iba a enterar de lo que podía hacerle una toledana en plena ebullición. La venganza es un plato que se sirve frío.

Deseché los pensamientos funestos e intenté poner la mejor cara que pude al entrar al inmueble, aunque la procesión iba por dentro. Nada más cruzar el pasillo divisé a Noemí sentada en el sofá del salón. Parecía ignorar el murmullo de la televisión, puesta con el volumen muy bajito, mientras se afanaba en chatear con su móvil, tecleando a una velocidad en la que apenas se veían sus dedos.

Siempre me había maravillado esa cualidad de algunas personas. Yo siempre he tardado dos horas en mandar un SMS y con el Whatsapp tampoco había mejorado demasiado. Ni con pantallas más grandes y teclados mucho más accesibles, eso no era lo mío. Nada que ver con los chavales que te podías encontrar en el metro: chateaban a toda velocidad, sin mirar la pantalla, mientras seguían hablando con sus colegas. Bendita juventud, divino tesoro.

—Hola, Noemí. Ya veo que estás liadilla con el móvil…

—Hola, Eva, no te había oído llegar. Tranquila, estaba chateando con Paul por Whatsapp, me sale más barato que llamarle por teléfono.

El novio de Noemí, Paul, se había ido a Irlanda semanas atrás. De hecho fue su plaza en el piso la que ocupaba yo en esos momentos. No quería ser desconsiderada, claro, pero si él regresaba pronto, igual me "invitaban" a abandonar la casa. Aunque Paul durmiera en la habitación de Noemí, tal vez prefirieran que no compartiéramos piso entre cuatro personas. Enrico y yo más… Buff, en ese momento pensé que podríamos ser dos parejas y la mente se me nubló. Debía centrarme y ser educada.

—Claro, es normal. ¿Y qué tal le va por Irlanda? —pregunté con segundas.

—Parece que le va bien al capullo, no tiene ganas de volver. Por un lado me alegro por él, pero por otro… No sé, seguro que alguna pechugona irlandesa le ha comido el coco. Ni siquiera sé si seguimos siendo pareja…

—Anda, no digas eso. Ya verás como muy pronto le tienes de vuelta aquí. Oye, ¿y por qué no vas a verle tú un fin de semana? Creo que hay vuelos baratos a Dublín en alguna compañía de esas de *low cost*.

—Sí, también lo había pensado. Y eso que le tengo pánico a los aviones. Se me pasó por la cabeza darle una sorpresita, ya sabes. Pero igual la sorpresita me la llevaba yo, y no es plan. Así que de momento creo que paso.

¡Vaya dos! Noemí y yo teníamos un grave problema con "nuestros hombres". Ella porque

no sabía si seguía siendo la novia de Paul, y yo, porque ni siquiera sabía qué hacer con el italiano. Me lo comería a besos, esa era la realidad, pero también me daban ganas de darle una buena paliza y borrarle esa sonrisa cínica de su rostro varonil.

—Bueno, no lo pienses más. ¿Estamos solas hoy en casa? —quise averiguar por si acaso. Con Enrico nunca se sabía…

—No, de momento tenemos al florentino por aquí danzando, aunque creo que se tiene que ir a trabajar. Está en la terraza, discutiendo al parecer por teléfono con alguien de su familia. Antes me he asomado y estaba algo alterado, gritando en italiano y según mi modesta opinión, soltando más de un taco en la lengua de Dante.

—Ya veo, menudo plan. Parece que los tres estamos algo jodidos…

—¿Y eso? Creía que ya se te había pasado la resaca. Y el momentazo con el *stripper* por lo menos tendría que arrancarte una sonrisa, ¿no? Ahora que me fijo bien, tienes pinta de preocupada.

—Déjate de momentazos —contesté mientras evocaba el culo prieto que palpé a manos llenas—. Es por lo del reportaje, no sé a qué atenerme.

—Venga, cuéntaselo a la hermana mayor, que lo estás deseando —dijo mientras me señalaba el hueco libre del sofá situado a su izquierda.

—No, de verdad, yo no quería… Bastante tienes con lo tuyo como para que venga yo ahora con mis chorradas de novata.

—Déjate de tonterías o me voy a enfadar de verdad —me regañó en plan amistoso—. Siéntate aquí y cuéntame eso que te preocupa tanto, seguro que no es tan malo cómo parece a primera vista.

Le expliqué lo que me había sucedido en la oficina: el mail recibido, mis paranoias mentales y todo lo que rondaba por mi mente a punto de explotar. Evidentemente soslayé lo relacionado con Marta y su posible fiesta sexual del fin de semana. Sólo le dije que la responsable del departamento no había ido a la oficina, y las preocupaciones que prendían en mí al ver las posibles implicaciones de un reportaje que antes de comenzar ya me estaba dando muchos quebraderos de cabeza.

Noemí me escuchó atentamente, haciendo algunos incisos y puntualizaciones según le iba relatando mis penas. Me miraba con gesto serio, calibrando mis palabras. Cuando terminé se quedó unos segundos callada, me miró a los ojos e intentó tranquilizarme:

—Yo creo que no es para tanto, Eva. Puede que se te haya ido un poco la pinza pensando cosas raras, pero ni Marta ni los jefazos de la revista van a permitir que te metas en un jaleo de esos que tú te imaginas. No te pongas en lo peor.

—Vale, quizás me he puesto un poco melodramática. Pero sigo sin verlo claro, hay muchos cabos sueltos que no sé por dónde mirar.

—Sí, en eso tienes razón: sitios por visitar, logística, horarios, posibles acompañantes, presupuesto para investigaciones, contactos en lugares clandestinos, etc. Eres joven e inexperta, pero por lo poco que te conozco no creo que te vayas a asustar ahora. Seguro que puedes hacerlo muy bien. De hecho creo que vas a conseguir un reportaje fabuloso.

—Gracias por la confianza, Noemí, pero no sé yo... Tengo que aclarar muchos puntos antes de empezar, no me voy a lanzar a la aventura para luego quedar yo mal, o hacer quedar mal a la revista. Hablaré mañana sin falta con Marta, que el número de agosto está a la vuelta de la esquina.

—Claro, que te lo pongan todo por escrito. Y si tienes que hacer horas extras por la noche

(lo digo porque todo ese tipo de negocios no suelen operar a la luz del día), que te las paguen o por lo menos no te obliguen después a cumplir a rajatabla el horario de oficina. Seguro que llegáis a un acuerdo, habla con Marta. Es una tía razonable, de verdad. Algo estirada, pero no es mala jefa. O eso me han dicho.

—No, si yo no tengo queja, la verdad —contesté con sinceridad. Por lo menos en el plano profesional, porque en el personal la arrastraría de los pelos por toda la oficina después de haberla visto en acción. Sí, soy una bruja, ¿algún problema?—. Lo de estirada para lo que quiere también, viendo lo que se rumorea por ahí…

—Ten cuidado con esas cosas, que las carga el diablo. No te fíes de rumores ni suposiciones, ni hagas caso a las chismosas de la revista. Y me refiero también a tu amigo Marc, que es muy majo pero no veas la lengua viperina que se gasta el muchacho. Tú a lo tuyo, a trabajar duro y salir adelante. Lo digo porque hoy se rumorea de una y mañana puede que de otra, ya me entiendes. La gente es mala por naturaleza, y tú eres demasiado inocente todavía. Tienes que hacerte a la gran ciudad, y una sólo se acostumbra a base de palos. Te lo digo yo, por propia experiencia.

—No, si yo paso de esas cosas —contesté, azorada por el rapapolvo—. Tienes toda la razón, Noemí, lo primero es lo primero. Gracias de nuevo por todo, eres una gran amiga.

—Sólo quiero que no te pisoteen, que este mundo oculta más inmundicias de las que tú te crees. Te ponen buena cara, una sonrisita y ¡zas! A la que te descuidas te han clavado la puñalada por la espalda. Y eso que yo soy informática y estoy rodeada de tíos en mi departamento. En eso los hombres son más simples. Si te tienen que insultar o liarse a puñetazos, lo hacen y punto. Las mujeres solemos ser más sibilinas en esas cuestiones, y una oficina llena de hembras puede convertirse en un auténtico nido de víboras.

—No me asustes, Noemí. Ya me dijo Marc que tenía muchos ojos pendientes de mí, y no todos precisamente para felicitarme.

—Por eso lo digo, Eva. Marc no es santo de mi devoción, aunque la verdad es que no me ha hecho nada malo. Pero tiene razón, ten cuidado. La envidia es muy mala, es el deporte nacional por excelencia, ya sabes. Así que cuídate las espaldas. Y cualquier cosa que vayas a hacer, si es para un reportaje de la revista, con todos los puntos aclarados por delante. Pero vamos, tampoco creo yo que Marta quiera que te infiltres en la mafia rusa ni nada por el estilo.

—No, si ya… Igual he exagerado un poco.

—Has hecho bien, mejor preocuparte ahora que lamentarlo más tarde. De todos modos, conozco a alguien que te puede hacer de cicerone en la noche más canalla. De temas relacionados con el sexo seguro que sabe, y no me extrañaría nada que de peleas, apuestas u otro tipo de cosas también pueda tener sus contactos en los bajos fondos —afirmó Noemí dirigiendo su mirada hacia el pasillo.

—¿Te refieres a…? —pregunté en un tono más bajo.

—Claro, nuestro amigo Enrico ya te dije que se movía en esos ambientes. Nunca me ha contado mucho de sus negocios, ni yo he querido insistir, por si acaso. Prefiero no saber si se mete en líos, no es de mi incumbencia. Pero ir acompañada de ese pedazo de tío seguro que te hace sentir más segura. Así los malotes no te mirarán como a una niñita desvalida que se mete dónde no la llaman, tú ya me entiendes.

—No sé, la verdad. Ya es bastante lío el que tengo montado, como para inmiscuir también a Enrico en este asunto. Además, tampoco tengo tanta confianza con él como para pedirle un favor así de grande.

—Tranquila, eso déjamelo a mí. Si es que hoy está de humor, claro, que al parecer está discutiendo con alguien de su familia, o por lo menos procedente de Italia. Además, ayer os vi muy bien, ¿no? Comida a todo lujo en la terraza mientras bebíais un Chianti, después sobremesa sosegada con cafés y más tarde os vi muy acarameladitos en el sofá. ¿Me equivoco? Menos mal que el italiano no se había fijado en ti, menudo despliegue de medios para darte la bienvenida a nuestra casa.

—No fue para tanto, Noemí, de verdad —contesté abochornada. Los colores se me empezaron a subir y desvié la mirada de los ojos de mi compañera. Ella tenía razón, o por lo menos yo había llegado a la misma conclusión. Quizás porque éramos chicas, y Enrico lo veía todo de un modo más pragmático. El caso era que esa situación podía entenderse de diferentes formas. Obvié ese asunto y seguí con el tema principal de la charla en esos momentos—. Pero vamos, no te molestes, no hace falta que le digas nada.

—Hablando del rey de Roma…

Enrico asomó por el pasillo con gesto serio. Llevaba el móvil todavía en la mano y andaba distraído. Cuando entró en el salón creí ver la preocupación en sus ojos, mientras su mandíbula tensa reflejaba la lucha que vivía en su interior. Me pareció incluso que apretaba los dientes, haciéndolos rechinar, en un gesto que ya había visto en más gente. Incluso su bonita frente aparecía surcada de pequeñas arrugas al fruncir el ceño, y sus labios se curvaban hacia abajo, abatidos. Pero entonces nuestras miradas se cruzaron y todo cambió en un instante.

Él me miró con esos ojos profundos, lanzando su tremendo poder sugestivo contra las pequeñas murallas levantadas ante mis pupilas. Creí hundirme en un pozo oscuro, dejándome llevar hacia el abismo de su mirada densa, caliente y peligrosa. Perdía pie a cada instante, pero no me importaba. Sólo quería encontrar el fondo de aquel pozo sin fin, y no luché en vano, su magia era superior a mis fuerzas…

—¿Hablabais de mí, chicas? —preguntó ufano. La sonrisa floreció de nuevo en su rostro y su gesto se relajó perceptiblemente. No sabía si había sido por mi presencia en la sala, pero eso quise creer en ese momento.

—Sí, Rico, pero nada malo. Oye, perdona que me meta dónde no me llaman, espero que vaya todo bien. Lo digo por la llamada y eso…

Noemí no se cortó un pelo y se lo soltó a bocajarro al italiano. Yo aparté la mirada y bajé la cabeza, esperando la respuesta de nuestro compañero de piso.

—Tranquila, una discusión familiar como otra cualquiera. La idiota de mi hermana y sus neuras, nada importante —afirmó Enrico mientras su rostro se ensombrecía de nuevo.

—Bueno, mejor así. Venga, alegrémonos un poco, que estamos todos muy mustios. Por eso te nombraba antes, creo que igual puedes echarle una mano a Eva con su pequeño problema profesional.

—Puede ser, tal vez… ¿De qué se trata? —preguntó Enrico con curiosidad, mientras seguía taladrándome con aquellos ojos vertiginosos.

—No, si yo… —balbuceé de nuevo mientras me moría de vergüenza. Ya había vuelto a las andadas, nerviosa perdida delante de Enrico. Con lo que me había costado encontrar el equilibrio interior—. No es nada, de verdad. Gracias por preguntar.

—¡Ah, no! De eso nada, ricuras. No me vais a dejar con la intriga. Así que ya estáis empezando a hablar o no respondo de mí —replicó el italiano entre risas, mientras yo me imaginaba todo tipo de torturas placenteras a cargo de un verdugo demasiado sensual.

—Es algo del trabajo, pero ya lo tengo arreglado. Mañana hablo con mi jefa y lo soluciono,

no os preocupéis.

El rostro de Enrico cambió de nuevo, a una velocidad vertiginosa. Yo había dicho esa frase sin mala intención, pero él torció el gesto. No había caído en que Enrico conoció a Marta en circunstancias que yo no quería evocar. Y al parecer tampoco él, o eso me pareció en ese instante. Menos mal que intervino Noemí para arreglar el entuerto.

—Es el reportaje que tiene que preparar Eva para la revista, Enrico. Su primer gran encargo, algo importante. Y al parecer su jefa tiene unas ideas un poco peligrosas sobre lo que una joven periodista puede llegar a indagar en la noche más transgresora de nuestra ciudad.

—¿A qué te refieres exactamente? —inquirió con tono profesional—. Tal vez yo pueda ayudaros o por lo menos indicaros algo que os sirva para vuestro propósito.

Esto lo dijo mirándonos a ambas, pero fijándose más en Noemí. Casi como si aquello fuera algo de las dos, cuando él sabía perfectamente la verdad. Quizás había visto la incomodidad en mi gesto y no quiso forzarme más, apartando su mirada fija de mi rostro. Un hombre como él debía conocer la influencia que sus ojos negros ejercían sobre cualquier mujer que se le ocurriera mirarle de frente.

—¿Se lo cuentas tú o se lo cuento yo? —me preguntó Noemí al verme tan parada. La duda me corroía por dentro, y no sabía si sería una buena idea. Al final me dejé llevar y le hice un gesto a mi amiga para que siguiera hablando ella.

Noemí le contó toda la historia a Enrico, por su puesto a su modo y manera. Yo reaccioné al fin y metí baza para puntualizar algunos aspectos de su intervención. Enrico nos miraba divertido, asentía y preguntaba también algún detalle que no le hubiese quedado demasiado claro. Cinco minutos después la informática acabó de hablar y Enrico, que estaba apoyado en el brazo lateral del sofá, se incorporó y comenzó a caminar por la estancia, mientras reflexionaba en voz alta.

—Ummm, ese reportaje puede tener muy diversas connotaciones. Demasiados frentes abiertos, quizás habría que centrarse para no errar el tiro —comenzó diciendo más para sí que para sus espectadoras, absortas y pendientes de sus palabras—. No te preocupes, Eva, déjame darle una vuelta.

—No, si yo… De verdad, no te molestes. Noemí tiene razón, debo hablar con mi jefa y aclarar algunos aspectos, nada más. Seguro que no es para tanto.

—Bueno, de todas maneras creo que puedo ayudarte. Llevo demasiados años trabajando en la noche y conozco a mucha gente. Será más fácil entrar en determinados sitios si se tocan las teclas adecuadas. Sólo si tú quieres, claro, yo no te quiero imponer nada.

Esto lo dijo mirándome de nuevo, mostrando en su rostro patricio una serenidad pasmosa. Ya no me parecía tan chulo ni tan canalla, pero su aplastante seguridad en sí mismo lo hacía aún más atrayente.

—No, si…, claro. Por supuesto, te estoy muy agradecida con tu ayuda. Si te parece hablo con Marta y según lo que me diga, así hacemos.

Noemí me miraba con gesto extraño, quizás evaluando los motivos por los que yo seguía comportándome como una colegiala en presencia de Enrico. El día anterior había sido maravilloso y disfruté de una velada increíble en compañía del hombre de mis sueños. Pero eso se había esfumado. Y de nuevo, allí estaba yo, nerviosa como un flan y tartamudeando cada dos por tres.

Enrico, por su parte, hizo un gesto de asentimiento, al parecer ajeno a mi turbación. No sería la primera vez que le sucedía, eso estaba claro. Lo tomaba como algo normal y al quitarle

importancia ayudaba también a disminuir la tensión resultante.

—Ok, no hay problema. De todos modos voy a hacer un par de llamadas. Esta noche trabajo, pero mañana y el jueves los tengo libres. Ve haciendo hueco en tu agenda, porque igual te llevo de tournée por la ciudad. ¿Tienes miedo a las motos?

—No, yo… ¿Por qué lo dices? —intenté decir como una persona normal.

—Tengo una moto grande, una Honda CBR. Es mi medio de transporte por la ciudad, no me gustan demasiado los coches. Iríamos los dos en mi moto, es por eso. Sé que hay personas que le tienen pánico a las motos, de ahí mi pregunta. Tranquila, soy un conductor muy prudente y no suelo cometer infracciones ni hacer el indio por la carretera. Aunque quizás, dependiendo de una llamada que tengo que hacer…

—¿De qué estás hablando, Enrico? —intervino entonces Noemí—. Ni se te ocurra meter en algún lío a la muchacha o te las tendrás que ver conmigo.

—Ya está la sargento de hierro. Tranquila, no voy a hacer nada malo. Eva, no le hagas ni caso. Oye, ¿tienes Whatsapp?

—Sí, claro —respondí como un autómata.

—Muy bien, dame tu número. Te hago una llamada perdida ahora y así me tienes localizado. Esta noche volveré tarde y no te voy a despertar. Pero mañana al mediodía me pongo en contacto contigo y hablamos. Quizás por la noche salgamos de turismo por la ciudad.

—Vale, muy bien —contesté alucinada.

Ni siquiera me había dado cuenta de que no tenía su teléfono ni Enrico tampoco el mío. Independientemente de la atracción animal que aquel hombre ejercía sobre mí, siempre era bueno que dos compañeros de piso estuvieran localizables a través del teléfono. Así que le di el número y él hizo la llamada referida. Grabé entonces su número con indiferencia, como si aquello no me importara demasiado.

Capítulo 4

Puesta en marcha

Al día siguiente regresé a la oficina algo más tranquila, aunque expectante por la conversación pendiente con Marta. La positiva reacción de Enrico, mostrándose dispuesto a ayudarme e incluso haciéndose cargo de parte de la logística, me habían insuflado nuevos ánimos. Ni por asomo se me hubiera ocurrido que tuviera que sumergirme en la noche barcelonesa de la mano de un guía tan particular.

Desde luego estaba encantada. Primero, por mi seguridad: ir acompañada de alguien como el italiano imaginaba que podría librarte de más de un problema. En determinados círculos, si veían aparecer a una niñata de 23 años y escasa estatura, lo más normal era que me mandaran directamente a la mierda. Eso con suerte, que tal vez podría meterme en más de un lío.

Y segundo, por algo más obvio. Iba a compartir aventuras e investigación con el hombre que me trastornaba la vida, el macho que quería para mí solita. Debía comportarme con profesionalidad para no espantarle en el aspecto puramente profesional del reportaje, pero debía ir ganándomelo, acercándole a mi terreno poco a poco. Quería sacarle de su espiral de juerga y desenfreno, para que si fijara sólo en mí. Quizás pecaba de ingenuidad, pero creía que podría lograrlo.

Cuando me propongo algo suelo conseguirlo, o desde luego lucho por alcanzar mis objetivos. Soy nativa de Tauro, con ascendente Aries, así que a cabezonería no me gana nadie. Y mi compañero de piso estaba en mi punto de mira, sólo necesitaba una buena estrategia de caza para cobrar la pieza mayor de la batida.

A media mañana me empecé a preocupar. Ni rastro de Marta, ni en su despacho ni tampoco tenía ningún mail suyo. Me asomé por la zona de relax, y tampoco encontré a nadie con el que poder entablar algo de conversación mientras tomaba un café. Noemí andaba a mil cosas, como siempre. Las chicas de administración atendían el teléfono y Marc no estaba en su sitio, aunque me dijo que comeríamos juntos. Si no llegaba a tiempo me iría de nuevo a almorzar sola. Tendría que hacer nuevas amistades en la oficina, eso de ir a tu aire nunca ha estado bien visto en una empresa.

Sobre la una del mediodía me sonó el móvil. No tenía apuntado el número, era desconocido para mí, pero de todos modos cogí la llamada:

—Sí, dígame… —respondí con voz trémula, sin querer llamar demasiado la atención sobre mi persona.

—Eva, ¿eres tú? Perdona, no te escucho muy bien, creo que aquí no tengo demasiada cobertura —contestó una voz que me sonaba mucho.

—Sí, soy yo. ¿Quién eres?

—Perdona, Eva, soy Marta. No me he percatado de que no habíamos hablado nunca por teléfono, por eso no me has reconocido a la primera.

—No, si la verdad es que me sonaba mucho la voz, claro. Pero aquí se distorsionan, no es lo mismo que en directo. Perdona, Marta, ¿cómo has conseguido mi número?

Yo no recordaba habérselo dado en ningún momento, esperaba no molestarla con mi pregunta, que podía sonar algo impertinente. En ese momento caí en la cuenta…

—De la ficha de personal, Eva, he preguntado antes a administración. Podía haberte llamado al fijo de la oficina, pero quería tener tu número para poder estar en contacto estos días. Verás, he estado enferma y además, tengo que arreglar unos problemas personales fuera de Barcelona. Así que no volveré a la oficina en toda la semana, pero tú tienes que ir avanzando con el reportaje.

—Sí, perdona, de eso quería hablarte. Me han surgido algunas dudas…

—Ya imagino, por eso te llamaba. ¿Has estudiado toda la documentación que te envié?

—Claro, Marta, por eso decía. Quería comentarte algunos temas, y no sé si el teléfono es el medio más adecuado para tratarlos —contesté con voz firme.

—No te preocupes. Mira, si te parece bien, hacemos una cosa. Acércate hasta Noelia, la secretaria del departamento, y dale el teléfono. Dile que soy yo y que quiero hablar con ella un momento. Le voy a pedir que te abra mi despacho, que tienes que buscar unos documentos que te voy a pedir, y que te quedarás allí revisándolos. En cuanto te devuelva el móvil Noelia te metes en mi despacho, cierras si quieres por dentro, cuelgas tu teléfono y me llamas desde el fijo de mi escritorio. De ese modo podremos charlar con más calma, imagino que así podrás explicarte mejor.

—Sí, por supuesto. Muchas gracias, Marta, me parece una buena idea. Voy entonces a por Noelia.

Hice lo que me había indicado mi jefa y me dirigí hacia la secretaria del departamento. Al principio, Noelia me miró con gesto sorprendido al acercarme a su sitio, pero en cuanto le dije que Marta estaba al teléfono y que quería hablar con ella su gesto cambió radicalmente. Me pareció que se envaraba más de la cuenta mientras cogía el teléfono y se lo llevaba a la oreja. Noelia escuchó como un autómata, y sólo asentía de vez en cuando con la cabeza, haciendo ruiditos incomprensibles pero sin articular palabra alguna. Por fin reaccionó y obedeció a nuestra jefa, despidiéndose al instante:

—Por supuesto, Marta, ahora mismo. Hasta pronto.

Entonces me devolvió el teléfono con rostro algo más congestionado. Quizás no le gustaba que la antigua becaria llegara a tocarle las narices, y encima con un encarguito de la jefa. No me miró muy cariñosamente, pero a mí me daba igual.

—Y bien… —solté esperando su reacción.

—Aquí tienes la llave. Cuando termines me la devuelves sin falta —replicó Noelia de malos modos.

—Faltaría más, no te preocupes.

Yo recogí la llave muy seria y me dirigí hacia el despacho sin mirar atrás. Sabía que la secretaria me clavaba la mirada por la espalda, pero no pensaba arredrarme. No sabía porque Noelia se había enfadado conmigo, yo sólo seguía las instrucciones de Marta. Pero me daba igual. Lo importante en ese momento era aclarar con mi responsable todas las dudas que me martirizaban desde el día anterior.

Entré en el despacho, encendí la luz, entorné las persianas y me senté en la cómoda silla giratoria que tenía Marta frente a un gran escritorio. No quise curiosear demasiado, pero distinguí alguna foto privada en el despacho, libros en las estanterías de la pared lateral y alguna litografía colgada. Ni demasiado frío, ni tan recargado y personal que no pareciera un despacho profesional. Debía ir al grano, Marta estaría esperando mi llamada.

Busqué el número en las últimas llamadas recibidas de mi móvil y lo marqué en el aparato fijo situado en la mesa. Ya tendría tiempo de grabarlo también en mi celular, de ese modo Marta

no me pillaría otra vez de improviso si volvía a llamarme con su número particular.

Marta me cogió enseguida el teléfono y comencé a hablar. Quizás el no tenerla cara a cara me ayudó a pasar ese primer trance. Si la hubiera tenido frente a mí quizás me hubiera costado más o le habría puesto cara de asco al ver de nuevo esa boca maldita que yo había visto disfrutar como una niña con sus chuches, jugando con su piruleta preferida. Y no, prefería no evocar esa imagen, por el bien de todos.

Una vez que comencé a hablar todo fue mucho más fácil y la verdad es que ella me lo facilitó mucho. Del modo más sereno posible le planteé todas mis dudas, y a mi jefa le parecieron bastante razonables. Entendía mi preocupación y me aseguró que no habría ningún problema. Debía ir adelantando el trabajo que pudiera, pero la semana siguiente nos pondríamos todos las pilas para tener a tiempo el reportaje.

—Tú puedes ir visitando los lugares que creas convenientes, y para los que te veas preparada. La semana que viene nos planteamos de otro modo la logística, y que te acompañe un fotógrafo por las noches. De ese modo te sentirás más segura, y además, obtendremos buenas fotografías para incluir en el artículo.

—Muy bien, veré lo que puedo hacer en estos días —contesté más tranquila. Ignoraba si Enrico me llamaría al mediodía, pero quizás mientras regresaba Marta podía ir comenzando con el periodismo de investigación, acompañada de alguien que me llamaba más la atención que cualquier fotógrafo de la revista—. Y sobre los posibles gastos…

—Nada, no te preocupes. Consigue todos los tickets que puedas, si es que entras a algún sitio, o factura si puede ser. Si necesitas taxi, igual, no te cortes. Pides la nota y después lo pasamos a gastos del departamento. Siento que tengas que adelantarlo, pero te prometo que la semana que viene lo solucionaremos.

—De acuerdo, Marta, así lo haré. No hemos concretado tampoco lo de los horarios, desconozco si alguna noche me la pasaré entera por ahí y después…

—Claro, claro, tampoco soy una negrera, tendrás que descansar. Como en la oficina no se ficha, y tú dependes de mí, nadie te va a decir nada en mi ausencia. Y si alguien se le ocurre mencionarte algo, me lo comunicas sin falta. Te dejo organizarte a tu aire, confío en tu criterio. De todos modos, ¿tienes Internet en el móvil o en casa?

—Sí, en los dos sitios, ¿Por qué lo dices?

—No, por nada, para estar conectadas. Por si acaso, ya sabes. Yo estaré de un lado para otro estos días, pero para cualquier duda me puedes llamar o escribir. Te pasaré también por mail mi usuario de Skype, por si tenemos que hacer videoconferencia o lo que sea. ¿Tienes cuenta abierta allí?

—No, pero me la abro hoy sin falta. Gracias de nuevo por tu confianza, Marta. Me pongo con la tarea ahora mismo.

—Muy bien, Eva, espero que hagas un buen trabajo. Voy a realizar también unas llamadas que quizás te abran algunas puertas para visitar ciertos sitios la semana que viene. En cuanto tenga más información te la hago llegar.

—Ok, seguimos entonces en contacto. Espero que vayan muy bien tus gestiones personales.

—Gracias, Eva, nos vemos a mi vuelta. Y seguimos hablando estos días. *Ciao*.

Antes de llegar ese momento yo tenía dos motivos principales de preocupación a la hora de afrontar la conversación con mi responsable. Uno, estrictamente personal, que había solventado sin problemas. Hablé con Marta intentando no recrear su imagen en mi mente, ni en la oficina ni en los baños de ningún garito del Puerto Olímpico, y de ese modo pude centrarme en lo que

quería aclararle. Ella tampoco pareció incómoda ni me dio la sensación de que supiera que yo la había pillado en semejante situación. Así que cero preocupaciones por ese lado. Intentaría que no surgiera jamás el tema y lo arrinconaría en mi mente. Nunca debía volver a preocuparme por ello, como si no hubiera pasado. Era el único modo de no volverme loca y poder seguir trabajando con ella.

Y el otro, de índole profesional, también había sido solventado de la mejor manera. Evitaría meterme en líos y seguiría las indicaciones de Marta. Igual tenía que poner algo de dinero de mi bolsillo, pero si me lo pagaban a la semana siguiente tampoco sería tan grave el desembolso. Aunque de todos modos, quizás pudiera adelantar bastante si me atenía a la conversación con mis compañeros de piso. Tal vez Enrico podría mostrarme lugares desconocidos para el gran público y facilitarme la consecución de un reportaje mejor que el que todos podrían esperar de mí dada mi inexperiencia.

Y como si al pensar en mi italiano favorito se hubiera conectado algún tipo de antena telepática, en ese momento me entró un Whatsapp en el móvil. Antes de leerlo ya sabía que era de él, me lo decían las tripas. Y no me equivocaba:

—Hola, Eva, soy Enrico. ¿Puedes hablar ahora? Si es así me contestas por aquí y te llamo ahora, quería comentarte un par de cositas ;-)

¡Qué mono! El florentino había cumplido su palabra y se ponía en contacto conmigo. Además, se preocupaba por mi situación, por si no podía hablar libremente en la oficina. La verdad es que en mi sitio me hubiera cortado más, pero podría aprovechar la intimidad del despacho de Marta para la ocasión. Total, la secretaria ya me había puesto mala cara, así que daba igual tardar cinco minutos más en salir de allí y devolverle la llave.

Puse el móvil en modo vibración, por si acaso, y le respondí al instante, esperando que me llamara cuanto antes. No tardó ni diez segundos en marcar mi número después de recibir el envío.

—Hola, guapa, ¿te pillo en mal momento? —comenzó diciendo Enrico con esa voz tan seductora. Tragué saliva y contesté como pude.

—No, tranquilo, puedo hablar.

—Ah, muy bien. ¿Tienes planes para esta noche?

—Esto no, yo no pensaba hacer nada especial hoy.

—Muy bien, pues prepárate…

Escuchar las frases certeras y contundentes de Enrico me contrajo el estómago de un modo insospechado. El modo tan increíble en el que me había preguntado que si tenía planes para esa noche, dando por sentado que los llevaría a cabo con él, me había vuelto a derretir por completo. Noté ligeras palpitaciones en mi interior, revelado contra mí. Mi cuerpo anhelaba ser poseído por aquel hombre, y sólo escuchar su voz tan varonil tan cerca de mi oído, casi dentro de mí, me estaba revolucionando más de la cuenta.

—¿A qué te refieres? —pregunté como una tonta.

—Esta noche te lo cuento, no quiero entretenerte más. He organizado alguna cosilla, nos vemos en casa y ya te lo explico. Yo no estaré en todo el día, pero procurar estar allí a las diez, te recogeré más o menos a esa hora.

—Vale, no te preocupes. Cuando llegue de la oficina me quedaré en casa, no hay problema. ¿Dónde vamos a ir?

—Confía en mí, Eva, todo irá bien. Sólo ponte ropa cómoda. No cenes demasiado y quizás te venga bien tomarte un café o una Coca-Cola. Sabemos a qué hora saldremos, pero no a qué

hora regresaremos… Quizás la noche se alargue.

¡Sí, por favor!, quise gritarle al instante. Anhelaba pasar la noche con Enrico, pero no dando vueltas por Barcelona. Lo quería en mi cama, entre mis sábanas, dentro de mí… Quería que me hiciera el amor salvajemente, que me poseyera de una y mil formas distintas, dándome todo su ser. ¡Dios!, me estaba poniendo malísima sólo de pensarlo.

—De acuerdo, perfecto. Hablamos entonces esta noche.

—*Ciao, bella*. Nos vemos en casa.

Lo había vuelto a hacer. El cabronazo te soltaba una palabra a modo de despedida, con ese acento musical de la entonación italiana, y tú te quedabas atontada. Y así me quedé yo: allí de pie parada, contemplando el teléfono como una boba al cortarse la comunicación, mientras mis piernas no podían sujetarme por los temblores que recorrían todo mi cuerpo. Desde luego eso no podía seguir así.

Esa misma noche saldría por ahí con Enrico. Tampoco era una cita, al igual que no lo fue la comida tan romántica que compartimos en la terraza del ático, pero se le parecía bastante. Iríamos juntos a visitar sitios exóticos o peligrosos, en ese momento lo ignoraba. Lugares de perversión, o ilegales, situaciones para las que quizás no estaba preparada del todo.

Intenté tranquilizarme antes de salir del despacho. La adrenalina comenzó a insuflarme su potencia ante el porvenir inmediato que se mostraba ante mí. No sabía si era el morbo de la situación, llevada a sitios desconocidos por mi cicerone particular, lo que me había alterado de ese modo. Daba igual, pensaba aprovechar la noche. Y no sólo en el aspecto profesional…

Sólo pensar que me montaría en aquella moto, pegada a su cuerpo, consiguió excitarme al instante. Noté como mis pezones se revelaban, chocando contra la tela de mi blusa y produciéndome una sensación dolorosa a la par que placentera. Me agarraría a su cintura, mientras mis pechos generosos se aplastarían contra su espalda. Olería desde muy cerca su particular aroma, ese perfume animal tan embriagador que me trastornaba. Ambos formaríamos un tandem perfecto, que se acoplaría con los movimientos de la moto, tumbándonos en las curvas y acelerando en las rectas camino de nuestro destino. Una situación de lo más erótica.

Estaba sofocada y tuve ganas incluso de tocarme. Pero no podía ser, debía salir cuanto antes del despacho de Marta. Me senté en un sofá auxiliar que tenía allí mi jefa, intentando recomponerme y calmarme un poco. La curiosidad pudo más que la prudencia e introduje mi mano bajo mi falda. No me equivocaba, estaba muy húmeda.

Comencé a acariciarme por encima de las braguitas, mordiéndome el labio, mientras fantaseaba con los duros músculos de Enrico. Abrí las piernas para acceder mejor a mi interior, y salté la barrera de mi prenda de algodón, perdiéndome dentro de mi vagina. Mis dedos recorrieron los labios internos, ávidos de poder, mientras notaba cómo me lubricaba a toda velocidad.

Justo cuando introducía dos dedos en mi sexo, caliente como nunca, me llevé un susto de muerte. En ese momento sonó el teléfono del escritorio de Marta, y su estridente sonido me sacó de mi éxtasis cuando estaba llegando lo bueno.

Me recoloqué la ropa y el pelo, que comenzaba a sudar debido a la situación, y decidí contestar. No podía dejar que sonara más, Noelia podría entrar en cualquier momento. No creía que fuera Marta de nuevo llamándome a mí, ya nos habíamos despedido y yo debía estar fuera de su despacho supuestamente. O eso esperaba, aunque no pude pensar mucho en esos pocos segundos que transcurrieron mientras recorría los escasos metros que separaban el sofá del escritorio principal.

—Buenos días, despacho de Marta García, ¿qué desea? —contesté todavía algo alterada, intentando parecer una secretaria eficiente.

En ese momento me percaté de mi error. Si Marta no pensaba regresar a la oficina en toda la semana, lo más normal era que las llamadas fueras desviadas a su secretaria. Y entonces me di cuenta de que Noelia había cogido el teléfono a la vez que yo.

—Buenos días, soy Martín Casariego. ¿No está Marta en la oficina? Quería hablar con ella —contestó una voz grave.

—Buenos días, señor Casariego. Disculpe, la señorita García no se encuentra en estos momentos en la oficina. Soy Noelia, su secretaria, si puedo ayudarle en algo…

La voz de Noelia sonaba profesional, pero con un tono duro, casi acerado. ¿Había oído mi primera alocución o ella sólo contestó cuando escuchó la voz del cliente? No podía forzar la situación e ignoraba si ella se había percatado de que éramos tres personas al teléfono. Así que colgué con todo el cuidado del mundo, deseando que el clic producido no alertara al perro guardián de la puerta.

Eché un último vistazo al despacho, temiendo haber dejado algo descolocado. Me alisé la ropa, me recompuse lo mejor que pude y salí de allí decidida, mirando al frente. Pasé por el sitio de Noelia, que seguía hablando por teléfono y dejé la llave sobre su mesa sin pararme un instante. Musité un “Gracias” dirigido a ella y me alejé de allí de modo apresurado, esperando que no me parara ni me dijera nada.

Unos segundos después estaba a salvo en mi sitio. Cuando me giré de nuevo vi como Noelia colgaba el teléfono. Temí que se levantara y viniera hacia mí para echarme la bronca, pero no sucedió nada. La secretaria guardó la llave en su cajón y siguió con sus tareas de un modo natural. Me había librado por bien poco.

Seguí trabajando el resto de la mañana y un rato después noté una presencia a mi espalda. Me asusté, pensando que la bruja de la secretaria venía de nuevo a por mí, aunque fuera de efectos retardados. Pero al girarme con prudencia en la silla me topé de frente con el rostro sonriente de Marc.

—Ya estoy aquí, Eva. No pensarías que ibas a librarte de mí, ¿verdad? —anunció el maquetador nada más verme.

—No, pero antes he ido a buscarte para tomar un café y no te he visto en tu sitio.

—Estaría en una reunión o hablando con alguien de otro departamento, ya me conoces. Soy un culo inquieto y no suelo parar mucho en mi sitio. Así me pasa, que luego mi jefe me echa la bronca. Y yo le digo que no se queje tanto. Cuando no tenga los trabajados que me encarga terminados a tiempo podrá protestar. Mientras tanto, está más guapo calladito. Aunque de guapo tiene bien poco —dijo guiñándome el ojo.

—Bueno, ¿dónde me llevas hoy a comer? —pregunté mientras recogía el bolso y acompañaba a Marc hacia la salida.

—¿Te parece bien un tailandés? Han abierto uno nuevo por aquí cerca. Tiene menús asequibles y una carta bastante maja, por si acaso.

—Me parece perfecto.

Nos dirigimos hacia el restaurante, situado a escasos trescientos metros de la oficina. En verdad acababa de ser inaugurado y tenían ofertas para atraer a la nueva clientela. Todos los restaurantes luchaban con sus mejores armas para cautivar a los trabajadores de las empresas de la zona. Los menús diarios eran una fuente de ingresos fundamental para muchos hosteleros, aunque en cada vez menos empresas se ofrecían tickets restaurant como beneficios sociales a sus

empleados. Y para pagarlo de tu bolsillo, muchos preferían traerse la comida de casa. Consecuencia de la dichosa crisis que no terminaba de remitir.

Nos sentamos en la mesa del rincón y pedimos nuestros platos. En cuanto el camarero que nos atendió se marchó de nuestro lado, Marc atacó con toda la artillería.

—Bueno, Eva, me tienes en ascuas. He ido entresacando cosas por aquí y por ahí, pero no tengo la película entera en la cabeza. Ya estás tardando en contarme con pelos y señales lo que ocurrió en la despedida de soltera del otro día.

—Si no hay más remedio… —suspiré a mi pesar.

Le conté a Marc la versión reducida, la misma que le había contado a Noemí. No podía añadir ni un dato más para no caer en incongruencias con lo narrado a otra compañera de la oficina. No creía que ellos dos fueran a hablar de mis bailes sensuales con *strippers*, pero no podía arriesgarme. Además, Marc era bastante cotilla, y cualquier cosa que le contara se esparciría a los cuatro vientos. Así que se tendría que quedar con lo que el resto de invitadas vieron, nada más. Mis sensaciones y pensamientos, aparte de la escenita del baño, me los guardaría para mí.

—Vaya, vaya... Así que te llevaste un buen meneo por lo menos, picarona. ¿Y no hubo nada más? Algo he oído por ahí...

No sabía si Marc se estaba refiriendo a mí, o al rumor que corría sobre Marta, Charo y su orgía desenfrenada con dos tíos buenorros. Yo disimulé, por si acaso, y seguí con la coartada ya aprendida.

—Ni me enteré bien, la verdad. Estaba medio borracha y al levantarme en vuelo de ese modo terminé de marearme del todo. Sí, creo que le metí un par de magreos al muchacho, o eso puedo recordar, y él me hizo esos movimientos que te puedes imaginar, pero poco más. A los cinco minutos me largué de allí y acabé vomitando en mi baño. Como verás, mi final de juerga tuvo poco de glamuroso y nada de excitante.

—Ya veo, pero dicen las malas lenguas que tu jefa y otra chica desaparecieron de allí con dos o más bailarines...

—Algo he oído yo también, Marc, pero no te lo puedo confirmar. Como te digo, me largué enseguida y ya no me enteré de nada —respondí con sinceridad.

—Ya, pero la señorita Rottenmeier sigue sin aparecer, no. ¿Qué le ocurre? No me digas que la maratón sexual la ha dejado para el arrastre y tiene tantas agujetas que no pude ni moverse...

—Es cierto, sigue sin aparecer. Pero yo he hablado con ella, me ha llamado por teléfono. Y así he podido preguntarle directamente mis dudas sobre el reportaje.

Le conté entonces a Marc mis paranoias mentales sobre el artículo, lo que se me había pasado primero por la cabeza, y después, la conversación mantenida con Marta.

—Así que la buena señora no se digna en aparecer por la oficina en toda la semana, menuda pájara. Y dice que ha estado enferma y que luego tiene asuntos personales que atender. Sí, sí, al folleteo se le llama ahora sí...

—Hala, ya estamos —fingí escandalizarme con su afirmación.

—Al pan, pan, y al vino, vino. Ésta ha secuestrado al maromo y le tiene de esclavo sexual toda la semana, allí atado a la cama. Le va a exprimir como a un limón, sacándole todo el jugo, y quiere aprovechar bien estos días. Por eso está ilocalizable, nada más. Pobre muchacho.

—Mira que eres bestia, Marc. Con lo fino que pareces a veces...

—¿Sólo a veces? Bueno, fuera de bromas, a ti te viene de lujo su ausencia. Así puedes estar estos días a tu aire, y ya verás la semana que viene lo que te proponga la jefa —contestó Marc.

—De eso nada, tengo mis propios planes. Me he buscado mi guía particular de la noche barcelonesa, y esta noche vamos a salir por ahí a buscar temas para el reportaje.

—¿Y quién es ese guía, si puede saberse? Me voy a sentir ultrajado. Mira que no contar conmigo para enseñarte el glamour de esta ciudad e irte con el primero que pase —replicó Marc mientras me daba un cariñoso golpe en el brazo.

El maquetador lo hacía por seguir bromeando, era parte de su encanto. Sabía que le caía bien, pero nada más. Su impostura a veces derivaba en ramalazo directamente, pero a él le daba igual que se hablara de sus inclinaciones sexuales. Un chico atractivo y bien plantado, aunque yo seguía creyendo que era gay, o por lo menos bisexual. Y además, parecía beber los vientos por Pep, el otro maquetador de la revista.

—Se trata de Enrico, mi nuevo compañero de piso.

—Bueno, bueno, bueno... Me parece a mí que hoy vamos a volver un poco tarde a la oficina. Tu responsable no está y yo paso del mío. Tienes mucho que contarme, chatina. ¿Quién es ese italiano con nombre tan sonoro? Y para colmo de males seguro que está bueno y todo...

—Más que bueno, Marc. Es un cañón de hombre —afirmé sin dudarlo.

—Joder, ¡qué morbazo para ti! Noemí se lo tenía muy calladito, y resulta que lo guardaba para ella sola en su ático del Eixample. Y ahora llega la mosquita muerta de la meseta y se lo lleva de calle, ya lo estoy viendo.

—Anda, no seas fantasioso, no es para tanto. Sólo somos compañeros de piso, y Enrico se ha ofrecido para ayudarme cuando le comentamos la situación. Él trabaja en la noche barcelonesa y conoce mucha gente. Además, así no voy sola a determinados sitios, que con esta cara de pipiola lo iba a pasar fatal.

—Ya veo. Y seguro que se ha ofrecido desinteresadamente, claro. Bueno, niña, tú sabrás. Pero eso de enrollarse con el compañero de piso no suele salir bien. Te lo digo por experiencia...

Marc lo soltó así, sin avisar, y yo no supe a qué atenerme. Naturalmente, no pensaba sacarle de su error. Era cierto, Enrico se había ofrecido a ayudarme, pero no estaba interesado en mí. ¿O quizás sí, visto lo visto en los últimos días? Era lo que tendría que averiguar esa misma noche. Lo que sí estaba claro, pero no se lo confesaría a Marc ni bajo torturas medievales, era que yo estaba loquita por el italiano.

Total, que seguimos charlando sobre el tema. Marc metiéndome caña y yo saliendo del paso como pude. Terminamos de comer y fue hora de regresar a la oficina, pero Marc tuvo que dejar su última perlita.

—Bueno, pues ten cuidadito esta noche. Y ya me contarás qué tal con el toscano. Nunca me han hecho mucha gracia los italianos, aunque a ti se te ilumina la cara cuando hablas de tu Enrico.

—¿Tú crees? —pregunté asustada. Al maquetador no se le escapaba una—. No, es que estoy emocionada por comenzar mi primer reportaje de investigación, nada más.

—Claro, claro, será eso. Espero que vaya bien la cosa. Y si tienes algún problema, ya sabes, cuenta conmigo para lo que sea.

Le agradecí su gesto y regresamos a la oficina mientras seguíamos charlando sobre banalidades. Siempre me lo pasaba bien con Marc, era especialista en sacarme una sonrisa en cualquier momento, aunque en ocasiones pecara por exceso. De todos modos era un buen chico y conmigo siempre se había portado muy bien. De hecho le tenía que agradecer el ascenso en la empresa gracias a sus desvelos. Ahora quedaba de mi parte responderles a todos con mi primer gran reportaje. No podía fallar, ni a ellos ni a mí, por supuesto. Era mucho lo que me jugaba,

tanto en lo personal como en lo profesional. Y por eso los nervios regresaron de nuevo, atenazándome el estómago ante la incertidumbre.

Capítulo 5

Esperando el momento

La tarde se me pasó casi sin darme cuenta y al rato estaba de nuevo en casa, esperando que llegaran las diez. Noemí no había regresado todavía al ático y ni rastro de Enrico, así que decidí darme una larga ducha que me ayudara a aclarar las ideas.

Algo más relajada, me puse un hato cómodo de ropa mientras me preparaba una merienda-cena. Quería hacerle caso a Enrico y no comer nada demasiado pesado. Teníamos Coca-Cola en la nevera, así que me tomé un buen vaso como acompañamiento, esperando que la cafeína hiciera su efecto. Y dependiendo de lo tarde que regresara a casa, ya vería a qué hora ponía el despertador para levantarme al día siguiente. No quería abusar, pero Marta me había dado vía libre para organizarme a mi gusto. Además, en la oficina nadie me echaría de menos, todavía mucha gente ni siquiera sabía quién era yo.

Dieron las nueve de la noche y yo seguía sola en el piso. Tenía un pequeño nudo en el estómago, producto quizás de los nervios o de la ansiedad que comenzaba a dominarme. Debía calmarme, respirar profundamente y pensar en que todo iba a salir bien. Positividad ante todo.

Preparé una pequeña libreta, bolígrafos y mi cámara fotográfica. Mi Samsung Galaxy hacía buenas fotos, pero por si acaso llevaría también la cámara compacta en el bolso, no abultaría demasiado. Dependiendo del lugar al que fuéramos me sería más o menos fácil obtener alguna instantánea. Tampoco quería meterme en un lío, ni mucho menos hacer quedar mal a Enrico con quién fuera que le hubiera abierto las puertas de los lugares que íbamos a visitar esa misma noche.

Me puse unos vaqueros cómodos, una camiseta holgada y unas zapatillas deportivas. De nuevo seguía los consejos de Enrico, sin saber todavía nuestro destino final. Busqué también una cazadora fina, por si acaso, ya que las noches veraniegas en la costa no son iguales que en el centro de la Península. En Toledo, mi tierra natal, podías morirte de calor durante toda la noche en un día de verano y estar al raso perfectamente en manga corta hasta la madrugada. Pero ya había aprendido que en el Levante español eso no es así, y la brisa nocturna podía dejar helado a cualquiera que no estuviera preparado para la ocasión.

Salí de nuevo al salón, contando los minutos para que dieran las diez. Miraba el reloj cada pocos segundos, y eso no podía ser bueno para mi estado de ánimo. Entonces escuché la llave entrando en la cerradura de la puerta y me dispuse a encontrarme de nuevo con Enrico, a escasos minutos de afrontar nuestra primera aventura común. Igual mis expectativas eran demasiado altas y aquello iba a ser una visita rutinaria, pero en mi fuero interno me sentía como una de las heroínas de aquellas novelas de intriga que había leído en mi juventud. Tal vez me llevara después un desengaño, pero de momento estaba muy ilusionada.

El primer chasco me lo llevé cuando vi aparecer a Noemí tras atravesar el pasillo anterior al salón. La informática llegó junto a mí con gesto cansado, se me quedó mirando un momento y me dijo:

—¿Qué haces ahí plantada como un pasmarote?

—Estoy esperando a Enrico. Me ha llamado este mediodía y me ha dicho que le aguarde aquí. Llegará sobre las diez y me llevará a no se qué sitio para comenzar la investigación. Por lo

visto ha conseguido su propósito, pero no tengo ni idea del destino final.

—Anda, anda... Así que nuestro toscano favorito te va a llevar de paquete en su moto, paseo romántico a la luz de la luna. Y eso que a ti no te interesaba el chaval, y que él ni se había fijado en ti. Pues menos mal...

—Oye, no seas lianta —aduje en mi defensa—. Además, que yo sepa fuiste tú la que se lo comentó a Enrico, yo no pensaba decirle nada del artículo.

—No te quejes, Eva. Si no llega a ser por mí, ¿qué hubieras hecho entonces? El reportaje sin comenzar, tú asustadita y tu jefa sin aparecer. No quería verte por ahí sola, la noche puede ser muy peligrosa y tú todavía estás un poco verde, no es por nada.

—En eso te doy la razón. Y te agradezco tus desvelos. Pero de todos modos, ya está todo arreglado. He hablado hoy con Marta por teléfono y me lo ha aclarado.

Le conté a Noemí la conversación matutina, recalcando que yo seguiría adelante con lo que tuviera en mente Enrico.

—Bueno, puedes salir hoy por ahí con él y ver un poco el percal. Así vas preparando tu artículo y tienes material para presentarle a Marta. Me parece buena idea. Eso sí, no te fíes de Enrico. No sé yo dónde te va a llevar, este chico es un misterio.

—¿En qué quedamos? ¿Me fío o no me fío de él? Si yo soy una pardilla y tú querías que él me acompañara, será mejor que me deje guiar, ¿no?

—Vale, sí, ha sonado un poco contradictorio. Tú me has entendido, no te hagas la tonta. Lo que quiero decir es que el roce hace el cariño, ya sabes. Y creo que vosotros dos tenéis mucho peligro por separado, así que juntos puede ser una bomba de relojería. A mí no me engañáis...

—No sé por qué dices eso, yo sólo quiero hacer bien mi trabajo.

—Sí, claro, y yo me chupo el dedo. ¿Crees que no he visto las miradas que os lanzáis los dos? Recuerda que ya te advertí sobre Enrico y sobre las dificultades añadidas que pueden surgir en nuestra convivencia diaria si surge algo entre vosotros, aunque sea pasajero. Luego no digas que no te avisé con tiempo, allá tú...

Noemí no lo dijo en tono de reproche, sino casi como un gesto de resignación. ¿Había asumido que Enrico y yo terminaríamos juntos? Quizás ella viera o percibiera algo que a mí se me escapaba. Desde luego que yo quería estar con Enrico, pero no pensaba decírselo de momento. Y no tenía tan claro que él sintiera lo mismo por mí, aunque si era cierto que me miraba de un modo especial. No sé si como el lobo que iba a devorar a la oveja descarriada o algo más, pero aquellos ojos tan profundos me desarmaban cada vez que me cruzaba con ellos. Miedo me daba estar tan cerca de él toda la noche, sola, a expensas del gran cazador.

De miedo nada, pensé para mí. Era lo que estaba deseando. Me daba igual que el lobo feroz se diera un banquete con la caperucita recién llegada a la ciudad. Lo que quería ella era conseguir que el depredador no se moviera de su lado ni siguiera buscando presas por el bosque. Eso era lo más complicado, y uno de mis objetivos principales para aceptar aquella cita inusual que tendría en unos minutos.

—Tranquila, Noemí, de verdad. Sólo es un tema profesional —mentí a propósito—. Agradezco mucho la ayuda de Enrico, faltaría más, así como tu intervención. Y por supuesto, que te preocupes por mí en particular y por nuestra convivencia en general. No voy a hacer nada que pueda estropearla. Estoy muy a gusto aquí, en este estupendo ático, y tengo intención de seguir viviendo en él. No quiero malos rollos ni malentendidos, sólo empezar a afianzarme en la revista y seguir aclimatándome a vuestra maravillosa ciudad.

Me salió del tirón, cuando yo no he sido nunca una mentirosa nata. Creía que se me notaba

a la legua cuando tenía que mentir, o por lo menos mi madre siempre me pillaba con las pequeñas mentirijillas que le soltaba de vez en cuando para evitar castigos tras alguna trastada. O había aprendido o simplemente Noemí pasaba de mí, dejándome que me estrellara yo solita. Su gesto no era de convencimiento absoluto, por mucho que intentara disimularlo.

—Muy bien, Eva. Espero que tengáis mucho cuidado. Hay mucho loco suelto por ahí, y la noche no es el mejor sitio para perderse. Hay ciertos barrios más peligrosos que otros en esta ciudad, y deseo que nuestro compañero no se le ocurra llevarte a determinados lugares. A saber lo que te tiene preparado.

—No sé, no me ha querido decir nada. Y claro, no sé a qué atenerme, va a ser una sorpresa cuando llegue al primer sitio, sea el que sea.

—No creo que os vayáis a meter en jaleos graves. Enrico puede tener sus cosas, pero es un chico con cabeza y no os va a poner en peligro. Por su bien, porque si ocurre algo desagradable se las va a tener que ver conmigo.

—Tranquila, todo irá bien —contesté sin estar completamente segura.

—Creo que por ahí llega nuestro hombre...

Efectivamente, segundos después asomó Enrico por el pasillo. Venía contento, o eso me pareció en primera instancia. Nos sonrió con aquella boca espléndida, llenando el espacio a su alrededor como sólo él podía hacer.

—Buenas noches, chicas. ¿A quién estabais esperando?

—A ti, Enrico —contestó Noemí adelantándose—. Ya me ha dicho Eva que te la llevas de picnic nocturno.

—Bueno, es algo un poco más complicado, Noemí. Simplemente he cogido la lista de posibles temas a tratar que comentáramos en su momento y he hecho mis propias averiguaciones. Dependiendo de cómo se nos dé la noche podremos ir a uno o más sitios interesantes que quizás le sirvan para su reportaje.

—Y te estoy muy agradecida, Enrico —afirmé sin dudarlo—. ¿Alguna pista sobre nuestras visitas nocturnas de hoy?

—Prefiero que sea una sorpresa, *bambina* —contestó guiñándome un ojo—. No te preocupes, ya verás como disfrutas de la experiencia y encima obtienes un material estupendo para tu artículo. Todo irá bien, ya lo verás.

—Eso espero, Rico, por la cuenta que te trae —afirmó Noemí muy seria—. Como le pase algo a la niña ya puedes largarte del país. Eso o atente a las consecuencias. Llegado el caso te cortaría en pedacitos para que los *linguini* tuvieran más sabor, así que no me falles.

—Tranquila, *mamma*, está todo controlado —respondió divertido el italiano. Parecía pasárselo bien con las puyas de Noemí, aunque a mí no me hiciera demasiada gracia que me trataran de niña, y hablaran de mí como si no estuviera en la misma estancia que ellos.

—Muy bien, todo aclarado entonces —quise zanjar el tema o no terminaríamos nunca—. Yo ya estoy lista, Enrico, cuando quieras.

—Ok, me cambio en un momento y nos vamos. ¿No irás tan fresca esta noche? —preguntó al verme en manga corta.

—No, descuida. Tengo la cazadora preparada en la habitación. ¿Necesito algo más que tenga que buscar?

—No, así está bien. Quizás esta noche caiga algo de agua, no sé yo. Hace mucho bochorno y me ha parecido ver alguna nube de tormenta. Tal vez sería bueno que cogieras alguna chaqueta que abrigara más, y si tiene impermeable mejor. Sólo por si acaso, no quiero que te mojes y

luego me echéis la culpa si coges un resfriado.

—No me seas memo, Enrico. Ya sabes a lo que me refería antes —contestó Noemí—. Espero que vayas con cuidado en la moto y no os metáis en jaleos. Tampoco quiero tener que ir a sacaros en plena noche del calabozo de cualquier comisaría.

—Eres muy exagerada, Noemí, de verdad, ja, ja.

Escuchaba todavía de fondo la risa contagiosa de Enrico mientras iba a mi habitación a por otra chaqueta. Él se encaminó también a la suya. En unos pocos minutos estaríamos en la calle, muy pegaditos en su moto, camino de un destino que todavía me era desconocido. Me empezaron a sudar las manos de los nervios, mientras mi bajo vientre me pegaba otro tipo de pinchazos para los que no tenía tiempo en esos momentos.

Me cambié la cazadora, me miré un momento en el espejo y justo antes de salir de la habitación, escuché la profunda voz de Enrico. Me llamaba con un leve toque de sus nudillos en la puerta, sin atreverse a entrar en mis aposentos:

—¿Estás ya, Eva? —preguntó—. Tenemos que darnos prisa si queremos llegar a tiempo.

—Llegar a tiempo, ¿a dónde? —inquirí a mi vez nada más salir del cuarto.

Enrico se echó un par de pasos para atrás al verme franquear la puerta. Nos quedamos momentáneamente los dos parados, mirándonos a los ojos, midiendo nuestras fuerzas. Bajé la vista disimuladamente, contemplando bien el panorama que se cernía ante mí. El italiano estaba para comérselo...

Se había puesto esos pantalones vaqueros desgastados que le sentaban tan bien, marcando los músculos que debían ser marcados y realzados. Después llevaba una camiseta negra con motivos rockeros y una cazadora de cuero algo ajada, pero con un toque muy masculino. Totalmente arrebatador, como no podía ser de otro modo. Destilaba testosterona por los cuatro costados y miedo me daba subirme a su moto con todas mis hormonas revolucionadas. Tendría que dejar mis manos quietas mientras él conducía o podíamos tener un percance, pensé en ese instante.

—¿De qué te ríes, Eva? —me soltó Enrico al ver mi gesto. El veloz pensamiento pasajero debía haber provocado que mi boca sonriera sin darme cuenta, y ya no había vuelta atrás...

—Nada, es que no me imaginaba que fueras a ir tan rockero. No sé, igual desentono con estas pintas en el lugar al que me vas a llevar...

—No, tranquila, estás perfecta —contestó sin soltar ni un dato más.

Me resigné a no conocer nuestro destino, por lo que decidimos marcharnos en ese mismo momento. Cruzamos el salón y nos despedimos de Noemí, que nos miró con un gesto que me pareció de preocupación. Esperaba que no ocurriera nada extraño, en unas horas regresaríamos a casa, sanos y salvos. No podía intuir siquiera lo que realmente iba a sucedernos en esa noche de comienzos de verano.

Capítulo 6

Aventuras nocturnas por la ciudad

Bajamos andando los cinco pisos del inmueble, a Enrico parecía que tampoco le gustaba el vetusto ascensor de nuestro edificio. Yo seguía viéndole de muy buen humor, y su sonrisa perenne me alegraba la noche. Por lo menos eso me ayudaba a sujetar un poco las mariposas del estómago, desbocadas totalmente ante los inminentes sucesos que tendrían lugar en mi aburrida vida: iba a montarme en la moto del hombre por el que suspiraba, y después me llevaría a uno o varios lugares secretos, repletos quizás de morbo, peligro o misterio, para comenzar la investigación de mi reportaje.

En la esquina de nuestra calle, amarrada con una buena cadena, divisé la motocicleta de Enrico. Se trataba de una moto negra con algunas partes en color acero, pulida y brillante, que emanaba poderío y algo de agresividad. Igual que su dueño, si lo pensaba con tranquilidad. Silencioso, sereno, expectante, el vehículo de dos ruedas esperaba que nos montáramos de una vez para comenzar nuestra aventura nocturna.

—Toma, Eva, póntelo —me dijo Enrico mientras me daba un casco azul oscuro con algunos destellos de color claro.

Yo asentí y me lo coloqué, mientras veía como él se ajustaba también su propio casco, de color negro en su totalidad. Una vez quitada la cadena, se subió a la grupa de la moto, encendió el motor y la movió ligeramente, bajando el vehículo de la acera y enfilando la rueda delantera hacia la calzada por la que íbamos a transitar a continuación. Entonces me hizo un gesto con la mano y dijo algo, aunque no pude escucharle bien a través del casco con el ruido de tráfico de la zona. Entendí el mensaje y me subí a la moto con algo de miedo.

—Así, muy bien. Coloca los pies en los estribos y agárrate fuerte a mí —me dijo cuando me tuvo sentada a su espalda—. Tranquila, no voy a ir muy deprisa. ¿Estás preparada?

Asentí con la cabeza ya que las palabras no salían de mi boca al tener la garganta seca. La situación me superaba, pero no podía demostrarlo. Me agarré tímidamente a su cintura, sintiendo el frío del cuero de su cazadora, mientras las ruedas del engendro mecánico abandonaban del todo la acera y se incorporaban poco a poco al tráfico de nuestra calle.

Enrico conducía con prudencia, sin hacer adelantamientos peligrosos ni colándose por el medio de otros vehículos, algo que siempre me ha dado bastante respeto cuando lo he visto desde fuera. Cuando viajas de pasajero en un coche tienes la carrocería del automóvil como resguardo ante cualquier posible choque. Pero en una moto el único parapeto es tu propio cuerpo, y si hay cualquier toque, por leve que sea, tienes todas las de perder ante otros vehículos más grandes. De ahí el nudo que tenía en la garganta en esos momentos.

Iba estirada como un palo, agarrada a la cintura de Enrico pero sin apretar demasiado. La posición era muy rígida, y mi tensión fue captada al instante por el conductor. Parados en un semáforo, Enrico se giró y me miró, pudiendo distinguir perfectamente sus profundos ojos a través de la visera del casco.

—En serio, Eva, relájate, te vas a hacer daño en la espalda. Y agárrate con fuerza, no muerdo. Además, ahora nos vamos a meter en la Ronda Litoral y aceleraré un poco para aclimatarme a su propio tráfico. No te asustes, procuraré no volcar demasiado la moto e iré con

cuidado. No es un viaje muy largo, te lo prometo.

Yo volví a asentir sin abrir la boca, cabreada conmigo misma por mi actitud. Pero no podía hacer nada por evitarlo. El peligro latente se había impuesto a las ganas que tenía de estar junto a Enrico, y en esos precisos momentos me hubiera bajado de la moto sin dudarlo. Pero no, tendría que pasar el mal trago y seguir adelante. Esperaba que la recompensa mereciera la pena.

En los breves minutos que llevábamos en circulación ni me había fijado en el camino por el que transitábamos. No es que yo conociera demasiado la ciudad, y menos de noche, pero la situación no me permitía contemplar con calma el panorama y disfrutar de aquel paseo nocturno. Enrico decía que no corría mucho y que estaba teniendo cuidado, pero el rugido del motor de la Honda, con aquel poderoso motor que bramaba cuando le daba al acelerador, me estaba poniendo muy nerviosa.

Intenté hacerle caso a mi conductor de esa noche y me olvidé del lugar en el que me encontraba. Cerré los ojos un instante, me agarré con fuerza a su cintura e incluso me vi obligada a pegarme más a su cuerpo al sentir un brusco acelerón nada más adentrarnos en la Ronda de circunvalación de la ciudad.

Si cerraba los ojos me mareaba más, y además, yo quería conocer nuestro camino para intentar averiguar el destino que me tenía preparado Enrico. Entonces otro de mis sentidos vino en mi ayuda, librándome de la angustia que me acompañaba desde que me había subido a aquel vehículo infernal: el olfato.

Tras uno más de aquellos bruscos acelerones me vi impulsada hacia delante. Sentí algo de vergüenza al notar que mis pechos se apretaban contra la espalda de Enrico, aunque él no pareció inmutarse. Así que me agarré fuerte, me pegué incluso más a su cuerpo y unas vaharadas de intensos efluvios entraron directas por mi nariz.

La mezcla del olor del cuero, la colonia de Enrico y su increíble aroma natural entró con fuerza a través de mis fosas nasales. Cerré los ojos un instante, suspiré en silencio y dejé volar la imaginación. Aquel hermoso ejemplar masculino me deleitaba con sus atenciones en una isla paradisíaca donde sólo había arena, agua, palmeras y dos cuerpos desnudos que...

Tuve que despertar de mi bonito sueño ante la curva cerrada que tomamos en ese instante hacia la izquierda. Adelantamos a toda velocidad a varios coches, y nos colocamos de nuevo en el carril derecho de la autovía, camino de un lugar que seguía siendo desconocido para mí.

Enrico parecía disfrutar conduciendo su vehículo. Su estilizado cuerpo, acoplado a la perfección a aquella maquinaria perfectamente engrasada, formaba un dúo perfecto del que yo intentaba disfrutar como podía, dadas las circunstancias. Se le veía atento a cada detalle del camino, pero también relajado, feliz. Casi podía asegurar que conducir aquella motocicleta era una de sus pasiones preferidas.

De nuevo viramos en otra curva en herradura, a derecha e izquierda en una sucesión de zigzags que me arrancaron un pequeño chillido que quedó apagado por el ruido del viento. Apoyé mi cabeza en su espalda y aspiré de nuevo su aroma, echando también el resto del cuerpo hacia delante. Noté como mis piernas abiertas se pegaban al poderoso culo de Enrico, una singular experiencia de la que disfrutaba con los cinco sentidos. Aunque pensé que si la situación fuera al revés, con la entrepierna del italiano pegada a mis nalgas, seguramente empezaría a boquear como un pez fuera del agua.

Alejé inmediatamente esa sensual imagen de mi mente y me concentré de nuevo en la carretera. Me pareció entrever que nuestro destino estaba cada vez más cercano. Enrico había disminuido algo la velocidad y dejado atrás la autovía, incorporándose a una vía de servicio

anexa a la carretera principal. Era una tontería intentar hablar bajo aquellas circunstancias, así que me tragué mi pregunta y esperé a que llegáramos por fin a ese lugar misterioso que el florentino no me había querido mencionar.

Me pareció distinguir un cartel a nuestra derecha que señalaba el Puerto de Barcelona. Pero nada que ver con la zona del Puerto Olímpico donde había disfrutado y sufrido a partes iguales en aquella despedida de soltera, no. Se trataba de la zona de carga, del verdadero puerto de la ciudad donde llegaban miles de contenedores de mercancía a través del mar, estibados en enormes barcos cargueros que también comencé a divisar en lontananza.

Enrico pareció dudar en un cruce, quedándose un momento parado tras sortear la rotonda de entrada de lo que parecía una zona industrial. La oscuridad de la noche y la soledad del paraje en el que nos encontrábamos no ayudaron precisamente a que me sintiera mejor. Allí estábamos en medio de la nada, rodeados por contenedores de diferentes colores por doquier e inmensas y gigantescas grúas que dormitaban, esperando quizás comenzar su siguiente turno de faena. Un panorama desalentador, la verdad sea dicha, y además, parecía que mi guía particular no sabía bien qué camino tomar a partir de ese momento.

Carraspeé e intenté hablar, esperando que Enrico comprendiera que aquella situación se estaba tornando en algo bastante desagradable. Parecía que nos hubiéramos perdido y su inseguridad manifiesta no mejoraba la situación ante mis ojos de pasajera desvalida. Le di un toquecito en el hombro, me abrí un poco la visera y dije:

—¿Dónde estamos, Enrico? Dime que no nos hemos perdido, por favor. Esto parece muy desierto y no me gusta nada. ¿A dónde íbamos, si puede saberse?

—Tranquila, Eva, está todo controlado. Lo único es que no quiero perderme en el interior de estos polígonos, son inmensos. Nos encontramos en la Zona Franca de Barcelona, al lado del puerto de carga, como has podido comprobar.

—Ya, muy bien. Pero no has contestado a mi pregunta —respondí con inquietud.

Enrico se encontraba girado hacia mí, con el casco todavía puesto. Me pareció ver una sombra de duda en su mirada, pero entonces se giró de nuevo al frente, acechando, dispuesto para saltar ante su presa.

—Shhhhhhhh, un momento, Eva. Me ha parecido escuchar algo.

Yo obedecí, por supuesto, callándome al instante. No me pareció escuchar nada, aparte del ruido lejano del mar, y los extraños sonidos metálicos que salían de aquella zona industrial tan poco tranquilizadora a esas horas de la noche.

—Si me dijeras que estamos buscando, quizás yo pudiera...

—Por favor, calla. Creo que por allí, a la izquierda, está lo que buscamos.

Resignada, volví a cerrar la boca. Él se quedó un segundo más expectante, oteando el horizonte. Entonces distinguí también algo procedente de la zona señalada por Enrico. Un ruido sordo, como de motores rugiendo, y voces discordantes cuyos ecos se perdían entre aquellos inmensos pasillos repletos de contenedores.

—Sí, es allí. Vamos, no quiero llegar tarde.

Me volví a pegar a él y arrancó de nuevo con estrépito. Hizo sonar el motor a tope, al parecer queriendo llamar la atención sobre nosotros. Giró entre dos columnas enormes, aceleró, hizo un par de curvas siguiendo el sonido cada vez más audible que nos precedía, y al final llegamos a una explanada inmensa, de forma rectangular, rodeada de grúas y estanterías metálicas en tres de sus lados. En su lado libre, situado al fondo, el rumor de unas aguas tan negras como la noche me hizo sobrecogerme casi por instinto.

En aquella plaza asfaltada distinguí multitud de personas que se movían sin ton ni son. En el lateral izquierdo aparecían muchos vehículos aparcados, sobre todo motos, aunque también había algunos coches. En el lado derecho se agolpaban una especie de tenderetes, con la gente yendo y viniendo de un lado a otro.

Enrico aparcó al lado de otros vehículos y a continuación nos bajamos de su moto. Nos quitamos los cascos y nos quedamos mirando alrededor, intentando dilucidar qué era lo que se cocía en aquel vasto espacio a esas horas de la noche, en aquel polígono perdido al lado del mar. De pronto, el sonido de un megáfono interrumpió todas las conversaciones, consiguiendo que los centenares de personas allí congregadas dirigiéramos la mirada hacia el mismo sitio.

Subida a una tarima se encontraba una rubia muy llamativa, vestida con un ceñido mono de color rojo que realzaba su impresionante figura. Me fijé en la cremallera, abierta con mucho morbo en medio de un buen escote que dejaba asomar su más que generosa delantera. La chica llevaba unos taconazos de vértigo y se contoneaba provocativamente mientras gritaba a pleno pulmón:

—¡A sus puestos! La primera carrera está a punto de comenzar.

M fijé entonces en los tenderetes del lado contrario, donde varios hombres intercambiaban billetes y apuntaban datos en pizarras y tablillas de diversos tipos. Hacia allí parecía dirigirse Enrico sin mirar atrás, sumido en sus propios pensamientos. Yo le seguí, deseosa de preguntarle mil cosas, pero él parecía concentrado, casi taciturno, como si se hubiera olvidado de mí. A mitad del camino se paró, miró alrededor, y me llevó detrás de un contenedor plantado en medio de la explanada.

—Bueno, Eva, ya tienes lo que querías. Estamos en medio de una sesión golfa de carreras nocturnas.

—¿Carreras ilegales? —pregunté como una pava.

—Claro, niña, esta gente no está federada ni nada por el estilo. Todos nos encontramos en una propiedad privada para la que no tenemos permiso y adentrarnos aquí puede ser considerado un delito, eso por descontado. Y por supuesto, todas las apuestas y el dinero que mueve este tinglado, aparte de otras movidas, no tiene mucho de legal. De hecho, si la policía llega y nos detienen, nos meten a todos en el calabozo, yo te lo advierto. ¿Quieres seguir y verlo en directo, o prefieres que nos marchemos?

—No, no, prefiero seguir aquí. Pero bueno, para nosotros no es peligroso, ¿no? Además, sólo estamos de público, no vamos a competir.

—De momento no es peligroso, claro, pero aquí la gente no se conforma con mirar. O viene a apostar, o a competir. Y las carreras no suelen tener muchas reglas, aquí vale casi cualquier cosa. La cuestión es llegar el primero después de dar dos vueltas a este circuito improvisado que montan aquí dentro. Ven, te lo voy a enseñar.

Habíamos dejado la moto bien aparcada y yo imité al italiano, portando el casco en mi brazo. En ese momento, Enrico dejó el suyo en el suelo y yo repetí su gesto. Entonces se subió a la primera plataforma del contenedor y me ayudó a trepar hasta allí. Subimos entonces un poco más y miramos desde arriba. Desde esa posición privilegiada pudimos distinguir lo que el italiano acababa de comentarme: la salida, el circuito entre columnas de contenedores, el final de la curva y la línea de meta. Todo enmarcado entre estanterías metálicas, contenedores gigantes y grúas enormes, con el mar de peligroso final por si no te daba tiempo a frenar tras cruzar la meta.

—Yo he visto matarse a varias personas que corrían aquí. Se juegan el dinero, la moto y hasta la chica si hace falta. Son gente peligrosa, niñatos de los bajos fondos y algún que otro pijo

que busca nuevas sensaciones. Un ambiente algo macarra, aunque conozco a alguno de los organizadores, no te preocupes.

De pronto tuve constancia de la realidad. Me encontraba en medio de algo casi irreal, una carrera ilegal de motos que podría servir como trampolín fabuloso para comenzar mi reportaje. Enrico había conseguido infiltrarme allí dentro, por lo menos de momento. Había llegado mi turno, aunque no quería que nadie descubriera nuestra estratagema.

—Entiendo que de hacer fotos o grabar vídeos me voy olvidando, ¿verdad?

—Sí, Eva, ten mucho cuidado. A mí me han admitido porque algunos de estos tipos me conocen de otros sitios, nada más. Si me preguntan diré que eres una buena amiga, no tengo que dar más explicaciones sobre tu persona, ni tú tampoco debes darlas. Y por supuesto, nada de mencionar que eres periodista, sólo queremos disfrutar del ambiente y ya veremos si participamos.

—Pero, Enrico, yo no...

—Tranquila, no se dará el caso. Es sólo por si nos preguntan. Y ya veré cómo me las apaño para que consigas alguna foto o vídeo sin llamar demasiado la atención. Esta gente es muy exhibicionista. En ocasiones, incluso, cuelgan sus propios vídeos en Youtube con carreras ilegales, ya sea aquí o en polígonos parecidos. O haciendo verdaderas diabluras en carreteras abiertas al tráfico, con el consiguiente peligro para los pobres conductores que no saben lo que se les viene encima. Por lo menos aquí dentro nadie externo corre peligro. Les gusta provocar a la Guardia Urbana y a los Mossos d'Esquadra, es otra de sus grandes aficiones.

—Joder, menudo sitio al que me has traído...

—Ya te lo he dicho, nos vamos si lo prefieres. ¿No querías conocer la noche transgresora de Barcelona? Pues aquí puedes empezar a alucinar...

—Sí, ya veo. Tranquilo, vamos allá.

—Ok, otra cosita. Si vemos aparecer policías nos vamos a toda leche, sin preguntas. Nos subimos a la moto y desaparecemos. ¿Está claro?

—Como el agua, Enrico. No te preocupes.

De nuevo bajamos al suelo y continuamos la marcha hacia la zona donde se congregaba el mayor número de personas. Antes de llegar allí distinguí un pequeño escenario en una esquina, una especie de mesa improvisada con algunas maderas, repleta de velas encendidas, fotografías, notas de papel y algunos ramos de flores. La imagen me impactó, reconociendo al instante un altar en memoria de los caídos.

Le hice un gesto a mi acompañante, señalando con la cabeza en la dirección en la que había descubierto esa imagen surrealista en medio de un polígono industrial. Enrico asintió levemente, confirmando que mi intuición era cierta. Un escalofrío recorrió entonces mi espina dorsal, y el frío húmedo del entorno del puerto caló por completo en mis huesos, haciéndome sentir un vértigo inusual. Aquello era real y nosotros estábamos allí dentro, viviéndolo en primera persona. Me abroché la cazadora, temblorosa, y apreté el paso para no alejarme de mi guía.

Enrico se dirigió hacia dos chicos altos que se encontraban contando dinero, parecía que ya los conocía de antes. Y efectivamente, uno de ellos dejó un fajo de billetes en manos del otro, que parecía su hermano, y le dio un fuerte abrazo a Enrico.

—Dichosos los ojos, Enrico, mucho tiempo sin verte por aquí. Se te ha echado de menos, maldito bastardo —dijo en un tono que quiso ser amistoso y en un acento que me recordó al del florentino.

—Las obligaciones, Fabio, ya sabes. Pero aquí estoy, y eso es lo que cuenta. ¿Qué tenemos

hoy en el programa?

—Lo habitual, hermano. Un par de carreras sencillas, una por parejas para finalizar la velada, algún slalom y quizás pruebas de habilidad entre medias. Dos bandas de niñatos también se han retado hasta que sólo quede uno en pie, puede ser divertido. Y tú, ¿qué nos traes por aquí? No me has presentado a este bellezón que te acompaña...

Por eso me había sonado el acento de ese hombre, con ese nombre seguramente era también italiano. Fabio se acercó a mí y me plantó dos sonoros besos mientras me cogía sin disimulo por la cintura en una demostración de posesión que no hizo mucha gracia a Enrico.

—Hola, guapa, soy Fabio —me dijo con voz supuestamente sensual, aunque a mí me sonó algo grotesca. Después, acercando su boca al oído me susurró—. Tus deseos son órdenes para mí, si quieres probar a un italiano de verdad olvídate del toscano...

—Fabio, ésta es mi amiga Eva. Eva, no hagas caso del humor socarrón de Fabio. Estos romanos todavía no han aprendido modales, nada que ver con el señorío de mi tierra natal. Pero en el fondo no es mal chico.

—Encantada de conocerte, Fabio —musité en voz baja, algo alterada ante el devenir de los acontecimientos.

El tal Fabio me soltó y miró de refilón a Enrico con una pose altanera que no me gustó ni un pelo. Pareció dudar si contestar al insulto soslayado que había proferido Enrico medio en tono de broma, haciendo hincapié en las desavenencias que yo ya había oído entre los ciudadanos de diferentes ciudades italianas. Aunque allí había algo más, alguna factura pendiente entre los dos desde hacía tiempo.

—Viejo amigo, siempre tan bromista. Pero claro, es fácil sonreír y soltar chorradas cuando se está tranquilito en tus clubs, y no jugándote la vida en éste y en otros lugares como lo hacen algunos de tus compatriotas. ¿O ya se te ha olvidado? No, claro, vienes aquí con tus aires de grandeza venida a menos, mirándonos por encima del hombro a todos. ¿Has traído tu Honda? Sabes que me debes una, y hoy podía ser un buen momento para saldar viejas cuentas.

Yo miré algo asustada a Enrico, eso no era lo que habíamos previsto. Al parecer, Fabio se quería cobrar algo pendiente y no pensaba echarse atrás. Era un tipo alto, de casi dos metros, aunque bastante delgado. Tenía la mirada acerada, una nariz prominente y un rictus de desdén absoluto en sus labios. Me produjo casi repulsión su pose altiva, desafiante, mientras evaluaba a Enrico sin perder ojo de lo que ocurría a su alrededor. Entonces, cuatro de sus esbirros le rodearon, mirándonos con un gesto de odio que me sobrecogió. La situación empeoraba por momentos y yo no sabía cómo reaccionaría Enrico ante el desplante.

—Ya lo arreglaremos tú y yo en otro momento, Fabio, hoy no va a ser el día. No seas maleducado con nuestra invitada. Es la primera vez que acude a una de vuestras veladas y no querrás que se lleve una mala impresión de los organizadores. Sólo hemos venido a divertirnos, apostar un poco y saludar a los viejos amigos, nada más.

—Está bien, Enrico. Puede que tengas razón, aunque me tendrás que convencer a lo largo de la noche. Y si no lo consigues, tendrás dos opciones: participar junto a tu amiguita en la carrera de parejas o un duelo al amanecer, solos tú y yo con las máquinas en juego. O si lo prefieres, puedo hacer que Eva monte conmigo y aprenda lo que es una máquina de verdad...

El doble juego de palabras encendió la mirada de Enrico por un momento, pero no obtuvo el éxito buscado. Mi acompañante sabía que le estaban provocando y que llevaba las de perder. En otras circunstancias quizás hubiera entrado al trapo, pero llevándome de paquete en aquella excursión tan peligrosa, no creyó oportuno darle réplica.

—Vale, Fabio, luego hablaremos tú y yo. Tranquilo, tendrás tu justa compensación por habernos permitido asistir a lo de esta noche. Sabes que mi palabra es sagrada, hermano. Ahora vamos a ver el comienzo de la primera carrera y a apostar algunos euros para que vuestra caja siga funcionando. ¿Algún favorito?

El romano soltó los brazos, que hasta entonces llevaba cruzados sobre el pecho. Ese simple gesto relajó también a sus secuaces, que se alejaron de nuestra posición como si allí no hubiera pasado nada. En ese momento la sensual rubia del megáfono se acercó a Fabio y le dijo algo al oído mientras no le quitaba ojo a Enrico. Me pareció incluso distinguir como la tía le hacía morritos, moviendo su escultural cuerpo de un modo tentador. Enrico tampoco mordió el anzuelo y pasó de ella, acercándose a mí en actitud protectora. Escuchamos de nuevo la voz del promotor de las carreras, tras deshacerse con un gesto displicente de la rubia explosiva embutida en aquel mono tan ceñido.

—Habla con Alexandro, él lleva las apuestas esta noche. Creo que el chaval de la moto roja tiene posibilidades, ya ha ganado aquí otras veces.

—Gracias por el consejo, Fabio. *Ciao*, nos vemos.

Enrico rodeó mi cintura con su brazo derecho y nos dirigimos hacia el tenderete de las apuestas, con la mirada de Fabio clavándose en nuestras espaldas. Entonces escuché la voz de Enrico, susurrante a mi lado:

—No se te ocurra volverte, nos está mirando. Tranquila, no va a pasar nada, sólo haz lo que yo te diga. Sonríe y olvídate de esa cara de preocupación, por favor. Ese tipo es un payaso y un bocazas, pero a un gesto suyo nos despedazarían sus gorilas.

—Pero Enrico, yo...

—Sí, ya sé que no es lo que esperabas, lo siento. Tengo temas pendientes con ese idiota, pero no creía que se los quisiera cobrar hoy. Ha sido culpa mía, no debía haberte traído aquí. Pero ahora no podemos echarnos atrás, ni escabullirnos sin tener problemas.

—De acuerdo, haré lo que me digas —contesté realmente asustada.

En ese momento me dio un beso rápido en los labios al que no quise dar mayor importancia. Sabía que era una pose, una estratagema para que Fabio y sus secuaces no me molestaran. Pero después de todo, un beso es un beso, ¿no? Preferí aparcarlo en mi mente por unas horas, ya tendría tiempo de pensar en ello. Ahora sólo quería concentrarme y seguir las indicaciones de Enrico en aquel escenario tan surrealista.

La chica del megáfono seguía arengando a participantes y apostantes, a escasos cinco minutos del comienzo de la primera carrera según me pareció escuchar. Desde luego, yo estaba encantada de que Enrico me llevara a su lado, cogida por la cintura, pero la situación me desbordaba un poco. Me sentía segura en compañía del italiano, pero si aquellos energúmenos querían hacernos algo, llevábamos las de perder. No era el mejor modo de comenzar mi reportaje, ni de adentrarnos en los entresijos de la noche barcelonesa.

Al parecer los romanos eran los amos del cotarro en aquel ambiente sacado de una película de serie B. Y Enrico había solventado la situación con aplomo, sin dejarse intimidar. Me llevó entonces hacia la zona de apuestas y sacó un billete de 50 euros que entregó al tal Alexandro tras saludarse efusivamente, o por lo menos de cara a la galería.

—Apuesto por el rubito de la moto roja, me han dicho que es bueno —dijo Enrico señalando a un chaval de corta estatura, y aparentemente bastante joven, que se había colocado en el lado más cercano a nosotros de lo que podría considerarse la parrilla de salida de aquella carrera ilegal.

—Claro, Enrico, yo te lo apunto. Se paga 3 a 1, ese niño se mueve muy bien en su moto roja. Todos van a por él, pero no consiguen alcanzarle, parece que lleva una velocidad más en su máquina —replicó el jefe de las apuestas.

—Vamos, Eva —dijo Enrico en voz alta para que le oyeran los de alrededor—. Desde aquella plataforma allí situada veremos muy bien la carrera.

Yo asentí y me deje conducir de nuevo, mientras los apostadores nos ignoraban tras el pago realizado, centrándose en nuevos posibles clientes.

—Lo estás haciendo muy bien, Eva. Ahora subiremos allí arriba, al lado de ese grupo de chicas que deben ser las novias de algunos de los participantes, y veremos la carrera. Después debes estar preparada. En el tumulto que se formará cuando acabe la carrera, si es que termina sin ningún incidente reseñable, bajaremos de la plataforma, nos montaremos en mi moto y nos escabulliremos por detrás de aquellos contenedores amarillos.

—Enrico, yo no quería ponerte en un aprieto. No sabía que...

—Calla, no digas nada. Tú no tienes la culpa, he sido yo. Soy idiota por confiar en estos malditos romanos, me la han vuelto a jugar. Los capitalinos suelen ser gilipollas, pero Fabio bate todos los records. Me la tiene jurada desde hace tiempo, por una carrera que le gané de buena ley, y se aprovecha de su situación de poder aquí dentro, aparte de otras movidas que no vienen al caso.

—No tienes que darme explicaciones, Enrico, de verdad. No quiero que te metas en líos por mi culpa, y esos tipejos no me han gustado nada.

—Son escoria, no hay problema. En mi trabajo me he topado con individuos bastante más peligrosos que ellos. Simplemente que no quiero que te veas involucrada en esto. Lamento haberte estropeado la función, aunque espero que la breve experiencia te sirva para tu reportaje.

—Claro que sí. He pasado algo de miedo, lo reconozco, pero esto es increíble. Parece que estamos dentro de una película, y desde luego puede ser un comienzo apoteósico para mi artículo. No creo que muchos periodistas se hayan infiltrado en este tipo de carreras.

—No, yo tampoco lo creo. Por eso quería traerte, para que te apuntaras un buen tanto...

Creí que iba a añadir la frase “...ante tu jefa”, pero Enrico tuvo el buen gusto de no nombrar a Marta en esos momentos. Bastante tenía yo con andar en alerta permanente, intentando empaparme de la esencia de aquel decorado tan real para después plasmarlo en mi reportaje. Y sobre todo, pendiente también de los movimientos de Enrico y sus compatriotas, al parecer con cuentas pendientes por ajustar.

Llegamos a la base de la plataforma mencionada, a escasos cincuenta metros de donde habíamos dejado la motocicleta, y nos encaramos a ella no sin esfuerzo. Allí arriba había más de veinte personas vociferando, animando a sus respectivos pilotos favoritos. Enrico había apostado dinero por seguirle la corriente a Fabio, o eso me pareció en ese momento, pero no se preocupaba en exceso por haber malgastado cincuenta euros que no eran tan fáciles de ganar en mi mundo.

Nos colocamos al lado de un grupo de cinco chicas muy jóvenes, vestidas con ropa bastante provocativa. Las minifaldas cinturón, los shorts casi inexistentes y los escotes abiertos, con camisetas anudadas a la cintura, eran la sensación entre aquellas niñas, maquilladas casi con pinturas de guerra. Fue llegar a su lado y girarse todas a una, como un solo ser, dirigiendo sus miradas obscenas a Enrico sin cortarse lo más mínimo.

—Mirad lo que tenemos aquí, chicas. El bueno de Enrico se ha dignado hacernos una visita —dijo una morena exuberante que se comía con los ojos a mi acompañante.

—Hola, Daniela, me alegro de verte —saludó Enrico mientras le daba los consabidos dos besos.

En ese momento los celos hicieron acto de presencia en mí, con aquella lagarta manoseando descaradamente a Enrico mientras le hacía confidencias al oído. La miré con mi mejor cara de asco, demostrándole a las claras lo que pensaba de ella. La chavala no se inmutó y siguió acaparando a Enrico, mientras sus amigas nos ignoraban y se colocaban en primera fila de la plataforma, dispuestas a disfrutar de la carrera que estaba a punto de comenzar.

—¡Última llamada para la primera carrera! En un minuto comenzará nuestro desafío. Dos vueltas alrededor del circuito, bordeando el contenedor amarillo del fondo, y el pilón que está frente al mar. ¡A sus puestos!

Enrico se deshizo también de su conocida y me llevó hacia una zona desde la que pudiéramos contemplar la carrera. Distinguí diez o doce motos colocadas en posición, con sus jinetes preparados para la carrera. Los pilotos no llevaban casco, algo muy peligroso si caían en un asfalto bastante húmedo por la presencia del mar y el rocío de una noche en la que estaba bajando bastante la temperatura.

Otra chica rubia, ataviada también con un mono ceñido, se colocó frente a las motos, dispuesta a dar la señal de salida. Creí ver un pañuelo rojo en su mano, seguramente sería agitado por ella antes de que las motos entraran definitivamente en acción. De pronto Enrico me miró con gesto extraño, como si se hubiera acordado de algo. Me hizo un gesto que no supe distinguir en ese momento y me soltó, agarrando por el brazo a Daniela antes de que se perdiera entre la gente.

—Perdona, Daniela, luego hablamos con más calma —le dijo con su tono más seductor—. Pero antes, ¿te importaría hacerte una foto conmigo? Así tendría un recuerdo de nuestro reencuentro.

—Claro, guapo, lo que haga falta. Y si necesitas algo más, ya sabes...

Enrico la condujo hasta nosotros, lanzándome una mirada para que yo reaccionara de una maldita vez. Entonces caí en la cuenta y saqué mi móvil del bolso, fue lo primero que encontré. Ellos se colocaron frente a mí, de espaldas a la carrera, y al lado del vociferante grupo de espectadores que jaleaban a los corredores. Situé entonces mi Samsung Galaxy en modo ráfaga y disparé una buena serie para captar toda la escena, aparte de a la sonriente pareja: la salida de las motos, el público asistente, el escenario en el puerto, el increíble ambiente y mucho más.

Daniela posaba para la cámara, magreando a conciencia a Enrico mientras se pegaba a él, haciendo gestos cada vez más lascivos. Yo me estaba poniendo enferma, pero no podía pararme a pensarlo. Me concentré en la tarea que tenía entre manos queriendo agarrar esa melena exuberante antes de arrastrarla por todo el asfalto del circuito. Aparté esa visión de mi mente y efectué varias series de fotografías, moviendo la cámara lo menos posible para que no se notaran mis verdaderas intenciones, mientras abarcaba todo el horizonte que pude atrapar con el objetivo.

—Disculpad, creo que han salido algo movidas las fotos. Si os ponéis otra vez prometo esmerarme más —dije con un mohín que esperaba fuera gracioso.

Enrico me hizo un gesto con los ojos desmesuradamente abiertos, quizás avisándome de que no debía forzar la situación. Yo ignoré su señal y seguí haciendo fotos a la italiana, a ellos dos, al grupo de amigas gritonas, y a las motos que acababan de empezar la carrera. Yo no era fotógrafa profesional, pero creía que me habían quedado bastante bien. Como supuse que ellos querrían ver el resultado de mis fotos coloqué una de ellos dos solos en el visor del móvil, justo cuando la morenaza se acercaba a mi lado.

Se la enseñé sin soltar el teléfono ni un instante, con Enrico atento a la jugada.

—Vaya, ha quedado bastante bien. Luego te la paso por Whatsapp, Daniela. Muchas gracias por ponerte conmigo en las fotos —aseguró el florentino.

—De nada, *caro mío*. Me voy con mis amigas, que nos estamos perdiendo la carrera.

—Ok, luego hablamos.

Enrico me dijo algo pero no lo pude escuchar con nitidez, el rugido de los motores al arrancar no me permitió oír bien su voz. Todos los moteros ponían a punto sus máquinas, acelerando con el puño derecho mientras esperaban la señal de salida. Desde nuestro grupo, pero también desde otros situados en diversos puntos externos al circuito, decenas de personas gritaban y vociferaban mientras animaban a sus corredores preferidos. La adrenalina corría por doquier en ese polígono industrial, y yo me dejé llevar por la euforia igual que el resto de actores de aquella escena surrealista. Era la única manera de no pensar en los posibles problemas que podríamos tener para salir de allí.

Nos acomodamos en una posición privilegiada y por fin se efectuó la salida. Todos los corredores se pusieron en marcha casi a la vez, desafiando al destino sin casco protector y jugándose el tipo subidos a unas máquinas que conocían como la palma de su mano. Yo no sabía mucho del mundo motero, pero ya me había dado cuenta de que para aquel tipo de gente, su moto era lo más importante del mundo, casi por encima de su propia vida.

Unas pocas personas de las que estaban arriba subidas con nosotros saltaron al asfalto en cuanto la carrera se puso en movimiento, avanzando unos pocos metros mientras arengaban a los pilotos. Enrico me hizo un gesto para que me tranquilizara, mientras me mantenía agarrada a él, pendiente en todo momento de mí. El chorro de adrenalina que fluía por mi cuerpo no me había permitido ni siquiera pensar en que me hallaba muy cerca de él, casi piel con piel, como una pareja de verdad disfrutando de una velada diferente.

Enseguida perdí de vista a los participantes en la carrera. Sí distinguí cómo saltaban las gotas de agua al atravesar las motos algunos charcos sospechosos dispuestos en el asfalto, y sobre todo, me percaté del pique entre una moto roja y otra amarilla, bastante llamativa también. Los dos carenados se rozaban y sus dueños se movían de un lado a otro de la calzada, primero para intentar evitar que el otro le adelantara, pero también buscando el contacto con su contrincante para desestabilizarle.

Unas chicas de las que estaban debajo de nosotros soltaron un grito apagado, llevándose después la mano a la boca cuando la moto amarilla perdió la verticalidad, derrapó en el asfalto mojado y fue a chocar contra unas cajas de cartón situadas en un lateral. El piloto quedó allí tumbado, pero unos segundos después se puso en pie sin aparentes daños físicos; había tenido suerte en la caída. Eso sí, despotricaba contra el corredor que le había tirado al suelo, acordándose de toda su familia por lo que pude distinguir entre aquel clamor de voces.

El rugido de los motores se amortiguó, o por lo menos eso me pareció desde nuestra atalaya al perder de vista a los corredores. Estaban llegando al final del circuito, antes de efectuar el giro que les llevaría de nuevo hasta nuestra posición para cumplir la primera vuelta del circuito. Creí distinguir a dos motos que iban en cabeza, seguidas por un grupo de otras cuatro que transitaban entre unas gigantescas columnas de hormigón antes de regresar sobre sus pasos.

Instantes después mejoró mi visión, ya que los corredores se acercaban de nuevo al punto de partida. Entonces comprobé que en cabeza marchaba la moto roja por la que habíamos apostado, seguida muy a rebufo por una moto negra reluciente que no se separaba del líder de la carrera. Detrás, más retrasados y casi sin opciones de victoria, se encontraban el resto de pilotos,

corriendo una carrera muy diferente.

La última recta antes de llegar a nuestro lado fue apoteósica. Desde abajo la masa enfurecida gritaba sin cesar, alentando a los suyos, mientras la chica que había dado la salida hacía un gesto con los dos brazos hacia arriba, agitando el pañuelo. Entonces sucedió algo inesperado que me sorprendió. Los dos primeros corredores, totalmente picados y mirándose con gesto fiero, levantaron al unísono sus máquinas, conduciendo sólo con la rueda trasera posada en el asfalto, mientras efectuaban un caballito tan arriesgado como espectacular.

Los gritos arreciaron ante la demostración de poderío de los participantes, segundos antes de que giraran detrás del grupo de personas apostadas junto a la salida, dispuestos a enfilar la última vuelta. En ese momento, Enrico me separó un poco del grupo situado en la plataforma y me dijo al oído:

—Tienes que estar preparada, Eva. En cuanto lleguen al final del polígono, justo antes de que den la vuelta, saltaré al suelo y te ayudaré a bajar. Entonces, con todo el disimulo del mundo mientras gritamos para unirnos al alboroto general, nos acercaremos a mi moto, ya ves que está aquí al lado.

—Claro, no te preocupes.

—En cuanto lleguemos junto a la Honda te pones el casco y te subes detrás de mí. Agárrate con fuerza porque ahora no me andaré con chiquitas, tenemos que desaparecer justo cuando se produzca la llegada.

Asentí con la cabeza y me coloqué junto a Enrico, esperando el momento apropiado. Justo cuando las motos empezaron a girar para enfrentarse al último cuarto de carrera, el italiano se asomó al borde de la plataforma, saltó al asfalto y me ayudó a bajar a mí, cogiéndome en volandas y depositándome en el suelo con delicadeza.

A nuestra izquierda, a pocos metros, se encontraba el grupo de admiradores que esperaban la llegada de sus ídolos. A nuestra derecha, un poco más allá, estaba la Honda y nuestra posibilidad de salir de allí sin que Fabio o sus secuaces se percataran. Enrico hizo amago de ir en dirección hacia los espectadores, pero de repente, como si se hubiera acordado de algo en ese preciso momento, cambió de dirección. Me cogió de la mano y nos dirigimos entonces hacia su moto a buen ritmo, sin correr ni mirar atrás, pero apretando el paso.

El rugido infernal de las motos acercándose llenó el espacio a nuestro alrededor. Yo ya no mostraba ningún interés por la carrera e intentaba concentrarme en no perder pie y tropezarme mientras seguía a Enrico. Me costaba trabajo porque su poderosa zancada, debida a sus largas piernas, no era fácil de perseguir para alguien de mi estatura.

Escuchaba de fondo los motores, los gritos de la gente y algo más allá, un sonido lejano que activó mis alarmas. Enrico pareció también darse cuenta, y apresuró aún más su paso. Cinco segundos después nos encontrábamos ante su moto. Justo antes de ponerse el casco me animó a subir rápidamente a su grupa mientras me decía:

—Corre, salgamos de aquí. Tenemos visita inesperada. Si nos cruzamos con alguno de ellos no te preocupes, yo seguiré hacia delante. Eso sí, tapa la matrícula con las manos por si acaso.

—De acuerdo —contesté sin entenderle en ese momento.

Me puse el casco y me subí a la moto. En ese momento me percaté de lo que estaba sucediendo. Multitud de coches de policía y vehículos de emergencia invadieron la explanada principal de aquel polígono, instantes antes de que la primera moto cruzara la línea de meta.

Enrico arrancó a toda velocidad, pero tuve tiempo de mirar atrás. Pude ver como los policías forcejeaban con los jóvenes que se encontraban a pie de pista, echándoles al suelo o

contra los vehículos mientras los cacheaban y detenían. Otros policías cargaban contra los tenderetes, mientras todo el mundo huía despavorido, ya fuera en moto, coche o corriendo entre los contenedores allí apilados. De pronto entendí lo que me quería decir Enrico cuando vi a un Mosso disparar una cámara con flash contra dos motos que trataban de huir también de allí.

Nos escabullimos por la vía paralela a la que se había desarrollado la carrera, esquivando a un coche de policía que intentaba cerrarnos el paso. Enrico se coló entre dos contenedores y aceleró, a todo gas, mientras yo tapaba la matrícula con mis manos, agarrándome con fuerza para no salir despedida ante el ímpetu de la Honda.

Unos segundos después nos alejamos de la zona de carreras, pero no estábamos todavía a salvo. En la rotonda de la entrada, justo donde Enrico había dudado antes de encontrar el circuito, empezaba a formarse un dispositivo policial para no dejar entrar ni salir a nadie. Afortunadamente no lo tenían todavía montado, pero mi piloto particular prefirió adentrarse por un camino de tierra, alejándose de la carretera principal.

Entonces apagó la luz de la moto y disminuyó la velocidad, conduciendo casi a oscuras, sólo iluminados por la luna y los potentes focos del puerto. Serpenteamos por un camino vecinal y enseguida salimos a una vía secundaria, desde la que pudimos adentrarnos de nuevo en una carretera comarcal.

A lo lejos se escuchaban todavía las sirenas de la policía, intentando apresar al mayor número posible de participantes y espectadores de aquellas carreras ilegales. Habían estado a punto de pillarnos, pero gracias a Enrico todo había salido bien.

Dejamos atrás la carretera comarcal y seguimos adelante por un camino que desconocía. Finalmente llegamos a un cruce donde estaban señalizadas varias salidas. Enrico dudó un instante, y quiso compartirlo conmigo:

—No me fío de los controles de carretera, imagino que tendrán custodiadas todas las salidas del polígono industrial y las carreteras de acceso. Es posible que si regresamos a Barcelona por el mismo camino nos encontremos con los Mossos. No pueden probar nada, pero no me apetece que me paren a estas horas de la noche, y si nos preguntan de dónde venimos un martes de madrugada deberíamos inventarnos una coartada creíble.

—¿Entonces...?

—Nada, tranquila. Vamos a dar un rodeo, esta zona sí la conozco bien. Desde aquí podemos bordear el aeropuerto del Prat, camino de San Boi. Una vez allí cogemos la carretera de Esplugues y volvemos a la ciudad por allí. De ese modo evitamos la Ronda Litoral y también la Ronda de Dalt, que imagino serán las más vigiladas. Vamos a tardar un ratillo, pero es la manera más segura de volver al centro sin problemas.

—De acuerdo, me fío de tu criterio. Además, yo no conozco esta zona, así que no me queda más remedio que creerte. Ah, y gracias por sacarnos de allí de ese modo, ha sido increíble.

Lo había dicho con toda sinceridad. El corazón todavía me palpitaba a más de cien revoluciones por minuto, aunque poco a poco comenzaba a volver a su ser. No le iba a echar en cara nada a Enrico, él me había llevado allí porque yo quería conocer los entresijos ocultos de la noche barcelonesa. Él sólo me había buscado la manera de acceder al recinto de carreras ilegales, lo que ocurrió después no fue culpa de nadie. Pero si no llega a ser por su pericia, tal vez a esas horas estaríamos detenidos, custodiados en un coche policial camino del calabozo más cercano.

Enrico pareció sorprendido por mi breve intervención, quizás halagado por mis palabras. Me pareció ver un rastro de agradecimiento en sus ojos, tan profundos como siempre y tan bellos como la primera vez que me perdí en sus abismos tenebrosos.

—No hay de qué, Eva, faltaría más. No me hubiera perdonado en la vida que te hubiera sucedido algo malo estando conmigo. Yo te lleve allí y era responsabilidad mía.

—Sí, pero yo te lo pedí, tampoco tienes tú la culpa. Y nadie se esperaba que se presentaran los policías.

—Era un riesgo que corríamos, te lo advertí. Ya había escuchado historias referentes a redadas similares, pero nunca me había pillado de lleno. También es mala suerte. Además, si no regreso contigo sana y salva, Noemí había amenazado con cortarme en pedacitos muy pequeños... —aseguró con gesto algo más relajado.

—Bueno, ya está, ha pasado todo. Venga, regresemos a la ciudad por el camino que me has comentado.

Enrico asintió, se bajó la visera y aceleró, adentrándonos en la carretera camino del aeropuerto. Yo aproveché para pegarme aún más a él, buscando cobijo en una noche que cada vez se tornaba más fría. Menos mal que me había puesto una cazadora gruesa después del consejo de Enrico, desde luego este chico no fallaba nunca con sus predicciones.

Mi italiano favorito pareció complacido cuando sintió mi cuerpo contra el suyo, mientras le agarraba con fuerza, enganchando mis brazos directamente contra su maravilloso pecho mientras me olvidaba de la cintura. Me dejé llevar por la placentera sensación, mientras la Honda iba devorando kilómetros. Dejamos atrás la parte trasera del aeropuerto de Barcelona, llegamos hasta Sant Boi y nos adentramos en la otra carretera mencionada por Enrico.

La oscura noche se cernía sobre nosotros, recorriendo al máximo de la velocidad permitida aquellas carreteras secundarias en las que apenas nos cruzábamos con nadie. El tráfico a esas horas era casi inexistente, aunque al enfilar la carretera de Collblanc y adentrarnos de nuevo en la capital comenzamos a ver más vehículos. Eran más de las 2 de la madrugada de un martes que no olvidaría nunca, para bien o para mal.

Capítulo 7

Un show para mayores de 18

Por fin llegamos a una zona reconocida para mí. Dejamos atrás la estación de Sants y circunvalamos la Plaza de España, con las fuentes dormidas de Montjuic saludándonos al pasar desde su privilegiado emplazamiento. Después atravesamos parte de la avenida del Paralelo y Enrico se metió por una bocacalle. Aparcó en un hueco existente entre dos furgonetas, apagó el motor y se quitó el casco.

—¿Cómo estás, Eva? Espero que se te haya pasado el susto, lamento de nuevo todo lo que ha sucedido.

—Ya está olvidado, no te preocupes. Lástima no haberle hecho unas fotografías a los policías mientras nos perseguían... —dije entre bromas.

—Ni se te ocurra mencionarlo en tu artículo, no querrás que la revista tenga problemas con las autoridades —afirmó el italiano muy serio.

—No, por supuesto, no te preocupes. Sólo hablaré de las carreras, el ambiente, la gente variopinta que mueve este tipo de actividades ilegales y poco más. Y si se puede añadir alguna fotografía de las que he hecho, pues ya se verá. Por cierto, perdona por no haber reaccionado antes. Me has puesto en bandeja el tema de las fotos y no he andado muy lista. Será que verte del brazo de aquella lagarta no me hacía demasiada gracia...

Enrico me miró de nuevo, intentando atisbar en el interior de mis pupilas. Yo lo había dicho a conciencia, dándole a entender que él me importaba y no quería verle en semejante compañía pudiendo estar sólo conmigo. Quizás no quiso darse por aludido y soslayó el comentario, fijándose simplemente en lo que más le interesaba en esos momentos. O eso creí entonces.

—Tranquila, lo has hecho muy bien. Por cierto, sé que es muy tarde y mañana tienes que madrugar pero...

—Bueno, veré cómo me las apaño. Mi jefa me ha dicho que puedo organizarme el tiempo como crea conveniente durante estos días; eso sí, sin abusar demasiado. ¿Por qué lo decías?

En mi afán por conocer lo que tenía en mente Enrico, no caí en la cuenta. Yo había mencionado de nuevo a Marta y el italiano frunció el ceño casi por inercia. Era una idiota redomada y caía de nuevo en la misma trampa. Quizás Enrico quería invitarme a tomar algo para charlar con calma después de nuestra experiencia conjunta, o tal vez tuviera alguna otra sorpresa reservada para una noche que igual se alargaba más de lo sospechado en primera instancia.

—Bueno, pues... —Enrico dudó un momento mientras miraba a su alrededor—. Veamos. Tenemos dos, no..., mejor tres opciones.

—¿Y cuáles son, si puede saberse? —pregunté divertida mientras le seguía la corriente.

—Opción uno: si estás todavía nerviosa y necesitas calmarte tras nuestra experiencia de esta noche, podemos entrar en esa cafetería y tomarnos una infusión relajante o lo que te apetezca a estas horas. Lo digo porque quizás el café no es lo más apropiado, dadas las circunstancias.

—No me llama demasiado la atención, la verdad. Ya estoy más tranquila, de verdad —aseguré—. ¿Qué más tenemos?

—Bueno, la opción número dos es meternos en ese pub de allí enfrente. Allí podemos escuchar música tranquila, charlar un rato, y tomarnos algo más fuerte para entrar en calor y

olvidarnos del susto: una cerveza, un cocktail o la bebida que prefieras.

—No está mal la idea, creo que puedo apuntarme a esa opción. Bueno, todavía queda por desvelar la tercera...

—Es algo diferente. También puedes tomar algo pero el ambiente no es el mismo, ni punto de comparación. Aunque por otro lado allí te puedo presentar a alguien que te puede hablar de primera mano sobre otro de los temas que podrías tratar en el artículo. Y puedes ver en directo algunos de los espectáculos que se representan en ese lugar.

—Ahora sí que me tienes intrigada... ¿A qué tipo de espectáculos te refieres? No sé con quién quieres que hable, ni cuál es ese misterioso tema que me puede interesar para mi artículo —contesté.

—Bueno, la chica se llama Ivanka. Es ucraniana, y vino hace diez años a España de manera ilegal. Tuvo muchos problemas, pero mejor que te los cuente ella. Ahora es una de las socias de ese local que tienes a nuestra espalda, el *Paradise Center*, y hoy creo que está de encargada.

Yo me giré, mirando en la dirección apuntada por Enrico. Distinguí un local bastante amplio que no había visto desde nuestra llegada a la zona, con numerosas luces de neón en colores chillones para llamar la atención del público. El resto de carteles más pequeños que se exhibían en su fachada no podía distinguirlos con claridad desde nuestra posición, pero creí saber de qué tipo de negocio se trataba.

—Ese sitio es...

—Sí, es un Peep-Show, entre otras cosas —contestó Enrico bajando la vista al suelo.

¿Le daba vergüenza hablarme de ese lugar? No, no podía ser. El *stripper* más cañero de la noche barcelonesa no podía turbarse por hablarme de un sitio de esas características. Seguramente me estaba equivocando en mis apreciaciones, aunque me pareció que el italiano no estaba demasiado cómodo en esos momentos. Ignoraba los verdaderos motivos de su intranquilidad, asumiendo que habíamos dejado a la policía bastante atrás.

—No sé a qué te refieres exactamente con un Peep-Show —respondí con sinceridad—. ¿Es un sitio de esos donde hay espectáculos eróticos y cabinas para...? Bueno, tú ya me entiendes.

—Sí, tiene un poco de todo. Una zona de tienda, en plan Sex-Shop. Otra de cabinas con multipantallas de DVD para que los hombres vean sus películas porno preferidas en la intimidad de su habitáculos. Luego está el Peep-Show propiamente dicho, donde las chicas y a veces algunas parejas, bailan en diferentes pases con sus espectáculos eróticos.

—¿De esos escenarios circulares con la gente alrededor, mirando y...?

—Bueno, cada uno hace lo que quiere. Van hombres solos, pero también parejas e incluso mujeres a ver los espectáculos. Te metes en tu cabina, vas echando monedas o compras una tarjeta recargable y compras tiempo para ver el espectáculo...

—La verdad es que no he entrado nunca en un sitio de esos, me moriría de la vergüenza. Pero bueno, ya que estoy contigo y conoces a la gerente, quizás podamos pasar un rato si te apetece.

No sé ni cómo solté esa frase, totalmente lanzada. No tenía ganas de volver a casa, a no ser que fuera para estrenar mi cama con aquel semental italiano, por lo que preferí alargar la noche. Enrico me ofrecía una opción nueva y excitante, que además podría servirme para mi reportaje. Adopté mi pose más irreverente, sorprendida de que Enrico lo estuviera pasando peor que yo en ese trance.

No entendía nada. En la despedida de soltera de Patricia el muy canalla me había atacado a traición, levantándome en vilo delante de mis amigas con silla y todo antes de hacer su numerito

de bailarín erótico encima mío. Y no recordaba que se hubiera cortado lo más mínimo, más bien al contrario. Y ahora le notaba algo nervioso. ¿No sería por...? Tonterías, tendría que olvidarme de lo que se me había pasado por la cabeza.

—Ok, vamos allá entonces. También hay una zona de barra para tomar algo. Creo que por allí se pasan también las chicas para buscar clientes, se lo podemos preguntar a Ivanka para que nos lo confirme.

—¿Clientes? —pregunté—. Creí que sólo bailaban en los espectáculos, aunque imagino que también se desnudarán. Y si el numerito es de una pareja tal vez la cosa se ponga más caliente pero... ¿También ofrecen su cuerpo a clientes, se prostituyen?

No lo dije escandalizada ni nada, era sólo por hacerme una idea de lo que podría encontrarme allí. Quizás una mujer no sería bien recibida en un local más pensado para clientela masculina, aunque Enrico me había asegurado que también entraban chicas solas y algunas parejas.

El italiano me miraba con sus pupilas dilatadas, tal vez algo alucinado ante mi actitud. Quizás esperaba que mi candidez saliera a la palestra y estuviera cohibida, pero el hecho comprobable era el contrario. Me encontraba casi eufórica, resuelta a ir con él al fin del mundo si hacía falta. Me gustaba comprobar que yo también podía ejercer algún tipo de influjo sobre él, ya que bajó de nuevo la vista sin ser capaz de sostenerme la mirada por mucho tiempo. ¡Punto para el equipo de las chicas!

—No, se supone que no son prostitutas. Pero sí intentan captar clientes para pases privados. Se los llevan a habitaciones especiales donde les hacen un numerito, un lap-dance o algo parecido. En principio nada de tocar, ni por supuesto sexo, aunque...

—Ya imagino. Y bueno, lo que ocurra ahí dentro quedará entre la bailarina y el cliente... —dije muy segura. Tampoco era tan pipiola y no me chupaba el dedo.

—Sí, algo así. No andas desencaminada...

Enrico me seguía mirando cómo si me acabara de conocer, o se encontrara junto a una chica totalmente diferente a la que él había tratado. Y no me extrañaba lo más mínimo. No tenía un espejo delante, pero me notaba las mejillas encendidas y los ojos brillantes. Era tarde, no había descansado en condiciones, y encima lo habíamos pasado mal para escapar del circuito de carreras ilegales, pero la adrenalina volvía a correr por mis venas.

O igual eran las hormonas revolucionadas que me hacían comportarme de esa manera. Nunca me han gustado las mujeres ni me he sentido atraída por ellas, pero sólo al pensar en lo que podría suceder en aquellas salas del pecado un escalofrío me sacudió la espina dorsal. Además, tener a mi Enrico al lado, pendiente de mí y llevándome a esos antros de perdición, estaba consiguiendo sacar al exterior mi lado más travieso. Quería comportarme como una pequeña diablilla y tentar al toscano. Si él se dejara, tal vez...

No, deseché esos pensamientos y alejé de mi mente las imágenes calenturientas que me atrapaban sin piedad. Me imaginé a Enrico mirándome embobado, sentado en un sofá de color rojo mientras yo efectuaba mi actuación. Vestida con un sugerente conjunto de lencería fina bailaba al son de una música sensual, mientras hacía movimientos imposibles subida en la barra de *strippers*. Me contoneaba al ritmo de la música, abriendo mis piernas y sugiriendo que lo mejor estaba por llegar. Mi espectador, mientras tanto, comenzaba a sudar mientras la mandíbula se le desencajaba y ya empezaba a notar como una parte de su anatomía se rebelaba...

—Bueno, ¿vamos dentro o no? —pregunté al fin. Enrico se había quedado también algo parado, casi como si pudiera leer en mi mente los pensamientos libidinosos que me asaltaban.

Entonces sonrío con ese gesto suyo tan característico, a caballo entre el truhán y el señor, haciéndome dudar un instante. El poderoso seductor había vuelto, y tras unos minutos en los que yo había llevado la voz cantante, parecía querer recuperar su status.

—Claro, Eva, Tú primero, por favor —contestó haciéndome un gentil gesto para que yo me adelantara.

Entramos casi a la par en el hall de aquel local singular. Las luces machaconas molestaban un poco al entrar en sus dominios, pero enseguida traspasamos el umbral y nos adentramos en el interior propiamente dicho.

—Espérame si quieres en la zona de la tienda; voy a buscar a Ivanka, a ver si está por aquí. Tranquila, vuelvo enseguida.

—De acuerdo, allí te espero.

La verdad es que me encontraba bastante tranquila. Me dirigí a la zona de Sex-Shop y estuve curioseando por la tienda erótica. Había un chaval detrás del mostrador, pero estaba a lo suyo leyendo una revista. Levantó la vista cuando me vio aparecer, en una noche con poca clientela, y siguió a lo suyo. Sabía que si necesitaba algo le preguntaría directamente.

Recorrí las diferentes estanterías y vitrinas que tenían en exhibición, alucinando ante la visión de ciertos objetos que no había contemplado nunca. Por allí podías encontrar consoladores, vibradores y todo tipo de juguetes eróticos; lencería y disfraces eróticos; libros y DVD’s porno; juegos de mesa y un sinfín de objetos para el consumo personal, ya fuera individual para chicos o chicas, pero también en pareja.

Curioseé un rato y no me percaté de que Enrico llegaba a mi lado, acompañado por una mujer de unos cuarenta años que todavía conservaba un atractivo animal. Alta, rubia, y de contundentes medidas, Ivanka era una mujer que imponía. Vestía con unos vaqueros y una camiseta que no ocultaban para nada sus formas. De rostro algo severo y ojos muy azules, me examinó de arriba a abajo cuando Enrico nos presentó:

—Ivanka, ella es mi amiga Eva, de la que ya te he hablado. Eva, ésta es Ivanka, la promotora de este fantástico sitio.

—Encantada de conocerte, Ivanka. Y muchas gracias por recibirnos.

—De nada, niña. Dale las gracias al pesado de tu amigo —contestó la eslava con un acento característico. Hablaba el español con corrección, pero no podía negar su origen más allá de los Urales—. Enrico es muy persuasivo cuando se lo propone. ¿Verdad, cariño?

La ucraniana aprovechó para sobar un poco a Enrico mientras le hablaba, y él se dejaba hacer. Ivanka parecía disfrutar más que él con la situación, como si el italiano pagara simplemente el peaje necesario para que aquella mujer nos atendiera. Mi compañero no torció el gesto ni nada parecido, pero quise creer que prefería que aquella mujerona le quitara las manos de encima.

—Ya me conoces, Ivanka. Sólo quería presentarte a Eva, creo que le puedes echar una mano con el reportaje que está haciendo para su revista.

—Ah, es cierto, el reportaje —contestó Ivanka. Al parecer no estaba muy interesada en mí, y yo creí que pensaba cobrarse el favor con Enrico allí mismo, en especie. Tuve que salir al paso antes de que se lanzara a su cuello con público y todo.

Entendía perfectamente las reacciones de las mujeres al encontrarse junto a Enrico porque yo lo había vivido. Ignoraba la relación que habrían tenido esos dos en el pasado, pero ya se conocían desde hacía tiempo y yo no pensaba inmiscuirme. No quería estropear los momentos que yo misma había vivido con Enrico esa noche, pero la ucraniana quizás consiguiera que se

perdiera esa chispa de magia que parecía haber surgido entre el italiano y yo. Ataqué sin miramientos, dispuesta a luchar por lo que creía mío:

—Efectivamente, Ivanka. En mi revista, *Women Style*, estamos preparando un reportaje sobre la noche barcelonesa. Queremos tratar diferentes puntos de vista y contar lo que sucede en la ciudad, pero innovando sobre los reportajes que normalmente se suelen hacer. Y creo que tu aportación nos puede ser muy útil para nuestro propósito. ¿Dónde podríamos hablar con más calma?

La eslava pareció interesarse algo más por mí y soltó un momento a Enrico. El abrazo de oso perdió fuerza y el italiano aprovechó para escabullirse, colocándose a mi lado, enfrente de Ivanka. Nuestra anfitriona pareció evaluarnos a los dos juntos y dijo a continuación:

—De acuerdo. En mi despacho estaríamos muy apretados. Si os parece bien podemos ir a la barra, tomarnos algo y allí me preguntas lo que quieras.

—Por mí perfecto, Ivanka. Y gracias de nuevo por tu disposición.

Acompañamos a la imponente rubia a través de su negocio. Salimos de la tienda, donde el dependiente nos miraba con gesto distraído, y dejamos a un lado una zona de cabinas individuales para visionar DVD's. Enrico miró también en esa dirección e Ivanka aprovechó para saltar.

—Quizás te apetezca meneártela un rato, Enrico. Tenemos unos nuevos sillones giratorios, 360 grados, y en la cabina especial puedes ver seis películas a la vez. O tal vez prefieres que llame a una de las chicas para que te haga un privado. Tranquilo, invita la casa...

Enrico ni se inmutó ante la andanada de Ivanka, no quiso entrar al trapo. Me miró un breve instante con gesto serio y contestó enseguida.

—No, gracias, Ivanka. Te lo agradezco, pero sólo tomaré una copa para acompañaros mientras charláis. Con eso me conformo por ahora.

—Ya veo, macarronni. No quieres perder de vista a tu amiguita, ¿eh? Tranquilo, no me la voy a comer ni la voy a poner a trabajar aquí, ja, ja. Creo que no da el tipo adecuado para formar parte de mis chicas, le falta altura.

Preferí ignorar su sarcasmo. Nos acomodamos en unos taburetes altos al lado de la desangelada barra, sólo ocupada por el barman y un señor cincuentón que trasegaba copa tras copa en una esquina. Yo me situé al lado de Ivanka y Enrico un poco más allá, dejándonos algo de espacio para que conversáramos a gusto.

—¿Qué queréis tomar, chicos? —nos preguntó la ucraniana con algo más de amabilidad.

—Yo un ron con Coca-Cola, si puede ser —añadí a continuación.

—Para mí lo mismo —contestó Enrico con desgana.

Un rato antes, con la adrenalina a tope tras la aventura en el polígono, sí me hubiera tomado a gusto el combinado, pero en esos momentos me apetecía menos. Quizás era por el ambiente algo sórdido del local, o por el tono airado de Ivanka, con el que ni Enrico ni yo estábamos demasiado satisfechos. Y eso que el italiano la conocía de antes y supuestamente le estaba haciendo un favor. Así que aligeré, antes de que se me escapara la pieza y la visita no nos sirviera de nada.

—Muy bien, Ivanka. Si te parece te comento lo que tenemos en mente y te voy haciendo unas preguntas sobre tu trayectoria, tu negocio, el tipo de clientela que viene por aquí, expectativas y demás...

—De acuerdo, niña. Pero aligera, que no tengo toda la noche para vosotros. No es que vayan a venir muchos más clientes un martes a estas horas, pero tengo papeleo pendiente y

quería terminarlo hoy.

—Sí, claro, vamos allá —contesté mientras sacaba una libreta y un bolígrafo de mi bolso.

Quizás me hubiera venido bien una grabadora para tener después la conversación completa a mi entera disposición, pero me conformaría con tomar notas. Fallo mío, tendría que haberme hecho con una, por si acaso, aunque no tenía ni idea de los lugares a los que pensaba llevarme Enrico. Para la próxima, si es que había próxima vez, no me pillaría desprevenida.

Ivanka me contó sus experiencias vitales. Desde que llegó de manera ilegal a España, explotada por una red de trata de blancas que la trajo de su Ucrania natal, hasta que consiguió librarse de aquello testificando para la Policía Nacional. Sus proxenetas captaban chicas muy jóvenes en países de la órbita soviética, y con la excusa de un contrato de trabajo en la Europa comunitaria las trataban como meras esclavas sexuales sin derecho a nada.

Después tuvo suerte y se casó con un empresario español que se encaprichó de ella, obteniendo años después la nacionalidad española. Este hombre tenía varios negocios en Barcelona y Madrid, sobre todo relacionados con la noche, y metió a Ivanka a trabajar para él. Finalmente acabaron divorciándose, pero Ivanka consiguió quedarse con el local en el que nos encontráramos en esos momentos, un negocio que seguía regentando con mano dura y que, a pesar de la crisis, seguía dándole beneficios.

—Esto va cada vez peor, la verdad, está de capa caída. Los viernes y sábados solemos tener bastante ambiente, y algunos jueves también. Pero nada como lo de antes. Si sigue así tendré que echar al cierre, mantener este local abierto me supone mucho dinero al cabo del mes.

—Claro, ya imagino. Me gustaría saber también algo de la procedencia de las chicas, y el tipo de espectáculos que tienen lugar aquí.

Ivanka me aseguró que todas sus chicas estaban legales, con un contrato de trabajo de carácter temporal, por horas. Alta en la Seguridad Social y todo correcto, para no tener ningún problema con la Administración. Me contó el tipo de espectáculos que tenían allí, tanto individuales de las diez chicas con las que contaba en total, como con dos parejas que también actuaban en su espectáculo. Y por supuesto, quise sacar el tema de los bailes exclusivos para clientes y la escasa separación que podría haber entre algunas actividades permitidas en esos cuartos privados y la prostitución pura y dura.

—De ninguna manera, mis chicas son profesionales —exclamó la rusa con fingida afectación—. Ellas sólo hacen un lap-dance para el cliente, nada más.

—¿Y si hay algún tipo de propina por parte del cliente? —insistí por tocarle las narices un poco—. Quizás alguna chica esté dispuesta a algo más que bailar dependiendo del incentivo.

—Desde luego no es algo premeditado, ni entra dentro de lo que ofrecemos. Pero si dos personas adultas se ponen de acuerdo en una transacción comercial privada, yo no puedo hacer mucho.

—¿Aunque ese tipo de intercambio comercial tenga lugar en sus instalaciones? Podría decirse entonces que...

—No, no, aquí no suceden esas cosas. En otros locales puede, pero mis chicas no tienen necesidad de sacarse un sueldo extra. A veces los clientes son muy pesados, pero ellas saben lo que deben hacer en esos casos.

—Ya veo...

La dueña del local no lo dijo muy convencida. Vamos, que dependiendo de la chica en cuestión, y de la insistencia del cliente, podría conseguir más o menos en una noche de suerte. No quería apretarle más por ese lado, y además, veía que la ucraniana se estaba cansando de mí.

Ella misma me lo puso en bandeja.

—Perdona, pero tengo que seguir con mis cosas. Si os apetece, como cortesía de la casa, podéis pasar a ver alguno de los espectáculos.

—Por mí bien, muchas gracias —conteste mientras Enrico asentía.

El italiano no había perdido comba de la conversación, manteniéndose alejado pero lo suficientemente cerca para tenerlo todo controlado. Aparentaba darle charla al camarero, pero yo sabía que estaba pendiente de mí, y eso era algo que me halagaba. Sabía que estaba algo a disgusto por el trato dispensado por nuestra anfitriona, pero él no tenía la culpa. Los eslavos suelen ser más secos que los mediterráneos, e Ivanka no iba a ser una excepción por mucho tiempo que llevara en nuestro país.

Tampoco es que me entusiasmara ver a alguna de esas chicas desnudarse y contonearse delante de hombres que metían monedas para deleitarse la vista y practicar el solitario. De todos modos yo estaba allí para recabar la información necesaria que me sirviera para mi reportaje, así que tenía que ser profesional y conocer de primera mano lo que se cocía allí dentro.

Acompañé a Ivanka por el pasillo adelante, con Enrico detrás de mí. Llegamos entonces a un panel donde aparecían fotos de todas las chicas que actuaban en los diferentes espectáculos eróticos. Distinguí mujeres de origen sudamericano, alguna africana y más de una que provenía de la Europa del Este. En ese momento escuchamos el repiqueteo de unos tacones y todos giramos nuestras cabezas al unísono.

Por el mismo pasillo avanzaba, con aire sensual, una llamativa mujer del color del ébano. Una bailarina ataviada con un delicado conjunto de lencería color rojo pasión, formado por un sujetador diminuto, que cubría poco más que el pezón, y un escueto tanga que dejaba al aire sus poderosas nalgas. Alta, con generosas curvas pero sin llegar al sobrepeso, la chica iba subida en unos taconazos sobre los que andaba meneando las caderas, conocedora de su magnético influjo. Una mujer de bandera que nos dejó a todos boquiabiertos.

—Ya veo que os ha impresionado mi Lucinda. Es una chica brasileña, de padre africano, una de las más demandadas para el baile privado.

—No me extraña... —apuntó Enrico algo embobado todavía. No podía reprochárselo, aquella mujer quitaba el hipo al instante.

—Olvídate, Enrico, no tienes nada qué hacer. Es demasiado mujer para ti, a ella sólo le van los hombres de verdad. Es una auténtica leona, una depredadora, y hay que tenerlos bien puestos para encerrarse con ella a solas.

El italiano quiso replicar, pero entonces me miró y cambió de intención. Entendía que se cabreara al ser puesta su hombría en entredicho, pero quizás quiso guardar las formas delante de mí. Efectivamente, Lucinda era un cañón de mujer, pero yo había visto en acción a Enrico y no creía que tuviera demasiados problemas para satisfacer a cualquier hembra, por muy leona que fuera. Tal vez las apariencias engañaran pero...

—Venga, voy a ser buena. Entrad a la cabina número 5 para ver su espectáculo, os invito a contemplar su belleza más de cerca.

"¿Os invito?", escuché decir a la ucraniana. Parecía que la pretensión de Ivanka era que ambos entráramos a la misma cabina para ver el espectáculo. Hubiera jurado que las cabinas eran individuales y no estaban preparadas para recibir a dos personas. O sí...

Enrico me miró un segundo de soslayo, como pidiendo permiso. Ivanka le estaba ofreciendo una especie de tarjeta de recarga con la que al parecer podríamos ver el espectáculo en dicha cabina sin echar una sola moneda. Yo asentí ligeramente, y Enrico cogió la tarjeta algo cohibido,

quizás pensando lo mismo que yo.

¿Cómo íbamos a apañarnos para entrar los dos en un sitio tan pequeño? Desde luego cabíamos dentro, eso nos aseguró la gerente del local, pero en un espacio tan reducido nuestros cuerpos iban a estar demasiado juntos. Además, sólo podríamos mirar hacia delante, sin poder movernos demasiado, contemplando los espectáculos eróticos que se mostrarían en la sala acondicionada para dichos usos.

Todo mi aplomo cayó al suelo en un segundo mientras seguí a Enrico e Ivanka. La ucraniana parecía pasárselo bien, y de nuevo le hacía confidencias al oído a Enrico, que se mostraba algo taciturno. Igual yo le estaba forzando demasiado y él no quería entrar allí dentro conmigo. Era entendible, la situación no era tampoco demasiado normal.

Por lo que pude colegir de la conversación mantenida entre ellos, la dueña del local aseguró que muchas parejitas entraban juntas en esos habitáculos para ver los espectáculos, tanto el de chicas solas como el de parejas. Y claro, la pasión, el morbo y las vistas ofrecían la excusa perfecta para que allí sucediera de todo...

Ivanka se giró en ese momento, mirándome con descaro. No sabía si pretendía provocarme también a mí, o ponerme en un compromiso. Ella ignoraba si Enrico y yo éramos pareja sentimental, o si el italiano sólo me había llevado allí para hacerme el favor de presentarme a la regente del negocio. Yo no pensaba darle satisfacción alguna poniéndome en evidencia, así que puse cara de póker, apreté el paso, y me coloqué junto a ellos, instantes antes de llegar a la entrada de las cabinas.

Los nervios hicieron de nuevo acto de aparición, aunque el morbo también se presentó sin avisar, llamando a mi puerta con descaro. En unos segundos podría estar dentro de un minúsculo cuarto, con el cuerpo de Enrico pegado al mío, mientras disfrutábamos de un espectáculo erótico. Intenté relajarme y no pensar en las consecuencias, pero un leve pinchazo en el bajo vientre me avisó de que mi organismo iba por libre y demandaba algo más de acción. Los colores se me subieron enseguida imaginándome la situación, menos mal que mis acompañantes no me vieron en ese instante para percatarse de mi turbación. La suerte estaba echada...

—No tardéis mucho en entrar si queréis terminar de ver el espectáculo de Lucinda, es muy bueno. Y si después os apetece, creo que la tarjeta de recarga durará un rato más para poder contemplar también a Félix y Gabriela, nuestra pareja más fogosa. Un dominicano y una rumana que os sorprenderán, os lo aseguro.

Ivanka dijo esto mientras le guiñaba un ojo a Enrico. El italiano me miraba con gesto serio, y yo no sabía si era por las insinuaciones de la ucraniana o por tener que introducirse conmigo en un espacio poco más grande que un armario. Tampoco quería yo echarme atrás ni darle la oportunidad de escabullirse, así que tomé la iniciativa y le quité la tarjeta de las manos, acercándome a la puerta que debíamos franquear.

—Vamos, Enrico, que se te adelanta la niña. Parece que tiene ganas de juerga, o será que necesita información para su reportaje, ja, ja. Bueno, será mejor que pase ella delante si quiere ver algo, tú eres demasiado alto y si entras primero, ella no vería nada. No hay mucho espacio ahí dentro, pero seguro que os apañáis. Espero que lo paséis bien, os veo después en mi despacho...

Y dicho esto se marchó de allí, dejándonos a solas. Eso sí, antes de largarse se permitió el lujo de darle una sonora palmada en el trasero a Enrico, riéndose a carcajada limpia mientras se alejaba. El toscano se quedó momentáneamente parado, quizás sorprendido por las confianzas tomadas por nuestra anfitriona con su cuerpo o tal vez pensando en lo que se le venía encima.

Abrí la puerta y entré al habitáculo, con Enrico detrás. No era tan pequeño como me había parecido en un principio, podríamos respirar perfectamente sin agobios y movernos, aunque no demasiado. Estaba oscuro en su interior, con paredes forradas de una especie de terciopelo azul y un cristal esmerilado en la pared de enfrente, con una abertura en el centro para poder ver el espectáculo desde más cerca, aunque en esos momentos la mirilla aparecía cerrada.

Se escuchaba una suave música de fondo y algún murmullo. Yo me acerqué a la pared acristalada y divisé dos compartimentos diferentes. Uno vertical, más pequeño, para introducir monedas, y otro horizontal, algo más grande, en lo que supuse podría introducir la tarjeta que nos había dado Ivanka. Así lo hice y al instante la abertura quedó libre para que pudiéramos contemplar el espectáculo.

Notaba a Enrico cerca de mí, en silencio, y sin querer molestar demasiado. Me dejó ser la primera en mirar por la abertura y me quedé unos segundos hipnotizada. Lucinda se encontraba en todo su esplendor, ofreciendo al personal un baile erótico totalmente desnuda. Nos habíamos perdido el corto *streaptease*, ya que la bailarina no llevaba demasiada ropa antes de comenzar el espectáculo.

La brasileña se movía con sensualidad sobre una cama redonda de color rojo, situada en el centro de la sala, que giraba lentamente para que todos los espectadores pudieran contemplarla desde diferentes ángulos. A través de los cristales esmerilados, y dependiendo del juego de luces y sombras del show, pude atisbar a otras personas que veían lo mismo que yo desde sus respectivas cabinas. Todos hombres, por supuesto, por lo que imaginé que les sorprendería bastante verme allí plantada contemplando el baile erótico.

Lucinda tenía un cuerpo precioso que movía con gracia. Su piel brillaba por el sudor y resplandecía bajo los tenues focos que iluminaban la estancia. La brasileña era consciente del inmenso erotismo que desprendía por todos sus poros, y ofrecía su cuerpo sin ambages, jugando con los espectadores.

En esos momentos estaba a cuatro patas, dándome a mí la espalda. Desde allí pude ver su espléndido trasero, bien tonificado, moviéndose provocativamente. De pronto lo alzó aún más, abriendo de paso las piernas, y nos mostró parte de su sexo. Nunca me han gustado las mujeres, pero aquel espectáculo o quizás la morbosa situación con Enrico a mis espaldas estaba comenzando a afectarme de verdad.

Lucinda se puso de rodillas y estiró el torso. Con el siguiente giro quedó de frente, mostrándonos un monte de Venus casi rasurado al completo, y unos senos abundantes, repletos y acabados en pezones oscuros y poderosos. Ella seguía moviéndose provocativamente y entonces se metió dos dedos en la boca, chupándolos con lascivia mientras me miraba directamente a los ojos, para después introducirlos en su vagina y comenzar a masturbarse.

Aquello me sorprendió, ya que al parecer la bailarina se había dado cuenta de la presencia de otra mujer en la sala. Nos había visto anteriormente en el local, hablando con Ivanka, y quería provocarnos. Entonces se puso de pie, abandonó la cama redonda, y se acercó hasta nuestra posición.

Yo me asusté entonces y me retiré de la abertura, apartándome sin decir palabra. Le hice un gesto a Enrico para que se acercara él, pero el italiano pareció declinar el ofrecimiento. Nos quedamos los dos de lado y en aquella posición teníamos menos hueco para movernos, así que le insistí a Enrico para que accediera a la parte frontal, y de ese modo yo me podría colocar detrás de él, liberando parte del espacio.

Enrico me hizo caso y se colocó en mi anterior posición, mirando por la abertura. Él tuvo

que agacharse un poco debido a su altura y se colocó de tal modo que yo podía mirar por encima de su hombro izquierdo. No tenía visión perfecta como antes, o como la que podría ver Enrico en esos momentos, pero distinguí perfectamente a la brasileña llegando hasta nuestra altura.

Ella se quedó de pie, de frente y muy cerca de nuestra posición, bailando a escasos centímetros de la abertura. Parecía querer jugar con nosotros, pero Enrico se apartó de la mirilla y Lucinda se quedó parada un instante. La bailarina se retiró unos pasos hacia atrás, se dio la vuelta y nos mostró su belleza tropical en toda su plenitud. Pero no consiguió el efecto esperado.

Eché un vistazo en derredor y a través de los demás cristales atisbé a otros hombres que miraban en nuestra dirección, seguramente cabreados por no poder disfrutar en primera persona de aquel baile semiprivado. Yo intuía rostros sofocados, y escuchaba sonidos para los que no estaba preparada. Sólo habría cuatro o cinco hombres en aquel círculo del pecado, y podía asegurar que, aparte de Enrico, todos se estaban masturbando a la salud de Lucinda.

La brasileña se sintió agraviada ante nuestra indiferencia. Había visto perfectamente que tras el cristal de la cabina número cinco se escondía una pareja y nos quiso brindar su cuerpo, pero no tuvo demasiado éxito. Antes de marcharse de allí nos dio una última oportunidad y se colocó de nuevo de frente. Con lentitud comenzó a masajearse los pechos, el ombligo, las caderas y las ingles, perdiéndose a continuación entre sus piernas. Ella se acariciaba su sexo abultado, sonrosado en contraste con la piel negra, mientras nos miraba con descaro y llegaba al clímax entre jadeos animales.

Enrico se había retirado completamente, por lo que tuve que colocarme yo delante de nuevo para ganar en comodidad. El italiano parecía estar pasándolo mal, y yo me encontraba algo perdida. Creí que aquella situación sería morbosa, y al principio lo fue, pero la actitud de mi acompañante me había dejado bastante fría.

Lucinda dio una vuelta alrededor de la sala para que el resto de espectadores pudieran verla más de cerca. Yo no sabía si estaba permitido tocar a través de la abertura, pero desde luego ella se había acercado tanto a la nuestra que la podríamos haber acariciado o incluso algo más. Por eso Enrico apartó la cabeza cuando vio las intenciones de la brasileña, dejando su lujuriosa presencia a escasos centímetros del rostro del toscano.

La música cesó en ese instante y se encendieron algunas luces, escuchando entonces una exclamación de fastidio por parte de algunos de los presentes en la sala. Quizás no habían podido terminar sus trabajos manuales dentro del tiempo límite, frustrándoles aún más. Lucinda recogió sus escasas pertenencias y se marchó, saliendo por una puerta lateral. Y nosotros nos quedamos sin saber qué hacer.

Enrico se revolvía como un león enjaulado. Yo no sabía si estaba ansioso, excitado, nervioso o que simplemente quería salir de allí. En ese momento se escuchó por megafonía una alocución que nos pilló desprevenidos:

“En breves momentos continuará el espectáculo, sigan con nosotros. A continuación nuestro mejor show erótico en vivo: Félix y Gabriela nos deleitarán con sus acrobacias sexuales, ¡no os lo perdáis!

Al parecer desde dirección arengaban a sus clientes para que no abandonaran las escasas cabinas que todavía permanecían ocupadas. Desconocía si para el nuevo espectáculo valdría nuestra tarjeta y si al resto de clientes les cobrarían más monedas para que no se cerrara la mirilla al tratarse de un espectáculo por parejas. ¿Habría sexo en vivo y en directo? La curiosidad y el morbo resurgieron de nuevo en mí, imponiéndose ante lo que de verdad dictaba la prudencia. Y es que yo no quería marcharme de allí todavía, y menos con Enrico totalmente apático, como si

todo aquello no fuera con él.

No tenía intención de volver a visitar una de esas cabinas en mi vida, y me decía a mí misma que aquello sólo lo hacía por un tema profesional, para documentarme de cara al reportaje pendiente. Pero también me convencí de que era una oportunidad única, con Enrico a escasos centímetros de mi cuerpo, y ambos rodeados por un ambiente bastante peculiar.

Nunca había visto a nadie practicar sexo delante de mí, y la verdad palpable era que las pulsaciones se me empezaron a disparar. En alguna ocasión había presenciado alguna escena pornográfica en Internet e incluso una vez pillé a mis primos viendo una película X en su casa cuando no estaban sus padres. Pero tampoco era algo que me llamara excesivamente la atención.

Siempre había escuchado que el erotismo en los hombres es puramente visual, se dejan llevar por lo que ven sus ojos a la hora de excitarse. De ahí que la industria del porno enfocado a los hombres estuviera destinada a escenas muy visuales. Las mujeres necesitamos otras cosas para excitarnos, deben entrar otros sentidos en juego además de la vista.

Ellos pueden excitarse con facilidad en cualquier momento y lugar. Por ejemplo, viendo a una chica en top-less en la playa, es algo genético. A nosotras nos cuesta más, y la visión del cuerpo desnudo de un hombre no suele acarrear los mismos estímulos para una mujer que en el caso contrario. O por lo menos eso creía hasta entonces.

Pero quizás, dependiendo del momento, el morbo y la situación en la que nos encontremos pueden ayudar a que una mujer se excite ante circunstancias que, a priori, no le hubieran llamado la atención. Y ése era mi caso. La visión de Lucinda en acción me había alterado, no lo podía negar, aunque la imponente presencia de aquel macho italiano a mi lado elevaba también el nivel de endorfinas en mi organismo, no podía negarlo.

Por otro lado, no sabía si él se había sentido incómodo por mi presencia, o por excitarse con Lucinda mientras yo permanecía a su lado. La mayoría de los hombres, con una mujer tan espectacular ofreciéndole un numerito casi privado en exclusiva para él, se hubieran puesto como una moto. Y yo intentaba discernir lo que ocurría en el interior de Enrico a través de los gestos de su rostro, pero la máscara impenetrable que se había colocado y la oscuridad reinante no me ayudaron lo más mínimo. Así que me lancé a la piscina, temiendo encontrármela vacía... Me acerqué a él, y le susurré cerca del oído para no llamar demasiado la atención:

—No sé si funcionará la tarjeta para el show de la pareja, Enrico, pero me gustaría verlo antes de irnos. ¿Te parece bien?

—Es muy tarde, Eva. Quizás ya va siendo hora de que nos recojamos y volvamos a casa. Ya tienes la información que has venido a buscar, creo que por una noche ha sido suficiente —contestó también en voz baja.

Lo estaba perdiendo y todavía no sabía por qué. De tomarme por la cintura o de la mano en el circuito de carreras, a mostrarse totalmente evasivo ante mí. La noche tampoco había sido fácil para él. Primero las veladas amenazas de sus compatriotas en el puerto, y después la actitud de Ivanka hacia nosotros. No podía forzar demasiado la máquina por riesgo a que se terminara de enfadar conmigo, pero quise hacer un último intento. En ese momento comenzó de nuevo a sonar la música, y vimos como se abría la puerta lateral, dejando paso a la pareja que actuaría a continuación. Era mi oportunidad:

—Sólo cinco minutos, Enrico, te lo prometo. Si te agobias espérame fuera, yo salgo enseguida y nos vamos para casa. O te quedas conmigo, lo que tú prefieras...

Esto último lo dije con cara de niña buena, frunciendo un poco los labios mientras le miraba directamente a los ojos. Entre el juego de luces de la sala de actuaciones y la penumbra del lugar,

no podía distinguir bien sus hermosos ojos negros, pero sabía que estaban ahí. Y su mirada profunda volvió a devastarme. El italiano dudó sólo un segundo, pero finalmente claudicó. Se quedaría conmigo y al instante me lo confirmó. Se agachó a mi lado, poniendo su mano derecha sobre mi espalda y dijo:

—De acuerdo, Eva. Pero en cuanto termine el espectáculo o se cierre la mirilla porque se acabe el saldo de la tarjeta, nos largamos definitivamente.

—Por supuesto, Enrico. Bueno, vamos a acercarnos, que nos perdemos el show...

Yo me coloqué de nuevo en primera fila, con Enrico a mi espalda. Por un segundo pensé que me iba a dejar allí sola, pero no sé si por su caballerosidad o por la curiosidad de verme en acción mientras contemplábamos un espectáculo de esas características, finalmente se quedó a mi lado. Y por lo que me pareció en ese instante, se acercaba más a mí que en la anterior ocasión. Era ahora o nunca.

Cuando me dispuse a mirar por la rendija, los bailarines ya estaban en plena acción. Ella era una belleza morena, de pelo rizado y ojos aparentemente claros desde mi posición. Llevaba botas negras altas, de caña, y un corpiño también negro por arriba, pero en la parte de abajo de su cuerpo aparecía completamente desnuda.

Él era un mulato de cuerpo fibroso y musculado, vestido con un simple bóxer también negro. Alto y con la cabeza rapada, el dominicano se afanaba en satisfacer oralmente a su compañera.

En ese momento, Gabriela se encontraba a cuatro patas, mirándonos a nosotros, mientras su pareja atacaba por la retaguardia. Al girar la cama pudimos contemplar como Félix le acariciaba las nalgas, dándole suaves cachetes antes de perderse en su interior. La boca del joven chupaba y succionaba el sexo de la chica, arrancándole leves gemidos.

Entonces la levantó en vilo y la tumbó boca arriba, con las piernas abiertas. Ambos se quitaron la poca ropa que llevaban todavía puesta, dispuestos a seguir con la función. Félix continuó aplicándose con el sexo oral, mientras ella le cogía del cráneo con una mano, acompañándole en sus movimientos. Mientras, con la otra se estrujaba los pechos, pidiendo más y más...

El chico entonces nos sorprendió a todos los presentes, levantando en el aire a Gabriella y dejándola caer sobre su pene erecto. Ella se acopló perfectamente, y aunque él la sujetaba con fuerza, entrelazó sus piernas a la cintura del mulato. Entonces comenzaron a moverse arriba y abajo, al compás de la música, mientras yo miraba con los ojos como platos.

Aquella postura me recordó a Enrico levantándome con silla y todo durante la despedida de soltera. En aquella ocasión yo estaba vestida, pero me imaginé que era a mí a quién embestía el italiano, subiendo y bajando mientras sus acometidas llegaban cada vez más adentro. Y claro, no pude resistirme...

Estaba húmeda, receptiva y con ganas de marcha. Realmente también los estímulos visuales me habían puesto a cien, o era la presencia de Enrico lo que hacía que mi corazón bombeara a toda velocidad. El caso era que la excitación se iba apoderando de mi cuerpo, y ni siquiera me preocupaba si Enrico estaba viendo o no el espectáculo. Yo me imaginaba que actuaban sólo para mí, y debía agradecérselo de alguna forma a aquella pareja tan sexual y fogosa.

Tenía ganas de tocarme, de meter la mano dentro de mis pantalones y palpar mi humedad. Quería acariciar mi clítoris, frotarlo y provocarlo para que oleadas inmensas de placer se apoderaran de mi ser. Sentía los pezones de nuevo duros, muy sensibles, con ganas de ser lamidos y succionados hasta la extenuación. Me estaba poniendo malísima sólo de pensarlo. Y es

que tal vez, aparte de los cinco sentidos, lo más importante en una mujer a la hora de estimularse sea el cerebro, el órgano sexual por antonomasia. Y el mío estaba totalmente revolucionado, a merced de unas hormonas que demandaban mucho más.

Afortunadamente, nos habíamos quitado las cazadoras al entrar por primera vez en aquel habitáculo, ya que el calor empezaba a hacer mella en nosotros. O eso creí, por lo menos yo estaba sudando y ardía por todos los poros de mi piel. Tuve que cortarme, no podía masturbarme delante de Enrico, que iba a pensar de mí... O quizás sí, y de ese modo reaccionara de una maldita vez.

Comencé a bailar, moviendo las caderas al compás de la sugerente música. Los amantes seguían a lo suyo, follando de mil maneras diferentes. Se veía que Félix era un atleta y les gustaban las posturas acrobáticas. Ella también se movía con la gracilidad de una bailarina, y practicaban unas posiciones que dejaban el Kamasutra a la altura del betún. Allí dentro presencié escenas que no se me hubieran ocurrido en la vida, aunque no creía que fuera a ser partícipe de ninguna de ellas jamás si no quería acabar en un hospital o algo peor. Desde luego parecían de goma aquellos dos artistas...

Comencé a bailar suavemente, moviendo las caderas, mientras sentía a Enrico cada vez más cerca de mí. Podía escuchar su respiración entrecortada a mi espalda, sobre mi hombro izquierdo. Me moví ligeramente hacia la derecha para dejar que el italiano tuviera una mejor visión de la escena allí representada, no quería que se la perdiera. Noté entonces sus manos sobre mi cintura, algo tímidas al principio, pero poco a poco comenzó a entonarse. El momento se acercaba.

Seguí contoneándome sensualmente y entonces Enrico me agarró con firmeza de las caderas, mientras nuestros cuerpos se rozaban. Yo me eché para atrás del todo, pegándome más a su cincelado cuerpo. Noté entonces un bulto en la parte superior de mi culo, cerca ya de los riñones. Enrico era bastante más alto que yo, y sentía cómo su entrepierna iba creciendo poco a poco, volviéndome loca de deseo. Sólo quería que nos dejáramos llevar, aunque no sabía si el italiano era plenamente consciente de lo que podría suponer para los dos.

Decidí no cortarme y me restregué contra él. Primero despacio, pero después con más ímpetu, moviendo las caderas al compás. Su virilidad llegó al máximo de su apogeo, y casi sentí su erección friccionar entre las cachas de mi culo. Me pareció oír un leve gemido, algo gutural saliendo de la garganta de Enrico. Yo, mientras tanto, estaba a punto de perder el control, loca por emular a los bailarines junto a mi *stripper* particular.

Giré la cabeza hacia la derecha, dejándole el camino libre por si quería besarme esa parte tan sensible del cuello o atacar mi oreja izquierda, expuesta sólo para él. Yo seguía de espaldas a Enrico y me daba miedo darme la vuelta. Sólo me lo podía imaginar, sin saber si Enrico estaba disfrutando tanto como yo o simplemente se dejaba hacer.

Quería que el italiano se pegara más a mí, que sus hermosos brazos me agarraran desde atrás, palpando mis senos con descaro. Necesitaba que sus manos recorrieran mi cuerpo, que me desabrocharan el pantalón y sus dedos entraran en mí. Anhelaba que me tocara en el centro de mi deseo, quería mostrarle lo caliente que me encontraba, esperándole sólo a él.

Enrico apoyó levemente su barbilla en mi cuello, con sus labios a escasos milímetros de mi oreja izquierda. Notaba su respiración agitada, pero sentía también una tensión en él que no terminaba de convencerme. Sus manos habían bajado ligeramente, recorriendo mis caderas y la parte lateral de mis muslos, pero sin atreverse a pasar de ahí. Y yo no podía más, por Dios, aquello me estaba matando...

La pareja erótica seguía a lo suyo, practicando sexo en diferentes posiciones: el perrito, la

carretilla y otras para las que no sabía si existía algún nombre concreto. Entonces Félix nos deleitó con otra acrobacia digna de un circo. Levantó a Gabriela de nuevo, la giró completamente como en una espiral de rock and roll, y la colocó boca abajo en el aire, cuerpo contra cuerpo, sujetándola por las caderas. De ese modo completaron un 69 vertical, mientras cada uno satisfacía al otro haciéndole sexo oral. Una postura realmente increíble que no podría practicar cualquiera.

Enrico seguramente no tendría problema alguno en levantarme de esa manera gracias a su trabajada musculatura. Me imaginé en esa posición con él, siendo lamida en todos los recovecos de mi ser mientras yo disfrutaba de su... Buff, aquello era demasiado.

De pronto sentí como Enrico se alejaba de mí, soltando sus manos. Ya no notaba su cálido cuerpo junto al mío, y no quería girarme para no perder el embrujo del todo. Al final no me había salido con la mía y sólo nos habíamos llevado un calentón. Miré hacia atrás volviendo ligeramente mi cuello y encontré a Enrico algo desorientado, sin saber qué hacer. Se mesaba los cabellos y miraba al suelo, parecía incluso confundido.

Yo era una idiota, lo había estropeado todo por forzar la situación. Enrico había querido marcharse y no llegar hasta ese extremo, era culpa mía. Aunque yo no le había obligado a cogerme de la cintura, ni todo lo demás. Quizás se sintiera culpable por haberse dejado llevar, sobre todo una parte de su anatomía que por lo que intuía iba bastante por libre y no se podía controlar demasiado. Yo había disfrutado del momento, pero tal vez me había pasado de lista e iba a empezar a pagarlo.

En ese momento la música cesó y yo giré de nuevo la cabeza al frente. Félix y Gabriela recogían sus cosas y salían de nuevo por el lateral, dejando vacía la sala circular donde actuaban los bailarines. Se encendieron otra vez las luces y la megafonía comenzó a decir algo, pero yo ya no prestaba atención. Me di la vuelta, dispuesta a enfrentarme a la mirada de Enrico, y tal vez a reproches para los que no estaba preparada. Fue él quién se adelantó, rompiendo el hilo, detalle que le agradecí:

—Ya ha terminado el show, Eva. Dame la tarjeta, se la devolveré a Ivanka, y después nos iremos para casa.

—Sí, por supuesto —añadí sin mucha convicción.

La noche de cuento de hadas finalizaba y Cenicienta tendría que volver a su vida de pordiosera. Habían dado las campanadas y debíamos regresar a casa en una carroza de dos ruedas, aunque todavía ignoraba si mi príncipe azul querría seguir mirándome cuando la noche terminara del todo y regresáramos a nuestra común existencia. Un mal trago que no quería pasar, pero no quedaba otra opción.

Saqué la tarjeta de su ranura y se la entregué a Enrico. Ambos recogimos también nuestras cazadoras, tiradas de cualquier manera a la entrada del habitáculo, y salimos al exterior de la cabina. Tras permanecer bastantes minutos en penumbra dentro del pequeño habitáculo, me costó adaptar los ojos a la sinfonía de luces que nos encontramos nada más salir a la planta principal del local.

Enrico apretó el paso, camino del despacho de Ivanka. Yo le seguí a una prudente distancia, sin querer incomodarle más, y me quedé fuera cuando él entró a despedirse de la ucraniana. Seguro que la antigua prostituta me agradecía que les dejara a solas, aunque el italiano ya le había dejado bastante claro que pasaba de ella. O eso pensaba yo, tal vez era sólo una pose al encontrarme en presencia de ambos.

No quise hacerme mala sangre y comencé a pasear arriba y abajo por el pasillo que llevaba

hasta el sex-shop, haciendo tiempo hasta que saliera Enrico. No le podía echar nada en cara, sólo esperaba que no se demorara demasiado. Cinco minutos después salía del despacho con cara de pocos amigos y gesto serio. No me atreví a preguntarle nada, así que preferí mantener la boca cerrada hasta que él comentó:

—Bueno, Eva, ya está. Le he dado las gracias a Ivanka también de tu parte, espero que hayas podido sacar material suficiente para tu reportaje.

—Sí, claro... Te agradezco que hayas hablado con ella por mí; la verdad es que ha sido una visita muy instructiva, me ha servido de mucho...

Lo dije sin mala intención, pero Enrico me miró con gesto extraño. Mejor me ceñía a lo previsto y no metía más la pata. El italiano había obviado lo ocurrido entre nosotros en el interior de la cabina, quedándose sólo con la visita profesional a un negocio del que sacar información periodística. Y si él prefería dejarlo así, yo no iba a llevarle la contraria. Por lo menos en ese momento.

Enrico salió a la calle y se dirigió hacia la moto, conmigo detrás. Había recogido también del despacho de Ivanka los cascos que dejó allí al entrar. Me entregó entonces el mío, él se colocó el suyo y se subió a la moto. Esa vez no hubo ningún gesto para que subiera, parecía cansado de estar todo el rato pendiente de mí. La madrugaba avanzaba inexorablemente, y ya era tarde para andarse con florituras. Así que no esperé su invitación y nada más colocarse él en la grupa de la moto me acomodé detrás, agarrándome a su cintura pero de un modo bastante aséptico.

Enrico condujo de forma prudente hasta casa, sin acelerones ni giros bruscos. Quizás no quería que me acercara más o me agarrara con fuerza a su cuerpo con la excusa de no caerme en las curvas. Había poco tráfico y la conducción a través de una ciudad desierta que todavía no había despertado en su mañana del miércoles fue tranquila y sin sobresaltos. Unos minutos después llegábamos a la puerta de nuestra casa...

Capítulo 8

Fin de fiesta inesperado

Aparcamos la moto y entramos en silencio en el portal, un silencio incómodo que no parecía agradar a ninguno. Yo no quería decir nada, pero no podía permitir que la noche terminara de aquella forma. No después de todo lo sucedido.

Ninguno quisimos recorrer a pie los cinco pisos que nos separaban del ático, por lo que llamamos al vetusto ascensor. El artificio mecánico tardó bastante en bajar, haciendo un ruido infernal que tendría que haber despertado a más de un vecino. Y mientras tanto nosotros, de pie plantados como dos pasmarotes delante de la puerta del ascensor, allí callados como si fuéramos desconocidos. Era desesperante.

Me estrujaba las meninges intentando buscar una vía de escape, pero no se me ocurría qué decir. Bueno, sí, se me ocurrían varias cosas, pero a todas las frases con las que pretendía comenzar la conversación les encontraba enseguida un fallo. Quizás sería mejor no hacer nada, no fuera a ser peor el remedio que la enfermedad. Me daba muchísima rabia que todo acabara de ese modo, pero quizás fuera lo mejor. Noemí tenía razón y sería un error tremendo que sucediera algo entre Enrico y yo.

Pero por otro lado, ¿pensaría Enrico lo mismo? Tal vez era al revés. No podía saber en esos momentos lo que pasaba por la cabeza del italiano, pero quise echar a volar la imaginación. ¿Y si Enrico se hubiera sentido tan atraído por mí que le hubiera dado miedo seguir adelante? Él también tendría en cuenta nuestra situación, conmigo recién llegada al piso a vivir, y con Noemí de perro guardián de la casa.

¡Claro, era eso! Enrico era un hombre pasional, como buen mediterráneo. Se dejó llevar por el momento y la excitación se apoderó de su cuerpo. Todavía no sabía cómo, pero consiguió controlar sus instintos a tiempo. De hecho yo esperaba que me hubiera bajado los pantalones allí mismo, y me hubiera poseído salvajemente contra el cristal esmerilado mientras compartíamos un momento de éxtasis junto a la pareja de artistas. Eso es lo que yo hubiera deseado y mi cuerpo demandaba, pero me quedé con las ganas.

Él había sentido lo mismo, pero supo entonces discernir lo que podría ocurrir a continuación. Sabía que si sus manos se apoderaban de mi cuerpo, ambos nos dejaríamos llevar por la pasión, por esa lujuria contenida que flotaba en el ambiente. Y sí, seguro que lo pasaríamos bien, pero después las consecuencias podrían llegar a ser catastróficas.

Sé que le doy demasiadas vueltas a las cosas, pero es que me estaba volviendo loca. En ese momento llegó el ascensor hasta nuestra altura y nos adentramos en él. Enrico pulsó el botón de nuestra planta y el armatoste comenzó a subir a cámara lenta. Y de nuevo, imágenes de todo tipo asaltaron mi mente mientras contemplaba a Enrico, totalmente ensimismado, perdido en su mundo interior y sin mirarme ni un solo instante.

Oscuros pensamientos se adueñaron entonces de mí, sumida en una espiral que no cesaba de girar a mi alrededor. ¿Y si Enrico sospechaba que yo lo había hecho todo por vengarme de él, como castigo por lo de la despedida de soltera de Patricia? No quería creerlo, pero tal vez él hubiera llegado a pensar que yo era una vulgar calienta braguetas, que le había provocado de mala manera para reírme de él, intentando seducirle con mis armas de mujer.

No, no podía ser. Además, yo no había hecho nada malo, sólo bailar y contonearme un poco. Nadie le obligó a agarrarme por la cintura ni a frotarse junto a mí. Sí, de acuerdo, yo me restregué también contra él buscando ponerle a tono, pero a mi compañero no pareció disgustarle. Y esa tensión sexual no resuelta se diluyó como un azucarillo en cuanto Enrico se alejó de mí...

El ascensor llegó a su destino y ambos salimos al rellano. Enrico buscó sus llaves y abrió la puerta con cuidado; al parecer no quería hacer ruido y despertar a Noemí. Con un dedo en sus primorosos labios me pidió silencio y yo obedecí, no me quedaba otra solución viendo su imperativo gesto.

Avanzamos por el pasillo adelante y atravesamos el salón. Enrico tomó el casco de mi mano y dejó los dos sobre la mesita auxiliar, ya habría tiempo de guardarlos en condiciones. El momento de despedirnos había llegado, pero yo no quería que una noche tan maravillosa terminara de aquella manera.

Dejamos atrás el salón y llegamos al siguiente pasillo de la casa, donde se encontraban nuestras habitaciones. La mía estaba nada más entrar, a mano derecha, con la de Noemí situada justo enfrente. Más adelante, a la derecha también, se encontraba el cuarto de Enrico y enfrente de él, el baño que compartíamos los dos, ya que Noemí tenía uno dentro de su suite.

Llegamos entonces a la altura de mi puerta y Enrico pretendió continuar por el pasillo sin mirar atrás. No podía permitirlo, al parecer se iba directo a su habitación sin tan siquiera despedirse. Vale, era muy tarde y no quería despertar a Noemí, pero yo no pensaba dejarle marchar tan fácilmente. Así que me planté ante mi cuarto y no me lo pensé, agarrándole con firmeza de la cazadora antes de que se escabullera del todo.

Él se quedó momentáneamente parado al sentir el tirón en su cuerpo. Se giró y me miró intrigado, cavilando si debía contestar a mi insolencia. Se acercó un poco más a mí y le dije con voz susurrante.

—Disculpa, Enrico. Sólo quería darte las gracias por ayudarme y...

—Schhhh, vamos a despertar a Noemí —contestó con gesto apremiante, mirando hacia la puerta situada enfrente.

Fue la excusa perfecta. Abrí la puerta de mi habitación y le invité a pasar, de ese modo molestaríamos menos a nuestra compañera de piso. Él se quedó de nuevo pensativo, reflexionando sobre si aquella era una buena idea. Finalmente accedió y me acompañó dentro.

Cerré la puerta a nuestras espaldas y encendí la lamparita de mi mesilla. La persiana estaba todavía subida y se filtraba a través del cristal algún destello luminoso, proveniente de las farolas de la calle. Pero preferí encender esa pequeña luz para que Enrico se sintiera menos incómodo que hablando conmigo entre penumbras, solos los dos en el interior de mi cuarto privado.

Enrico se giró y se quedó frente a mí, midiéndome en la distancia. Yo me acerqué muy lentamente, situándome a menos de un metro de él. No sabía si mi estrategia funcionaría, pero lo iba a intentar. Tal vez tuviera que hacer la maleta después y buscarme otro piso, pero mi orgullo me impedía estarme quietecita.

—Sólo quería agradecerte todo lo que has hecho hoy por mí, Enrico. No te imaginas lo importante que ha sido para mí, y sobre todo, la ayuda que me has prestado. Con todo el material que hemos recopilado, puedo empezar a trabajar en un reportaje rompedor que espero guste a mis responsables.

—No hay de qué, Eva. Te dije que te ayudaría y...

—Siento lo que te ha sucedido, por supuesto. No imaginaba que pudieras tener problemas

con los tipos de las carreras. O soportar los malos modos de Ivanka por querer ayudarme, no te lo merecías.

Enrico me miraba de hito en hito, mientras yo continuaba con mi actuación. Fui bajando cada vez más el tono de voz, por lo que me acerqué poco a poco con disimulo, intentando que mis palabras llegaran nítidas a su destino.

—Al revés, soy yo el que tiene que pedirte disculpas. Nadie podía suponer que nos íbamos a ver envueltos en una redada policial. Siento haberte puesto en peligro, si llega a enterarse Noemí no me lo perdonaría en la vida.

—Tranquilo, no ha pasado nada grave. Al contrario, ha sido una noche diferente, excitante y llena de momentos que me serán difíciles de olvidar. No imaginaba que una investigación periodística pudiera dar tanto de sí.

Evidentemente, mis frases iban cargadas de doble sentido que esperaba hicieran mella en Enrico. Sin espantarle, por supuesto, porque él seguía junto a la puerta y podría dejarme con un palmo de narices en cualquier momento. Era mi última oportunidad, y no pensaba desaprovecharla. Si después tenía que arrepentirme de algo, que no fuera por no haberlo intentado...

Siempre se ha dicho que las mujeres podemos hacer varias cosas a la vez, y yo era plenamente consciente en esos momentos de todo lo que pasaba por mi mente. Mientras hablaba y me acercaba subrepticiamente a una víctima que no tenía nada de inocente, otro tipo de imágenes se adueñaron de mi cerebro. Recordé entonces un capítulo de “Friends”, una de mis series preferidas, donde Jennifer Aniston, en el papel de Rachel Green, utilizaba sus artimañas amorosas para enseñarle a Joey cómo seducir a un hombre. Había llegado el momento de probar si esos trucos servían para algo...

Me acerqué mucho más a Enrico, rozando su torso con mi turgente pecho. Quería que notara mi cercanía, mi femineidad, aunque con ello tuviera que invadir su espacio vital. Le tenía casi prisionero, cercado entre la puerta de madera y un cuerpo de mujer cargado de lujuria. Había llegado el momento.

—Enrico, lo he pasado muy bien. Ha sido una noche increíble, y sólo quería agradecerte todo lo que has hecho por mí.

—Ummm...

Nos miramos directamente a los ojos, y yo acerqué mi mano derecha a su pecho, dejándola apoyada allí unos instantes. Subí mi rostro, deleitándome alternativamente al contemplar sus labios y sus pupilas, esas pupilas negras que parecían querer absorberme como un agujero cósmico. Me alcé sobre las puntillas de mis pies y le besé suavemente en su mejilla, dejando mi boca pegada allí un segundo más de lo permitido, rozando también la comisura de sus labios cuando me aparté con delicadeza, muy lentamente.

—Buenas noches, Enrico. Que descanses... —añadí para finalizar, aunque continué un poco más pegada a él, sin separar todavía mi cuerpo del suyo.

Había podido embriagarme de nuevo con su aroma al acercarme tanto, mareándome ligeramente por una fragancia que me volvía loca. Procuré también que él sintiera mi presencia, que si tal vez no era tan arrebatadora como la suya, ni producía en los demás el mismo efecto que causaba él a las mujeres, esperaba que al menos hiciera resquebrajar en parte sus defensas.

—Eva, yo...

Un brillo salvaje refulgió entonces en sus ojos como anticipo de su siguiente movimiento. Enrico se abalanzó sobre mí a una velocidad endiablada, llegando incluso a sorprenderme con

algo que llevaba rato esperando. El italiano me besó con pasión, posando sus labios sobre los míos, anhelantes por recibir sus atenciones.

Me pegué de nuevo a él, alzando la cabeza, mientras con las manos le quitaba su cazadora de cuero, dejándola caer al suelo. Abracé su espalda mientras nos besábamos con deleite, sintiendo su lengua juguetona en mi interior, recorriendo mi boca con una calidez que me sorprendió muy gratamente.

Enrico me quitó a su vez mi chaqueta, recorriendo mi cuerpo con sus fuertes manos. Bajó por la espalda y no se cortó, agarrando con ganas mis glúteos mientras yo ronroneaba de placer. Él se separó de la puerta, avanzando hacia el centro de la habitación conmigo entre sus brazos. Sus besos recorrían todo mi rostro, cambiando de la boca al cuello o al lóbulo de mi oreja, uno de mis puntos erógenos más activos. Cuando se le ocurrió pulsar ese botón mágico, la sangre caliente invadió todo mi cuerpo, subiendo un escalón mi excitación sexual.

No me lo pensé un segundo y pegué entonces un pequeño salto, abrazándome a él con brazos y piernas. Él me agarró por las caderas, y me miró, entre sorprendido y divertido por la posición. No sabía si las imágenes vistas minutos antes en el show erótico me habían influenciado, pero me daba igual. Yo sólo quería tener a Enrico muy dentro de mí, algo para lo que ya me encontraba totalmente receptiva después de una noche cargada de estímulos.

El italiano avanzó unos pasos más, conmigo a cuestas, y me depositó sobre la cama. Me quité como pude los zapatos y cuando quise darme cuenta, Enrico ya me había desabrochado el botón del pantalón, luchando por deslizar mis vaqueros a lo largo de los muslos. Sentí entonces algo de vergüenza, pero afortunadamente me había puesto mis mejores braguitas negras de encaje, esperando que le gustara la lencería fina.

Enrico se incorporó y me dejó allí, semidesnuda. Me miró un instante y se quitó también su camiseta, deleitándome con esos increíbles músculos esculpidos tras horas de entrenamiento. Quería morderle sus pezones y recrearme en su pecho, pero para eso tendría que regresar a mi lado. Dicho y hecho.

Me quité yo también la camiseta, quedándome sólo en ropa interior. Enrico hizo lo mismo y se subió a la cama, mirándome con gesto de diablillo. Se puso entonces encima de mí, y pude sentir en mi entrepierna su impresionante erección a través de la fina tela de algodón de su prenda íntima. Apresó entonces mis manos entre las suyas, convertidas en fuertes garras, y volvió a besarme con pasión, casi con violencia, mientras nuestras caderas comenzaban a efectuar unos movimientos ancestrales que llevábamos grabados en el ADN.

Con una facilidad pasmosa, fruto de años de experiencia, Enrico se deshizo también del cierre metálico del sujetador, que desapareció como por arte de magia entre sus dedos. Cuando me quise dar cuenta mis pechos estaban al aire, desafiantes, diciéndole a mi contrincante que ellos también querían participar en el juego.

La ropa interior de encaje no me había durado puesta demasiado tiempo, pero lo di por bien empleado. En ese momento, Enrico soltó mis brazos y se incorporó ligeramente, besando con dulzura mis senos, pasando de uno a otro con verdadero deleite. Sentí su lengua recorrer mi torso, sus labios besándome cada vez con más pasión, y sus dientes mordisqueándome con delicadeza en la fina piel de mis areolas.

Yo arqueé mi cuerpo, buscando el suyo, ávida de placer terrenal. Entonces di un pequeño respingo cuando sentí una leve presión sobre mi pezón derecho, apresado por sus dientes de depredador. Enrico succionó con premura, consiguiendo que la piel se me pusiera de gallina. Se incorporó de nuevo para continuar besándome en el resto del cuerpo, terminando de nuevo en mi

boca, y yo aproveché para pegarme a él, agarrando con fuerza su culo entre mis manos y apretándole contra mí.

Él gimió también ligeramente, mientras yo intentaba salir de debajo de él. Quería participar de forma más activa, pero Enrico parecía tener otros planes. Me miró con descaro, como diciendo "Tú lo has querido, nena. Y ahora, prepárate para recibir tu merecido castigo...". Yo lo estaba deseando, de eso no había ninguna duda, y él pudo comprobarlo al instante siguiente.

Recorrió mi tripa y mi ombligo, posando su mano encima de mis braguitas. Me acarició unos segundos antes de arrancármelas con firmeza. Casi me las rompe del tirón, pero en esos momentos me daba igual. Sólo quería que acabara con esa dulce tortura y me follara/poseyera con todas sus fuerzas.

Sentí entonces como su boca recorría mi parte más íntima, brujuleando por mi bajo vientre, mi pubis y la parte interna de los muslos. Yo miré hacia abajo y sólo vi su cabeza moverse, buscando darme placer. Así que me dejé llevar, echándome hacia atrás para disfrutar de su regalo.

Enrico me dio entonces un casto beso en mi monte de Venus, frotando su nariz contra el vello de la zona. Después siguió explorando con labios y lengua, abriendo mi vulva como si fuera una flor en primavera. No pensé en lo expuesta que me mostraba, con mi sexo palpitante y húmedo pendiente de sus movimientos, sólo quería que aquel hombre no parara nunca.

Mientras lamía y chupaba mis labios interiores, Enrico aprovechó también para acercar su mano al centro de mi deseo. Comenzó entonces a frotar lentamente el clítoris, abultado ante la excitación que crecía en mí. Su lengua lo chupó también, apresando mi botón de la felicidad con sus dientes mientras notaba como sus dedos se abrían también paso. Yo estaba totalmente empapada para él, muy caliente, y Enrico tuvo que notar mi excitación cuando sus dos dedos comenzaron a masturbarme vaginalmente mientras su boca hacía lo propio con mi clítoris.

Me sentí desfallecer, y al instante siguiente estallé, recorriendo esa maravillosa montaña rusa de sensaciones que conllevaba tener un orgasmo tan brutal. Arqueé mi cuerpo, buscando algo más, sacudida por los espasmos musculares que el clímax provocaba en mi interior.

Satisfecho, Enrico se apartó un instante. Le vi sentarse en la cama y buscar algo, pero yo no podía quedarme así, no era justo...

—Por favor, Enrico. Te necesito dentro de mí...

Mi cara debía ser un poema, relajada tras correrme como una loca, pero esperando disfrutar más cuando Enrico me penetrara. Me daba igual lo que pensara el italiano, de allí no se iba a largar dejándome a medias, por mucho que yo ya hubiera tenido un orgasmo. Ahora era su turno y si no cumplía con su parte del trato, la joven inocente se iba a convertir en una peligrosa fiera que le atacaría sin piedad.

Enrico cogió su cazadora y buscó en sus bolsillos interiores. Al momento encontró lo que en esos momentos necesitaba, menos mal que era un hombre previsor. Le vi quitarse los calzoncillos, rasgar el envoltorio del preservativo y colocárselo en su pene erecto. Una imagen que me impactó, no pensaba que aquello fuera a ser tan...

No me dejó ni siquiera pensarlo, porque un instante después Enrico se colocó de nuevo sobre mí. Buscó con paciencia la entrada a la cueva, se aseguró de que yo seguía cálida y húmeda, y se introdujo en mí con delicadeza, muy lentamente. Noté como se iba abriendo paso poco a poco, llenándome con su potente herramienta. ¡Dios, era fantástico!

Enrico parecía ir con mucho cuidado, quizás temeroso de hacerme daño. Pero yo había lubricado tanto que no había mayor problema, aunque el tamaño de su pene superara con mucho

el de mis escasas parejas sexuales. Yo necesitaba más contundencia, y así se lo demandé con gestos de mi cuerpo. Quería sentirle muy dentro, derribando todas mis defensas, penetrándome con toda su vitalidad.

Entonces Enrico comenzó a moverse con ganas, alentado por mis deseos. Bombeaba con violencia, entrando y saliendo de mí con una cadencia brutal que me acercó de nuevo al éxtasis. ¡Santo cielo! Él no había terminado todavía, pero yo ya me había corrido dos veces y amenazaba con no parar. Gemí de puro placer lujurioso sin preocuparme de quién pudiera oírme, totalmente fuera de mí.

—Así, no pares, Enrico, por favor. ¡Ummmmmm!

El momento de tensión sexual me hacía descocarme, pero me daba igual. Quería que mi italiano no parara, que estuviera toda la santa noche destrozándome con sus embestidas hasta que ambos acabáramos exhaustos. Notaba como su rostro se congestionaba mientras él aceleraba sus movimientos, buscando entonces su propio orgasmo.

Yo le apremié entonces, esperando ese momento supremo en el que dos personas recorren de la mano un camino único. Mi volcán interior estaba a punto de estallar de nuevo, y ver a Enrico tan excitado consiguió su propósito. Un terremoto de consecuencias devastadoras me anegó por dentro, derramándose hacia el exterior, en el mismo momento en que Enrico se tensaba, emitiendo un leve gruñido mientras se vaciaba en mi interior.

Mi italiano preferido se quedó unos segundos encima de mí, dejando una agradable sensación de aplastamiento sobre mi cuerpo. Poco después abandonó su cálido refugio y se tumbó a mi lado, aparentemente exhausto. Yo sonreí complacida y le acaricié el pelo, mientras veía como se le cerraban los ojos de puro cansancio.

Me quedé boca arriba, mirando al techo, respirando todavía entrecortadamente. Apagué entonces la luz de la mesilla al percatarme de que Enrico estaba a punto de quedarse dormido. Me encantaría que pasara el resto de la noche conmigo, aunque ya eran cerca de las seis de la mañana y la claridad entraría pronto por la ventana. Pero no quería moverme, ansiaba disfrutar del momento, evocando el bello recuerdo de la unión de nuestros cuerpos. Un ente perfecto, formado por un hombre y una mujer, siguiendo los instintos naturales de nuestra especie. La mejor manera de terminar una noche cargada de momentos únicos e irrepetibles.

El amanecer se acercaba y yo debía ponerme el despertador para no llegar demasiado tarde a la oficina. No hacía falta que llegara a las ocho de la mañana, pero si me descuidaba, después de una jornada tan movidita, podía ser que llegara casi a la hora de comer. Cerré un momento los ojos sólo para descansarlos, alargando el brazo para tocar el de Enrico. Todavía seguía allí, a mi lado, y yo quería asegurarme de que todo aquello no era un sueño.

Capítulo 9

Una mañana sonriente

Cuando abrí de nuevo un ojo la escena había cambiado radicalmente. Me encontraba sola en mi cama, y el sol entraba a raudales por la ventana. Me sobresalté, temerosa de que hubiera dormido ocho horas de un tirón. Me restregué los ojos, todavía castigados por la falta de sueño, y miré el reloj de mi mesilla: las diez y cuarto de la mañana. Bueno, no era una tragedia, pero debería espabilarme si quería ir un rato a la oficina, aunque fuera por hacer acto de presencia.

Busqué una muda limpia en mi cajonera y me la puse, sintiendo todavía el aroma de Enrico en mi piel. Me encantaba ese olor, y todavía podía sentirle dentro de mí, muy adentro, desatando una riada de sentimientos y emociones que iban de lo puramente físico a lo más etéreo e intangible. Deseaba con todas mis fuerzas a ese hombre, pero también me había dado cuenta de que mi corazón suspiraba por él, no era sólo sexo.

¿Dónde estaría mi bello italiano? Seguramente se habría despertado al rato, tras quedarse dormido después del acto sexual. Recogería su ropa, se vestiría y se encaminaría hacia su habitación para descansar con mayor comodidad. Hubiera preferido despertarme a su lado, pero tampoco iba a pretender que fuera todo tan perfecto y me pidiera matrimonio esa misma mañana. Pero el primer paso estaba dado, ahora era fundamental no estropearlo. Y de momento, lo más importante, era que Noemí no se enterara de nada.

Me puse un pantalón corto y una camiseta y me asomé al pasillo, toda desgreñada y con legañas en los ojos. Miré en la cocina y no vi a nadie, ni distinguí ningún sonido en la casa. Las puertas de las respectivas habitaciones de mis dos compañeros estaban cerradas, pero no pensaba averiguar si había alguien en su interior. Noemí se encontraría seguramente en la oficina, y Enrico estaría todavía dormido. Después de una noche tan agitada era lo más normal, pero yo me debía a mi trabajo y no quería llegar a mi oficina demasiado tarde, por mucho que Marta no anduviera por allí.

Regresé a mi habitación, cogí mi neceser y una toalla y me dirigí hacia el cuarto de baño. Necesitaba una larga ducha, más para despejarme que para borrar la huella de Enrico sobre mi cuerpo, una marca indeleble que no quería que desapareciera. Aunque su impronta había quedado grabada muy dentro de mí, y no creía que se fuera a difuminar con facilidad bajo el chorro del agua caliente.

Al rato estaba en la cocina, tomándome el primer café de un día que para mí comenzaba esplendoroso. Esperaba que no se estropeara a lo largo de la jornada, y que pudiera conservar el máximo tiempo posible la sonrisa perenne que llevaba prendida en mi rostro, aunque fuera francamente delatora de mis actividades nocturnas.

Me había visto ojeras en el espejo del baño, algo normal después de haber dormitado sólo durante cuatro horas. Tras la jornada de trabajo del martes, y después de casi ocho horas fuera de casa con Enrico, recorriendo lugares que jamás me hubiera imaginado visitar ni con él ni con nadie, era incluso normal tener alguna sombra violácea bajo mis ojos. Nada grave que no pudieran arreglar un buen corrector y algo de maquillaje para la ocasión.

Después de desayunar regresé a mi habitación. Antes de entrar de nuevo al cuarto me acerqué un par de pasos en dirección hacia el de Enrico, pero me quedé parada a medio camino.

¿Qué pensaba hacer? ¿Abrir la puerta y contemplar cómo dormía el angelito? Era tentador, la verdad, pero podía despertarle y quedar como una idiota. Mejor dejar que el bello durmiente descansara sin que nadie le molestara. Se lo había ganado después de una noche tan movidita, en todos los aspectos de la palabra.

Me vestí con ropa informal, recogí mis cosas y salí a la calle, camino de la oficina. Escogí el metro porque sería la manera más fácil de llegar a mi trabajo, y porque además, a esas horas de la mañana, las aglomeraciones serían mucho menores. Estábamos a primeros de julio, el calor apretaba en la Ciudad Condal, y mucha gente se encontraba ya de vacaciones. En autobús podía encontrarme semáforos estropeados, tráfico, obras y cualquier otro inconveniente ocasionado por el tránsito de vehículos. No, mejor viajar bajo tierra, donde podría seguramente sentarme en el interior de los vetustos vagones, y pensar unos minutos sobre todo lo que me había sucedido.

Tuve suerte y acerté. Mi vagón iba medio vacío, y pude escoger hasta sitio. Me senté, abrí el bolso y busqué mi aparato de MP3. Me coloqué los cascos, cerré los ojos y me dejé llevar por la música, puesta en modo aleatorio sobre una de mis listas preferidas de reproducción. Y claro, mi mente comenzó a divagar, recorriendo de atrás adelante todos los sucesos de una mágica noche.

Una noche que parecía llevar grabada en mi rostro, porque ya había notado que la gente me miraba más de lo normal. Sería verdad eso de que el sexo y las endorfinas liberadas favorecen el cutis y te hacen resplandecer. Casi como si anunciaras a los cuatro vientos: “Sí, me han dado un buen revolcón y estoy feliz. ¿Pasa algo?”.

Cuando llegué a la oficina me sucedió lo mismo. La chica de recepción me miró algo más de lo habitual al pasar por su lado, y las de administración también se fijaron en mí.

—Parece que vienes muy contenta, Eva —dijo Sonia guiñándome un ojo—. Y vaya horitas de llegar, guapa, cómo se nota que no está la jefa...

—Buenos días, Sonia —contesté—. Estoy realizando un reportaje, precisamente por orden directa de Marta, por lo que los próximos días entraré y saldré con mayor asiduidad. Mejor el trabajo de campo que estar todo el día sentada en una silla...

Sonia hizo un gesto de asentimiento y regresó a su sitio. No tenía tampoco que darle más explicaciones, pero de ese modo tal vez corriera la voz por la oficina y me dejaran en paz. Me dirigí a mi sitio y fui encendiendo el ordenador. Mientras, me acerqué a por otro café a la máquina. Necesitaba algo más de cafeína para poder ponerme en marcha después de tantas horas de desenfreno.

—Mirad quien nos honra con su presencia... —soltó Marc con su lengua viperina nada más verme llegar a la sala de descanso.

—Buenos días, Marc. Sabes que estoy con el reportaje de la noche barcelonesa, y ayer me dieron las tantas. Marta me dijo que me organizara mi tiempo, así que después de las horas extras de anoche, hoy he llegado un poco más tarde —le confesé en voz baja, sin querer que se enterara nadie más.

Marc me miró de arriba a abajo con gesto inquisitivo, examinándome con sus bonitos ojos. Yo intenté no darle importancia a su escrutinio, pero los nervios me traicionaron. Creí llevar escrito en mi frente lo que había sucedido, y el maquetador me dio pronto la razón. Me cogió del brazo, se acercó a mi oído y sentenció con su voz de barítono:

—Eres una mentirosa. Tú follaste anoche y por eso has llegado tarde, guarrona. Venga, cuéntaselo al tito Marc. ¿Quién es el afortunado?

—No se de qué me estás hablando, Marc, tienes una imaginación calenturienta. Anoche

estuve documentándome para el reportaje, nada más —mentí como una bellaca mientras los colores se me subían a las mejillas—. Perdona, luego hablamos, tengo mucho trabajo pendiente.

—Sí, sí, ya lo veremos. Ni por un momento te pienses que me he tragado tus embustes. Luego hablaremos tú y yo con más calma.

Marc se alejó de allí, haciéndome un gesto admonitorio con el dedo, avisándome de que aquella conversación no había terminado. Yo le hice un mohín y le saqué la lengua, regresando a mi escritorio.

Saqué de mi bolso la libreta de notas donde había tomado los apuntes durante la conversación con Ivanka. También busqué mi Smartphone, lo enchufé al ordenador por el puerto USB y descargué las pocas fotografías que había hecho en el circuito de carreras. Algunas no se veían muy bien, pero con el Photoshop seguro que podía mejorarlas bastante.

Redacté un pequeño documento para tener guardado en un archivo digital mis notas manuscritas. Creé una carpeta en mi escritorio y guardé allí también las fotografías. Preferí entonces esconder esos documentos en mi disco duro bajo una contraseña, no quería que nadie supiera en lo que estaba trabajando.

No había hecho ninguna fotografía en el local de Ivanka, el Paradise Center. De todos modos lo busqué en Internet y encontré una completa página Web, y algo más de información. En algunos foros de internautas se hablaba del lugar, de sus chicas y de lo que los usuarios masculinos habían logrado al contratar los bailes privados.

Recorrí los posts de los dos últimos años relacionados con el tema del Peep-Show en Barcelona. Muchos decían que ya no era como antes, y que el Paradise era de los pocos sitios decentes que quedaban. Los usuarios alababan los espectáculos eróticos, y hablaban sin tapujos de las chicas, tanto en los bailes públicos, como en los pases privados que habían contratado por cantidades que oscilaban entre los 50 y los 150 euros.

Como ya había supuesto, dependiendo de la chica en cuestión, se podían efectuar otro tipo de transacciones. Algunos foreros afirmaban que ni ofreciéndole todo el oro del mundo a Lucinda, la bella brasileña, habían conseguido nada de ella. Sólo el baile para ellos, y poco más. Ni siquiera tocarla o conseguir que ella acariciara al hombre, por muy frustrados que se mostraran ante sus negativas.

Por el contrario los usuarios hablaban de otras dos chicas, de las que no recordaban el nombre, pero sí los rasgos. Una que al parecer era rumana o búlgara, y otra sudamericana. Esas chicas, al parecer, se dejaban hacer casi de todo por una generosa propina. Varios contaban sus experiencias con ellas. Desde magrearla a conciencia mientras ellas bailaban, hasta masturbaciones o sexo oral, de uno u otro lado. Uno admitió que había llegado incluso a practicar sexo con penetración con la chica, pero que enseguida se acabó el tiempo contratado y casi se queda a medias.

Había encontrado mucho más de lo que esperaba sobre el local, ahora me quedaba decidir qué hacía con la información conseguida, tanto en la entrevista con Ivanka, como en los testimonios de clientes que narraban sus vicisitudes en el local. Se trataba de foros masculinos donde muchos alardeaban sin motivo, por lo que tendría que tener cuidado con la información vertida. Pero si tantos internautas comentaban detalles parecidos sobre lo que sucedía en aquel saloncito privado, es que algo había de cierto en ello.

Comencé también a redactar un pequeño relato sobre lo ocurrido en el circuito ilegal de carreras. Por supuesto evité cualquier referencia a Enrico, ni nombré a ninguna de las personas con las que coincidí allí. Sólo intenté plasmar el ambiente vivido, las apuestas, la animación de la

gente allí congregada, la adrenalina a tope mientras las máquinas se ponían en marcha y el peligro latente en cada curva o adelantamiento.

Tampoco podía hablar de la redada policial ni nada parecido. Para cuando saliera el reportaje ya habría pasado el tiempo suficiente para que todo se olvidara, y no esperaba que la revista fuera a tener problemas por contar un tipo de actividad que no era completamente desconocida para el gran público.

Cuando me quise dar cuenta, ya era hora de comer. Marc me hizo un gesto para que le acompañara, pero yo le indiqué también con mímica que debía seguir trabajando. De ese modo me libraba de su tercer grado. Media hora después me escabullí por mi cuenta y fui a tomar medio menú a un local vegetariano que conocía. Nunca venía mal desengrasar un poco, y hacer algo de vida sana.

Nada más acabar de comer decidí darme una vuelta por un parque cercano a nuestra oficina. Se estaba bien allí, con un sol radiante pero sin excesivo calor, paseando entre los frondosos árboles. Eso de no tener jefa tenía sus ventajas y la verdad es que todo había salido como ya barruntaba. El resto de personal de la oficina, a excepción de Marc, no me había prestado demasiada atención, sin preocuparse si salía o entraba a horas extrañas.

Ni me había dado cuenta tampoco de saludar a Noemí, aunque seguramente estaría enfrascada con esos temas técnicos que nadie comprendía. Cuando regresara a la oficina me acercaría a su sitio, por lo menos para que tuviera constancia de que me encontraba bien. La informática se quedó preocupada al verme salir de noche con Enrico, y eso que ella no sabría nunca, o por lo menos esa era mi intención inicial, en los líos en los que me había metido en compañía de nuestro común amigo.

Enrico, el bello Enrico. ¿Qué estaría haciendo en esos momentos? Ya era hora de haberse levantado, pero no quería molestarle ni que se pensara que yo era una pesada. De todos modos, ¡qué demonios! Nos habíamos acostado juntos y ni siquiera habíamos vuelto a hablar, y eso no podía quedar así. Decidí entonces enviarle un Whatsapp. Era menos invasivo que una llamada, que él podía ignorar y yo no sabría por qué no cogía el teléfono. Con el mensajito a través de la aplicación quedaría constancia si lo leía, sólo esperaba que me contestara y no pasara de mí. ¿Qué le podría escribir?

Me cabreé conmigo misma en ese instante. Recordé entonces las conversaciones con mi amiga Ana en la universidad, después de experiencias similares. Ana era muy enamoradiza y se enrollaba con el primer tío que pasaba, ya fuera en una fiesta de estudiantes, o con su monitor del gimnasio. Luego los chicos no la tomaban demasiado en serio, y esos rollos de una noche no terminaban de cuajar. Y nuestras conversaciones sobre si debía llamarles o esperar que ellos la llamaran era el pan de cada día.

Ana esperaba que el chico diera el primer paso, pero la mayoría de las veces eso no sucedía. Ella no quería rebajarse, pero acababa llamándoles o escribiéndoles un mensaje. Me hacía después analizar, palabra por palabra, y coma a coma, el contenido de los mails o mensajes que le enviaban sus rolletes como contestación, si es que llegaban a contestar. Intentaba dilucidar si pasaban de ella, o simplemente era cierto lo que decían en esos momentos: “Estoy muy liado con el trabajo (o exámenes, temas familiares, etc). Ya te llamaré, Ana, no te preocupes...”.

Las decepciones fueron enormes para mi amiga, y yo la intentaba aleccionar para que no se juntara con ese tipo de capullos, a los que parecía atraer como un imán. Al final terminaba de paño de lágrimas de mi amiga, con mi hombro como destinatario más eficaz para sus lloros y sofocos. A mí me daba lástima, pero ella no parecía aprender la lección.

Yo nunca fui tan radical en ese tema. Si alguien estaba interesado en otra persona, me parecía bien que le llamara. La tontería ésa de que tenía que ser el hombre el que diera el primer paso no iba conmigo. A mí me parecía genial que una mujer tomara la iniciativa, eso no la hacía de menos. Por mucho que nuestro mundo siguiera siendo muy machista. Y en eso las mujeres teníamos gran parte de culpa.

Nunca he sido de rollos de una noche, pero si una chica quiere salir de marcha y enrollarse con un chico, es su problema. Si ninguno tiene ataduras, creo que puede hacer con su cuerpo y con su vida lo que le venga en gana. Pero claro, si un chico liga con dos o tres mujeres diferentes en un fin de semana, es un campeón a ojos de sus amigos. Si lo mismo le sucede a una chica, sus mismas amigas opinarían que quizás la muchacha es un poco ligerita de cascos. Vivir para ver...

Pero ahora me veía yo en la tesitura de los dichosos mensajitos de móvil. Aunque mi situación era radicalmente diferente. En el caso de mi amiga Ana, si esos chicos querían ignorarla lo tenían muy fácil. Pasaban de cogerle el teléfono o contestarle los mensajes y ya estaba. Normalmente Ana no sabía mucho más de ellos: ni nombre completo, dirección, estudios o trabajo. Así que si no era por casualidad, regresando al lugar donde se hubieran conocido en una noche de juerga, normalmente no volvían a coincidir.

Ni Enrico ni yo podríamos aplicar esa táctica, ya que éramos compañeros de piso y nos veríamos de todas maneras. Esa era una de las razones que esgrimió Noemí cuando me desaconsejó liarme con Enrico. La noche anterior no lo tuve en cuenta, pero en ese momento la paranoia se apoderó de mí. ¿Querría Enrico pasar de mí? Viendo su currículo era lo más normal, sus parejas sexuales solían ser eso, simples rollos pasajeros que no iban a más. Pero a mí tendría que verme la cara en casa quisiera o no...

Decidí afrontarlo cuanto antes, no tenía tiempo que perder. Abrí la aplicación de mensajería instantánea en mi teléfono y escribí lo siguiente:

"*Buenos días, Enrico, ¿qué tal? Espero que hayas descansado bien, ayer se nos hizo muy tarde. Luego nos vemos. Ciao. Bss.*"

Lo repasé y me di cuenta que era demasiado impersonal, no me mojaba para nada. Pero bueno, quizás para romper el hielo no estaba mal. Esperaba que Enrico contestara o que me llamara, sólo era un leve toque de atención.

Continué con la duda, pero no podía estar así mucho tiempo. Mientras comenzaba mi regreso hacia la oficina, pulsé el botón de "Enviar". Crucé los dedos para no haber metido la pata, aunque con los hombres nunca se sabía...

Transcurrieron unos minutos y no obtuve respuesta. Miré en la aplicación y vi que Enrico no estaba conectado. O bien no había encendido el móvil, o tenía el Whatsapp desconectado. Quizás estuviera durmiendo, o tal vez en alguna otra parte, ocupado en alguna de sus misteriosas tareas. O conduciendo su elegante moto, camino de un lugar desconocido. Había tantas variantes que me podía volver loca...

Dejé de elucubrar y aceleré el paso para regresar al trabajo a una hora prudencial después de la pausa de la comida. Sólo faltaban un par de calles para llegar a mi destino cuando escuché un sonido característico dentro de mi bolso: era el soniquete que le había instalado al teléfono para avisarme de un mensaje entrante.

Saqué el teléfono emocionada, temiendo que el mensaje fuera de otra persona. Pero no, el remitente era mi italiano favorito. Allí me aparecía en la lista de contactos conectados, con una foto en su perfil en la que parecía un modelo profesional. Y es que Enrico estaba muy rico...

"*Buenas tardes, Eva. Estoy recién levantado, se me ha hecho muy tarde, ;-). Hoy tengo*

varios asuntos que atender, espero que podamos vernos luego, pero no sé a qué hora andaré por casa. Un beso."

Me quedé algo chafada, la verdad. Su contestación no fue la esperada, aunque si se ceñía al mensaje recibido. Claro, si yo era tan escueta, él no tenía por qué mostrar mucho más. Era un juego en el que nunca había sido muy experta, por lo que tendría que mejorar a marchas forzadas.

Enrico no mencionaba nada de nuestra noche pasada. Ni las aventuras en el puerto, ni los espectáculos eróticos presenciados uno junto al otro, ni mucho menos la sesión fantástica de sexo en mi cama. Yo no quería dejarlo correr y debía saber a qué atenerme con él, pero ya habría tiempo. No era cuestión de atosigarle nada más despertarse. O eso me dije para ahuyentar esas nubes que querían aprisionar mi corazón, avisándome de la inminente catástrofe.

No, nada ni nadie iban a estropearme el día. No quería ser como la histérica de mi amiga Ana, sacándole punta a todo. Los hombres son mucho más sencillos, no le dan tantas vueltas a las cosas. Enrico se había despertado, leyó el mensaje y contestó lo que le vino a la mente, sin pararse a pensar si ésta o aquella palabra producirían en mí determinado efecto. El italiano no eran tan retorcido, o eso esperaba, y me había enviado un mensaje que no decía nada, pero podría decirlo todo...

De vuelta a la oficina quise acercarme a saludar a Noemí, pero estaba enfrascada en sus cosas: manejaba dos teclados, tres pantallas y el teléfono, acoplado como una telefonista a su cabeza para dejarle las manos libres. Me hizo un gesto indicándome que más tarde nos veríamos y yo me alejé para no molestarla más.

La tarde se me hizo bastante pesada. Comencé a esbozar el comienzo del reportaje, incluyendo información de la entresacada la noche anterior. Tampoco sabía el tamaño exacto del artículo que podríamos colar en la edición de agosto, debía concretarlo con Marta. Y aparte de ver con ella la semana siguiente otros posibles temas a tratar, quedaba otro asunto pendiente con Enrico, aparte del obvio. ¿Tendría pensamiento de llevarme a algún otro sitio de la noche barcelonesa?

Ése podría ser otro interesante tema de conversación con él si le veía evasivo. El toscano era un gran conocedor de los entresijos nocturnos de la ciudad, y tenía sus contactos. Aparte de la innegable atracción de acompañarle a nuevos sitios peligrosos y excitantes, mi alma de periodista también sentía curiosidad por conocer esos lugares y preparar un buen reportaje. Quería entrar con buen pie en la redacción de *Women Style*, y tal vez aquel artículo me brindara la oportunidad de destacar. Y para ello, contaba con Enrico.

De todos modos, la noche pasada estaba todavía muy reciente. Creí recordar entonces que Enrico me comentó en un principio que tendría libres la noche del martes y la del jueves. Tal vez estaba preparando otra visita turística para el día siguiente, no podía saberlo en esos momentos.

Un rato después, cuando la oficina comenzó a vaciarse, decidí yo también "plegar", como decían mis compañeros catalanes, y largarme de allí. Miré hacia la zona de Noemí, pero no la vi en su sitio. Daba igual, ya nos encontraríamos en casa. Aunque primero tendría que decidir qué contarle cuando me preguntara por la nochecita de marras.

Ya lo había tomado por costumbre, pero hacía buena tarde y era una manera de distraerme. Regresé dando un paseo hasta el centro y después me subí al autobús que me dejaría en mi barrio. Cuando llegué a casa la encontré vacía, así que me puse cómoda, esperando que llegara alguno de mis compañeros de piso.

Escuché el sonido de las llaves al entrar alguien en casa y comencé a ponerme nerviosa por

si se trataba de Enrico. Pero no, era Noemí la que asomaba por el pasillo, al parecer algo agitada.

—Hola, guapa, ¿qué tal? —dijo la informática nada más llegar con tono risueño—. Al final no he podido hablar contigo en todo el día. ¿Cómo fue anoche?

—Bien, bien... —contesté—. Creo que tengo material más que interesante para comenzar el reportaje.

—Venga, no me dejes en ascuas. ¿A dónde te llevó nuestro Casanova? ¿Se intentó sobrepasar o chocó contra tu muro de indiferencia?

Noemí se estaba cachondeando de mí, pero yo decidí seguirle la corriente. Le contaría la versión light, sin entrar en detalles demasiado escabrosos. Aunque no creía que se conformara con tan poco...

—A ver, por dónde empiezo... No te enfades, Noemí, ni vayas a reñir a Enrico. Él sólo lo hizo con la mejor intención, para que yo descubriera el lado oculto de la noche barcelonesa.

—Miedo me estás dando, Evita... Desembucha de una vez, no tengo demasiado tiempo para que me lo cuentes en detalle.

—¿Y eso? —aproveché la ocasión—. Si tienes prisa ya hablaremos en otro momento, no te preocupes.

—Alto, alto, de eso nada. Sí, tengo que marcharme en un ratillo, he quedado con una vieja amiga a cenar, pero me queda algo de tiempo. Así que ya sabes...

—Está bien... —claudiqué—. Pues verás. Nos montamos en la moto y nos dirigimos a la zona del puerto. Allí nos encontramos con...

Le conté a Noemí toda la parafernalia de las carreras ilegales, sin mencionarle lo de los paisanos de Enrico ni nada por el estilo. Y por supuesto, me olvidé completamente de nuestra huída precipitada antes de que nos atrapara la policía.

—Vimos alguna que otra caída, y adelantamientos peligrosos, pero nada más. Por lo visto se trataba de una panda de niñatos que se aburren y se dedican a las carreras ilegales. Bueno, también hay apuestas y gruppies que siguen a los corredores, pero nada especialmente peligroso —dije de carrerilla.

—Ya veo... Enrico y sus contactos en las “altas esferas”, como si lo viera.

Noemí no se había tragado mi patraña, o simplemente sabía que le estaba ocultando ciertos detalles. Yo seguí firme con mi versión, aunque tendría que ver a Enrico antes que ella, por si acaso. No quería que el italiano pecara de sincero y lo estropeara todo. Por cierto, ¿dónde estaría el Don Juan de la Toscana?

—Sí, al rato nos fuimos. Enrico tenía preparada otra sorpresa para mí... —dije con tono misterioso.

—¿Ah, sí? Ya te dije que este chico esconde muchos secretos —afirmó Noemí mirándome fijamente. Quería pillarme en un renuncio, eso estaba claro, pero ya me había metido en mi papel y no pensaba salirme del guión preestablecido.

—Así es, tienes razón. Vimos unos controles policiales al salir de la Zona Franca y Enrico decidió dar un rodeo —añadí sin poder resistirme. No tenía que dar más explicaciones, y realmente no le estaba mintiendo a mi compañera de piso—. Pasamos cerca del aeropuerto y algún que otro pueblo de la periferia, hasta que entramos a Barcelona por otro sitio, acabando en la Avenida del Paralelo y aledaños.

—A saber a qué tugurio te llevó por esa zona. Y encima esquivando controles policiales, el italiano me va a oír.

—Tranquila, Noemí, todo fue bien. Enrico condujo con cuidado, sin saltarse ningún límite

de velocidad ni señal de tráfico. Yo iba un poco acojonada cuando se metió en las Rondas y aceleró, pero la verdad es que es un experto conductor.

—Claro, claro... Imagino que te agarrarías bien a su cuerpo para no caerte —dijo Noemí con muy mala intención.

—Sí, bueno..., ya sabes. Enrico me llevó a ver a su amiga Ivanka —añadí para cambiar el tercio antes de meter la pata.

—¿Ivanka? ¿Y ésa quién es? —preguntó Noemí en un tono algo celoso.

—Una amiga suya, ucraniana para más señas, que regenta un club de peep-show en el centro de Barcelona.

—¿Un club de qué..?

—Sí, ya sabes, un local de esos...

Le expliqué a Noemí el tipo de negocio que habíamos visitado, y su mirada de reproche no me gustó demasiado. Quizás no aprobaba que visitara ciertos sitios, aunque fuera para una investigación periodística, pero desde luego no tenía que darle explicaciones. Ella no era mi madre, por mucho que se preocupara por mí. Y yo era mayorcita para saber dónde me metía.

Le conté lo del sex-shop, quitándole importancia. Nos reímos un rato al detallarle los objetos que allí vendían. También le mencioné que nos tomamos una copa y que charlamos con la dueña, que nos dio más detalles sobre su local. Le hablé de los espectáculos que allí tenían lugar, pero omití un detalle fundamental: mi experiencia en la cabina junto a Enrico.

Tenía la excusa perfecta, era un martes de madrugada y no había clientela, por lo que le dije que los shows solían tener lugar los fines de semana. Sí le hablé de las fotos de espectaculares mujeres que aparecían allí, a modo de tablón de anuncios, advirtiendo a la clientela de lo que podrían encontrar en el local. Me estaba liando demasiado, mezclando ficción con realidad, y al final me equivocaría. Tenía que cambiar de estrategia.

—Al rato nos marchamos, ya era muy tarde. Entre unas cosas y otras llegamos aquí a las tantas. Luego no podía ni levantarme esta mañana —confirmé, antes de recordarle a Noemí el acuerdo al que había llegado con Marta para organizar mi horario.

—Yo ni me enteré cuando llegasteis, estaría durmiendo. Esta mañana me he levantado y me he largado para la oficina sin hacer demasiado ruido, no he querido despertaros. Pero vamos, no sé si lo pasaste bien o no. Parece que lo cuentas como el que hace la compra en el súper...

Noemí tenía razón. En mi afán por ocultar la verdad, intentando disimular la amalgama de sensaciones encontradas que me llenaban desde la noche anterior, me había pasado de la raya. Mi narración fue hecha en un tono neutro, sin nada de pasión, como si aquello no fuera conmigo y no hubiera sido partícipe de lo sucedido. La máscara de indiferencia que adopté para no revelar más de lo previsto me estaba pasando factura, y la sagaz informática se percató de todo. Y eso que todavía no me conocía a fondo, si no se habría dado cuenta a la primera de mis pequeños engaños.

—No, al contrario, fue una noche diferente. No tenía ni idea de los sitios que visitaríamos, la verdad es que Enrico me sorprendió. Lo único es que estoy destrozada. Todo el día de ayer currando, luego la noche entera por ahí y tras un breve sueño, de nuevo en pie todo el día. Creo que voy a cenar algo y me meteré en la cama pronto. Mañana será otro día.

—¿Y de Enrico no sabes nada? Me gustaría hablar con él antes de irme. Ya sabes, la gallina cuida a sus polluelos, y tendré que echarle un buen rapapolvo por llevarte a esa clase de sitios tan poco aconsejables.

—De verdad que no pasó nada, Noemí, todo estuvo bien. Enrico me protegió en todo

momento y no corrimos ningún tipo de peligros. Además, ya soy mayorcita para cuidarme sola, por si no te habías dado cuenta.

—Claro, claro...

Noemí me interrogaba en silencio con la mirada, intentado averiguar lo que de verdad le ocultaba. Yo no quería que hablara con Enrico, y menos sin estar yo presente, por si acaso. Sólo esperaba que ella se marchara antes de que el italiano regresara a casa, si es que finalmente Enrico llegaba a cenar.

Ni por un momento me planteé contarle a Noemí que había hablado con él durante el día, o que por lo menos habíamos contactado por mensaje. Decidí cambiar de tema para alejar el foco de la conversación, deseando que la informática no siguiera con su interrogatorio.

—Bueno, creo que voy a ponerme cómoda, me están matando estos zapatos. Acababa de llegar y todavía no había tenido tiempo de cambiarme. Luego me pondré algo ligero para cenar y creo que me iré a la cama enseguida. ¿Tú no tenías una cena?

—Sí, yo también tengo que cambiarme, Eva. Y seguramente se me haga tarde esta noche, así que ya hablaremos más tranquilamente. Mañana no te preocupes si no ves que me levanto pronto, creo que hoy se alargara la velada.

—¿Y eso? —pregunté curiosa.

—Nada, que mañana me cambian el turno. De jueves a domingo tengo guardia en el CPD de la empresa, ya sabes. Media jornada, como diría algún gracioso, doce horas de trabajo: de siete de la tarde a siete de la mañana.

—¡Madre mía! Eso es un palizón de horas, y encima de noche. Debes acabar molida, lo siento —me apiadé de ella, encantada por cambiar de asunto.

—Tranquila, ya estoy acostumbrada, aunque las noches son un coñazo. Se hacen eternas, pero mientras todo funcione correctamente puedo aprovechar para trabajar en proyectos más personales para los que no suelo tener tiempo. Cosas de frikies, ya sabes. Además, luego me pagan alguna hora extra y me dan dos días libres.

—Bueno, viéndolo así, igual no está tan mal... Pues nada, guapa. Espero que te lo pases bien con tu amiga, y disfruta de la noche. Ya veremos cuando volvemos a coincidir en estos días, creo que vamos a tener los horarios un poco cambiados.

—Eso es cierto, Eva. Y tú también, cuídate y no hagas ninguna tontería... Si Enrico quiere llevarte a alguna otra parte en estos días, ándate con mucho ojo.

—Sí, mamá, no te preocupes... —contesté medio en broma mientras me marchaba a mi habitación.

Me quité la ropa y me tumbé un poco en la cama, pensando en mis cosas. Al rato escuché la voz de Noemí a través de la puerta:

—Me marcho, Eva. Hasta luego.

—Hasta la vista, Noemí —repliqué desde el cuarto.

Segundos después la informática abandonó el piso y yo pude hacer lo que tenía en mente. Me daba igual de corte que cuando lo pensé al mediodía, pero no me la podía jugar. Si mañana coincidían en casa Noemí y Enrico mientras yo permaneciera en la oficina, me caería con todo el equipo.

Así que cogí el teléfono, respiré profundamente y marqué el número de Enrico. Ni siquiera pensé lo que le iba a decir en nuestra primera conversación tras haber pasado la noche juntos. Decidí improvisar, aunque no haya sido nunca uno de mis puntos fuertes. Si lo pensaba demasiado no lo haría, y quizás para cuando Enrico regresara yo ya estaría dormida. Tenía que

arriesgarme.

—Sí, ¿hola? —escuché decir a Enrico con un infernal ruido de fondo.

—Buenas noches, Enrico, ¿puedes hablar? —contesté a mi vez—. No sé si me oyes bien, hay mucho ruido.

—Perdona, Eva, estoy en... Espera un momento, salgo a la calle y hablamos, aquí no voy a enterarme de nada.

—Ok, de acuerdo.

Esperé unos segundos con el teléfono encendido, pegado a la oreja, intentado pensar a toda velocidad mis siguientes intervenciones. ¿Qué hacía? Debía habérmelo preparado con más detalle, estaba a punto de cagarla.

—Ya está, Eva, ahora creo que podremos hablar. ¿Ocurre algo?

—No, nada. Simplemente quería saber si ibas a venir a casa a cenar. Tengo que comentarte una cosa y...

—Buff, no, lo siento —me cortó Enrico—. Tengo mucho jaleo por aquí y me parece que ya picaré algo en la calle. Hoy volveré tarde a casa, imagino que ya estaréis dormidas.

El italiano se había puesto a la defensiva. Me contestó en tono cordial, pero creí intuir en su voz ese peligro latente ante una conversación que no quería afrontar en esos momentos. Quizás creyó que le iba a hablar por teléfono de lo que había ocurrido entre nosotros, o de lo que yo esperaba de él, por lo que tuve que apresurarme antes de que cortara la comunicación. Le dije la pura verdad, adornándolo de manera que él no sintiera peligro en mis palabras.

—En todo caso estaré yo dormida, Noemí no andará por aquí. Ha salido con una amiga y volverá de madrugada. Por lo visto mañana está de guardia por la tarde-noche, así que igual coincidís a mediodía. Sólo quería avisarte para que no metas la pata.

—¿Qué no meta la pata? —inquirió confundido—. ¿A qué te refieres?

Continuaba sin expresarme con claridad, por lo que entendía que Enrico siguiera sin saber de qué le hablaba. Los nervios me estaban jugando una mala pasada, e imaginé todo tipo de cosas que se le estuvieran pasando en esos momentos por la cabeza al italiano.

—Verás, le he contado a Noemí nuestras aventuras de anoche pero...

—¿Qué has hecho qué...? —exclamó algo airado.

—Tranquilo, de eso quería hablarte. Sólo le he dicho que estuvimos viendo unas carreras de motos y después charlando con tu amiga Ivanka, nada más —aseguré para que no saliera corriendo al instante—. Ya sabes que Noemí es un poco paranoica y pensaba que habíamos corrido algún tipo de peligro. Si ella supiera...

—Joder, Eva, ¿y qué le has contado exactamente?

No me gustó la actitud de Enrico ante mis palabras. ¿De qué tenía miedo exactamente? Ignoraba si estaba preocupado por el hecho de que Noemí supiera los lugares que habíamos visitado o por cualquiera de los hechos acaecidos durante la noche: las veladas amenazas de los romanos, la huída de la policía, los desplantes de Ivanka, nuestro particular baile en el interior de la cabina, o la noche de lujuria desenfrenada en mi cama.

Me estaba cabreando con él, pero entendí su reacción. Debía ponerme en su lugar y por ello tomé aire, y se lo conté del tirón, sin permitirle que me volviera a interrumpir. Le detallé la versión que Noemí había escuchado de mis labios, haciendo especial énfasis para que él no cambiara el guión si llegaba a hablar con ella sin estar yo delante.

—Ya sabes, no quiero que ella se preocupe ni que te eche la bronca —dije para finalizar.

—Ah, vale, por un momento creí que tú... —Enrico sonaba mucho más relajado, parecía

haberse quitado un peso de encima.

No quería ser una histérica, pero algo estaba yendo rematadamente mal. Enrico pareció respirar tranquilo al saber todo lo sucedido, pero yo seguía sin conocer los verdaderos motivos. Lo más normal era que se sintiera mejor después de saber que no tendría bronca con Noemí a costa mía, pero por otro lado... ¿Se avergonzaba de lo sucedido entre nosotros? ¿O yo para él no había llegado ni a la categoría de rollito de una noche y ya no se acordaba del fantástico polvo que echamos en mi habitación?

No quería montarle una bronca por teléfono, no era el momento ni el lugar. Además, estaba en horas de trabajo, no me escuchaba bien y yo podía estar tergiversando las cosas. No debía precipitarme, no sin hacer lo que siempre he odiado en otras personas: prejuzgar a los demás. Así que intenté calmarme, tomé aire y adopté un tono neutral, no quería que notara mi enfado.

—Pues nada, no te molesto más. Sólo quería avisarte por si acaso. Ya nos veremos entonces, Enrico.

—Sí, muchas gracias por el aviso, Eva. Y perdona, tengo que volver a lo mío. No te preocupes, mantendré tu versión ante Noemí, no se va a enterar de lo ocurrido.

—Gracias, Enrico. No quería meterte en un lío con ella, ni que nos regañara. Además, entre nosotros...

—Sí, tranquila, lo he entendido. Ah, por cierto. No hagas tampoco planes para mañana por la noche. Con un poco de suerte consigo acceso a un par de sitios que creo le darán un toque aún más especial a tu artículo.

—Ah, vale —contesté anonadada—. Bueno, ya me contarás.

—Sí, no te preocupes. Mañana hablamos con más calma. *Ciao*, Eva.

Enrico colgó el teléfono, dejándome con la palabra en la boca. ¿Qué había querido decir? Después de hablar con el hombre que me volvía loca me encontraba más confusa que nunca.

¿Y eso de *"...tranquila, lo he entendido..."*? No sabía si se refería al rollo que le había soltado antes o a mi última frase. Ese "entre nosotros" quizás era el que le había puesto en guardia, cortándome a media frase. O mucho me equivocaba, o Enrico no tenía muchas ganas de hablar de lo que sucedió en mi habitación.

Igual se trataba de mi apreciación de jovencita enamorada, pero para mi gusto nuestra sesión de sexo fue fantástica. Tal vez pecara de ingenua y Enrico estaba acostumbrado a otras exquisiteces: modelos, actrices, bailarinas y demás mujeres de mundo a las que una pueblerina como yo no podía igualar en las artes amatorias.

No, era imposible. Lo que yo sentí fue especial, y él disfrutó también conmigo, eso no podía negarse. Que después se arrepintiera de sus actos sería otro cantar, pero tampoco lo debía haber pasado tan mal, digo yo. Y además, había rematado la faena poniéndome los dientes largos. Al parecer tenía otro par de sitios interesantes que quería enseñarme, supuestamente para mi artículo. ¿Dónde me llevaría?

No quise pensarlo más, al día siguiente me enteraría. Con lo cansada que estaba esperaba no darle muchas vueltas a la almohada esa noche, elucubrando los motivos y razones para que Enrico se comportara así. Intentaría olvidarme por unas horas y seguir con mi vida, por muy difícil que resultara. Pero esto no iba a quedar así. Él y yo sabíamos que teníamos una conversación pendiente, a mí no me iba a despachar tan fácilmente, como si allí no hubiera pasado nada.

Finalmente cené algo frugal y me acosté pronto, con el recuerdo de la voz de Enrico acariciándome todavía en el oído...

Capítulo 10

De paseo por Barcelona

La jornada del día siguiente, jueves, no la recuerdo muy bien. Por lo menos en su parte diurna, ya que la nocturna también la llevo grabada a fuego en mi interior. Imposible olvidarme de lo que sucedería esa noche entre Enrico y yo. Pero no adelantemos acontecimientos...

Sé que llegué al trabajo temprano. Había dormido del tirón casi nueve horas y me encontraba más descansada. Aunque siempre dicen que cuanto más duermes más quieres, y a mí me costó horrores levantarme de la cama. En la oficina seguí con la tarea comenzada el día antes: hice varios esbozos de lo que sería el artículo, sólo con la información obtenida dos noches atrás y continué buscando temas que pudieran servirme.

Quizás esa parte podría obviarla hasta la semana siguiente, ya que ignoraba los lugares a los que acudiría esa misma noche con Enrico. El martes me había llamado al mediodía para concretar, pero para esa ocasión no lo tenía tan claro. Nuestra última conversación telefónica no había sido tan explícita, y pensaba que tendría que esperar hasta llegar a casa para tener más noticias. Aunque igual Enrico me sorprendía a lo largo de la jornada.

Noemí no andaba por la oficina y Marc parecía bastante ocupado. Así que decidí irme a comer con las chicas de administración. Se burlaron un poco de mí al sacar de nuevo el tema del *stripper* en la famosa despedida de Patricia, pero yo me lo tomé con humor. Charlamos también de otras cosas, cotilleando sobre otros compañeros de oficina y lo pasamos genial, echándonos unas risas. Afortunadamente no salió el nombre de Marta a la palestra y la comida transcurrió con placidez.

También hablé con mi jefa por mail. Sin adelantarle mucha información, le dije que había estado visitando lugares muy interesantes que nos podrían dar un enfoque diferente para el artículo propuesto. Marta me prometió regresar el lunes a la oficina, y ya entonces lo discutiríamos con calma. Además, me aseguró que ella también había hecho sus llamadas, y tenía algunos otros sitios que quería que incluyera en el reportaje.

El día se pasó sin pena ni gloria, o yo lo recuerdo de ese modo, bastante gris. Hasta que llegó el momento de marcharme a casa, y los nervios, de nuevo, atenazaron mi estómago. En unas horas volvería a encontrarme con Enrico y su imponente presencia, la misma que me dejó huérfana el martes de madrugada, más de 36 horas sin echármelo a la cara. Y eso, para una mujer que suspiraba por sus huesos toscanos, era demasiado.

Decidí aplazar la conversación pendiente con Enrico hasta ver lo que me tenía preparado para esa noche. Al final no me había llamado ni enviado un mensaje en todo el día, así que andaba un poco perdida. Pero prefería no estropear la posible diversión que tuviese en mente con conversaciones que a un hombre podrían hacerle salir corriendo.

Primero, por orgullo y egoísmo profesional. Quizás sin su ayuda y sus contactos no conseguiría acceder a según qué sitios. A lo mejor gracias a Marta podría conseguir más datos interesantes, pero estaba completamente segura de que lo que podría obtener al lado de Enrico sería mucho mejor.

Y segundo, porque quería compartir de nuevo una noche con él. Si tenía que hacer como si no hubiera pasado nada y fuera la primera vez que salíamos por ahí los dos solos, no tendría

mayor problema. Yo también sabía practicar la indiferencia, aunque debía ser sutil para no escamarle demasiado o conseguir el efecto contrario a lo que yo deseaba en realidad. Una partida demasiado complicada para mi poca experiencia con los hombres, y menos tratándose de un seductor como Enrico.

Cené algo ligero y me vestí de manera parecida a la noche del martes, con unos pantalones vaqueros cómodos y una camiseta. Me senté en el sofá y conecté la televisión, pero mi mente no conseguía concentrarse en ninguno de los soporíferos programas que echaban a esas horas, por lo que desistí. Intenté también abrir un libro, pero de nuevo tuve que dejarlo a un lado. Sólo quería que llegara de una vez Enrico para saber a qué atenerme.

Sobre las once de la noche, cuando yo ya pensaba que tendría que desvestirme de nuevo y quedarme en casa, apareció el italiano por la puerta. Era bastante tarde para salir, teniendo en cuenta que al día siguiente había que trabajar, pero yo esperaba que él no se echara atrás y me llevara por ahí. Era jueves, en pleno julio, y si realmente salíamos de excursión nocturna, ya vería la hora a la que llegaba el viernes a trabajar.

—Buenas noches, Eva, disculpa el retraso. Se me ha hecho muy tarde atendiendo unos asuntos y al final no he podido ni avisarte...

—Entonces no...

Definitivamente aquella no era mi noche de suerte, o eso quise creer en esos momentos. Tendría que esperar a mejor ocasión para compartir de nuevo con Enrico las delicias de la noche barcelonesa. Aunque tal vez...

—¿Cómo...? —preguntó confundido. Justo en ese momento se acercó hasta el sofá, y con gesto distraído me dio un beso en la mejilla para saludarme. No fue ni un beso de novios ni el que se dan dos desconocidos, pero me dejó algo tibia. De ese fin de semana no pasaba el que lo hablara con él.

—Me refería a que entonces dejaremos para otro día lo que me habías comentado, ¿no? —dije con fingida indiferencia.

—Ah, no, de eso nada. Tengo preparadas dos visitas que te pueden interesar. Dos sitios diferentes, que no aparecen en las guías de la ciudad, y que me ha costado mucho encontrar, no te creas.

—Vaya, pensé que ya... ¿Nos vamos a ir ahora? Estaba a puntito de ponerme el pijama antes de que llegaras, pero si nos marchamos, por mí perfecto.

—Sí, espera un momento a que me cambie. De todos modos, así no puedes ir tú tampoco. Hoy no es lo más apropiado.

—¿Por qué lo dices? No sé a qué te refieres...

—Levántate un momento, por favor.

No entendía nada, pero obedecí. Me levanté del sofá y me quedé mirándole directamente a los ojos. Él me escrutaba con esa mirada arrebatadora que me trastornaba tanto, aunque él no lo supiera todavía. Pareció estudiarme, pero de un modo científico, y estuve a punto de saltar. Sobre todo cuando hizo un gesto con el dedo, pretendiendo que me diera la vuelta.

Yo no era un maldito mono de feria, ni tenía que posar para él. Estaba a punto de estallar y que el famoso pronto manchego saliera a la palestra, cuando respiré profundamente y seguí sus instrucciones. Le daría una última oportunidad de explicarse antes de mandarle a la mierda.

Me giré, mostrándole mi culo y mi espalda en un gesto algo exagerado. Preferí tomármelo a broma, aunque él parecía muy serio, estudiando todo el conjunto. ¿A qué demonios venía eso?

—Lo que yo decía, así no puedes ir. Con esos pantalones tan ajustados y esa camiseta tan

provocativa, ibas a llamar demasiado la atención. Podríamos tener problemas en ese sitio, te lo aseguro, así que te tendrás que disfrazar un poco, o por lo menos disimular algo tu femineidad...

—¿De qué coño estás hablando, si puede saberse?

Sí, me salió mi vena barriobajera y solté un taco, pero es que me estaba poniendo muy nerviosa. Por un lado parecía decir que me veía sexy con esa ropa y por otro lado afirmaba que tenía qué ocultar mis encantos de mujer. ¿En qué quedábamos?

—Perdona, no me he expresado con claridad. Es un sitio exclusivo para hombres, y no creo que la presencia de mujeres sea muy bien recibida. Por eso decía que tendrías que disfrazarte de alguna manera. No sé, un pantalón más ancho para disimular las caderas; otro tipo de camiseta que no permita notar tus curvas o taparte con alguna cazadora más masculina; por supuesto, nada de maquillaje en los ojos ni en los labios, etc. El pelo corto ayuda, pero igual con algún tipo de gorra calada pasarías más desapercibida, no sé...

Todo esto lo dijo con gesto reflexivo, posando su mano derecha sobre el mentón mientras parecía evaluar los posibles cambios a tratar en mi fisonomía. Me estaba cabreando de mala manera, y al final iba a soltarle alguna fresca de la que acabaría arrepintiéndome.

—En serio, Enrico, tendrás que explicármelo con algo más de claridad. No me estoy enterando de nada. ¿Qué sitio es ese y por qué tengo que disfrazarme de hombre?

—Tienes razón, eso es lo primero que tenía que haberte contado. Veamos...

El italiano aseguró que había averiguado la dirección exacta de un inmueble concreto de Barcelona con abundante rumorología en determinados estratos de la sociedad catalana. Lo llamaban simplemente, “El Hotel”, y por lo visto se trataba de un macro burdel muy particular cuya existencia no era muy conocida, y sólo dejaban pasar a su interior a los que proporcionaran una contraseña específica que se cambiaba todos los días.

—Al parecer se trata de un edificio rehabilitado, a las afueras de Barcelona. Creo que realmente albergaba un hotel en sus tiempos, pero unos años después una compañía del centro de Europa lo adquirió y remodeló. Por lo que me han contado hay un gorila en la puerta que sólo deja entrar a los que le facilitan la contraseña correcta. Y luego hay varios compañeros suyos más haciendo la ronda por todo el edificio.

—¿No será peligroso? El mismo tipo de la puerta, al verme, puede darse cuenta enseguida del ardid. Y no quiero que nos metamos en un lío.

—No, ése será el menor de nuestros problemas. El de la puerta hará la vista gorda en cuanto le diga de parte de quién voy. Pero en el interior del hotel habrá chulos de las chicas, y otros tipos de la peor calaña controlando su negocio. Creo que es un lugar de cierto nivel, con prostitutas que no llegan al nivel de las famosas scorts de catálogo, pero no andan demasiado lejos. Me aseguran que podríamos encontrarnos con caras famosas pululando por allí: políticos, actores, deportistas, etc.

—¡Madre mía! Desde luego como tema para un reportaje sería fabuloso. Imagino que de sacar fotos nada de nada, pero sólo la experiencia ya valdría la pena. Me da algo de miedo, no lo voy a negar, pero si tú crees que es factible, podríamos intentarlo.

—No te preocupes, no sucederá nada. La policía desde luego no aparece por allí, ya se encargan las mafias que controlan el cotarro de untarles para que hagan la vista gorda. Y como van famosillos por el hotel, lo de ir ligeramente camuflado no está mal visto. No les parecerá raro, según me han comentado, que alguien lleve sombrero o gafas de sol, aunque sea noche cerrada y nos encontremos en el interior de un edificio. Por eso te decía lo de disfrazarte...

—Bueno, si te parece bien voy a mi habitación y veo de qué soy capaz. Quizás si estuviera

Noemí podría ayudarme, pero esta excursión seguro que no la aprobaría.

—No, no, ni se te ocurra comentarle nada a Noemí. A mí me mata, y a ti no sé... Pero vamos, es capaz de echarnos del piso a los dos, así que tú verás.

—Tranquilo, no diré nada —contesté cada vez más excitada.

Me había asustado un poco al principio, pero debía reconocer que en esos momentos tenía una curiosidad insana por conocer ese lugar de la mano de Enrico. Igual era una tontería, pero verme con él de "compañero" de correrías, vestido de hombre ocultando mis generosas curvas, me parecía algo sumamente erótico, casi sensual. Me estaba imaginando la situación, con los dos "machos" fiscalizando a las supuestas bellezas que allí ofrecían sus servicios al mejor postor, y los calores me empezaron a subir. Tenía un verdadero problema, debía admitirlo. Pero quería comenzar ya con la representación de una función que me depararía más de una sorpresa.

—De acuerdo, a ver qué consigues hacer. Tampoco hace falta un disfraz de campeonato, de esos que se preparan para Carnaval. Mejor disimular que llamar la atención sobre ti, ya me entiendes. Aunque antes de que te vayas quería comentarte algo sobre el otro lugar que te tenía preparado...

—Dispara, vaquero —respondí con una sonrisa, encantada con la noche que se nos planteaba a los dos.

Me había olvidado por un instante de mis paranoias femeninas, esas que me decían que no podía dejarle escapar vivo, y menos después de retozar en mi habitación. Ese hombre tenía que ser mío con todas sus consecuencias. Y si para ello tenía que disfrazarme y seguirle al culo del mundo, allí iría. Por lo menos una noche más, después tendría que cambiar de estrategia.

¿Qué otras excitantes sorpresas me tendría preparadas Enrico? Los momentazos en el interior del local de Ivanka no los olvidaría tan fácilmente, y ese famoso "Hotel" de la lujuria mal entendida también prometía. Si continuaba en esa escalada no sabría hasta dónde podríamos llegar...

Me llevé una pequeña desilusión al conocer la siguiente etapa de nuestra ruta noctámbula, si es que salíamos con bien de la visita al prostíbulo de lujo. Se trataba de un local clandestino donde se celebraban peleas ilegales: boxeo, Muay Thai y otras clases de lucha igual de peligrosas. Sangre y testosterona a raudales, aunque Enrico creía que no habría mayor problema por entrar con él siendo una mujer. Eso sí, como simple acompañante, nada más.

—Primero iremos al "Hotel" y después, si no se nos hace muy tarde, podemos acudir a las veladas nocturnas de boxeo y demás. Así tendrás dos elementos nuevos para incluir en tu reportaje transgresor. Tu j..., bueno, los responsables de tu revista no dirán que no llevas información más que sugerente sobre lugares que no conoce la mayoría de la gente. Y todo ello en una Barcelona que puede sorprender al gran público.

—No, si me parece fabuloso, muchas gracias —aseguré intentando ocultar mi chasco—. Ni por asomo hubiera pensado cuando me hablaron por primera vez de este artículo poder acudir a lugares de los que no había oído hablar en mi vida. Desde luego eres único, Enrico, y te estoy muy agradecida.

El momento pastel se quedó ahí, flotando en el ambiente, y ninguno quisimos añadir nada más. Enrico hizo un gesto de agradecimiento y se retiró a su habitación, dando a entender que yo tendría que hacer lo mismo lo antes posible. Debía prepararme para nuestra próxima aventura, y no podía dejar nada a la improvisación.

Me encerré en mi cuarto, buscando qué ropa ponerme. Lo primero fue colocarme un sujetador deportivo que disimulara mi pecho, con algo más volumen en un verano recién

comenzado. Me puse también unas bragas altas, y encontré un pantalón de loneta que me estaba algo grande, intentado que no se marcara en el culo ni en las caderas.

Después me coloqué un pullover azul oscuro que nunca me ponía. Estaba dado de sí y me quedaba bastante amplio, que era de lo que se trataba. Era una prenda de hilo, ideal para entretiempo, por lo que esperaba no pasar demasiado calor con él. Debía buscarme también alguna cazadora menos femenina, quizás podría hallar algo en el armario de Noemí al no encontrarse ella por allí. Pero claro, quizás la informática llegaba a casa antes que nosotros y podría darse cuenta. Tendría que arriesgarme...

Me calcé con unas zapatillas deportivas rojas que me encantaban y me miré en el espejo para ver el efecto. Desde luego no parecía una modelo de Victoria's Secret, pero tampoco creía yo que pudiera hacerme pasar por un hombre. Aunque tenía el pelo corto, los rasgos de mi cara no eran muy masculinos.

Borré todo rastro de rimel, sombra, pintalabios y demás. Mi piel morena quizás ayudara un poco, dadas las circunstancias. Hay chicos bastante barbilampiños, sin casi pelo en la cara, por lo que esperaba pasar la prueba con nota.

En mi armario encontré también una vieja gorra de tenis que ni recordaba tener, de mis tiempos del instituto. Con ella calada, y manteniendo la cabeza baja, quizás podría dar el pego. No podía conseguir mucho más en tan poco tiempo, debía esperar el veredicto de Enrico. Sólo esperaba que no se echara atrás.

Yo no medía mucho más de 1,60 metros, por lo que llamaría la atención al lado de Enrico, con su cerca de 1,90. Seríamos dos amigos en busca de diversión algo desparejados, sólo esperaba que no tuviéramos ningún problema. Debía admitir que el morbo de la situación, el peligro, y el encontrarme de nuevo con Enrico en ambientes alejados de lo normal me fascinaba. Estaba ansiosa por salir a la calle, y enfrentarnos a nuevos desafíos. Creía que juntos podríamos salir con bien de cualquier problema que se nos presentara, y me encantaba formar parte de esa pareja un tanto peculiar.

Salí al pasillo, pero no vi a Enrico por ninguna parte. Me colé en el cuarto de Noemí y fisgué en su armario, intentando encontrar algo que me sirviera. La informática era algo más alta y con más peso que yo, por lo que su ropa me estaría grande por narices. Al final me topé con una cazadora vaquera algo desgastada que seguro no utilizaba mucho. Me la probé y creí que sería ideal para nuestros propósitos.

Añadí al conjunto unas gafas de sol oscuras de tipo motero. De espaldas daba más el pego, además con el pelo corto y la nuca despejada nadie tenía por qué pensar que era una chica. Y por delante, entre la ropa holgada, la gorra y las gafas, parecía más un chaval que se intentaba colar donde los mayores que una mujer que quisiera pasar desapercibida para preparar un reportaje.

Cuando salí de la habitación de Noemí me crucé con Enrico en el pasillo. Me miró con gesto de escrutinio, aunque me pareció que el disfraz no le disgustaba del todo. Nos adentramos en el salón, y de nuevo me di una vuelta algo burlona, buscando su aprobación.

—¿Qué tal estoy? —pregunté en tono jocoso—. ¿Crees que me dejarán entrar al Hotel?

—Esto no es ningún juego, Eva —contestó muy serio Enrico—. Bueno, yo creo que das el pego, tampoco puedes hacer mucho más. Las gafas guárdatelas en el bolsillo, quizás al intentar ocultar tanto tus rasgos sea contraproducente y llames la atención sobre ti. Lo que queremos es que pases desapercibida, y nadie se fije demasiado. Camina siempre con la cabeza gacha, cerca de mí. Y procura no hablar, tu voz te delataría al instante.

—Muy bien, Enrico, de acuerdo. No me sueles llevar a fiestas de la jet set donde pueda lucir

mis modelitos de Valentino, pero bueno, todo sea por el trabajo. Hoy estoy hecha un adefesio, menos mal que no me va a ver mucha gente que me conozca —quise continuar con la broma, lanzándole un guiño al italiano.

Bastante nerviosa estaba yo en esos momentos como para encima verle a él con esa pose tan seria. Yo dependía de él en esos momentos, pero quería asegurarme de que nuestra excursión no iba a ser tan grave como podría aventurarse en un principio. Enrico recogió el guante y suavizó el gesto, desdramatizando la situación. Y no sólo eso. El toscano recogió los cascos y las llaves de la moto, pasando a mi lado mientras me decía cerca del oído:

—Tranquila, ya habrá tiempo de acudir a ese tipo de fiestas de sociedad. Y no te preocupes, incluso vestida de chico estás muy sexy.

Me ruboricé entera ante el comentario de Enrico. Sus dotes de seductor salían a la palestra en las circunstancias menos apropiadas, pero él sabía usarlas de la mejor manera. De un plumazo me quitó los nervios ante una situación peligrosa, elevándome el ánimo como sólo un galán sabe hacer con su dama. Y por supuesto, instalando de nuevo esas mariposas en el estómago que me decían que yo significaba algo importante para él.

Vestida de esa guisa salí a la calle y me coloqué enseguida al casco, subiéndome a la moto de Enrico. Tampoco me fijé demasiado en nuestro camino de ida, preocupada por enfrentarme al portero que nos abriría o cerraría en las narices la puerta a una nueva aventura nocturna, una más en mis correrías por Barcelona de la mano de mi cicerone particular.

Atravesamos barrios acomodados y otros menos opulentos, perdiéndonos por callejuelas por las que no hubiera querido transitar sola a esas horas de la noche. Unos minutos después llegamos a una calle amplia, donde varias motos dormitaban en su esquina, colocadas todas en fila. Enrico apagó el motor, descabalgó de la moto y me dijo algo que no me esperaba:

—Dame el casco, Eva. —Yo se lo tendí nada más quitármelo de la cabeza, aunque no sabía que quería hacer con él—. No te muevas de aquí, en un segundo vuelvo.

—Pero Enrico, yo no...

No me dio tiempo a terminar la frase, y el italiano salió a toda carrera de allí, dejándome con la palabra en la boca. Cruzó la calle y entró en un pub situado enfrente, mientras yo esperaba a pie firme en la calle, temerosa de que alguien se fijara en mí. Unos chicos pasaron en moto y miraron hacia mi zona, pero parecieron ignorarme. Un taxista cruzó entonces a cámara lenta por la avenida, mientras buscaba alguna dirección, pero tampoco dio mayor importancia al chaval vestido con la ropa de su hermano el mayor.

Un par de minutos después Enrico apareció de nuevo a mi lado. Venía con gesto sonriente, y yo no fui capaz de echarle la bronca que pugnaba por salir de mi interior. Además, él se adelantó a mi posible salida de tono, descolocándome del todo.

—Perdona, Eva, tenía que dejar los cascos en lugar seguro. Prefería no entrar allí con ellos, por si acaso nos decían algo. Se los he dejado a un colega de confianza, luego los recogemos.

—¿Está muy lejos el sitio ése? —dije por preguntar algo.

—No, tranquila, está muy cerca. Nos metemos por aquella calle de allí, y en unos minutos llegaremos al Hotel. Quería dejar la moto aquí, que como ves es una zona de parking habitual para vehículos de dos ruedas. Así está controlada, y además, mis amigos los del pub nos guardan los cascos. No te preocupes, no va a pasar nada. Tú sígueme, haz lo que te he dicho y no hables.

—¿Me pongo las gafas o la gorra? —pregunté entonces. Ambas prendas me las había guardado dobladas en los bolsillos interiores de la cazadora vaquera. Entre el jersey y la chaqueta de Noemí estaba pasando un calor de muerte, pero no podía deshacerme del disfraz a escasos

minutos de entrar en el lugar indicado. El morbo de lo prohibido tiraba de nuevo de mí, deseosa de volver a pecar en compañía de Enrico.

—Con la gorra bien calada yo creo que vale. Las gafas déjatelas en el bolsillo, por lo menos de momento. Y no te preocupes, todo saldrá bien. No te separes de mí y haz todo lo que te diga, por muy extraño que te parezca.

—¿A qué te refieres exactamente? —inquirí preocupada.

—Nada, lo digo por si allí dentro se presenta alguna situación comprometida. Si nos encontramos algo que no nos guste ya improvisaré sobre la marcha. Por eso te decía que te fiaras de mí y siguieras mis indicaciones, sean las que sean llegado el momento. Tranquila, cuidaré de ti y no te pasará nada.

—De acuerdo, confío en ti. Vamos allá —contesté con fingido aplomo.

—Ah, y como te decía, estás arrebatadora incluso vestida así. Ya verás como todo sale bien. No abras la boca en ningún momento, ni muestres gesto alguno de sorpresa ante cualquier circunstancia. Nada de fotos, y mantente siempre a mi lado. Apaga el móvil y guárdalo, por si acaso. Venga, sígueme, el sitio está muy cerca de aquí.

Y dicho esto se agachó a mi lado y me dio un fugaz beso en los labios. Muy tierno, casi etéreo, pero que a mí me supo a gloria. No sabía en esos momentos lo que significaba, pero para mí fue una buena señal. Ya tendría tiempo de reflexionar sobre ello, ahora tenía que tener todos los sentidos alerta: comenzaba la aventura del Hotel.

Unos minutos después nos encontrábamos ante lo que parecía la entrada a una discoteca de moda. Habían habilitado una especie de cordón de seguridad, y los posibles visitantes tendrían que pasar a través del pasillo allí dispuesto, hasta llegar a la altura de un enorme individuo, que a la sazón tenía que ser el portero. Con casi dos metros de altura y bastante más de cien kilos de peso, aquel tipo era un auténtico coloso. Con la cabeza rapada y tatuajes por todas partes, daba todavía más miedo que con ya de por sí imponente presencia física. Desde luego sería mejor no meterse en ningún lío con él, tenía pinta de no ser demasiado amigable, por decir algo.

Me daban ganas de coger la mano de Enrico y apretarla, sólo para sentirme más segura. Su calidez me infundiría ánimo ante lo que se nos venía encima, pero no quedaría muy bien que dos hombres, que supuestamente iban de putas juntos, se dieran la manita instantes antes de entrar al burdel. Así que apreté los dientes, agaché aún más la cabeza y me coloqué junto a Enrico.

El italiano adoptó su pose de “Aquí estoy yo”, emanando esa seguridad innata que era tan característica en él. Como si no fuera su primera vez en aquel local, apretó el paso, se adentró en el pasillo conmigo a su vera, y llegó hasta el portero. Le miró directamente a los ojos, sacó un par de billetes de su bolsillo y se los dejó en la mesita colocada al lado de aquel engendro de la naturaleza.

—Buenas noches. Venimos de parte de Ganímedes.

Aquello debía ser la contraseña, aunque a simple vista no nos permitió acceder al interior del edificio en plan “Ábrete, Sésamo”. El portero nos miró con gesto ceñudo, evaluando a Enrico como si fuera un posible contrincante en el cuadrilátero. Después se fijó en mí, y su gesto no me gustó un pelo. Menos mal que Enrico estuvo al quite.

—Por cierto, saludos de los hermanos Perasovic. Me ha dicho que aquí nos trataríais muy bien, que tenéis el mejor género de la ciudad.

El tipo no contestó, aunque su gesto cambió radicalmente ante la mención de aquel apellido de origen balcánico. Tras un gesto de asentimiento, recogió los billetes tendidos por Enrico, abrió la cadena, se apartó ligeramente y nos dejó pasar al interior del hotel. Ya estábamos dentro.

La curiosidad pudo más que la prudencia, y según entrábamos a aquel edificio me giré, mirando hacia atrás un segundo. Divisé las inmensas espaldas del portero tapando el acceso, mientras echaba de nuevo la cadena y esperaba a los siguientes clientes. Desde luego era un increíble cancerbero, sólo esperaba que no guardara también las puertas del Infierno.

Llegamos a una especie de vestíbulo principal del hotel, aunque no era como la entrada de cualquier otro establecimiento hostelero. Allí no había recepción, ni botones, ni piano-bar, ni sofás para esperar a las visitas. Sólo unas paredes revestidas de litografías de desnudos femeninos, algunas pequeñas esculturas que versaban sobre el mismo tema y un enorme espejo en una esquina. Me percaté también de que había cámaras de seguridad colocadas por todo el recinto, por lo que me calé aún más la gorra y agaché la cabeza.

Enrico se dirigió entonces hacia el ascensor y pulsó al botón de llamada. Yo me coloqué a su lado, con ganas de decirle algo, pero debía obedecerle y mantener las formas. Además, aquellas cámaras no sabía si, aparte de imágenes, también grababan sonidos, por lo que decidí cerrar la boca.

Mi imaginación calenturienta hizo de las suyas mientras esperábamos el ascensor. Por mi mente pasó una imagen terrible, donde varios tipos mal encarados, colegas del animal de la entrada, vigilaban cada fotograma grabado por las cámaras dentro del cuarto secreto de seguridad, situado en el ático. Y entonces, tras ver mis rasgos o escuchar mi voz, bajaban a toda velocidad a por nosotros, con intenciones nada amistosas. Mejor ahuyentaba esas ideas de mi cabeza antes de que me afectaran.

El ascensor abrió sus puertas y entramos en él. Afortunadamente no había nadie en esos momentos, ni en el hall ni en el interior del ascensor. No sabía si en el resto de plantas nos toparíamos con muchos clientes, pero prefería no cruzarme con demasiada gente dado mi atuendo en esos momentos.

Enrico pulsó el botón de la última planta, la quinta, mientras me hizo un gesto para animarme. Pareció creer que debía añadir algo más, no sé si para mí o para los posibles espías que nos vigilaban, y dijo:

—Me han recomendado que empecemos por el último piso y vayamos después bajando poco a poco por las escaleras para ver si nos gusta alguien en particular. Al parecer el edificio está organizado por plantas temáticas.

—Grrrrrrrr...

Yo solté un gruñido a modo de aprobación, por no levantar más sospechas. Ignoraba a lo que se refería Enrico con esa de las plantas temáticas, pero me iba a percatar enseguida. Unos segundos después el ascensor llegó a su destino y se abrieron las puertas, saliendo nosotros al exterior sin saber lo que nos encontraríamos al otro lado.

Nos encontramos entonces en un rellano amplio que daba acceso a un largo pasillo, situado más a nuestra izquierda. Oímos algunas voces tenues, y Enrico decidió avanzar por ese camino. Yo me coloqué a su lado, algo asustada, pero dispuesta a comenzar por fin una función para la que quizás no estaba aún preparada.

Las paredes estaban pintadas en tonos pastel, y el suelo aparecía alfombrado, por lo que el ruido de nuestros pasos a través de aquel pasillo, mucho más ancho de lo que me esperaba en un principio, se amortiguaba por completo. Comenzamos entonces a ver puertas cerradas y al fondo del pasillo me pareció ver a hombres que caminaban en nuestra misma dirección.

Me fijé entonces en las puertas. Todas tenían encima del dintel un número de tres cifras para identificar cada habitación, o esa fue mi impresión al ver la secuencia: 501, 502, 503... Al

lado del número distinguí también una pequeña bombilla que podía aparecer por lo menos en dos posiciones que yo hubiera visto: apagada o encendida con una luz roja. Enrico se dio cuenta de la dirección de mi mirada y me sacó de dudas, aunque algo así me había imaginado:

—Las luces apagadas significan que la habitación está vacía, desocupada o que hoy no se utiliza, no sé. Quizás al ser jueves no necesitan tanta oferta para atender a la clientela. Si por el contrario la bombillita aparece encendida en rojo, significa que la habitación está ocupada y no se puede molestar.

Me daban ganas de preguntarle a Enrico si habría también bombillas en verde que nos marcaran las habitaciones libres, pero él se me adelantó de nuevo, leyendo en mis ojos mis dudas.

—De momento no hemos visto ninguna habitación libre, pero imagino que al doblar el siguiente recodo algo encontraremos., y ésas aparecerán con la luz verde encendida. Oigo murmullos por ahí, seguro que hay clientes más adelante.

Yo asentí y agaché de nuevo la cabeza, siguiendo a Enrico por aquel desconcertante pasillo. Las puertas, pintadas en diferentes colores, se encontraban a nuestra izquierda. Y a la derecha, a modo de estrafalarios ventanucos, se podía distinguir algo de luz. No quise acercarme a fisgar por allí, pero a través de uno de esos pequeños ventanales me pareció distinguir a gente que andaba por el pasillo paralelo de la planta.

Creí entonces que nos encontrábamos en un cuadrado o paralelogramo, dispuesto alrededor de un patio interior. Imaginé que tres lados de ese polígono estaban enmoquetados, con las habitaciones de las chicas allí dispuestas, y el cuarto lado hacía las veces de rellano de la planta, así como de acceso al ascensor o a las escaleras. Y así durante cinco extensos pisos.

Efectivamente, al doblar la esquina vimos algo más de movimiento en la zona. Y por fin nos encontramos una puerta abierta, con la bombilla encendida en color verde. Al pasar por su lado vimos a una chica sentada en la cama, colocándose un liguero. No pude fijarme mucho ya que Enrico siguió adelante, y yo no pensaba pararme si él no lo hacía.

Más adelante vimos alguna chica fuera, al lado de la puerta abierta, pero ya en el pasillo. En aquella planta parecía que todas las chicas fueran orientales: chinas, filipinas, tailandesas y similares. A Enrico no pareció interesarle demasiado ninguna de ellas, por lo que ni siquiera les echaba más de un vistazo.

Desde luego no esperaba que lo hiciera por deferencia hacia mí. Todos tenemos ojos en la cara, y lo más normal era que si un hombre se encontraba con una legión de mujeres semidesnudas, o vestidas con sugerentes conjuntos de lencería, en actitudes libidinosas, invitando a los chicos a pasar a sus habitaciones, por lo menos se parara un segundo a contemplar el espectáculo.

Por lo poco que pude atisbar al pasar cerca de aquellos cuartos privados, me pareció distinguir en su interior una cama, una mesilla, un pequeño armario y otra puerta que imaginaba daba a un cuarto de baño auxiliar. Las habitaciones eran bastante sencillas, aunque luego me daría cuenta que eso iba también en función de las plantas.

Al doblar la siguiente esquina nos encontramos con un grupo de cinco o seis hombres que hablaban con las dos chicas de las primeras habitaciones de ese lado. Enrico pareció pararse un momento, y yo aproveché para parapetarme detrás de él, camuflada además por los allí presentes, dispuesta a observar mejor a las chicas.

Me pareció entender que los clientes discutían el precio y los servicios a contratar con las prostitutas. Las nacionalidades de esa parte del mundo eran un misterio para mí, por lo que no

sabía si las chicas eran de uno u otro país. Si me fijé en que una de ellas parecía una niña, prácticamente sin pecho, y con poca carne para rellenar sus exiguas curvas. Eso sí, parecía una muñeca de porcelana y tenía una cara preciosa.

Su compañera, por el contrario, no parecía tan oriental, quizás era mezcla de razas. Además, tenía unas tetas poderosas que se salían del sujetador. Aquello no parecía natural, seguramente estaría operada. De todos modos tenía menos éxito que la otra, que parecía discutir con los clientes en una mezcla de inglés, español y un idioma que no reconocí.

Enrico me hizo un gesto y salimos de allí, encaminándonos de nuevo hacia el rellano principal. Lo atravesamos en dirección a las escaleras, y entonces el italiano volvió a hablar en plan guía turístico, por si acaso me perdía algo de la excursión por ir con la cabeza gacha.

—Creo que según vas bajando plantas se incrementa el precio de las prostitutas. En esta planta estaban las orientales, a ver qué nos encontramos ahora...

Yo asentí de nuevo, temerosa de contestarle incluso en aquellas escaleras que no parecían albergar cámaras en su interior. No quise arriesgarme, ni discutir las instrucciones previas recibidas de Enrico. Así que me mordí la lengua y seguí adelante sin decir nada.

En la cuarta planta había más movimiento. Al parecer era la planta de las latinas o sudamericanas, y por allí comencé a ver también a otro tipo de personajes que no parecían clientes: los chulos, proxenetas o vigilantes de aquel negocio, pendientes de que nadie se desmandara y no hubiera problemas con las chicas.

Enrico hizo un gesto hacia dos de ellos, situados en la siguiente esquina, para avisarme de una presencia que ya había captado. Bajé disimuladamente la cabeza y continuamos nuestro periplo. En esta cuarta planta era mucho más difícil caminar, aunque también más fácil pasar desapercibido. La aglomeración de gente era mayor, y se veían todo tipo de grupos de hombres, aparte de muchas prostitutas intentando camelárselos para que pasaran al interior de sus cuartos.

El italiano evitó los tapones de gente que se formaban en algunos puntos del trayecto, conminándome a seguirle para no perder su estela. Habíamos llegado a buena hora para ver lo que allí se cocía, ya que la mayoría de las puertas se encontraban abiertas, con las chicas fuera, y eran pocas las que en esos momentos se encontraban ocupadas.

Una de dos, o era muy pronto y la clientela esperaba a que la madrugada avanzara, o el negocio estaba también de capa caída. Ignoraba el precio de los servicios en aquel burdel tan peculiar, pero la crisis global había afectado a todos los mercados, incluyendo el lucrativo negocio del sexo. Y es que la profesión más antigua del mundo también estaba perdiendo clientela en una época tan mala para todos.

Mi cicerone ejercía su labor, y quiso ofrecerme más datos para el reportaje. En un recoveco en el que no encontramos a nadie más decidió acercarse hacia una chica vestida con un camisón negro semitransparente, sin nada más de ropa debajo a excepción de un diminuto tanga. Sus pechos se marcaban contra la fina tela del salto de cama, pidiendo guerra. La chica vio a Enrico dirigirse hacia ella y sacó toda la artillería, mostrando sus senos al abrirse la bata con descaro.

—*Asere, ¿qué volá?*. Ven con mamita, mi *amol*, la pasarás muy bien...

—¿Cuánto por tus servicios? —preguntó Enrico sin especificar más.

La cubana se me quedó mirando a mí, algo extrañada, pero enseguida prestó toda su atención a mi acompañante. Y no me extrañaba. Enrico era un hermoso ejemplar de los que no abundaban entre la clientela del lugar. Yo no había visto de momento a ningún famoso entre los usuarios de aquel negocio, pero claro, tampoco me iba fijando al detalle en cada uno de los hombres con los que me cruzaba. Bastante tenía con no tropezarme y seguir adelante sin llamar

para nada la atención.

En realidad estaba tan asustada que no estaba disfrutando de la situación. Ni me estaba empapando del ambiente del lugar para después plasmarlo en mi reportaje, ni sentía el morbo por encontrarme allí dentro con Enrico. Quizás debía acercarme a la puta para no desentonar, como un cliente más, indeciso ante el exceso de oferta. Aunque aquella chica seguramente descubriría el engaño al primer vistazo. Mejor permanecer en segundo plano, no fueran a avisar a los malotes y tuviéramos que salir de allí escaldados.

—Por sesenta tienes una mamadita que te dejará la *pinga* como nueva. Y por ser tan guapo y *fajao*, por cien te daré tremenda barra. Tu *compay* puede mirar por cien más.

—Gracias, nos lo vamos a pensar —contestó Enrico mientras nos alejábamos.

—Tremenda *cagazón* la del gringo, ni *pa' echal* un palo, ja, ja. ¿No te gustó mi bollo de *fletera*? A *comel mielda, mamahuevos*.

La prostituta pareció cabrearse con nosotros, por lo que decidimos alejarnos de allí antes de que alguno de los vigilantes se percatara de su enfado y buscaran posibles culpables. Llegamos de nuevo al rellano principal y bajamos en dirección a la tercera planta.

—Menudo genio tenía la cubana. Menos mal que no nos ha visto nadie, la puta tenía ganas de montar un espectáculo. Está visto que no se puede preguntar a según qué chica, seguro que las tailandesas no se hubieran puesto a gritar. Total, tampoco valía para tanto. Me llama gringo y ella era más blanquita que yo, aunque desde luego no podía negar que era una jinetera de pura raza...

Yo no me había enterado de la mitad de las palabras pronunciadas por la prostituta en su jerga caribeña, pero el tono no dejaba lugar a dudas. Continué en silencio mientras bajábamos hacia las plantas nobles del edificio. O eso creía Enrico, tendríamos que comprobarlo en nuestro periplo por aquel hotel de habitaciones calientes. Me había sobresaltado con los exabruptos de la cubana, por lo que esperaba que mis pulsaciones se calmaran mientras llegábamos a la tercera planta.

Se trataba de otra zona con mucho ambiente: clientes conversando, chicas entrando y saliendo a la puerta de sus habitaciones vestidas con lo mínimo, provocando a los hombres con posturas sugerentes, enseñando prácticamente hasta el último rincón de su anatomía. Yo me sentí algo cohibida ante tamaño despliegue de carne a la venta, pero el punto de excitación que alcancé con el baile de Lucinda en el peep-show no apareció por ningún lado.

De todos modos yo estaba allí para documentarme de cara al artículo por escribir. Y sobre todo, para acompañar a Enrico en una noche diferente. El miedo y los nervios iban y venían sin avisar, pero no me sentía excitada, ni morbosa. Aquella situación no terminaba de convencerme, tenía un mal pálpito que no me dejaba relajarme, pendiente además de Enrico y de todo lo que sucedía a nuestro alrededor.

Lucinda me vino de nuevo a la mente al ver el tipo de muchachas que allí comerciaban con su cuerpo: negras y mulatas, algunas verdaderamente espectaculares. Desde luego no podían negar que el nivel de las mujeres iba subiendo, y allí se notaba por el número de clientes, aparte de por las habitaciones que aparecían ocupadas. Desde luego no encontré ningún cuarto vacío, y la clientela pasaba de niñatos imberbes a hombres de mediana edad, más cerca de la jubilación que de sus mejores años.

El sexo con personas de raza negra siempre había estado repleto de rumores y leyendas que mucha gente, ya fuera hombre o mujer, quería comprobar en vivo y en directo. De ahí el éxito de aquella planta. Aunque a Enrico pareció entonces entrarle las prisas, justo cuando yo comenzaba a sentirme más segura y levantaba más la vista para observar los distintos tipos de transacciones

que allí se efectuaban.

Al doblar la siguiente esquina vio a una pareja de tipos que nos miraban sin disimulo, cuchicheando entre ellos. No tenían tanta pinta de gorilas peligrosos, pero tampoco creía que los invitaran a la recepción del embajador. Agaché la cabeza y apreté el paso, siguiendo a Enrico pasillo adelante. Estuve tentada de mirar atrás cuando los adelantamos, pero sabía que me tendría que aguantar para no estropearlo todo.

Pasamos a toda velocidad los dos pasillos que nos quedaban de aquella planta, en dirección hacia la salida. Y es que aquel edificio me recordaba al Ikea, que hay que transitar por todo el edificio, observando todos sus artículos en exposición antes de encontrar la salida del establecimiento.

Me fijé de todos modos en las jóvenes que allí ofrecían su cuerpo a cambio de unos billetes. Había negras africanas, mulatas brasileñas o colombianas, y otras nacionalidades que no supe distinguir a simple vista. No sabía si la visión de aquellos dos macarras aceleró el paso de Enrico, o simplemente no le gustaban las negras, pero ya observé en el local de Ivanka como no apreció en su justa medida la exhibición de Lucinda ante nuestra mirilla particular.

Bajamos otro tramo de escaleras y nos adentramos en el segundo escalón de aquel paraíso de la lujuria bien pagada. Una nueva planta temática, repleta de esculturales bellezas sacadas de cualquier catálogo de moda. Y es que allí nos cruzamos con bellísimas mujeres que podrían pasar perfectamente por modelos, actrices o cualquier otra profesión que requiriese una increíble presencia.

Rubias, morenas y pelirrojas, todas de países del Este o del norte de Europa, a juzgar por sus rasgos. Mujeres ataviadas con lencería fina, en algunos casos con conjuntos que no podría comprar con mi nómina. Un auténtico resort de lujo, con prostitutas de auténtico nivel. Yo no era muy entendida, pero no me extrañaba que aquella fuera una de las plantas Vip. De hecho, por allí distinguí una clientela mucho más selecta que en otras partes del edificio: jóvenes universitarios, cuarentones vestidos con trajes elegantes, y otro tipo de fauna autóctona.

Enrico pareció complacido, paseando por allí con más calma y sosiego. Sus músculos parecieron relajarse un poco, quizás demasiado en tensión desde que entramos al inmueble. Yo no sabía si Enrico estaba alerta por mí, por si llegaban a descubrir mi burdo engaño, o temía encontrarse con alguna persona con la que no tenía ganas de toparse.

Atravesamos el primer pasillo, atestado de gente, y llegamos al segundo, más ancho en su parte media y con menos clientela pululando. La mayoría de puertas de esa zona se encontraban cerradas, y con la luz roja encendida. Pero justo en ese momento salió un ejecutivo de la puerta que se encontraba al lado del siguiente esquinazo. Enrico se paró un instante y se quedó mirando desde lejos al interior de la habitación, mucho más lujosa que las de las plantas superiores.

Yo miré también en esa dirección y divisé a una joven pelirroja calzándose unos tacones. Se sentó en la cama para terminar de colocarse los zapatos, se levantó y se miró en un espejo que tenía sobre su cómoda, todavía con la puerta abierta. Entonces vi que pulsaba un botón escondido bajo el cabecero, y la luz de su bombilla pasó de roja a verde en un solo instante.

Su melena suelta del color del fuego descansaba sobre su larga espalda. Ella se arregló el pelo, recogiéndoselo en un sencillo moño que trenzó con habilidad. Se colocó un poco para salir de nuevo al exterior y se dio la vuelta, topándose de frente con nuestras miradas.

La chica se acercó a la puerta con gesto sensual, mientras nosotros también dimos un par de pasos hacia ella. Yo no sabía lo que pretendía Enrico, pero entendía que se hubiera parado ante aquella belleza. Sus andares felinos nos habían hipnotizado a ambos, pero por distintos motivos.

A Enrico, por encontrarse ante una mujer de bandera, el sueño de cualquier hombre, por muy bueno que estuviera él, como era el caso. Y a mí porque me había dejado helada, sabiendo que jamás alcanzaría su perfección como mujer. Era injusto, la naturaleza le había dotado de demasiados atributos con los que sentirse una diosa.

La mujer debía rondar los 25 años. Mediría en torno al 1,75 m., pero con los tacones su altura aumentaba considerablemente. Su radiante cabellera enmarcaba un rostro angelical, de corte ovalado, con dos esmeraldas por ojos refulgiendo con intensidad. Su boca de labios repletos, llenos de pasión, escondía una dentadura perfecta que nos mostró en una sonrisa algo cínica. Su gesto altivo, consciente de su poderío, nos demostró que aquella mujer no era una prostituta cualquiera.

Ella llevaba un corpiño de color verde botella que le realzaba su espléndido pecho. De cintura esbelta y caderas embriagadoras, la chica llevaba una braga brasileña de encaje, además de una pose que parecía decir: “Te voy a comer enterito...”

Salió al exterior y se quedó apoyada sobre la jamba de la puerta, mirándonos con ojos escrutadores. Sus largas pestañas hicieron su función, deleitándonos con una mirada que podría derretir los polos. Afortunadamente pareció fijarse más en Enrico, un hombre que podría estar a su altura en cuanto a belleza física. No quería que reparara demasiado en mí, aunque creo que la pillé también mirándome con gesto divertido.

—Buenas noches, caballeros —dijo con exquisita educación. Hablaba un español con acento duro, quizás era rusa o de algún país de la zona—. Mi nombre es Daina, y provengo de Vilnius, la capital de Lituania. Si desean disfrutar de una agradable compañía, yo podría proporcionarles un placer indescriptible...

Hablaba en plural, pero sólo se dirigía a Enrico. Yo seguía embobada, admirando su belleza casi irreal. Tenía además un cuerpo bonito, que nos enseñó disimuladamente mientras se contoneaba frente a nosotros: un pecho no demasiado grande pero muy bien puesto, piernas largas y culo prieto, y una mirada pícara que pareció encandilar a Enrico. Yo no sabía si él se estaba dejando llevar y no se percataba de nuestra verdadera situación, pero era entendible. De todos modos el aguijón de los celos me atacó sin piedad, y el poder hipnótico de aquella beldad desapareció como por encanto.

—¿Y de qué tipo de placer estamos hablando exactamente? —preguntó el italiano con curiosidad. No sabía si lo hacía por mi bien, para compilar más datos periodísticos, o simplemente quería entablar conversación con la diosa del Norte.

—Todo lo que puedas imaginar, te lo garantizo, no me niego a nada —contestó la lituana guiñándole un ojo—. Una hora de servicios completos por trescientos euros. Y si tu amigo quiere mirar, o participar, podríamos dejarlo en cuatrocientos.

Enrico hizo un gesto con la mano, ponderando la importante cantidad que solicitaba aquella mujer por sus servicios. Desde luego, el nivel de las chicas, pero también sus honorarios, iban subiendo paulatinamente según bajábamos plantas. A saber lo que nos encontraríamos en el último piso por visitar.

Daina nos sonreía con descaro, esperando que Enrico o ambos nos decidiéramos a pasar a sus aposentos previa pago de la cantidad acordada. Mi acompañante pareció pensárselo un segundo y aquello me desconcertó. ¿Qué pretendía el italiano? Yo no pensaba participar en ninguna fiestecita privada, por mucho que me sirviera para tomar de primera mano información relevante para el artículo.

No era eso, pero a Enrico le sucedía algo. Se había quedado como absorto, mirando en un

punto fijo detrás de mí. De nuevo me dieron ganas de girar la cabeza, pero no me arriesgaría. Ya tuve ocasión de comprobar cómo se las gastaban las antiguas amistades del toscano, y prefería que no me vieran disfrazada y comenzaran a hacernos preguntas que no sabríamos responder con prontitud.

Enrico seguía escudriñando a su alrededor, cerrando un poco los ojos para enfocar mejor a lo lejos. La prostituta, mientras tanto, se estaba empezando a impacientar por nuestra indiferencia y también comenzó a otear el horizonte, intentando buscar algún otro cliente más interesado. Hasta que la actitud del italiano cambió por completo.

Yo divisé un fulgor en sus ojos, un brillo de alerta en sus pupilas que me sobresaltó. De repente me cogió del brazo y me quiso meter de golpe en la habitación de la chica, sin que ella ni yo supiéramos bien lo que se proponía. Fue la señorita de compañía quién se puso firme, intentando averiguar sus intenciones:

—¿Queréis entonces pasar los dos? Son cuatrocientos euros por adelantado...

—Sí, sí, Daina, no te preocupes. Ahora mismo te los pago. Vamos dentro y te doy el dinero —dijo Enrico en voz baja.

—Pero...

La chica no se quedó muy convencida, pero Enrico la conminó a entrar también al cuarto. Yo me encontraba totalmente desubicada, no entendía nada. ¿Se quería montar un trío con nosotras? Si se trataba de eso, Enrico me iba a oír. Aunque yo barruntaba que aquella situación tenía una causa muy diferente.

Y no es que no me sintiera halagada porque Enrico quisiera compartir la cama con aquella auténtica belleza y conmigo, pero yo siempre he sido más tradicional. Aparte de que quería al italiano sólo para mí, no estaría muy cómoda si mi primera experiencia en un *menage a trois* comenzara conmigo vestida de hombre. Aquello mataba el morbo y todo el glamour que pudiera evocar, aunque he de reconocer que un ligero hormigueo recorrió todo mi cuerpo ante la remota posibilidad. ¿Sería capaz...?

Pero no, Enrico no tenía una orgía en mente. O no en esos momentos, por lo menos. Una vez los tres en la habitación, el italiano me dijo al oído con una premura que me asustó:

—Corre, métete en el baño. Enciérrate allí, no hables y espera a que yo te avise. ¡Rápido, ahora!

Obedecí totalmente acongojada, sin cuestionar para nada su extraña orden. Me pareció ver un gesto de alarma en la báltica cuando me alejaba de allí, pero ya no pude percatarme de nada una vez encerrada en el baño. Me quedé allí, temblando, sin saber qué hacer, con el oído pegado a la puerta para intentar enterarme de algo.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó Daina con voz alterada—. O me lo dices ahora mismo o llamo a seguridad.

—Tranquila, por favor. Aquí tienes tu dinero —escuché decir a Enrico.

Yo no sabía de dónde había sacado tanto dinero, pero al parecer le había soltado a la puta nada menos que cuatrocientos euros en metálico sin pestañear. El italiano seguía siendo un misterio para mí, aunque en esos momentos la procedencia de su dinero era el menos de mis problemas. Yo estaba con Daina, ¿qué demonios sucedía?

De pronto sonaron unos golpes terribles en la puerta externa de la habitación. Yo no sabía si la prostituta había tenido tiempo de pulsar el interruptor para cambiar la bombilla externa de color verde a rojo, aunque imaginaba que primero debería asegurarse de que los clientes eran de fiar. Quizás los proxenetas habían visto algo extraño y querían asegurarse de que todo estuviera

correcto.

Escuché voces apagadas en la habitación, pero no pude distinguir lo que decían Enrico o la lituana. Si escuché con más nitidez las voces profundas, en tono airado, que hombres extranjeros proferían desde el pasillo.

—¿Todo bien, Daina? —me pareció escuchar desde mi posición.

Entonces sentí unos pasos, una puerta que se abría un instante y la voz de la prostituta, contestando con su duro acento al pronunciar la frase:

—Sí, tranquilo, todo OK. Cliente Vip, no problem.

La puerta se cerró de nuevo y durante unos segundos no escuché ningún ruido. Mi estado de nervios crecía por segundos, y seguía sin saber lo que ocurría fuera de aquellas exiguas paredes. Dos golpes rápidos dados en mi propia puerta me hicieron dar un respingo, totalmente pillada de imprevisto:

—¿Estás bien, Eva? —preguntó Enrico—. Por aquí todo tranquilo, ya puedes salir de ahí.

Tardé todavía unos instantes en recomponerme, asumir las palabras de Enrico y abrir la puerta. Cuando salí del baño, el italiano me dio un fuerte abrazo, quizás para calmarme, aunque sentí que él temblaba también ligeramente.

—¿Qué ha pasado, Enrico? —le dije en voz baja al tenerlo tan cerca—. Me has asustado de verdad. ¿Quiénes eran esos hombres?

—Nadie importante, ya te lo contaré.

Nos soltamos del abrazo, con la lituana mirándonos con gesto divertido. Ella parecía hacerse cargo de la situación, aunque yo seguía en la inopia.

—Vaya, vaya... Creo que no te apetecía ver a mis amigos eslovenos, ¿verdad? —inquirió Daina con curiosidad.

—Sí, tienes razón. Muchas gracias por tu ayuda, Daina. Es una vieja historia, y no me apetecía volver a verlos.

—No tienes que darme explicaciones, guapo, conozco su fama. ¿Dragan o Marko?

—Dragan, yo al otro tío no le conozco —contestó Enrico.

—Son tal para cual, no sé si primos o parientes en Ljubljana. No me extraña que no quieras verlos, son unas malas bestias.

Aquello parecía una partida de ping-pong, con la pelota de un lado a otro de la red, y yo sin enterarme de nada. La lituana parecía cómoda en aquella situación, haciéndose confidencias con Enrico. Yo parecía sobrar en aquella ecuación, Enrico me había dado la espalda y sólo tenía ojos para ella. No quería cabrearme porque sabía que el italiano estaba intentando evaluar el control de daños, pero no me gustaba un pelo todo aquello.

—¿Y qué coño hacen aquí, si puede saberse? —dijo Enrico alterado.

—Dragan es la mano derecha del dueño del Hotel, y se pasa por aquí de vez en cuando. Sus hombres se encargan de la seguridad de este sitio, y nada sucede sin que se entere. Seguro que luego me piden explicaciones. Y yo tengo suerte, a mí no me pone la mano encima porque el jefe le mataría, pero otras chicas no pueden decir lo mismo.

—Joder, no tenía ni idea. ¡Maldita sea!

Aquello no sabía si Enrico lo decía para sí, para disculparse ante mí o para darle una somera explicación a nuestra anfitriona. Ambas seguíamos sin conocer la verdad. Sólo que conocía al tan Dragan, una mala bestia al parecer y que prefería no encontrarse con él.

—No te preocupes, sólo diré que han entrado unos clientes especiales, que han pagado escrupulosamente, nada más. Desde luego no les voy a mencionar que tu “amiguito” es una

chica, por si acaso.

—Muchas gracias, Daina —dijo Enrico con sinceridad.

Yo seguía alucinada, viendo como aquellos dos hablaban de mí como si no estuviera a su lado. Avancé unos pasos y me quité la gorra. Total, mi disfraz no había servido de nada a la hora de enfrentarme al primer escollo.

—Estaba segura —afirmó Daina—. El corte de la cara, los gestos, esa forma de caminar... No me había equivocado, aquí está la prueba.

Yo la miré desafiante, hinchando el pecho. Enrico nos miraba a las dos, temeroso de que allí se produjera una pelea de gatas. Pero yo no quería enfrentarme a aquella fiera, tenía las de perder. Por mucho pronto español que sacara para intentar imponerme, ella era más grande que yo.

—Tranquilas, chicas —terció Enrico—. Todo tiene una explicación, Daina, no queríamos reírnos de ti, ni nada por el estilo. Sólo queríamos dar una vuelta, ver el ambiente y después... Pero todo se torció, vi a ese tipo y decidí entrar aquí.

—No tienes que darme explicaciones, cariño. No es la primera pareja con la que me acuesto, y os aseguro que podríamos pasarlo muy bien. Pero nunca me había venido ninguna mujer disfrazada de hombre. Aunque reconozco que tiene su encanto. Además, tu novia está mucho más guapa al natural, ¿verdad?

Daina se acercó a mí y me cogió la cara por sorpresa. El beso que me plantó en los labios me pilló totalmente desprevenida. Yo me aparté por inercia, sin saber lo que había ocurrido. Esos segundos que me quedé anonadada los aprovechó la lituana para abrirme la chaqueta, alegrándose ante lo que pudo contemplar.

—Ya lo decía yo, a mí no me engañas tan fácilmente. Tienes unas buenas tetas, y lo vamos a pasar muy bien tú y yo. No te asustes, preciosa. ¿Es tu primera vez?

En ese momento sí que me acojoné de verdad. Aquella mujer me miraba con ojos hambrientos, dispuesta a devorarme. Yo supliqué a Enrico con mis gestos, ya que él también parecía haberse quedado congelado, admirado ante la representación que tenía lugar ante él.

El italiano reaccionó a tiempo y se interpuso entre nosotras. Yo me coloqué de nuevo la chaqueta, algo azorada, y me parapeté tras el italiano. Daina parecía dispuesta a ofrecernos un servicio completo, que para eso habíamos pagado por adelantado.

—Gracias, Daina, pero no será necesario. Quédate el dinero, faltaría más. Y por supuesto, te agradezco de nuevo que no hayas dado la voz de alarma, nosotros no somos peligrosos para ti.

—Ni yo para vosotros, parejita —contestó Daina mientras se alejaba algo de nosotros, dándonos la espalda—. No me dirás qué no te apetece probar esto...

En ese momento la lituana se dio de nuevo la vuelta, quitándose el corpiño para lucir ese pecho tan bonito que yo había intuido. Comenzó a moverse con sensualidad, acariciándose para nosotros mientras nos mostraba sus gestos más lascivos. Su mano derecha se perdió dentro del tanga, y aquello amenazaba con pasar a mayores.

—No, Daina, de verdad. Muchas gracias por todo. Nosotros ya nos vamos, ¿verdad, Eva?

Yo me quedé anonadada. ¿Era una pregunta retórica o me estaba pidiendo opinión? Quizás se creía que mi actitud se debía ante el temor a lo desconocido, al miedo ante mi primera vez con una chica tan despampanante. Era muy halagador, pero no. Por mi parte ya había tenido bastante y quería salir de allí lo antes posible.

—Sí, nos vamos —afirmé todavía con un hilo de voz. Daina me miró como si fuera un pastel, relamiéndose de gusto, y fui incapaz de aguantar su mirada. Aquella mujer era demasiado

para mí.

—Muy bien, es una lástima. Desde luego he ganado vuestro dinero sin ofreceros nada a cambio, y os aseguro que no hubiera sido un trabajo desagradable para mí. Me apetecía mucho que nos lo montáramos los tres. Si os arrepentís, o queréis venir algún otro día, podéis contar con mis servicios. Ya los habéis pagado, así que os lo dejo apuntado por si acaso. Pero no lo penséis demasiado, el bono caducará pronto...

—Hasta la vista, Daina. Y gracias por todo.

—Por cierto, si no quieres encontrarte con tus amigos, no subas a las plantas de arriba. Ellos hacen la ronda desde abajo y van subiendo. Así que lo mejor sería que bajarais a la calle directamente por las escaleras o el ascensor.

—Gracias, Daina. Hasta luego —contesté armándome de valor.

Ella abrió la puerta y Enrico se asomó, mirando a ambos lados por si aparecía algún individuo no deseado. Daina aprovechó para pegarse a mí, restregándose con descaro. Aquella mujer me estaba poniendo muy nerviosa, pero no quería darle esa satisfacción. Por fin Enrico salió al pasillo y yo pude seguirle, librándome de la asfixiante presencia de aquella mujer tan sexual.

—Vamos, no hay tiempo que perder. No podemos arriesgarnos... —dijo Enrico una vez en el pasillo principal.

Llegamos al rellano y continuamos nuestro camino sin mirar atrás. Bajamos las escaleras y sin adentrarnos en los recovecos de la primera planta, nos encaminamos hacia la salida. Me coloqué de nuevo la gorra y pensé que las gafas oscuras tampoco estarían de más. Pasamos al lado del enorme gorila que nos había dejado entrar al inmueble y sin mirar atrás continuamos calle abajo, dispuestos a alejarnos lo antes posible de un edificio en el que habíamos tenido más de un sobresalto.

Y es que en mis correrías con Enrico me había pasado de todo. No podía afirmar que me aburriera en su compañía, aunque ya había tenido bastante por una temporada. Quizás una cena normal, o ir al cine como cualquier otra pareja tampoco serían planes tan malos después de todo. Aunque primero tendría que averiguar lo que había sucedido allí dentro.

Cuando doblamos la esquina y nos adentramos en la calle que nos llevaría hasta la avenida principal donde aparcamos la moto, conseguí afinar la garganta para poder hablar. Todavía tenía la congoja en el cuerpo. Primero por la situación anómala que me había llevado a esconderme en el baño de una puta, mientras yo iba disfrazada de hombre. Y después, ante el momentazo con Daina, dispuesta a satisfacerme hasta las últimas consecuencias.

No era momento para pararme a pensar en ello, ya tendría tiempo. Conociéndome, seguro que le daba vueltas en mi cabeza, evocando la situación tan surrealista en la que me había metido sin quererlo. O quizás queriendo; después de todo eso era lo más normal que podía pasar en un puticlub, aunque fuera uno tan peculiar como aquél.

Yo no ignoraba que algunas parejas buscan hombres o mujeres para dar rienda a sus fantasías más salvajes, pero nunca imaginé que yo me vería convertida en protagonista de algo similar. Y lo peor de todo, o quizás no, era que una vez fuera de aquel cuarto, el morbo indudable de aquella mujer comenzó a hacer efecto en mí. ¿Me hubiera gustado el sexo en grupo con Enrico y con Daina? Ya nunca lo averiguaría, porque desde luego no estaba dispuesta a pasar de nuevo por aquel trance ni loca...

—¿Se puede saber qué demonios ha...?

—Lo siento, Eva. Lamento haberte puesto en ese compromiso. La chica creo que se te

insinuó por vacilarnos un rato. Además, ella ya había cobrado, así que no perdía nada. Aunque no sé yo si lo decía en broma. Igual le gustaste de verdad...

—No estoy para bromas, Enrico —afirmé enfadada—. Y no hablaba de eso. Imagino que acabamos en la habitación de la puta porque te asustaste al ver a tus amigos. O no, porque tampoco sé lo que tenías en mente para acabar esta noche.

—Joder, Eva, no te pongas así. Que yo sepa hemos venido aquí para ayudarte en tu reportaje. Lamento si no se han cumplido tus expectativas, ha sido por mi culpa —dijo el italiano apesadumbrado.

No era capaz de enfadarme con él por mucho tiempo, y menos cuando ponía esa cara de no haber roto nunca un plato.

—Tranquilo, sé que lo hacías por mi bien. Aunque nunca sabré lo que hubiera sucedido si no llegan a aparecer aquellos tipos. Por cierto, ¿quién coño eran?

—Nadie, no te preocupes. Un tío que conocí hace años en Trieste, en mi país. Los eslovenos se creen que son los dueños de aquella zona italiana. Me vi envuelto en algunos negocios con la gente de Dragan y no es un tipo de fiar.

—Ya veo. Y preferías no cruzártelo de cara, por si acaso.

—Algo así... Pero bueno, ya está, no te preocupes más.

El italiano y sus “amiguitos”. Desde luego Noemí tenía razón, Enrico tenía unas amistades muy extrañas, un pasado bastante oscuro y muchos secretos por descubrir. Y no sabía si quería conocerlos, por mucho que me estuviera enamorando de aquel hombre hasta el tuétano de los huesos.

—No, Enrico, no está y lo sabes —solté con indiferencia—. ¿Y ahora qué?

—¿Cómo dices...?

Enrico caminaba distraído, mirando el móvil recién encendido, mientras nos acercábamos al lugar donde habíamos dejado la moto. Yo me refería a que si prolongaríamos la velada o nos iríamos para casa. La verdad era que toda aquella aventura me había dejado exhausta, pero por otro lado...

—Perdona, Eva, pero tengo un montón de llamadas y mensajes de mi hermana. Es una pesada, y no quiero preocuparme por nada, pero prefiero llamarla un momento. Si me disculpas...

Enrico se alejó unos metros de mí, y yo me quedé allí parada, justo al lado de la Honda CBR del italiano. Escuché a mi compañero de piso hablar en su idioma natal. Al principio pareció enfadado, quizás abroncando a su hermana. No hacía mucho lo habíamos visto discutir con ella en casa, también en una llamada telefónica, y ahora parecía que retomaban la discusión, aunque fuera a horas intempestivas.

El toscano se movía en círculos mientras hablaba, dando rítmicos golpes con sus zapatos contra el asfalto. De pronto torció el gesto y bajó el tono de voz, dándome la espalda. Siguió andando arriba y abajo por la calzada anexa a la acera donde había aparcado la moto, pero sus movimientos denostaban cada vez más nerviosismo. Yo le oí alzar la voz en alguna que otra frase, pero ignoraba lo que sucedía.

Enrico apagó el móvil y se lo guardó en el bolsillo, quedándose un momento parado, allí plantado en medio de la calle. Parecía confuso, sorprendido, o tal vez abatido después de hablar con su hermana. Supuse que la bronca con su familiar no le había hecho ningún bien. Y es que las disputas con los seres queridos no son nada agradables.

Quise acercarme y darle un achuchón, abrazarle para que se sintiera reconfortado, sólo en plan amiga. Pero él había colocado ese muro invisible que a veces tejía a su alrededor y parecía

ausente, como si no estuviera en el mismo plano real que el resto de los mortales. Sus ojos distraídos parecían perdidos, buscando un punto en la inmensidad que no conseguían enfocar. Me dio pena verle así, tan alejado a lo que yo conocía de él. Enrico era una persona muy vitalista y parecía que su energía se hubiera esfumado, saliendo de su cuerpo por una espita que estaba acabando con su vigor.

Preferí mantenerme alejada, no quería que malinterpretara cualquiera de mis gestos. Ya se acercaría él a mí, o no, pensé entonces. Intuí que prefería estar solo, aislado en la burbuja emocional en la que se había instalado. No podía imaginar qué tipo de conversación habría tenido con Nicoletta para caer en ese estado, pero temía por su salud mental.

Justo cuando ya había pasado el tiempo prudencial de espera, y mi ansiedad comenzaba a devorarme ante tanta impotencia, vi reaccionar a Enrico. Comenzó a caminar en mi dirección, arrastrando los pies y con la cabeza gacha. Me daba auténtica lástima verle así, como un perrillo apaleado, y no sabía cómo comportarme ante aquella situación.

Llegó hasta mi lado y se me quedó mirando como si no me conociera, con los ojos vidriosos a punto de ponerse a llorar:

—Perdona, Eva, tenemos que volver. Te llevo a casa y ya veré yo si...

—Claro, Enrico, no te preocupes —contesté con el corazón en un puño. Tenía que averiguar lo que estaba sucediendo, así que me arriesgué—. Perdona que me meta dónde no me llaman, pero si necesitas algo...

—Gracias, pero no podrías ayudarme. Nadie puede hacer nada ante esta noticia, el mundo es una mierda y hoy me lo ha demostrado.

—Pero... ¿qué ha pasado, Enrico? —pregunté—. Seguro que no es tan grave, algo se podrá hacer.

—Ojalá, Eva, pero esto sólo podría solucionarlo un milagro. Y yo no comulgo demasiado con esas cosas.

—De acuerdo, no te preocupes, no quiero insistir. Vayamos a casa, tienes que descansar y espero que mañana puedas verlo todo con otra perspectiva.

—¿Mañana? Buff, no, si yo... Tengo que hacer la maleta lo antes posible, espero poder salir temprano para Florencia.

Aquello me sorprendió. Sabía que Enrico no visitaba mucho su tierra, y que no se llevaba bien con su familia, con la que había acabado fatal. Una sombra funesta se aparcó entonces en mi mente: Florencia, su hermana... Quizás era algo grave relacionado con su familia, detalle que corroboré al instante siguiente.

—Perdona, Eva, debía haber empezado por ahí —continuó Enrico—. Mi hermana lleva varias horas intentando localizarme porque han ingresado a mi padre, está muy grave. El viejo cabrón se muere y quiere verme allí, a su lado.

—Yo, Enrico, no sé qué decir... Lo siento mucho, espero que no sea tan grave como parece. Y por supuesto, entiendo que tengas que ir a tu casa para estar con los tuyos en un momento tan difícil.

Enrico me apretó el hombro en un gesto de agradecimiento, frunciendo los labios mientras asentía. Al parecer su padre había acudido al médico por unos dolores indeterminados, le hicieron diversas pruebas y al final le detectaron un cáncer de páncreas terminal. Era inoperable y estaba muy avanzado, no sabían cuánto le quedaría de vida.

—Joder, Eva, y llevo años sin hablar con él, ¡maldita sea! Espero llegar a verle consciente, tengo que pedirle disculpas por haberme portado tan mal como hijo. Soy un auténtico bastardo,

ignorando a mi familia durante todos estos años.

—Venga, Enrico, no te hagas mala sangre. Anda, volvamos a casa de una vez, aquí ya no pintamos nada.

El italiano se me quedó mirando con gesto sereno, taladrándome con esos ojos insondables que todo lo abarcaban. De pronto se acercó a mí y estalló en un torrente de lágrimas amargas. Yo le abrí los brazos, y él se refugió en ellos, desahogando su dolor con un gemido lastimero que me partió el alma. Me dolía verle así, completamente derrotado, pero no podía hacer nada por ayudarle más que ofrecerle mi consuelo.

Y es que un padre es algo muy importante, por mucho que hubiera discutido con él. Enrico se daba cuenta en ese momento y se arrepentía de sus actos. Su padre era todavía muy joven y nadie se esperaba ese desenlace, pero nadie tiene el destino comprado.

Recogimos los cascos del pub donde los había dejado Enrico, y salimos de allí en silencio. De camino a casa, las calles de Barcelona me parecieron más solitarias y lúgubres que nunca, presagio de los duros momentos que el amor de mi vida estaba sufriendo en otra noche que jamás olvidaríamos ninguno de los dos.

Capítulo 11

El viaje al olvido

Llegamos a casa mucho más pronto de lo que me hubiera imaginado en un principio. La aventura en el Hotel no salió cómo esperábamos y la llamada de teléfono de Enrico terminó de trastocar todos los planes. Y yo me sentía fatal sin saber los verdaderos motivos para ello, rebosante de una culpabilidad que no tenía por qué asumir.

Enrico no dijo nada en todo el camino, y subimos también en silencio al ático. Noemí no estaba en casa, ambos sabíamos que le tocaba guardia en el trabajo. Atravesamos el salón y me paré junto a la puerta de mi cuarto con el florentino a mi lado.

—Gracias por tu comprensión, Eva. Lamento que esta noche no haya sido lo que te esperabas —dijo con pena Enrico sin saber que había adivinado mis pensamientos.

—No hay de qué, faltaría más. Y no, gracias a ti por ayudarme en mi trabajo. Siento mucho lo de tu padre, de corazón. Si necesitas cualquier cosa ya sabes que puedes contar conmigo para lo que sea.

—Tranquila, ya estoy mejor. Imagino que me llevaré de nuevo el palo cuando le vea, no me puedo imaginar cómo se encuentra. Él es un hombre fornido, grande, con una espesa melena y una mandíbula poderosa. Siempre decía que éramos herederos de los Médicis, aunque creo que eran imaginaciones suyas. Y ahora estará ahí hundido, agonizando en la cama de un hospital.

—Venga, no pienses en esas cosas, todo irá bien. —Yo no sabía qué decir para animarle, mientras le frotaba su hombro y la espalda en un gesto de ánimo—. ¿Quieres que te ayude con la búsqueda de billetes de avión?

—No hace falta, no te preocupes. Voy a ir haciendo la maleta y cojo el primer vuelo que pille para Italia, me da igual que sea directo a Florencia o me deje en Roma. Quiero llegar a mi país cuanto antes, si tengo que coger después un tren ya me las apañaré.

—De acuerdo, cómo prefieras...

Nos dimos otro abrazo fraternal antes de despedirnos. Enrico me dio un cariñoso beso en la mejilla, más de agradecimiento que de otra cosa, y enseguida se separó de mí. Comenzó a andar hacia su habitación mientras yo me quedaba contemplándole, totalmente bloqueada. El hombre que amaba estaba hundido, derrotado, y yo me sentía una rabia interna que no me dejaba respirar.

—Ya os llamaré o escribiré cuando pueda —añadió Enrico antes de entrar en su cuarto—. Ah, y si no coincido con Noemí esta madrugada espero que tú se lo digas.

—Vale, no te preocupes. Pero deberías descansar. Compra el billete, haz la maleta y échate un rato, lo necesitarás. Luego lo echarás en falta cuando lleves varias horas de viaje entre aeropuertos y demás.

—Lo intentaré, Eva, pero no creo que pueda dormir. Gracias de nuevo por todo. *Ciao, bella,* nos vemos pronto.

Enrico me tiró un beso intentando esbozar una sonrisa. Segundos después entraba en su cuarto y yo me quedé sin saber qué hacer, totalmente fuera de lugar.

Entré en mi habitación como un zombi. Intenté dormir pero oía a Enrico trastear en su cuarto. Además, yo también le daba vueltas a la cabeza, rememorando todo lo que nos había

sucedido en aquella noche que mejor no haber comenzado. La aventura del Hotel me asaltaba en violentos flashbacks que se instalaban en mi mente, pero después recordaba la imagen de Enrico abatido, llorando como un niño en mis brazos en medio de la calzada, y la congoja se instalaba en mi organismo, impidiéndome pensar con claridad.

El dolor por un ser querido es inenarrable, y yo me había contagiado del sentir de Enrico, sufriendo también en silencio por él. Yo quería acompañarle en su pena, llevarle de la mano hasta su casa, pero sabía que era imposible. Él debía pasar por ese trance solo, por muy doloroso que fuera. Tendría que enfrentarse a sus recuerdos, a su pasado, y afrontar con entereza el duro varapalo. Además, sabía que enterraría cualquier tipo de disputa familiar. En esos momentos ya no importaban esas rencillas que separan familias, sólo tenía que estar al lado de su padre y velarle como se merecía.

Me encontraba triste y pesarosa, afligida también quizás por afinidad hacia su persona. Desde luego el desenlace de nuestra segunda aventura no se parecía en nada al de la primera noche juntos, pero yo no podía ser tan egoísta y pensar sólo en mí.

No era muy tarde, poco más de la una de la mañana, por lo que quizás llegara pronto a la oficina al día siguiente; por pocas ganas que tuviera de ir a trabajar, era mi olbigación. Coloqué la alarma del móvil media hora más tarde de lo habitual, para no abusar, e intenté conciliar el sueño, aún sabiendo la dificultad del empeño.

Finalmente debí dormirme, porque lo siguiente que recuerdo fue el desagradable soniquete de la alarma despertándome. Me desperecé con lentitud y enseguida me acordé del pobre Enrico. ¿Cómo habría pasado la noche?

Me acerqué a su cuarto, temerosa de despertarle. Quizás había acabado tarde de colocar sus cosas y navegar por Internet mientras preparaba el plan de viaje. A lo mejor se encontraba dormitando antes de salir hacia Italia, y yo no quería estropearle su descanso. De todos modos comprobé que su puerta estaba entornada, por lo que decidí arriesgarme. La abrí un poco más y la desilusión se apoderó de mí: Enrico se había ido.

El cuarto aparecía recogido, todo colocado en su sitio casi con espartana pulcritud. Yo notaba la presencia de Enrico en esa habitación, pero él ya no estaba. Había viajado a Florencia por un asunto urgente que nadie se esperaba, pero en ese momento la intranquilidad apareció en mi horizonte. ¿Cuándo volvería?

Dejé de pensar en mí, cabreada por mi falta de empatía ante la situación y decidí afrontar el día con el mejor ánimo que pudiera. Algo difícil que sabía me costaría trabajo, pero peor lo estaría pasando Enrico en esos precisos momentos.

No recuerdo gran cosa de esa jornada tan aciaga. Sólo sé que estuve en la oficina hasta las tres de la tarde. Un viernes gris de espíritu que amaneció con un sol resplandeciente, aunque su belleza no me contagió el buen humor como era su costumbre, alicaída por lo sucedido.

En la oficina no confraternicé mucho con nadie, trabajando con gesto huraño. Intenté redactar el primer esbozo sobre lo que había visto en aquel lupanar tan peculiar, pero las musas me habían abandonado. No era momento de forzar la máquina, ya me vendría la inspiración en otro momento.

Recibí a media mañana un mail de Marta en el que me aseguraba que el lunes sin falta estaría en su puesto de trabajo. No es que me apeteciera demasiado volver a cruzarme con ella, y menos si recordaba lo sucedido el viernes anterior, pero debía comportarme como una profesional. Ella era mi responsable, la jefa de mi departamento, y eso no cambiaría. No me quedaba otra que apechugar, olvidar los temas personales, y sacar adelante el proyecto que me

traía entre manos.

Sólo había pasado una semana desde la famosa despedida de soltera de Patricia, pero parecía toda una vida. Y en esos siete días me habían sucedido un montón de cosas que quizás cambiaran mi existencia para siempre.

El carrusel de imágenes se adueñó de mi mente, castigándome a contemplarlas una vez más. Allí estaba nuestra juerga loca durante la despedida, rematada por el baile del *stripper* sobre mi cuerpo, y la posterior traca final en el baño. Y después...

Sonreí al evocar la discusión con Enrico en nuestro salón del sábado anterior. Yo estaba hecho una furia, pero él me miraba divertido sin comprender bien lo que sucedía en mi interior. ¡Estaba tan condenadamente arrebatador! Recuerdo haberle querido matar, pero no sabía si a golpes o a besos. Aquel hombre me sacaba de mis casillas.

Los aromas de la cocina toscana ocuparon entonces mis sentidos, rememorando la fantástica comida de un domingo en el que empecé a querer a Enrico de verdad. El florentino se comportó como un auténtico caballero y yo me sentí como una princesa de cuento de hadas, agasajada en una velada inolvidable.

Después la semana laboral, el encargo de Marta y mis cuitas al creer que me estaban preparando una encerrona en la oficina. Las conversaciones con Marc y Noemí, y después el ofrecimiento de Enrico para ayudarme con el reportaje...

La noche del martes pasó ante mis ojos a velocidad endiablada, recreándome en los momentos más sugerentes. Una noche de aventura, lujuria y pasión, rematada con el mejor de los finales en mi propio cuarto. Sí, al final lo había conseguido. Enrico era mío, aunque fuera por un solo instante...

Sabía que le había llegado el turno de la noche anterior, y la tristeza me embargó de nuevo. Pero entonces escuché voces a mi alrededor y reaccioné, asustada por haberme quedado totalmente transpuesta en el trabajo.

—Despierta, Eva, estás en la inopia. Se ve que el salir de noche te está afectando más de la cuenta... —aseguró Marc.

—¿Qué...? No, perdona, me había ido un momento —contesté todavía con la mente confusa —. ¿Sucede algo?

—Nada, muchacha, que es la hora de salir. Media oficina se ha largado ya, y tú todavía con el ordenador encendido. Venga, por esta semana hemos cumplido. El lunes será otro día. Y alegra esa cara, mujer, te veo algo mustia.

—Ya lo sé, Marc, es que hoy no me encuentro muy bien. No es nada grave, no te preocupes —añadí temiendo que quisiera más detalles—. Tienes razón, voy a ir yo también recogiendo. Disfruta del fin de semana, nos vemos el lunes.

—Hasta luego, Eva. Y descansa un poco, no tienes muy buena cara.

Le saqué la lengua queriendo bromear, mientras el maquetador me plantaba dos besos y se alejaba pasillo adelante. Yo me quedé unos segundos allí parada, aunque enseguida comencé también a recoger. Cinco minutos después salía del trabajo y me dirigía de nuevo a mi nuevo barrio, sabiendo que Enrico no estaría allí para recibirme y alegrarme el día.

Me fui directa a casa, no tenía ganas de pasear y además, prefería comer algo en el piso y no en cualquier restaurante. La comida casera siempre sienta mejor al estómago, eso era algo que ya había aprendido a pesar de llevar poco tiempo trabajando desde que había terminado los estudios.

Cuando llegué al ático me encontré de boca con Noemí, recién levantada tras su primera

noche de guardia. No tenía muy buena cara, o eso me pareció observar mientras se preparaba algo en la cocina. No me oyó llegar y se asustó un poco cuando le hablé desde el salón, absorta como estaba con las sartenes y los cazos.

—Hola, Noemí, ¿qué tal? —pregunté para romper el hielo.

—Ah, hola, Eva. No te había oído entrar. Me acabo de levantar y tengo un hambre de lobo. Después de estar toda la noche trabajando, y con más jaleo del que me imaginaba, tengo que reponer fuerzas. Me he saltado el desayuno y voy a... ¿Qué te ocurre, niña?

Yo no atendía con demasiado interés a las explicaciones de la informática. Ella llegó a casa pasadas las 8 de la mañana, y no se cruzó conmigo al salir de casa, ni por supuesto con Enrico, que debía haber salido mucho antes. Así que si el italiano no se había puesto en contacto con ella de alguna manera, lo más normal era que ignorara todo lo sucedido.

—Es Enrico, se ha tenido que marchar a la carrera a Italia —informé con una voz neutra que no me reconocí.

—¿Y eso? —Noemí seguía risueña, sin tener ni idea de lo que sucedía.

—Anda, apaga los fuegos y siéntate un momento conmigo en el sofá. Tengo algo que decirte sobre Enrico y su familia...

—De acuerdo, Eva. Pero que sepas que me estás asustando. ¿Pasa algo malo?

La cara que le puse tuvo que dejarle a las claras que efectivamente, algo muy malo había sucedido. Nos sentamos en el sofá del salón y le conté a Noemí lo ocurrido, obviando todo el tema del prostíbulo exclusivo. Sólo le comenté que la hermana de Enrico llevaba horas intentando localizarle, y que finalmente, cuando consiguieron hablar, le contó todo lo relativo a su padre enfermo.

Noemí se quedó callada, al parecer también afectada. Entonces entornó los ojos y me miró directamente, queriendo buscar algo escondido dentro de mí. Yo también sentía pena: pena por la enfermedad del padre de Enrico, y sobre todo, pena por no encontrarme a su lado en esos duros momentos.

—Joder, vaya putada. Imagino que Enrico tiene que estar destrozado. ¿Sabes algo más de él?

—No, yo me acosté pronto y sé que se quedó haciendo la maleta y buscando billetes para volar a Italia. Al levantarme ya no estaba, imagino que habrá salido pronto para el aeropuerto de El Prat.

—No quiero molestarle demasiado, así que no le llamaré de momento. Pero sí le voy a enviar un Whatsapp para ver si ha llegado ya a Florencia. Sólo quiero asegurarme de que esté sano y salvo.

—Bueno, como tú veas...

Noemí fue a su habitación a por el móvil e hizo lo comentado. Le escribió un mensaje a Enrico a través de la aplicación instantánea, pero no obtuvo respuesta inmediata.

—Ahora mismo está desconectado —afirmó Noemí—. Espero que lo encienda a lo largo del día y nos diga algo. Imagino que sabrá que nosotras también nos hemos quedado preocupadas, sobre todo por él y su estado de ánimo, ¿verdad?

—Sí, claro. Le vi muy derrotado, me asusté al verlo llorar como un niño.

—La vida es una mierda, un hombre tan joven. Lo siento por Enrico y sobre todo por su padre, claro. E imagino que lo estará pasando fatal, sintiéndose culpable por estos años de desavenencias.

—¿Tú sabes algo de sus disputas familiares? —pregunté por curiosidad.

—No mucho, la verdad. Pero bueno, en todas las casas suceden este tipo de cosas. Espero que pueda hacer las paces con su padre, y sobre todo, consigo mismo.

—Sí, yo también...

—Oye, siento ser tan ruin, pero me muero de hambre. ¿Quieres un poco? Me he pasado cociendo pasta y tengo comida de sobra.

—La verdad es que no tengo mucho apetito, pero algo habrá que comer...

Sin desvestirme ni nada me quedé allí con Noemí, charlando sobre Enrico y sus circunstancias. Comimos en el salón con la televisión de ruido de fondo, mientras seguíamos con un tema que daría para mucho.

La informática me dijo al acabar que prefería descansar un rato en su habitación antes de regresar al trabajo. Ese viernes tenía también turno doble de guardia, y pretendía estar lo más fresca posible. Yo secundé la moción y me dirigí a mi cuarto, dispuesta también a echarme un rato. Aunque asumía que mi cabecita dando vueltas no me dejaría descansar como es debido, por mucho que lo intentara.

Al entrar en mi habitación con demasiado ímpetu, la puerta se abrió de golpe y el pomo golpeó ligeramente contra la pared. Me asusté un poco y fui a mirar, por si había dejado marca. Afortunadamente no fue así, pero entonces divisé en el suelo algo que no había visto hasta entonces.

Me agaché para recoger un sobre azul a medio cerrar, con una cuartilla blanca en su interior. En el exterior del sobre, con una caligrafía que ya había conocido, distinguí la letra de Enrico en la frase: “Para Eva”. El corazón se me paró un segundo, para después comenzar a cabalgar a galope tendido.

¿Mi Enrico me había dejado una nota antes de marcharse? Quizás la pasó por debajo de la puerta justo al marcharse y yo no me había percatado de ello al levantarme por la mañana. Tal vez la arrastrara con las zapatillas, medio dormida, hasta que se quedó allí, cerca de la pared lateral. Si no hubiera sido por lo de la puerta tal vez hubiera tardado mucho más tiempo en encontrarla.

Me empecé a poner nerviosa, pasando el sobre de una a otra mano sin decidirme a ver lo que había dentro. Sabía que era algo personal que Enrico me enviaba, una nota de su puño y letra que el italiano quería que yo leyera cuando se hubiera marchado. Una lágrima asomó entonces por mi ojo izquierdo, rebelde, queriendo saltar al vacío desde su privilegiada atalaya. Me la enjugué en un gesto mecánico y decidí averiguar el contenido de aquel misterioso sobre.

Me senté en la cama, con la carta sobre mis rodillas. Respiré profundamente, expulsé el aire poco a poco y me apresté a abrir aquel regalo inesperado. En él podría encontrar algo que me calmara o emocionara, o tal vez una decepción que me amargara aquel verano de mi juventud. No podía demorarlo más, había llegado el momento.

Abrí la solapa, casi despegada del todo, y extraje la cuartilla blanca, doblada en cuatro para caber en su recipiente. Desdoblé la hoja y me topé con una carta manuscrita que ocupaba el folio entero por las dos caras, escrita con bolígrafo azul en una grafía apresurada. Se veía que Enrico la había escrito a la carrera, instantes antes de salir por la puerta. Me pareció importante saber que el italiano, en aquellos momentos de zozobra por lo que transitaba, se hubiera parado para escribirme una nota personal, dejándola además en mi habitación para que yo la leyera en la intimidad de mi cuarto.

La misiva decía así, y os aseguro que no lo olvidaré en la vida:

“Querida Eva:

No quería marcharme sin despedirme de ti de una manera algo más serena, y no como en nuestro último encuentro en el pasillo, donde yo todavía estaba en estado de shock tras la noticia de la enfermedad de mi padre. Ahora estarás durmiendo y no quería molestarte, pero espero que cuando despiertes puedas leer con calma estas torpes frases que te escribo a la carrera, antes de coger el taxi que me llevara al aeropuerto.

Lo primero de todo es agradecerte tu apoyo y tus ánimos en unos momentos tan difíciles para mí. Aunque no lo creas, me has ayudado a sosegarme y a reflexionar sobre lo que de verdad importa. Espero llegar a tiempo de ver a mi padre con vida; sólo quiero pedirle perdón, deseando que su corazón no albergue todavía rencor hacia mí por todas nuestras peleas pasadas.

En segundo lugar, quería disculparme por mi atolondramiento a la hora de elegir sitios para llevarte. Sé que debían ser lugares algo diferentes, buscando la parte más transgresora de la noche barcelonesa para ayudarte en tu artículo. Pero me he lucido. Entre mis paisanos en las carreras, la ucraniana y sus malos modos, y el susto con los eslovenos, entiendo que no quieras volver a ir conmigo a ninguna parte.

Y sería una verdadera lástima. Porque, aunque no te lo creas, llevo pensando en ti a cada hora desde el martes por la noche y no puedo apartarte de mi mente. Me escabullí de tu cama en aquella madrugada, a hurtadillas, y debí haberme quedado para verte despertar entre mis brazos. Me hubiera encantado darte los buenos días en ese momento, pero como soy idiota preferí regresar a la seguridad de mi habitación.

Sé perfectamente lo que habéis hablado Noemí y tú sobre mí, y quiero que sepas que no es tan fiero el león como lo pintan (creo que se dice así, ¡vuestros refranes me matan!). Entiendo que nuestra casera te advirtiera sobre mi comportamiento, y que a los dos nos haya aconsejado sobre lo que podría suceder en la convivencia diaria si, como nuestra amiga dice, "sacara a mi amiguito a pasear". Pero nada más lejos de la realidad.

Sí, lo reconozco, no tengo a nadie importante en mi vida, y suelo relacionarme con diversas mujeres. Eso es cierto. Pero tampoco soy tan mala persona, un desalmado que utiliza a las chicas en su propio beneficio. Un Don Juan de pega que sólo vive el momento, sin preocuparse por el futuro, ni por supuesto por los sentimientos de las personas con las que me junto. Y eso me duele, Eva, yo no soy así.

He sufrido en mi vida por diversos motivos, y el amor es uno de ellos. Quizás la coraza que me puse alrededor del corazón, sólo para que no me hicieran daño, ha permitido que de cara al exterior tenga una apariencia banal, casi superficial. Que sólo me preocupo de aumentar mis conquistas y llenar mi agenda de contactos. Unos contactos efímeros, pasajeros, con los que ni siquiera llego a intimar más de dos días seguidos por miedo al compromiso.

No quiero que te lleves una mala impresión de mí, a veces las apariencias engañan. Para mí la otra noche fue muy especial, y no quiero que seas una más de la lista. Me importas más de lo que tú te crees, Eva, y espero que me dejes demostrártelo poco a poco.

Sólo te pido algo de tiempo. Es muy difícil para mí desnudar mi corazón, y por eso he elegido este medio. Cara a cara no me hubiera atrevido, por mucho que os creáis que soy un descarado. Una cosa es trabajar de stripper o gogó y otra muy distinta hablar de sentimientos. Y eso estoy haciendo hoy contigo, casi por primera vez en un montón de años. Ya ni me acuerdo de la última vez...

Eso significa que me haces bien, y que quiero seguir conociéndote. No quiero engañarte, ni crearte falsas expectativas. Sé que no será fácil, pero me gustaría intentarlo. Y si la convivencia

es imposible por cualquier circunstancia, sería yo el que me marchara del ático, tú acabas de llegar. Sólo te pido algo de tiempo y paciencia, mucha paciencia conmigo... Soy un tipo complicado, ya lo irás viendo.

Cuando salimos ayer en dirección al Hotel intuía al mirarte a los ojos que querías hablar conmigo de lo sucedido. Ambos nos cortamos y preferimos obviar el tema hasta encontrar mejor ocasión. Pero después vino la catástrofe y ahora no sé el tiempo que me quedaré en Italia. Prometo volver a Barcelona, pero no sé cuándo podrá ser. Ahora lo más importante es la salud de mi padre y arreglar mis temas familiares, pero sé que tú y yo tenemos algo pendiente.

Espero que puedas perdonar mi cobardía al decirte todo esto por carta. Pero debes saber que es una de las cosas que más me han costado hacer en la vida. Me moriré de vergüenza la próxima vez que hablemos, pero me gustaría saber si me entiendes y estás dispuesta a escucharme cuando llegue el momento adecuado. Espero tu respuesta.

Hasta entonces, disfruta del momento. No te preocupes, yo estoy bien, lo que ha sucedido es ley de vida, aunque haya llegado antes de lo previsto. Termina el reportaje y triunfa en la revista, te lo mereces. Tienes una carrera prometedora y eres una chica que llegará lejos. Palabra de florentino, te lo aseguro.

Mientras tanto, aunque tenga mil cosas en la cabeza, te echaré de menos. Nos veremos pronto, o eso espero. Si has llegado hasta aquí, muchas gracias por tu infinita paciencia. Y gracias de nuevo por todo lo demás, conocerte ha sido un soplo de aire fresco en mi vida que no pienso dejar escapar.

Hasta muy pronto, bella Eva.

Un beso.

R.”

¿Y ahora qué hacía yo? Me había ido emocionando paulatinamente según iba leyendo la carta de Enrico, hasta que gruesos lagrimones rodaron por mis mejillas. Me había dejado trastornada, no esperaba que Enrico desnudara su alma en un momento tan complicado para él. Y lo que era mucho mejor, que lo hiciera en el sentido que yo esperaba, acercándose mucho a mis sueños y deseos.

No me estaba declarando su amor incondicional, pero esa confesión era mucho más de lo que yo hubiera imaginado nunca. Enrico pensaba en mí, le importaba, y quería construir algo a mi lado. O por lo menos intentarlo. Y para ello me pedía tiempo y paciencia, mucha paciencia. ¿Estaba preparada para ello?

Me tumbé en la cama, cambiando las lágrimas de emoción por otras de alegría que inundaron mi rostro. Estrujé el papel entre mis manos, besando cada esquina de aquel folio que me devolvía la vida. La humedad de mi rostro empapó los bordes de la hoja, por lo que tuve que desistir de mi alocada actitud. No podía ponerme a dar botes de alegría, pero mi italiano preferido me había alegrado el corazón, iluminándole con sus preciosas palabras.

Y es que Enrico era un artista, lo había podido comprobar al leer sus emociones trasladadas al papel. Aunque fuera algo difícil de transmitir, y más en un hombre que al parecer no dejaba traslucir sus sentimientos, mi bello toscano había conseguido emocionarme, y sobre todo comprender lo que pasaba por su mente y por su alma. Y eso para mí era lo más importante, puesto que demostraba una confianza sin límites en la otra persona. Y yo pensaba ser digna de esa confianza, ayudándole a construir lo que ambos quisiéramos. Sin presiones ni malentendidos, con la verdad por delante.

Quería llamarle en esos mismos momentos, decirle que no había leído su hermosa carta

hasta esos mismos momentos por simple azar. Confesarle que yo también sentía algo por él, y que por supuesto esperaría su regreso para hablarlo con calma. Pero me dio reparo, seguramente no se acordaría de lo escrito una vez llegado al hospital y contemplado la agonía de su padre. No, no era el momento, aunque algo debía decirle.

Me echaría un rato y hablaría con Noemí antes de que se marchara al trabajo. De ese modo sabría si había recibido contestación de Enrico en el Whatsapp, o si por lo menos leyó el mensaje enviado. Ya vería yo después si contactaba con él de esa manera o esperaba un momento más adecuado.

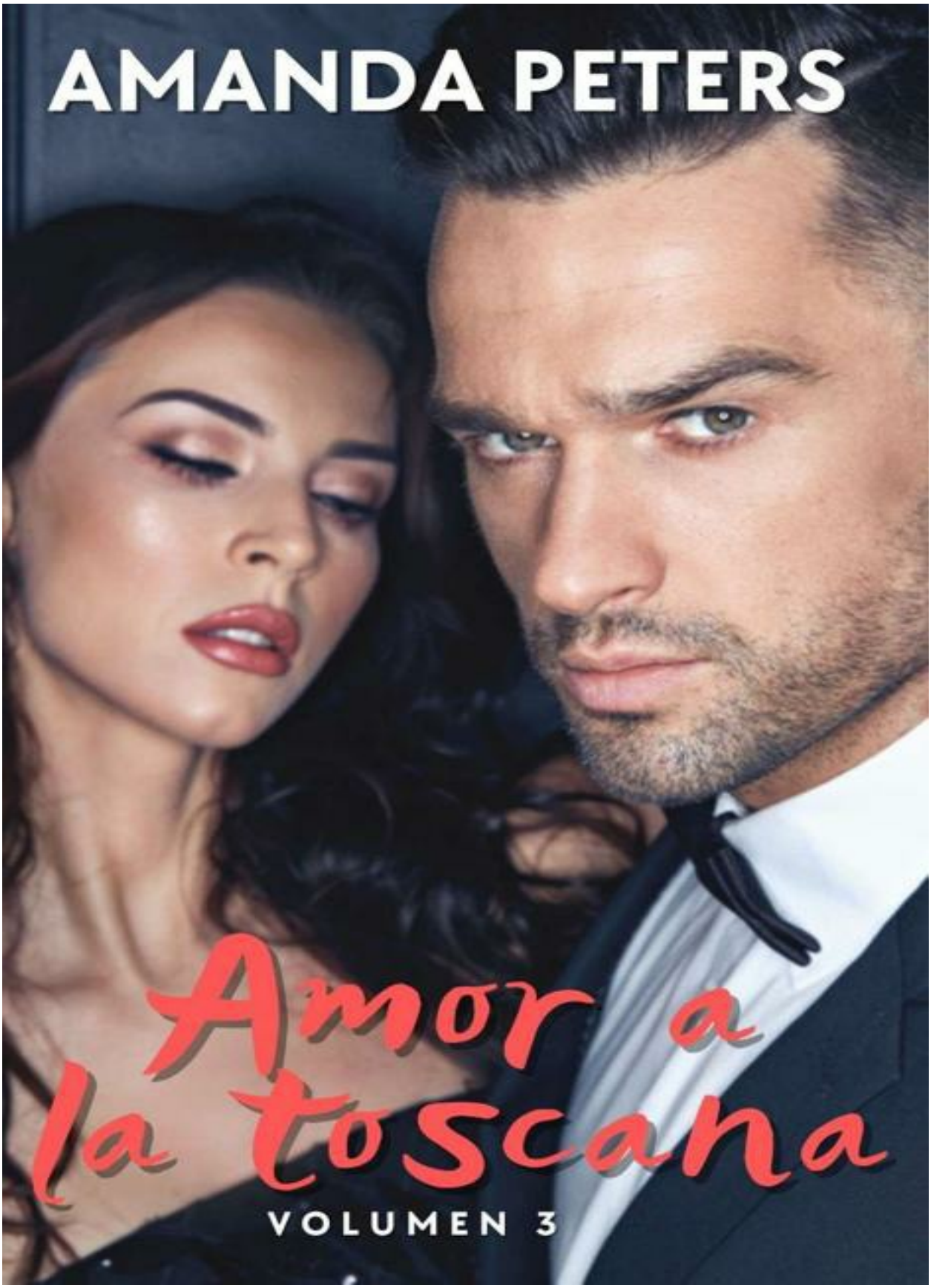
Cerré los ojos y me quedé muy quieta, escuchando mi propia respiración. Seguía vestida de calle, pero no me importaba arrugar la ropa. Yo era feliz, y no quería sentirme culpable por ello. Enrico estaba ahí mismo, muy cerca de mí, aunque realmente estuviera a miles de kilómetros de distancia.

Me relajé y un ligero sopor comenzó a adueñarse de mi cuerpo. Morfeo venía en mi busca, y yo no quería luchar contra la naturaleza. Intenté dejar mi mente en blanco, evocando el momento en el que volvería a encontrarme con Enrico.

Lo que yo no sabía en esos momentos es que tardaría bastante en volver a encontrarme con el hombre de mis sueños. Y que nuestro anhelado encuentro sucedería en unas circunstancias que no podía llegar a imaginar en ese instante...

Avance

Amor a la toscana (Volumen 3)


AMANDA PETERS
Amor a la toscana
VOLUMEN 3

SINOPSIS

Después de la partida de Enrico a su ciudad natal, Eva se encuentra sola en Barcelona, luchando por concentrarse en su trabajo mientras su mente sigue atormentada por los recuerdos del italiano. Sin embargo, su determinación por sacar adelante su gran reportaje sobre la noche barcelonesa la impulsa a seguir adelante. Pero cuando descubre un secreto intrigante sobre la familia Manfredi, decide embarcarse en una aventura temeraria que pondrá a prueba su valentía y sus sentimientos.

A pesar de los obstáculos y las desgracias familiares que enfrenta, Eva no puede resistir la tentación de viajar a Florencia en busca de respuestas. A medida que se adentra en la Toscana, se encuentra con una serie de sorpresas inesperadas que desafían su percepción de la realidad y ponen en peligro su relación con Enrico. Decididos a luchar por su amor, ambos deciden disfrutar de unas vacaciones juntos en la romántica Toscana.

Sin embargo, el viaje se convierte en una montaña rusa de emociones cuando Eva descubre que Enrico guarda aún más secretos de los que jamás imaginó. Con Florencia como telón de fondo, ambos se embarcan en una aventura épica llena de intriga, romance, acción y erotismo. ¿Podrán superar los desafíos que se interponen en su camino y encontrar la felicidad juntos, o los secretos del pasado los separarán para siempre?

Sumérgete en las apasionantes y emocionantes nuevas aventuras de Enrico y Eva en este tercer volumen de la saga. Déjate seducir por los encantos de la Toscana mientras exploras los bellos parajes de Florencia y descubres los misterios que acechan en cada rincón. ¡No te pierdas este emocionante desenlace que te mantendrá en vilo hasta la última página!

¡¡Ya a la venta!!